



El camino de Wigan Pier

Autor de *1984*, *Homenaje a Cataluña* y *Rebelión en la granja*, entre otras, George Orwell es sobradamente conocido entre nosotros. Su verdadero nombre es Eric Blair, nació en 1903 en la India de padres ingleses, se educó en Eton, viajó por toda Europa, y murió prematuramente, a los 47 años. Hoy es uno de los autores británicos más leídos.

Tres son los temas abordados en esta obra: primero, la situación de los mineros hacia la década de 1930, en la que describe las condiciones infrahumanas de esa clase social, sometida a una lenta degradación; para ellos reivindica Orwell un acto de justicia y no de caridad. Segundo, las experiencias de cinco años en la colonia británica de Birmania, como miembro de la Policía; aquí su condena del imperialismo en general se ofrece sin titubeos, con su típica acritud, y del mismo modo invalida la segregación racial y las diferencias de clases o mete en la picota, con suave ironía, la pretendida superioridad anglosajona ante la raza latina. Y en tercer lugar, aborda el tema del socialismo, mostrándonos su especial y humanísima visión; Orwell aspira a un socialismo basado en los dos pilares insustituibles de justicia y libertad, condena el totalitarismo y se burla de los demagogos.

Es, en suma, la obra de un brillante pensador, de un observador realista y un hombre de insobornable sinceridad. Y es interesante constatar que todo, o casi todo, cuanto escribió George Orwell en este lúcido ensayo de 1936 sigue hoy vigente, con una luminosa visión del futuro que sin duda estremecerá al lector.

Lectulandia

George Orwell

El camino de Wigan Pier

ePub r1.0
Titivillus 29.03.2017

Título original: *The Road to Wigan Pier*
George Orwell, 1937
Traducción: Esthter Donato

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Primera parte

1

El primer ruido que se oía por la mañana eran las secas pisadas de las chicas de la hilandería, cuyos chanclos de suela de madera golpeaban el empedrado. Antes debían de sonar, me imagino, las sirenas de las fábricas, pero a aquella hora yo dormía aún.

Por lo general, éramos cuatro en el dormitorio. Era éste una habitación horrible, con ese aspecto provisional y desordenado de las estancias que no se usan para lo que fueron pensadas en un principio. Años atrás, la casa había sido una vivienda familiar corriente. Cuando los Brooker se instalaron en ella y la adaptaron a sus nuevas funciones de tripería y pensión, heredaron algunos de los muebles más inútiles, y nunca tuvieron la energía de deshacerse de ellos. Así que los huéspedes dormíamos en lo que era aún visiblemente una sala de estar. Pendía del techo una maciza araña de cristal en cuya superficie la capa de polvo era tan espesa que parecía pelo. Y, cubriendo la mayor parte de una pared, había un enorme y horroroso armatoste, un híbrido entre aparador y mueble de recibidor, con muchos relieves, cajoncitos y espejos. Había también una alfombra, que en tiempos había sido de colores chillones, llena de huellas circulares de los cubos de fregar de muchos años, dos sillas doradas de asiento reventado y uno de esos anticuados sillones de tela de crin, en los que uno resbala cuando trata de sentarse. La estancia había sido convertida en dormitorio mediante la introducción de cuatro escuálidas camas en medio de aquellas otras ruinas.

Mi cama estaba en el rincón de la derecha según se entraba por la puerta. A los pies de la mía, colocada perpendicularmente, había otra cama, que había que mantener bien apretada contra la mía, para que fuera posible abrir la puerta, de modo que yo tenía que dormir con las piernas encogidas, pues, si las extendía, le daba en los riñones al ocupante de la otra cama. Éste era un hombre de edad llamado Reilly, que era medio mecánico y trabajaba en el exterior de uno de los pozos de carbón. Afortunadamente para mí, se marchaba a trabajar a las cinco de la mañana, lo que me permitía estirar las piernas y dormir a gusto durante un par de horas. La cama del otro lado estaba ocupada por un minero escocés que había resultado herido en un accidente en el pozo (quedó atrapado contra el suelo por un bloque de piedra, y permaneció así durante varias horas antes de que apartasen la piedra con una palanca y le sacasen) y había recibido una indemnización de quinientas libras. Era un hombre de cuarenta años, alto y apuesto, de cabello gris y bigote recortado, que parecía más un sargento que un minero. Acostumbraba a quedarse en cama hasta bien entrada la mañana, fumando en una pipa corta. En la otra cama dormían una sucesión de viajantes de comercio, agentes de periódicos y agentes de ventas a plazos, los cuales, generalmente, pasaban en la pensión una noche o dos. Era aquélla una cama de matrimonio, con mucho la mejor de todas. Yo había dormido en ella la primera noche

que pasé en la casa, pero después me trasladaron para cedérsela a otro huésped. Creo que todos los recién llegados pasaban la primera noche en la cama grande, que era empleada, por así decirlo, como cebo. Todas las ventanas del dormitorio se mantenían siempre herméticamente cerradas, con un saco de arena rojo apretado contra la parte inferior del marco, y por las mañanas aquello apestaba como la jaula de un hurón. Al levantarse no se notaba, pero si uno salía de la habitación y volvía a entrar en ella, el olor le daba en la cara como una bofetada.

Nunca llegué a descubrir cuántos dormitorios tenía la casa. Cosa rara, había en ella un cuarto de baño, cuyo origen se remontaba a antes de los Brooker. En la planta baja había la acostumbrada cocina-sala de estar con su enorme horno de carbón encendido noche y día. Estaba iluminada solo por una claraboya, pues a un lado de ella se encontraba la tienda y al otro la despensa, que daba a un oscuro lugar subterráneo donde se guardaba la tripa. Bloqueando parcialmente la puerta de la despensa estaba un informe sofá en el cual la señora Brooker, la patrona, pasaba sus días de enferma, envuelta en mugrientas mantas. La mujer tenía la cara grande y de expresión amistosa, de piel pálida y amarillenta. Nadie sabía exactamente qué enfermedad padecía; yo sospecho que lo único que le pasaba era que comía demasiado. Delante del fuego había siempre una cuerda con ropa tendida, y en el centro de la estancia estaba la gran mesa de cocina en la que comían la familia y los huéspedes. Nunca vi aquella mesa completamente despejada, pero vi, en diversas ocasiones, sus varias coberturas. Debajo de todo había una capa de papel de periódico viejo manchado de salsa de Worcester; encima, un hule blanco todo pringoso; encima de éste, un mantel de sarga verde; y, encima de todo, un basto mantel de lino que nunca se cambiaba y casi nunca se retiraba. Generalmente, las migas de pan del desayuno estaban aún sobre la mesa a la hora de la cena. Yo solía reconocer algunas de las migas y observaba sus desplazamientos arriba y abajo de la mesa de un día para otro.

La tienda era una estancia pequeña y fría. En el cristal exterior del escaparate había esparcidas como estrellas, unas pocas letras blancas, resto de antiguos anuncios de chocolate. En el interior del escaparate había una tabla sobre la que descansaban los grandes pliegues blancos de tripa, la gris y lanuda cosa conocida bajo el nombre de «tripa negra» y los traslúcidos y fantasmagóricos pies de cerdo hervidos. Era la vulgar y corriente tienda de «tripa y guisantes», y no se vendía en ella gran cosa más que esto, aparte de pan, tabaco y latas de conserva. En el escaparate había un letrero que anunciaba «Se sirven tés», pero cuando algún cliente pedía una taza de té casi siempre se lo sacaban de encima con una excusa. El señor Brooker, que hacía dos años que no trabajaba, era minero de oficio, pero él y su mujer habían tenido siempre un negocio de un tipo u otro como segunda fuente de ingresos. Una vez habían tenido una taberna, pero les habían quitado el permiso por permitir el juego. Dudo que ninguno de estos negocios les resultase rentable alguna vez. Los Brooker eran de ese tipo de gente que lleva un negocio con la finalidad principal de tener algo de que

quejarse. Él era un hombre menudo que parecía irlandés, de pelo oscuro, amargado e increíblemente sucio. Me parece que ni una sola vez le vi con las manos limpias. Al estar su mujer inválida, era él quien preparaba la mayor parte de la comida. Como todas las personas que llevan siempre las manos sucias, tenía una manera especial de manejar las cosas, íntima y despaciosa. Cuando le daba a alguien una rebanada de pan con mantequilla, ésta llevaba siempre la huella negra de su pulgar. Incluso a primera hora de la mañana, cuando descendía al misterioso cuchitril de detrás del sofá de la señora Brooker para ir a buscar tripa, ya llevaba las manos negras. Los otros huéspedes me hacían terroríficas descripciones del lugar donde se guardaba la tripa. Decían que estaba lleno de cucarachas. Ignoro la frecuencia con que los Brooker encargaban nuevas remesas de la mercancía, pero era a intervalos largos, porque la señora Brooker situaba los acontecimientos en el tiempo con relación a aquellas fechas. «Vamos a ver… desde que eso pasó he recibido tres envíos de congelada (tripa congelada)», decía. A nosotros nunca nos daban tripa para comer. Por entonces yo suponía que lo hacían porque era demasiado cara, pero ahora, pensando en ello, me parece que era simplemente porque sabíamos demasiado acerca de ella. Observé que ellos tampoco la comían nunca.

Los únicos huéspedes estables eran el minero escocés, Reilly, dos ancianos jubilados y un hombre sin trabajo, acogido al P.A.C.[1], llamado Joe (era de esas personas que no tienen apellido). El minero escocés, cuando cogía confianza con la gente, era muy pesado. Como tantos hombres sin trabajo, se pasaba demasiado tiempo leyendo periódicos y, si no se le cortaba, era capaz de disertar durante horas y horas sobre temas como el Peligro Amarillo, los asesinatos, la astrología y el conflicto entre religión y ciencia. Como tantos otros, los jubilados se habían visto obligados a abandonar sus casas a causa de la Inspección de Recursos. Entregaban sus diez chelines semanales a los Brooker y recibían a cambio el tipo de pensión completa que se puede esperar por diez chelines: una cama en el desván y comidas a base de pan con mantequilla. Uno de ellos era un hombre «educado», y se estaba muriendo lentamente de una enfermedad maligna, cáncer, creo. Sólo se levantaba de la cama los días en que iba a cobrar su jubilación. El otro, al que todos llamaban el viejo Jack, era un exminero que tenía setenta y ocho años y había trabajado durante más de cincuenta en los pozos. Era un hombre vivaz e inteligente pero, cosa curiosa, sólo parecía recordar las cosas de su juventud y haber olvidado todo lo referente a la maquinaria moderna y a las mejoras introducidas en las minas. Solía contarme historias de luchas con caballos enfurecidos en las estrechas galerías subterráneas. Cuando le dije que tenía intención de bajar a lo hondo de varias minas, declaró despectivamente que un hombre de mi estatura (metro setenta y cuatro) no podría hacer el «camino», y fue inútil que le dijese que el «camino» ya no era lo que antes. Pero era amable con todo el mundo y nos daba a todos un simpático grito de «¡Buenas noches, muchachos!» cuando subía la escalera para dirigirse a su cama, en la buhardilla. Lo que yo admiraba más del viejo Jack era el hecho de que nunca

gorreaba. Generalmente, hacia finales de la semana se le acababa el tabaco, pero siempre se negaba a fumar el de los demás. Los Brooker habían asegurado la vida de los dos jubilados en una de esas compañías que cobran seis peniques a la semana. Alguien me dijo que les había oído preguntar ansiosamente al agente de la compañía «cuánto tiempo vive la gente que tiene cáncer».

Joe, al igual que el escocés, era asiduo lector de los periódicos y se pasaba casi todo el día en la biblioteca pública. Era el típico solterón sin trabajo, un ser de aspecto abandonado y harapiento, de cara redonda, casi infantil, que mostraba una expresión de ingenua travesura. Parecía más un niño solitario que un adulto. Me imagino que es la absoluta carencia de responsabilidades lo que hace que tantos hombres como él aparenten menos años de los que tienen. Por el aspecto de Joe, yo le hacía unos veintiocho años, y me quedé asombrado al saber que tenía cuarenta y tres. Joe era dado a las frases altisonantes y se sentía muy orgulloso de la astucia con la que había evitado casarse. A menudo decía «Las cadenas matrimoniales son una cosa muy seria», visiblemente convencido de que ésta era una declaración sutil y llena de significado. Sus ingresos totales eran de quince chelines a la semana, de los que pagaba seis o siete a los Brooker por la cama. Yo le veía a veces haciéndose un té en la cocina, pero por lo demás comía fuera, me imagino que a base de pan con margarina y paquetes de pescado con patatas fritas.

Además de estos huéspedes había en la casa una clientela flotante compuesta por viajantes de comercio del tipo más modesto, actores ambulantes —de los que hay muchos por el Norte, pues la mayoría de los bares grandes contratan a artistas de variedades los fines de semana— y agentes de periódicos. Estos últimos son un tipo de hombres que yo nunca había conocido antes. Su trabajo me parecía algo tan desesperado y tan terrible que no comprendía cómo alguien podía soportarlo existiendo la cárcel como alternativa. Trabajaban, en su mayoría, para semanarios o periódicos dominicales, y eran enviados de ciudad en ciudad, provistos de planos y de listas de las calles a «cubrir» cada día. Si no conseguían un mínimo diario de veinte suscripciones, eran despedidos. Mientras mantenían las veinte suscripciones diarias, recibían un pequeño salario —dos libras semanales, creo—, y por cada suscripción además de las veinte tenían una pequeña comisión. La cosa no es tan imposible como parece, porque en los barrios obreros todas las familias están suscritas a un semanario de dos peniques y lo cambian con mucha frecuencia, pero dudo que nadie pueda conservar mucho tiempo un trabajo así. Los periódicos contratan a pobres hombres desesperados, oficinistas sin trabajo, viajantes de comercio y gente de este tipo que, durante un tiempo, hacen enormes esfuerzos y consiguen mantener sus suscripciones por encima del mínimo; después, cuando el trabajo mortal les ha agotado, se les despide y se contrata a otros nuevos. Conocí a dos que trabajaban para uno de los semanarios más conocidos. Ambos eran hombres mayores con familias que mantener, y uno de ellos era ya abuelo. Caminaban de casa en casa durante diez horas diarias, «haciendo» las calles que les correspondían, y después se pasaban la velada llenando

los formularios de algún engañabobos organizado por su periódico (uno de esos montajes según los cuales le «regalan» a uno una vajilla de loza si se suscribe para seis semanas y envía un giro postal de dos chelines). El gordo, el que era abuelo, solía quedarse dormido con la cabeza apoyada en un montón de formularios. Ninguno de los dos podía pagar la libra semanal que los Brooker cobraban por la pensión completa. Pagaban una reducida suma por la cama y hacían comidas vergonzantes en un rincón de la cocina, a base de tocino y pan con margarina que guardaban en la maleta.

Los Brooker tenían un gran número de hijos e hijas, la mayoría de los cuales se habían marchado de casa hacía tiempo. Algunos estaban en el Canadá, «se habían establecido en el Canadá» como decía la señora Brooker. Sólo uno de los hijos vivía cerca de ellos, un joven alto y grueso de aspecto porcino que trabajaba en un garaje, que comía a menudo en la casa. La esposa del muchacho se pasaba allí todo el día con los dos niños, y casi todo el trabajo de la cocina y la colada lo hacían entre ella y Emmie, la prometida de otro hijo que vivía en Londres. Emmie era una joven de aspecto triste, rubia y de nariz afilada, que trabajaba en una de las hilanderías por un salario de hambre, a pesar de lo cual se pasaba todas las tardes en casa de los Brooker, en régimen de servidumbre. Creo que la boda había sido aplazada una y otra vez y probablemente no se celebraría nunca, pero la señora Brooker se había adoptado ya a Emmie como nuera y solía reprenderla en esa forma especial en que lo hacen los inválidos, vigilante y afectuosa. El resto de las faenas domésticas las hacía, o no las hacía, el señor Brooker. La señora Brooker apenas se movía de su sofá de la cocina (en el que pasaba también las noches), y se encontraba demasiado mal para hacer otra cosa que engullir pantagruélicas comidas. Era, pues, su marido quien cuidaba de la tienda, preparaba la comida de los huéspedes y «hacía» las habitaciones. Se pasaba el día arrastrándose con increíble lentitud de una aborrecida tarea a otra. Con frecuencia, las camas estaban aún por hacer a las seis de la tarde. A cualquier hora del día era posible cruzarse en la escalera con Brooker, que llevaba en la mano un orinal lleno, agarrándolo con el pulgar bien separado del borde. Por las mañanas se sentaba junto al fuego con un balde de agua sucia a sus pies, pelando patatas a la velocidad de una película a cámara lenta. Nunca he visto a nadie capaz de pelar patatas con un aire tal de meditabundo resentimiento. Se podía ver el odio que sentía hacia aquel «maldito trabajo de mujeres», como él lo llamaba, fermentando en su interior como una especie de zumo amargo. Era una de esas personas capaces de darles vueltas a sus pesares como hacen los rumiantes con la comida.

Como yo pasaba mucho tiempo en la casa, me enteré de todos los detalles del infortunio de los Brooker, cómo todo el mundo les estafaba y se mostraba desagradecido con ellos, cómo no obtenían beneficio ninguno de la tienda y casi ninguno de la pensión. Pero, en relación con el nivel de vida del barrio, no estaban tan mal como decían, pues, de alguna forma que yo no conocía concretamente, Brooker engañaba a la Inspección de Recursos y cobraba un subsidio del P.A.C. Pero

el placer principal de él y de su mujer consistía en relatar sus aflicciones a quien quisiera oírlas. La señora Brooker se lamentaba durante horas seguidas, recostada en su sofá, como una blanda mole de grasa y autoconmiseración, repitiendo las mismas cosas una y otra vez. «Ya no vienen clientes. No sé por qué será. Allí está la tripa, muerta de risa, un día y otro día. Una tripa tan buena… Qué mala suerte, ¿verdad?». Todas sus quejas terminaban con la misma frase: «Qué mala suerte, ¿verdad?», como el refrán de una balada. Desde luego, era cierto que con la tienda no ganaban nada. El establecimiento tenía el inconfundible aspecto polvoriento y cagado de moscas de un negocio que se va a pique. Pero aun teniendo el valor de abordar la cuestión, habría sido totalmente inútil explicarles por qué nadie entraba en la tienda. Eran incapaces de entender, por ejemplo, que las moscardas muertas del año pasado que se hallaban patas arriba en el escaparate no eran precisamente un estímulo para el comprador.

Pero lo que realmente atormentaba a los Brooker era la presencia en su casa de los dos jubilados, que usurpaban espacio, devoraban comida y pagaban sólo diez chelines a la semana. Dudo que perdiesen dinero con ellos, aunque, ciertamente, el beneficio que sacaban de aquellos diez chelines debía ser muy reducido. Pero, según los Brooker, aquellos dos hombres eran una especie de inmundos parásitos que se habían pegado a ellos y vivían de su caridad. Al viejo Jack aún le soportaban porque pasaba la mayor parte del día fuera de la casa, pero al enfermo, que se llamaba Hooker, le odiaban declaradamente. Brooker pronunciaba su nombre de una manera rara, omitiendo la H y alargando la U, «Uker». ¡La cantidad de historias que hube de escuchar sobre el mal carácter del viejo Hooker, la molestia que representaba hacerle la cama, la forma en que se negaba a comer esto o aquello, su constante ingratitud y, por encima de todo, la egoísta obstinación con que se resistía a morir…! Ansiaban literalmente que muriese, pues entonces, al menos, cobrarían el dinero del seguro. Parecían sentir cómo les chupaba la vida día tras día, como si fuera un gusano alojado en sus intestinos. A veces, Brooker levantaba la vista de las patatas que pelaba, cruzaba su mirada con la mía y, con gesto amargo y trágico, movía la cabeza hacia el techo, hacia la habitación de Hooker. «El hijo de puta…», decía. No hacía falta más; yo sabía perfectamente que se refería al viejo Hooker.

Pero los Brooker tenían quejas de un tipo o de otro contra todos los huéspedes, incluyéndome a mí, sin duda. Joe, por su condición de acogido al P.A.C., figuraba prácticamente en la misma categoría que los jubilados. El escocés pagaba una libra a la semana, pero estaba casi siempre en casa y, según ellos mismos lo expresaban, «no les gustaba que rondase todo el día por allí». Los agentes de los periódicos estaban fuera todo el día, pero los Brooker veían con malos ojos su costumbre de traerse la comida de fuera, e incluso Reilly, su mejor huésped, había caído en desgracia porque la señora Brooker le culpaba de despertarla cuando bajaba la escalera por las mañanas. Se quejaban eternamente que no conseguían tener la clase de huéspedes que deseaban, «caballeros cultos» dedicados al comercio que pagasen pensión completa y estuviesen fuera todo el día. Su cliente ideal habría sido una persona que pagase

treinta chelines a la semana y no viniese nunca excepto para dormir. He observado que la gente que tiene huéspedes casi siempre acaba por odiarlos. Quieren su dinero, pero les miran a ellos como a intrusos y mantienen hacia ellos una curiosa actitud celosa y vigilante que, en el fondo, es la decisión de no permitir que el huésped llegue a sentirse demasiado en su casa. Es el inevitable resultado de la necesidad de que alguien viva en casa de otro sin pertenecer a la familia.

Las comidas de la pensión eran todas repugnantes por un igual. Para desayunar, servían dos delgadas lonchas de tocino y un anémico huevo frito, acompañados de pan con mantequilla, que a menudo estaba ya cortado desde el día anterior y llevaba siempre la inevitable huella negra del pulgar de Brooker. Por más tacto que traté de poner en el asunto, nunca logré inducirle a que me dejase untarme yo mismo el pan con mantequilla; siempre se empeñaba en dármelo él, rebanada por rebanada, cada una de ellas firmemente sujeta por aquel ancho pulgar negro. Para almorzar teníamos habitualmente ese picadillo de carne de tres peniques que se vende cocido en latas —que formaba parte, según creo, de las existencias de la tienda—, patatas hervidas y arroz. Con el té había otra vez pan con mantequilla y galletas desconchadas, probablemente compradas a bajo precio por el hecho de ser viejas. Para cenar teníamos el pálido y fláccido queso de Lancashire y bizcochos. Los Brooker nunca llamaban bizcochos a aquellos bizcochos. Siempre les daban la reverente denominación de «*crackers* de nata». «Tome otro *cracker* de nata, señor Reilly; son muy buenos con el queso», decían, disimulando así el hecho de que hubiese sólo queso para la cena. Sobre la mesa estaban permanentemente varias botellas de salsa de Worcester y un bote de mermelada lleno hasta la mitad. Era habitual sazonarlo todo, incluso el queso, con salsa de Worcester, pero nunca vi que nadie se atreviera con el bote de mermelada, que era una indescriptible masa de polvo pegajoso. La señora Brooker hacía las comidas aparte, pero solía tomar bocados de cualquier comida que estuviese en curso, y maniobraba con gran habilidad para hacerse con lo que ella llamaba «el fondo de la tetera», es decir, la taza de té más concentrada. Tenía la costumbre de enjugarse constantemente la boca con una de las mantas. Hacia el final de mi estancia en la casa, adquirió el hábito de hacerlo con trocitos de papel de periódico, y por las mañanas el suelo aparecía muchas veces sembrado de bolitas de papel pringoso que permanecían allí durante horas. El olor de la cocina era horrible, pero, al igual que el del dormitorio, dejaba de percibirse al cabo de un rato.

Me impresionó darme cuenta de que aquella pensión no debía de ser nada excepcional con respecto a las demás de las áreas industriales, pues, en general, los huéspedes no se quejaban. El único que lo hizo, que yo sepa, fue un *cockney*[2] bajito, de cabello negro y nariz afilada, viajante de una marca de cigarrillos. Era la primera vez que iba al Norte y creo que hasta entonces había tenido un empleo mejor y estaba acostumbrado a alojarse en hoteles. Aquél era su primer contacto con las pensiones de tercera, los lugares donde el infeliz rebaño de los agentes y vendedores se cobija después de sus interminables jornadas. Como era costumbre con los recién llegados,

los Brooker le asignaron la cama de matrimonio. Por la mañana, mientras nos vestíamos, vi cómo miraba en torno suyo la desolada habitación, con una expresión de asombro y repugnancia. Su mirada se cruzó con la mía y adivinó súbitamente que yo también era del sur.

—¡Los muy puercos! —dijo enfáticamente.

Tras lo cual, hizo la maleta, descendió las escaleras y, con gran presencia de ánimo, les hizo saber a los Brooker que aquél no era el tipo de alojamiento al que él estaba acostumbrado y que se marchaba inmediatamente. Los Brooker no lo entendieron en absoluto. Se quedaron asombrados y dolidos. ¡Qué ingratitud! ¡Irse de aquella manera sin razón ninguna después de una sola noche! En los días que siguieron hablaron del asunto una y otra vez, en todos sus aspectos, y lo incorporaron a su colección de agravios.

El día que advertí la presencia de un orinal lleno bajo la mesa del desayuno decidí marcharme. Aquel lugar comenzaba a deprimirme. No era sólo la suciedad, los malos olores y la mala comida, sino aquel ambiente de absurda e invencible degradación, aquella sensación de estar en un lugar subterráneo donde la gente daba vueltas de un lado para otro, como cucarachas, en una interminable maraña de abúlico trabajo y mezquinas quejas. Lo más terrible que tienen la gente como los Brooker es ese decir las cosas una y otra vez. Le da a uno la sensación de que no son personas reales, sino una especie de fantasmas que recitan eternamente la misma fútil cantinela. Llegó un momento en que las parrafadas autoconmiserativas de la señora Brooker —siempre las mismas lamentaciones, un día tras otro, y siempre acabadas con el trémulo gimoteo «Qué mala suerte, ¿verdad?»— me repelían aún más que su costumbre de limpiarse los labios con trocitos de periódico. Pero de nada sirve decir que las personas como los Brooker son insoportables y no pensar más en ellos. Porque existen a docenas y a centenares de miles; son uno de los subproductos característicos del mundo moderno. Si se acepta la civilización que los ha producido, no se les puede excluir a ellos. Constituyen una parte de lo que nos ha reportado el industrialismo. Colón cruzó el Atlántico, se pusieron en marcha las primeras locomotoras de vapor, las tropas británicas resistieron firmemente los cañones franceses en Waterloo, y los bribones del siglo XIX se llenaron los bolsillos mientras alababan a Dios. Y aquí tenemos el resultado de todo esto: los laberintos de callejas y las cocinas sin ventanas donde gente vieja y enferma se arrastra de un lado para otro como cucarachas. Hay como una obligación de ver y oler estos lugares de vez en cuando, especialmente de olerlos, para no olvidarse de que existen. Aunque quizá sea conveniente no permanecer en ellos mucho tiempo.

El tren me alejó de allí, a través del monstruoso paisaje de montones de escoria, chimeneas, chatarra apilada, canales de agua sucia y caminos de barro ceniciento, todo surcado por las huellas de los zuecos. Estábamos en marzo, pero hacía un frío terrible y por todas partes había montones de nieve negruzca. Mientras avanzábamos lentamente por los barrios extremos de la ciudad, pasamos junto a filas y filas de

casuchas grises que hacían ángulo recto con el terraplén. Detrás de una de las casas, una mujer joven yacía arrodillada sobre las losas e introducía un palo en la tubería de desagüe de la fregadera, que debía de estar atascada. Tuve tiempo de observarla bien; vi su delantal de arpillera, los toscos zapatones, sus brazos enrojecidos por el frío. Cuando el tren pasó cerca de ella, levantó la vista, y yo estaba casi lo bastante cerca como para que mi mirada se cruzase con la suya. Tenía la cara redonda y pálida, la habitual cara marchita de la chica de barrio obrero que tiene veinticinco años y aparenta cuarenta, debido a los abortos y al agotamiento. Durante los segundos en que la vi, aquella cara mostraba la expresión más triste y desesperada que he visto nunca. En aquel momento me di cuenta de que nos equivocamos al decir «para ellos es diferente de lo que sería para nosotros», al creer que la gente que ha nacido en el suburbio no puede imaginar otra cosa que el suburbio. Lo que vi en la cara de la mujer no era el sufrimiento ignorante de un animal. Ella sabía muy bien lo que le pasaba y comprendía tan bien como yo lo horrible que era su vida, lo horrible que era estar allí arrodillada con aquel frío en las sucias losas de un patio trasero, metiendo un bastón por el desagüe de una fregadera.

Poco después, el tren salió al campo abierto, y aquello pareció extraño, casi ilógico, como si el campo fuese una especie de parque, pues en las zonas industriales uno tiene la impresión de que el humo y la suciedad lo cubren todo y de que ninguna parte de la superficie de la tierra puede escapar a ellos. En un país pequeño, superpoblado y sucio como el nuestro, la polución se da casi por descontada. Los montones de escoria y las chimeneas nos parecen un paisaje más normal y más verosímil que la hierba y los árboles, e incluso en pleno campo, cuando uno clava el tenedor en la tierra, casi espera desenterrar una botella rota o una lata oxidada. Pero en aquel lugar la nieve estaba intacta y la capa que formaba era tan espesa que sólo dejaba ver la parte superior de las cercas de piedra, que serpenteaban por la colina como caminos negros. Recordé que D. H. Lawrence, escribiendo sobre este mismo paisaje u otro de esta región, dijo que las colinas se alejaban ondulantes en la distancia «como músculos». A mí no se me habría ocurrido esta comparación. La nieve y las cercas negras parecían más bien un vestido blanco adornado con cordoncillo negro.

Aunque la nieve apenas se había fundido, el sol brillaba, y, a través de la ventanilla cerrada, parecía cálido. Según el calendario, estábamos en primavera, y algunos pájaros parecían compartir esta idea. Por primera vez en mi vida, en un claro libre de nieve junto a la vía, vi emparejarse a dos grajos. Lo hacían en el suelo y no, como yo habría imaginado, en un árbol. La forma de cortejo era curiosa. La hembra permanecía en pie con el pico abierto y el macho daba vueltas en torno a ella y hacía como que le daba de comer. Yo llevaba apenas media hora en el tren, pero las desiertas colinas nevadas, el resplandor del sol y los grandes y lustrosos pájaros me daban la sensación de estar muy lejos de la oscura cocina de los Brooker.

El conjunto de las regiones industriales forma en realidad una enorme ciudad, con

una población aproximadamente igual a la del Gran Londres pero, afortunadamente, con un área mucho mayor, de modo que en su mismo centro quedan zonas limpias y hermosas. Esto es alentador. A pesar de sus denodados esfuerzos, el hombre no ha conseguido aún llevar su porquería a todas partes. La tierra es tan grande y está aún tan poco poblada que incluso en el inmundo centro de la civilización se encuentran campos donde la hierba es verde y no gris; y quizá, buscando bien, se hallen incluso arroyos con peces vivos nadando en ellos, en lugar de latas de salmón. Durante un buen rato, quizás unos veinte minutos aún, el tren corrió en medio de campos, antes de que volviera a cerrarse sobre nosotros la civilización del chalet y apareciesen después los primeros suburbios y a continuación los montones de escoria, el vómito de las chimeneas, los altos hornos, los canales y los gasómetros de otra ciudad industrial.

2

Nuestra civilización, con la venia de Chesterton, se basa en el carbón, mucho más de lo que uno cree antes de pararse a pensar en ello. Las máquinas que nos mantienen en vida y las máquinas que fabrican estas máquinas dependen todas, directa o indirectamente, del carbón. En el metabolismo del mundo occidental, sólo el hombre que trabaja la tierra supera en importancia al minero. Éste es como una tiznada cariátide sobre cuyos hombros se apoya casi todo aquello que no está tiznado. Por ello, vale la pena observar el proceso concreto de la extracción del carbón, si se tiene la oportunidad y el deseo de tomarse esta molestia.

Al bajar a una mina de carbón, es importante llegar al tajo mientras trabajan los paleros. Esto no es fácil, pues, durante los períodos de actividad de la mina, los visitantes constituyen un estorbo y se procura evitar su presencia, pero si se va a una mina en cualquier otro momento existe el peligro de llevarse una impresión totalmente equivocada. Los domingos, por ejemplo, una mina parece casi un lugar de paz. El momento de ir es cuando las máquinas rugen y el aire está negro de polvo de carbón, cuando se puede observar directamente el trabajo de los mineros. En estas ocasiones, la mina es un verdadero infierno, por lo menos según la idea que yo tengo del infierno. La mayoría de las cosas que uno se imagina hallar en el infierno —calor, ruido, confusión, oscuridad, aire viciado y, sobre todo, una insoportable estrechez— están reunidas allí. Lo que no hay es fuego, exceptuando las débiles luces de las lámparas Davy y de las linternas eléctricas, que apenas horadan las nubes de polvo de carbón.

Una vez se ha conseguido llegar allí —y el llegar es ya toda una proeza, como explicaré dentro de un momento— se arrastra uno por entre la última serie de maderos y se encuentra ante una brillante pared negra de una altura aproximada de un metro. Es el frente de carbón. Arriba está el techo liso formado por la roca de la cual ha sido arrancado el mineral; debajo está otra vez la roca, de modo que la galería en la que uno se encuentra tiene sólo la altura de la veta de carbón. La primera impresión que se recibe, que predomina durante un rato sobre todas las demás, es la del terrible y ensordecedor ruido de la correa transportadora que se va llevando el carbón. No es posible ver a distancia, pues la niebla que forma el polvo de carbón no deja pasar la luz de la linterna, pero se distingue la fila de hombres semidesnudos, arrodillados, uno cada cuatro o cinco metros, que hunden las palas en el carbón desprendido y lo voltean rápidamente por encima del hombro izquierdo para arrojarlo a la correa transportadora, que es una cinta sin fin de caucho de unos sesenta centímetros de ancho situada un metro o dos detrás de ellos. Por esta cinta corre incesantemente un brillante río de carbón. En una mina grande se transportan de este modo varias toneladas de mineral por minuto. Esta corriente desemboca en algún punto de las galerías principales, donde es arrojado a unas vagonetas que contienen media

tonelada cada una y después llevado a las jaulas e izado a la superficie.

Es imposible observar a los paleros mientras trabajan sin sentir envidia de su fortaleza. La tarea que realizan es tremenda, casi sobrehumana con relación a la capacidad de una persona normal. No sólo extraen cantidades enormes de carbón, sino que lo hacen en una posición que duplica o triplica el esfuerzo, es decir, de rodillas, pues la altura del techo no permite estar de pie. Es fácil comprobar en la práctica el gran esfuerzo que ello significa. El trabajo de pala es relativamente fácil si se hace de pie, pues se puede usar la rodilla y el muslo para guiar la pala. Al trabajar de rodillas, todo el esfuerzo recae sobre el brazo y los músculos del vientre. Y las demás condiciones en que trabajan los mineros no les facilitan precisamente la tarea: el calor, cuya intensidad es variable, pero que en algunos momentos es sofocante; el polvo de carbón, que se introduce en la garganta y en las ventanas de la nariz y se acumula en las pestañas, y el incesante estrépito de la correa transportadora, que en aquel reducido espacio resulta parecido al tableteo de una ametralladora. Pero los paleros parecen hechos de hierro y trabajan como si así fuera. No es exagerado decir que parecen de hierro, estatuas de hierro forjado, bajo la fina capa de polvo negro que cubre sus cuerpos de la cabeza a los pies. Sólo cuando los mineros están en el tajo, desnudos, se advierte la belleza de sus cuerpos. La mayoría de estos hombres son de baja estatura (en este trabajo, una talla elevada es un inconveniente), pero casi todos tienen cuerpos muy hermosos: espaldas anchas, cintura fina y flexible, caderas esbeltas y musculosas y muslos duros y vigorosos. En ningún punto de su cuerpo hay una onza de grasa superflua. En las minas donde la temperatura es más elevada, llevan sólo unos calzoncillos muy finos, zuecos y rodilleras; allí donde el calor es más intenso llevan sólo zuecos y rodilleras. Por su aspecto, es difícil decir cuáles de ellos son jóvenes y cuáles maduros. Algunos tienen sesenta y hasta sesenta y cinco años, pero cuando están desnudos y cubiertos de polvo negro todos tienen el mismo aspecto. Para realizar este trabajo es necesario tener el cuerpo de un joven, y la figura de un guardia de corps además. Un par de kilos de más en la cintura y les resultarían imposibles las continuadas flexiones. Es un espectáculo inolvidable la fila de figuras arrodilladas e inclinadas, negras de pies a cabeza, hundiendo una y otra vez las enormes palas en el carbón con magnífica fuerza y velocidad. Los mineros trabajan siete horas y media, teóricamente sin interrupción, pues no hay un tiempo establecido para comer. Pero suelen hacer una pausa de un cuarto de hora, más o menos, en algún momento de la jornada para comer algo que han traído consigo, generalmente un bocadillo y una botella de té frío. La primera vez que bajé a ver trabajar a los paleros puse la mano sin querer en una horrible cosa viscosa tirada en el polvo del suelo. Era un trozo de tabaco masticado. Casi todos los mineros mastican tabaco; dicen que es bueno para combatir la sed.

Seguramente es necesario descender a varias minas antes de formarse una idea aproximada de los procesos que tienen lugar en ellas. Esto es sobre todo porque el solo esfuerzo de desplazarse de un punto a otro hace difícil observar lo que ocurre en

torno a uno. En algunos aspectos, la experiencia constituye una decepción, o por lo menos es diferente de lo que uno había imaginado. Entra uno en la jaula, que es una caja de acero del ancho de una cabina telefónica, aproximadamente, y dos o tres veces más larga. Tiene capacidad para diez hombres, a condición de que éstos se aprieten como sardinas en lata, y un hombre alto tiene que inclinarse para ir en ella. Se cierra la puerta de acero y alguien que maneja los mandos en la superficie nos deja caer en el vacío. Se tiene el habitual y momentáneo malestar en el vientre y una sensación de estallido en las orejas, pero no se percibe apenas sensación de movimiento hasta llegar cerca del fondo, cuando la velocidad disminuye tan rápidamente que uno juraría que el aparato vuelve a ascender. En la mitad del trayecto, la jaula alcanza probablemente los sesenta kilómetros por hora; en algunas de las minas más profundas es todavía mayor. Una vez en el fondo, cuando uno se agacha para salir, se encuentra quizás a cuatrocientos metros bajo tierra. Es decir que se tiene, por así decirlo, una montaña encima: cientos de metros de dura roca, huesos de animales de especies extinguidas, subsuelo, masas de piedra, raíces de plantas, hierba y vacas paciendo en ella, todo suspendido sobre la cabeza de uno y apoyado sólo en unos maderos del grosor de la pantorrilla. Pero, debido a la velocidad del descenso, la sensación de profundidad no es mucho mayor de la que se tiene en la estación de metro de Piccadilly.

Lo que sí resulta sorprendente son las enormes distancias horizontales que hay que recorrer una vez en el fondo. Antes de bajar a las minas, yo me había imaginado vagamente que los mineros salían de la jaula y se ponían a trabajar en el carbón, unos pocos metros más allá. No había caído en la cuenta de que, antes de empezar siquiera el trabajo, el minero ha de recorrer agachado unas distancias que pueden ser tan largas como la que separa el London Bridge de Oxford Circus[3]. En un principio, naturalmente, el pozo es excavado en un punto cercano al filón de mineral. Pero, a medida que se agota el filón y se van explotando otros nuevos, las galerías se alejan más y más del fondo del pozo. Un kilómetro entre el fondo del pozo y el tajo es probablemente la distancia media; tres kilómetros es una distancia bastante habitual, y he oído decir incluso que hay unas cuantas minas en que se llega a los cinco. Pero estas distancias no son en absoluto comparables a sus iguales en el exterior, pues, en todo este kilómetro o kilómetros, no hay, ni siquiera en la galería principal, casi ningún lugar donde sea posible ponerse en pie.

Las consecuencias de esto no son perceptibles hasta que se llevan recorridos unos centenares de metros. Uno sale de la jaula, ligeramente encorvado, y penetra en la mal iluminada galería, que tiene unos dos metros y medio de ancho y uno y medio de alto. Las paredes son de losas de pizarra, como las paredes de piedra de Derbyshire. A una distancia de uno o dos metros entre sí están los maderos que sostienen las vigas. Algunas de éstas han cedido formando increíbles curvas bajo las cuales uno tiene que agacharse para evitar el golpe. Por lo general, el estado del suelo dificulta también la marcha, a causa de la espesa capa de polvo y los puntiagudos trozos de

pizarra, y en algunos lugares donde hay agua está lleno de barro como un corral. Está además la vía de las vagonetas, que parece la de un tren en miniatura, cuyas traviesas están a dos o tres palmos una de otra y obstaculizan el paso. Todo está gris del polvo de la pizarra y se percibe un olor que parece ser el mismo en todas las minas. Se ven misteriosas máquinas cuya función es imposible adivinar y manojos de herramientas colgados de alambres. A veces se divisan también ratas que huyen velozmente del haz luminoso de las linternas. Estos animales son sorprendentemente numerosos en las minas, sobre todo en aquéllas en las que hay o ha habido caballos. Sería interesante saber cómo llegaron las primeras; probablemente cayeron por los pozos. Se dice que una rata puede caer desde cualquier altura sin hacerse daño, debido a que su superficie es tan grande con relación a su peso. Uno avanza, pues, pegado a la pared para dejar paso a las filas de vagonetas que avanzan lentamente, traqueteando hacia el pozo, arrastradas por un cable sin fin de acero accionado desde la superficie. Uno avanza lentamente por entre cortinas de arpillera y gruesas puertas de madera que, cuando están abiertas, dan paso a violentos golpes de aire. Estas puertas son una parte importante del sistema de ventilación. El aire viciado es extraído de un pozo por medio de ventiladores, y el aire puro entra de manera natural por el otro pozo. Pero, abandonado a su propio impulso, este aire tomaría el camino más corto, dejando sin ventilar las galerías más profundas, de modo que todos estos caminos cortos deben ser cerrados.

Al principio, el hecho de andar agachado es hasta divertido, pero la diversión se acaba pronto. Yo tengo el inconveniente de ser alto, pero cuando el techo desciende hasta un nivel de un metro veinte o menos el recorrido es muy duro para todo el que no sea un niño o un enano. No sólo es necesario doblar el cuerpo, sino además mantener la cabeza levantada todo el rato, para ver las vigas y esquivarlas. Ello da lugar a un constante calambre en el cuello. Pero esto no es nada comparado con el dolor de las rodillas y los muslos que, al cabo de unos quinientos metros, se convierte (sin ninguna exageración) en insoportable. Uno comienza a preguntarse si podrá llegar al final del camino y cómo demonios se las arreglará para regresar. La marcha se hace cada vez más lenta. Se llega a un trecho de unos doscientos metros donde el techo es excepcionalmente bajo, y se hace necesario avanzar casi en cuclillas. Después, súbitamente, el techo gana en altura —debido, probablemente, a un antiguo desprendimiento— y durante veinte metros seguidos es posible andar derecho, lo cual representa un alivio extraordinario. Pero a continuación viene otro trecho difícil de cien metros de longitud y después una serie de vigas, bajo las cuales se hace necesario avanzar a cuatro patas; mas incluso esto es un alivio después de la marcha en cuclillas. Pero cuando se llega al final de las vigas y uno intenta ponerse en pie otra vez, observa que las rodillas se han declarado en huelga y se niegan a sostenerle. Avergonzado, uno se detiene y declara que desearía descansar un momento. El guía —un minero— lo comprende. Sabe que los músculos del visitante no son como los suyos. «Sólo faltan cuatrocientos metros», dice, para animarle a uno, pero la

impresión que uno tiene es de que faltan cuatrocientos kilómetros. Pero finalmente se consigue llegar hasta el frente de carbón. Para recorrer un kilómetro se ha empleado casi una hora; un minero habría hecho el mismo trayecto en poco más de veinte minutos. Una vez ha llegado al tajo, el visitante ha de echarse al suelo, haciendo caso omiso del polvo, y recuperar fuerzas durante unos minutos antes de poder siquiera mirar el trabajo de los mineros con alguna lucidez.

El regreso es peor que la ida, no sólo porque uno se encuentra ya cansado sino porque el camino de vuelta al pozo suele formar una ligera pendiente. Uno recorre los trechos angostos a la velocidad de una tortuga, y no se avergüenza ya de pedir una parada cuando le flaquean las rodillas. Incluso la linterna que uno lleva se convierte en un estorbo; al tropezar, se cae muchas veces al suelo y, si se trata de la lámpara Davy, se apaga. El esfuerzo de agacharse bajo las vigas se hace cada vez más penoso y a veces se olvida uno de hacerlo. Se intenta caminar con la cabeza inclinada, como lo hacen los mineros, y entonces se golpea la espina dorsal. Incluso los mineros se dan golpes en la espalda con bastante frecuencia. Ésta es la razón por la cual, en las minas muy cálidas, donde es necesario trabajar casi desnudo, casi todos los mineros tengan lo que ellos llaman «botones en la espalda», o sea una cicatriz permanente sobre cada vértebra. Cuando la vía de la vagoneta discurre cuesta abajo, los mineros colocan sus zuecos, cuya suela es hueca, en los raíles, y patinan sobre ellos. En las minas en que el «camino» es muy duro, todos los mineros llevan unos bastones de unos setenta centímetros de longitud, con un hueco debajo del puño. En los trechos más fáciles, se coge el bastón por el puño, y en los angostos se pasa la mano por el hueco. Estos bastones son muy útiles, y los cascos protectores de madera —invención relativamente reciente— son una verdadera bendición. Tienen la forma de un casco de acero francés o italiano, pero están hechos de un cierto tipo de médula. Son muy livianos y tan resistentes que, llevándolos, se pueden recibir sin dolor violentos golpes en la cabeza.

Cuando se vuelve a la superficie, después de haber pasado, quizás, unas tres horas bajo tierra y de haber andado dos kilómetros, se está más cansado que si se hubiesen caminado veinticinco kilómetros por el exterior. Durante una semana, se siente una rigidez tal en los muslos que el hecho de bajar escaleras es una difícil hazaña; hay que hacerlo de una manera especial, de lado, sin flexionar las rodillas. Los amigos mineros observan esta rigidez en el andar y hacen bromas sobre ello. («Te gustaría trabajar allá en lo hondo, ¿eh?»). Pero incluso un minero que haya estado una temporada larga sin trabajar —debido a una enfermedad, por ejemplo— lo pasa mal durante unos días cuando vuelve al pozo.

Puede parecer que exagero, pero cualquiera que haya estado en un pozo de instalaciones anticuadas (como lo son la mayoría de los pozos de Inglaterra) y haya llegado realmente hasta el frente de carbón hablará en términos parecidos. De todas maneras, lo que quiero recalcar es lo siguiente: ese gran esfuerzo de arrastrarse del pozo al tajo y viceversa, que para una persona normal representaría ya en sí misma

una dura jornada de trabajo, no cuenta como trabajo para el minero, sino que constituye un extra, como los viajes en metro del hombre de la ciudad. El minero hace este recorrido de ida y vuelta y en medio tiene siete horas y media de trabajo brutal. Yo nunca he recorrido mucho más de un kilómetro para llegar al frente de carbón, pero este camino es a menudo de tres kilómetros, en cuyo caso yo y la mayoría de la gente que no son mineros serían incapaces de hacerlo. Éste es el tipo de cosa que casi siempre pasa desapercibida. Cuando se piensa en una mina de carbón se piensa en la profundidad, el calor, la oscuridad y las negras figuras golpeando las paredes de carbón, pero no se piensa en esos kilómetros de marcha. Además, está la cuestión del tiempo. La jornada de un minero, siete horas y media, no parece muy larga, pero hay que añadirle por lo menos una hora diaria de camino; lo más frecuente son dos horas, y a veces tres. Naturalmente, el «camino» no se considera trabajo y no es retribuido, pero en realidad es trabajo y trabajo duro. Es fácil decir que los mineros están acostumbrados. Ciertamente, para ellos no es lo mismo que sería para ustedes o para mí. Ellos lo han hecho desde niños y tienen los músculos endurecidos; pueden moverse de aquí para allá por las galerías con una sorprendente y escalofriante agilidad. El minero agacha la cabeza y *corre*, a largas zancadas, por lugares en los que yo iría dando tumbos. Les he visto sortear a cuatro patas los maderos del pozo con una agilidad casi canina. Pero es un gran error creer que les gusta hacer tal cosa. He hablado de esto con muchísimos de ellos y todos coinciden en afirmar que el «camino» es un trabajo duro. Además, cuando hablan entre ellos de las ventajas y desventajas de un pozo, el camino es siempre una de las cosas que salen a relucir. Se dice que los obreros de un relevo siempre vuelven del trabajo más aprisa de lo que han ido, pero todos los mineros dicen que es el regreso, después de un día de duro trabajo, el que resulta más pesado. El camino forma parte de su trabajo y ellos son capaces de hacerlo, pero ciertamente es un esfuerzo adicional. Es comparable, quizás, al subir a una colina antes y después de cada jornada.

Cuando se han visitado dos o tres pozos, se empiezan a comprender en alguna medida los procesos que se desarrollan allí. (A propósito de esto, he de señalar que no sé nada en absoluto acerca del aspecto técnico de la minería; me limito a describir lo que he visto). El carbón se presenta en filones entre enormes capas de piedra, de modo que el proceso de extracción es, en lo esencial, como vaciar la capa central de un helado de corte. Antes, los mineros arrancaban directamente el carbón con un pico y una barra, lo cual resultaba muy lento, pues el carbón, en su estado primitivo, es casi tan duro como la piedra. En la actualidad, el trabajo preliminar se hace con una cortadora eléctrica que es, básicamente, una sierra continua de enorme potencia, que se desplaza horizontalmente y no verticalmente, y cuyos dientes tienen unos cincuenta milímetros de longitud y quince o veinticinco de grosor. Puede moverse por sí misma hacia atrás o hacia adelante, y los hombres que la manejan pueden imprimirle un movimiento rotatorio en ambos sentidos. Por cierto que esta herramienta hace uno de los ruidos más horribles que he oído nunca, y levanta nubes

de polvo de carbón que hacen imposible ver a una distancia superior a medio metro o un metro y dificultan enormemente la respiración. La máquina se desplaza por el carbón cortando el filón por la base y socavándolo en una profundidad de metro y medio, aproximadamente. Hecho esto, es relativamente fácil extraer el carbón hasta el punto en que ha sido socavado. Si, a pesar de esta preparación, la extracción sigue siendo difícil, hay que desprenderlo por medio de explosivos. Valiéndose de una perforadora eléctrica, versión bastante reducida de las usadas en la reparación de pavimentos, un hombre practica varios orificios en el carbón, a intervalos regulares, introduce el explosivo en esos orificios y los tapona con arcilla. Da la vuelta a la esquina si es que hay alguna cerca (debe apartarse veinticinco metros) y hace estallar la carga eléctricamente. Esta operación no tiene por objeto desprender el carbón, sino sólo resquebrajarlo. Pero a veces la carga es demasiado potente y da lugar no sólo al desprendimiento del carbón sino al derrumbamiento del techo.

Después de la voladura, los paleros pueden desprender el carbón, partirlo y echarlo a la correa transportadora. El mineral cae al principio en enormes bloques que pueden pesar hasta las veinte toneladas. La correa lo lleva hasta las vagonetas, que son llevadas a la galería principal y sujetas a un cable sin fin de acero que las conduce a la jaula. Son izadas a la superficie, y, una vez allí, el carbón es tamizado y, en caso contrario, lavado. En la medida de lo posible, las escorias —es decir, la pizarra— se usan para la construcción del firme de las carreteras. Todo lo que no se utiliza es enviado a la superficie y amontonado; de ahí los monstruosos montones de escombros, esas horribles montañas grises características de las zonas carboníferas. Cuando se ha extraído todo el carbón hasta el punto que ha cortado la máquina, el frente del mineral se ha desplazado en cosa de un metro y medio. Se colocan entonces nuevos maderos para sostener el techo, y durante el siguiente turno la correa transportadora es desmontada, trasladada un metro y medio más adelante y vuelta a montar. En la medida de lo posible, las tres operaciones de cortado, voladura y extracción son realizadas en tres turnos sucesivos: el corte por la tarde, la voladura por la noche (pues existe una ley, no siempre observada, que prohíbe que se lleve a cabo mientras haya otros hombres trabajando en las proximidades) y la extracción por la mañana. El turno de la mañana dura desde las seis hasta la una y media.

Probablemente, el observador del proceso de extracción sólo lo presenciará durante un rato, y sólo al hacer algunos cálculos se dará cuenta del impresionante trabajo que realizan los paleros. Normalmente, cada hombre debe limpiar un espacio de cuatro o cinco metros de ancho. La cortadora ha socavado el carbón hasta una profundidad de un metro y medio, de modo que si el estrato de carbón tiene, aproximadamente, un metro de altura, cada palero debe arrancar, romper y cargar en la correa una cantidad de mineral que oscila entre los siete y los doce metros cúbicos. Dado que un metro cúbico pesa veintisiete quintales, resulta que cada hombre extrae carbón a un ritmo que se aproxima a las dos toneladas por hora. Tengo la suficiente experiencia del trabajo de pico y pala como para darme cuenta de lo que esto

significa. Cuando cavo zanjas en el jardín, si extraigo dos toneladas de tierra durante la tarde, siento que me he ganado la merienda. Pero la tierra es mucho más blanda que el carbón; además, yo no tengo que trabajar de rodillas, a trescientos metros bajo tierra, con un calor sofocante y tragando polvo de carbón cada vez que respiro; ni tampoco he de caminar un kilómetro con el cuerpo encorvado antes de comenzar. El trabajo de la mina está tan por encima de mi capacidad como lo estaría hacer exhibiciones en el trapecio volante o ganar el *Grand National*[4]. No soy un trabajador manual y quiera Dios que nunca haya de serlo, pero hay algunos tipos de trabajo físico que podría realizar si fuese necesario. En caso de apuro, podría convertirme en un barrendero pasable, en un mal jardinero o incluso en un peón agrícola de los peores. Pero me resulta imposible imaginar que, por más que me esforzara y me entrenara, pudiese nunca hacer de minero; ese trabajo acabaría conmigo en quince días.

Al observar el trabajo de los mineros, uno se da cuenta por un momento de cuán diferentes son los mundos en que viven los distintos tipos de gente. Las profundidades de donde se saca el carbón constituyen una especie de universo aparte del que uno puede no saber nada de nada en toda su vida. Seguramente, la mayoría de las personas preferirían incluso esta ignorancia. Y sin embargo ese mundo subterráneo es la contrapartida absolutamente necesaria de nuestro mundo exterior. Prácticamente todo lo que hacemos, desde comernos un helado hasta cruzar el Atlántico, y desde cocer un pan hasta escribir una novela implica, directa o indirectamente, el uso de carbón. El carbón es necesario a las actividades de la paz, y es indispensable cuando estalla una guerra. En tiempo de revolución, el minero debe continuar trabajando; si no, la revolución se detiene, pues tanto la revolución como la reacción necesitan combustible. Ocurra lo que ocurra en el exterior, las cortadoras y las palas deben moverse sin pausa, o por lo menos sin pausa superior a unas semanas, todo lo más. Para que Hitler pueda marcar el paso de la oca, para que el Papa pueda denunciar el bolchevismo, para que los aficionados al críquet puedan acudir al Lord’s y para que los poetastros puedan rascarse la espalda unos a otros tiene que haber carbón. Pero, en general, no somos conscientes de ello. Todos sabemos que «el carbón es necesario», pero nunca o casi nunca pensamos en lo que representa sacarlo de la tierra. Aquí estoy yo, escribiendo junto a mi agradable fuego de carbón. Estamos en abril, pero todavía no puedo prescindir de la chimenea. Una vez cada quince días, se para frente a la puerta la camioneta del carbón y unos hombres con cazadoras de cuero lo entran en casa en gruesos sacos que huelen a alquitrán y lo echan ruidosamente en la carbonera. Muy pocas veces, haciendo un verdadero esfuerzo mental, relaciono este carbón con el remoto trabajo de las minas. Es simplemente «carbón», una cosa que necesito, una cosa negra que llega misteriosamente de ningún sitio concreto, como el maná, con la diferencia de que cuesta dinero. Se puede muy bien atravesar en automóvil todo el norte de Inglaterra y no recordar ni una sola vez que, a decenas de metros bajo la carretera, están los

mineros dándole a las palas. Y, en cierto modo, son ellos los que hacen andar el coche. Su mundo de allá abajo, iluminado por linternas, es tan necesario al mundo donde brilla el sol como la raíz a la flor.

No hace mucho tiempo, las condiciones de trabajo en las minas eran peores que las de ahora. Aún viven algunas mujeres muy ancianas que trabajaron allí en su juventud, arrastrando a cuatro patas vagonetas de carbón con una correa en torno a la cintura y una cadena entre las piernas. Seguían trabajando así incluso cuando estaban embarazadas. E incluso hoy en día, si el carbón no pudiera ser extraído sin que mujeres embarazadas lo arrastrasen de un lugar a otro, creo que permitiríamos que lo hiciesen antes que quedarnos sin él. Pero, naturalmente, en la mayoría de las ocasiones, preferiríamos olvidar que lo hacían. Es lo mismo que ocurre con todas las formas de trabajo manual; nos es indispensable para vivir, pero olvidamos su existencia. Quizá más que nadie, el minero es representativo del trabajador manual; no sólo por la excepcional dureza de su trabajo sino también por lo vitalmente necesario que es este trabajo y porque, a pesar de ello, queda tan alejado de nuestra vida, es, por así decirlo, tan invisible que podemos olvidarlo de la misma forma que olvidamos la sangre de nuestras venas. En un cierto sentido, es incluso humillante observar el trabajo de los mineros, pues suscita en uno una momentánea duda acerca de su condición de «intelectual» y de persona superior en general. Se da uno cuenta, por lo menos mientras está en la mina, de que la gente superior puede seguir siendo superior sólo gracias al hecho de que los mineros están allí echando el bofe. Usted, yo, el director del suplemento literario del *Times*, los poetastros, el arzobispo de Canterbury y el camarada X, autor de *El marxismo para niños*, debemos *realmente* la relativa comodidad de nuestras vidas a los pobres forzados que trabajan bajo tierra, negros de los pies a la cabeza, con la garganta llena de polvo, empujando las palas con sus músculos de acero.

3

Cuando el minero sale del pozo está tan pálido que su palidez es visible incluso a través de la máscara de polvo. Ello se debe al aire viciado que ha estado respirando, y desaparecerá al cabo de un rato. Para un hombre del sur que visita por primera vez las zonas mineras, la visión de varios centenares de mineros saliendo de un pozo resulta un espectáculo extraño y un tanto siniestro. Sus caras cubiertas de hollín revelan su agotamiento, y tienen una expresión hosca y salvaje. Fuera del trabajo, cuando llevan la cara limpia, se distinguen en poco del resto de la gente. Tienen una forma característica de andar, muy derechos y con los hombros echados hacia atrás, como reacción al constante agacharse de allá abajo. Pero la mayoría de ellos son de baja estatura, y sus ropas bastas y mal cortadas ocultan la belleza de sus cuerpos. Su rasgo físico más característico son las cicatrices azules en la nariz. Todos los mineros tienen cicatrices azules en la nariz y en la frente, que permanecerán allí hasta el día de su muerte. El polvo de carbón que satura el aire de la mina se introduce en toda pequeña herida que se produce y se queda allí al cicatrizar la piel, formando una mancha azul, como un tatuaje, pues en realidad no es otra cosa. Algunos de los hombres de más edad tienen la frente veteada de azul como el queso de Roquefort.

Cuando el minero sale a la superficie, lo primero que hace es gargarizar un poco de agua para sacarse el polvo de carbón de la garganta y de la nariz. Después, en su casa, se lava o no, según su costumbre. Por lo que he visto, yo diría que la mayoría de los mineros prefieren comer primero y lavarse después, como lo preferiría yo en sus circunstancias. Es habitual ver a un minero sentado a la mesa del té con la cara completamente negra excepto los labios, limpios por el hecho de comer, y que parecen muy rojos. Después de la comida, el minero coge un balde de agua y se lava metódicamente, primero las manos, después el pecho, el cuello y los sobacos y finalmente la cara y el cuero cabelludo, donde el polvillo se acumula en mayor cantidad. Después, su mujer le lava la espalda con la toalla. Con ello, queda limpia la mitad superior de su cuerpo; probablemente tiene aún el ombligo lleno de carbón, pero aun así no es fácil quedar pasablemente limpio con un solo balde de agua. Yo, por mi parte, necesitaba bañarme dos veces cada vez que salía de una mina. Sólo para limpiarse las pestañas se requieren diez minutos.

En algunas de las explotaciones mayores y mejor organizadas, los mineros disponen de baños a la salida misma de los pozos. Esto constituye una ventaja enorme, porque les permite lavarse completamente todos los días de forma cómoda y agradable, y porque en los baños cada hombre tiene dos armarios, y puede así guardar su ropa de trabajo separada de la corriente, de modo que a los veinte minutos de salir del pozo negro como un tizón puede marcharse a ver un partido de fútbol limpio y bien vestido. Pero estos baños no abundan, porque los filones de carbón se agotan un

día u otro, y no siempre vale la pena instalar unos baños cada vez que se abre un pozo. No dispongo de cifras exactas, pero parece ser que, de cada tres mineros, apenas uno dispone de baño a la salida del pozo. Probablemente, la inmensa mayoría de los mineros están completamente negros de cintura para abajo por lo menos durante seis días a la semana. En sus casas, les resulta casi imposible lavarse completamente. Cada gota de agua que usan ha de ser calentada y, en una reducida sala de estar en la que han de caber, además de la cocina de carbón y de algunos muebles, la esposa, los hijos y probablemente un perro, no existe la posibilidad física de tener una bañera. Incluso con un balde se salpican de agua los muebles. La gente de la clase media dice que los mineros no se lavarían como Dios manda ni que tuviesen los medios, pero esto no es cierto, como lo demuestra el hecho de que en los pozos con baños a la salida prácticamente todos los hombres los usan. Sólo los mineros más viejos siguen aferrados a la creencia de que lavarse las piernas es causa de lumbago. Por otra parte, los baños a la salida del pozo, allí donde existen, son costeados, total o parcialmente, por los propios mineros, a través del Fondo de Asistencia a los Mineros[5]. Algunas veces la compañía contribuye, y otras el Fondo cubre enteramente los gastos. Pero seguro que aún ahora, en los hotelitos de Brighton[6], las señoras ancianas siguen diciendo: «Si los mineros tuviesen bañera, la usarían para guardar el carbón».

En realidad, lo que sorprende es que los mineros se laven con tanta regularidad, dado el poco tiempo que les queda entre el trabajo y el sueño. Es un gran error creer que la jornada laboral de un minero dura sólo siete horas y media. Siete horas y media es el tiempo que pasa en el tajo, pero, como ya he explicado, hay que contar además el tiempo invertido en el «camino», que pocas veces es inferior a una hora y a menudo es de tres horas. Además, muchos mineros han de recorrer un trayecto largo entre su casa y el pozo. En todas las áreas industriales se da una gran escasez de viviendas; sólo en los pequeños pueblos mineros, donde todas las casas están agrupadas en torno al pozo, viven los mineros cerca del trabajo. En las grandes ciudades mineras que yo he visitado, casi todos tomaban el autobús. El gasto semanal en transportes era de unos dos chelines y medio. Un minero en cuya casa me alojé trabajaba en el turno de la mañana, de las seis a la una y media. Se levantaba a las cuatro menos cuarto y volvía a casa después de las tres. En otra casa donde me hospedé, un muchacho de quince años trabajaba en el turno de noche. Se marchaba a las nueve y volvía a las ocho de la mañana, desayunaba y se iba en seguida a dormir. Se levantaba a las seis de la tarde. O sea que su tiempo libre era de unas cuatro horas al día, mucho menos en realidad, si se descuenta el tiempo de comer, lavarse y vestirse.

Los cambios que debe hacer la familia de un minero cuando éste es trasladado de un turno a otro deben de ser extremadamente molestos. Si trabaja en el turno de noche, llega a casa a la hora del desayuno; si lo hace en el de la mañana llega a media tarde, y si trabaja por la tarde regresa en plena noche. Como es lógico, en cualquiera

de los tres casos, toma la comida fuerte del día al volver a casa. En su libro *England*, el Rdo. W. R. Inge acusa a los mineros de glotonería. La mayoría de los mineros con quienes conviví comían algo menos que yo. Muchos de ellos me dijeron que después de una comida abundante no podían trabajar. Lo que comen en la mina es sólo un tentempié, generalmente un bocadillo y té frío. El té lo llevan en una botella plana de metal sujeta al cinturón. Cuando el minero vuelve a casa de noche, su mujer le espera despierta, pero, cuando trabaja por la mañana, acostumbra a prepararse él mismo el desayuno. Parece ser que no se ha extinguido aún totalmente la antigua superstición según la cual trae mala suerte el hecho de ver a una mujer antes de entrar a trabajar por la mañana. Cuentan que en los viejos tiempos se daba el caso de que un minero que se encontraba con una mujer volvía a casa y dejaba de trabajar aquel día.

Antes de mi estancia en las zonas carboníferas, yo compartía la extendida creencia de que los mineros están relativamente bien pagados. Uno oye decir que un minero cobra diez u once chelines diarios, hace una multiplicación y deduce que los mineros ganan unas dos libras a la semana o unas ciento cincuenta al año. Pero la afirmación de que un minero cobra diez u once chelines por día no es cierta en la mayoría de los casos. Sólo los paleros cobran esta cantidad. Un techador, por ejemplo, que es contratado por días, cobra menos, unos ocho o nueve chelines. Además, cuando el palero trabaja a destajo, a tanto por tonelada extraída, como ocurre en muchas minas, sus ganancias dependen de la calidad del carbón. Una avería en la maquinaria o la presencia de un «caballo» —una veta de piedra atravesando el filón de mineral— pueden robarle el jornal de uno o dos días. Y en ningún caso se debe suponer que el minero trabaja seis días por semana durante las cincuenta y dos semanas del año. Es casi seguro que habrá un cierto número de días en que estará «desocupado». El jornal medio por día trabajado de todos los obreros de las minas de Inglaterra, de ambos sexos y de todas las edades, fue, en 1934, de 9 chelines y 1 ¾ peniques[7]. Según esta cifra, si todos los obreros de las minas trabajasen durante todo el año, ganarían algo más de 142 libras anuales, casi 2 libras y 15 chelines a la semana. Pero sus ingresos reales son mucho menores, pues la cifra de 9 chelines y 1 ¾ peniques es el jornal medio de los días trabajados y no tiene en cuenta los días de desocupación.

Tengo ante mí cinco hojas de salario de un minero de Yorkshire, correspondientes a cinco semanas (no consecutivas) de principios de 1936. Como promedio, representan un salario semanal bruto de 2 libras, 15 chelines y 2 peniques, según lo cual, el jornal medio asciende casi a 9 chelines y 2 ½ peniques. Pero estas hojas de salario corresponden a meses de invierno, durante los cuales casi todas las minas funcionan a pleno rendimiento. Con la primavera, la venta de carbón va disminuyendo y un número creciente de hombres quedan «temporalmente desocupados», mientras que otros que en teoría siguen trabajando quedan también desocupados durante un día o dos por semana. Es evidente, pues, que el cálculo según el cual un minero gana anualmente 150, o incluso 142 libras, es enormemente

exagerado. En 1934, los ingresos anuales brutos de todos los mineros ingleses fueron, como promedio, de sólo 115 libras, 11 chelines y 6 peniques. Las cifras concretas variaron considerablemente de una zona a otra: en Escocia alcanzaron las 133 libras, 2 chelines y 8 peniques, mientras que en Durham bajaron algo de las 105 libras, lo que representa poco más de 2 libras semanales. He tomado estas cifras de *The Coal Scuttle*, de Joseph Jones, alcalde de Barnsley, Yorkshire. El señor Jones añade:

«Estas cifras tienen en cuenta el salario de los jóvenes y el de los adultos y las categorías laborales de mayor y menor retribución… estas cifras incluyen las retribuciones elevadas, tales como las de algunos empleados de oficinas y obreros de salarios más altos, así como las cantidades más elevadas pagadas por horas extraordinarias.

Dado que se trata de promedios, las cifras no pueden… reflejar la situación de miles de trabajadores adultos, cuyos salarios estaban muy por debajo del promedio, que cobraban solamente de 30 a 40 chelines por semana, o incluso menos».

La bastardilla es del señor Jones. Observen, por favor, el hecho de que incluso estos míseros salarios son salarios *brutos*. Cada semana, el salario del minero es objeto de toda una serie de deducciones. Ésta es una lista de las mismas, que me fue entregada como representativa en un distrito de Lancashire.

Deducción	Chel.	Pen.
Seguro (médico y de paro)	1	5
Alquiler de la linterna		6
Afilado de herramientas		6
Canon de pesaje		9
Enfermería		2
Hospital		1
Fondo de Beneficencia		6
Cuota sindical		6
Total …	4	5

Algunas de estas deducciones, como el Fondo de Beneficencia y las cuotas sindicales, han sido establecidas, por decirlo así, por voluntad de los propios trabajadores. Otras son impuestas por la compañía. No son las mismas en todos los distritos. Por ejemplo, la inicua estafa que representa obligar al minero a pagar el alquiler de su linterna (a razón de seis peniques a la semana paga su importe total varias veces en el curso de un solo año) no se produce en todas partes. Pero las deducciones siempre parecen totalizar la misma cantidad. En las cinco hojas de salario del minero de Yorkshire, el salario semanal bruto es, como promedio, de 2 libras, 15 chelines y 2 peniques; el salario neto, una vez realizadas las deducciones, es, como promedio, de sólo 2 libras, 11 chelines y 4 peniques, es decir, que se ha

efectuado una reducción media de 3 chelines y 10 peniques a la semana. Pero, como es lógico, la hoja de salario sólo menciona las reducciones impuestas por la compañía o pagadas a través de ella; hay que añadir a éstas las cuotas sindicales, que hacen que las reducciones sobrepasen los cuatro chelines. Seguramente es exacto afirmar que las diversas deducciones se llevan unos cuatro chelines del salario semanal de *todos* los mineros adultos. De modo que las 115 libras, 11 chelines y 6 peniques que constituían el salario medio del minero inglés en 1934 debieron de convertirse, a la hora de la realidad, en unas 105. Hay que señalar, sin embargo, que la mayoría de los mineros pueden comprar el carbón para su uso doméstico a precio reducido, unos ocho o nueve chelines la tonelada. Pero, según el señor Jones, a quien he citado anteriormente, «el valor medio de todos los pagos en especie efectuados en todo el país es sólo de cuatro peniques diarios». Y estos cuatro peniques diarios equivalen ya, en muchos casos, a los gastos de transportes. O sea que, considerando la industria en general, la cantidad media que el minero trae efectivamente a casa no rebasa las dos libras semanales, o quizá ni alcanza esa cifra.

Por otro lado, ¿cuánto carbón produce un minero, como promedio?

El número de toneladas de carbón extraídas anualmente por persona empleada en las minas aumenta de forma progresiva aunque lenta. En 1914, cada minero produjo, como promedio, 253 toneladas de carbón; en 1934, 280[8]. Naturalmente, esta cifra es un promedio, para la obtención del cual se ha partido del número total de trabajadores de las minas; los que realmente extraen carbón producen cantidades mucho mayores: en muchos casos, probablemente, mucho más de mil toneladas cada uno. Pero, incluso tomando las 280 toneladas como cifra real, vale la pena fijarse en el enorme trabajo que representa. Una buena manera de hacerse una idea es comparar la vida de un minero con la de otra persona. Si yo vivo hasta los sesenta años, habré producido, digamos, unas treinta novelas, con las que se podrán llenar dos estantes de biblioteca. En el mismo espacio de tiempo, un minero produce, como promedio, 8400 toneladas de carbón, una cantidad suficiente para cubrir Trafalgar Square de un pavimento de cincuenta centímetros de espesor o para aprovisionar de combustible a siete familias numerosas durante más de cien años.

De las cinco hojas de salario que he mencionado antes, tres llevan un sello que dice «Deducción por fallecimiento». Cuando un minero muere en accidente de trabajo, existe la costumbre de que todos sus compañeros hagan una colecta para la viuda, contribuyendo generalmente con un chelín cada uno. La colecta es realizada por la compañía, y la cantidad que se entrega es automáticamente descontada de los salarios. El detalle significativo lo constituye el *sello de goma*. Entre los mineros, el índice de accidentes es tan elevado en relación con el de otros oficios, que los fallecimientos se dan casi por descontados, casi como ocurriría en una guerra. Cada año muere un minero de cada novecientos y es herido uno de cada seis, aproximadamente. Desde luego, la mayoría de estas heridas no son graves, pero un buen número de ellas son causa de incapacidad total. Esto significa que, si un minero

tiene cuarenta años de actividad laboral, tiene aproximadamente una posibilidad contra siete de no resultar herido y poco más de veinte contra una de morir en accidente. Ningún otro trabajo tiene un índice de peligrosidad tan alto; el que le sigue es la navegación, en la cual muere un marinero de cada (menos de) 1300 todos los años. Las cifras que he dado corresponden al conjunto de los trabajadores de las minas; para los que trabajan en los pozos, el riesgo proporcional es mucho mayor. Todos los mineros veteranos con quienes he hablado habían tenido un accidente serio o bien habían visto morir a varios de sus compañeros. En todas las familias de mineros se cuentan historias de padres, hermanos o tíos muertos en accidente. («Se cayó de una altura de doscientos metros, y no le habrían recogido ni a pedazos si no llega a llevar un traje impermeable nuevo», y muchas otras parecidas). Algunas de estas historias son horrorosas. Por ejemplo, un minero me contó que un compañero suyo, un eventual, quedó enterrado a causa de un desprendimiento. Los demás corrieron hacia él y consiguieron liberar su cabeza y hombros, de modo que pudiera respirar. El hombre estaba vivo y les habló. Entonces vieron que el techo se venía abajo otra vez y hubieron de alejarse para ponerse a salvo; el obrero quedó sepultado una vez más. De nuevo corrieron hacia él, de nuevo dejaron su cabeza y sus hombros al descubierto, comprobaron que estaba vivo y hablaron con él. Pero el techo se derrumbó una tercera vez, y aquella vez no pudieron auxiliarle basta pasadas varias horas, cuando ya había muerto. Pero el minero que me lo contó (que había quedado sepultado una vez, pero había tenido la suerte de quedarse con la cabeza encajada entre las piernas, de modo que tenía un pequeño espacio para respirar) no parecía considerar el suceso como especialmente horrible. Lo que él recalcaba era el hecho de que el eventual sabía perfectamente que el lugar donde trabajaba no era seguro, y esperaba el accidente día tras día. «Estaba tan convencido de que le pasaría algo que cogió la costumbre de besar a su mujer al salir para la mina. Y después ella me dijo que hacía más de veinte años que no la besaba».

La causa más evidente de los accidentes en las minas son las explosiones de gas. Éste está siempre presente, en mayor o menor cantidad, en el aire de los pozos. Existe una lámpara especial para detectarlo, y cuando alcanza una cierta proporción puede ser detectado por el color azul que adquiere la llama de una lámpara Davy corriente. Cuando se da la mecha hasta el máximo y persiste el azul de la llama, la proporción de gas ha alcanzado un nivel peligroso. Pero la detección del gas no es tan fácil como parece desprenderse de esto, pues no se diluye uniformemente en el aire sino que se queda en grietas y rendijas. A menudo, antes de ponerse al trabajo, el minero pasa la lámpara por todos los rincones, para asegurarse. El gas puede ser inflamado por una chispa durante las operaciones de voladura, por una chispa arrancada de la piedra por un pico, por una lámpara defectuosa o por unos fuegos que nacen espontáneamente, que arden sin llama en el polvo de carbón y son muy difíciles de apagar. Las grandes catástrofes que se producen de cuando en cuando en las minas, en las que mueren varios centenares de hombres, suelen ser motivadas por las explosiones; de ahí la

creencia de que éstas constituyen el principal peligro para los mineros. En realidad, la gran mayoría de los accidentes se deben a los peligros corrientes y habituales de los pozos, en particular a los desprendimientos. Están, por ejemplo, las marmitas de gigante, debidas a orificios circulares naturales en la roca, de los que puede desprenderse, con la rapidez de una bala, un bloque de piedra de volumen suficiente para matar a un hombre.

Con una sola excepción, que yo recuerde, todos los mineros con quien he hablado declararon que la nueva maquinaria y, en general, la aceleración del trabajo han hecho éste más peligroso. Esto puede deberse en parte al conservadurismo, pero los mineros argumentan ampliamente esta opinión. En primer lugar, la velocidad a la que se extrae el carbón hoy en día significa que un trozo de techo de dimensiones peligrosas permanece sin entibar durante varias horas. Está además la vibración, que lo sacude y desplaza todo, y el ruido, que dificulta la percepción de las señales de peligro. Hay que recordar que la seguridad de un minero en el pozo depende en gran medida de su precaución y habilidad. Los mineros veteranos afirman saber, por una especie de instinto, cuándo el techo está inseguro. Ellos dicen que «sienten como se les viene encima». Por ejemplo, saben oír el leve crujido de los maderos al curvarse. Estos maderos son aún generalmente preferidos a las vigas de hierro, pues un madero que va a ceder «avisa» con sus crujidos, mientras que una viga salta inesperadamente. Pero el espantoso ruido de las máquinas hace imposible oír nada más, con lo cual el peligro aumenta.

Cuando un minero es herido, es imposible acudir en su ayuda inmediatamente. Queda atrapado bajo varios quintales de piedra, en un angosto y horrible hueco, y, cuando se ha logrado liberarle, es necesario aún transportarle a una distancia de un kilómetro o más por unas galerías en las que es imposible ponerse en pie. De los mineros con quienes hablé, los que habían sido heridos alguna vez me contaron que había transcurrido cosa de un par de horas antes de que les sacaran a la superficie.

A veces se producen accidentes en la jaula. Ésta sube y baja a la velocidad de un tren expreso, y es accionada desde la superficie por un operario que no ve lo que ocurre abajo. Este hombre dispone de unos indicadores muy precisos que le dicen dónde se encuentra la jaula en cada momento, pero él puede equivocarse, y se han dado casos en que la jaula se ha estrellado contra el fondo del pozo cuando iba a su velocidad máxima. Ésta me parece una espantosa forma de morir, pues, mientras la pequeña caja de acero se precipita en las tinieblas, debe de haber un momento en que los diez hombres que van encerrados en ella *se dan cuenta* de que algo ha fallado, y los segundos que siguen, antes de saltar todos en pedazos, son casi insoportables de imaginar. Un minero me contó que él estaba una vez en la jaula y algo falló. La velocidad no disminuyó en el momento en que debía hacerlo, y pensaron que se había roto el cable. Finalmente no ocurrió nada y llegaron al fondo sanos y salvos, pero, al salir de la jaula, él se dio cuenta de que se había roto un diente, al apretar con fuerza las mandíbulas en espera del terrible choque.

Aparte de los accidentes, los mineros tienen un aspecto sano, y forzosamente tienen que estarlo para poder realizar unos esfuerzos musculares tan intensos. Están expuestos al reuma, y los que tienen los pulmones débiles no resisten durante mucho tiempo el aire saturado de polvo. Pero la enfermedad laboral más característica de los mineros es el nistagmo. Ésta es una enfermedad de los ojos debido a la cual el globo ocular oscila de una forma extraña con la proximidad de la luz. Es causada, probablemente, por el hecho de trabajar en la semioscuridad, y a veces da lugar a la ceguera total.

Los mineros que quedan incapacitados por enfermedad o accidente son indemnizados por la compañía, a veces con una suma en metálico y otras con una pensión semanal. Esta pensión nunca sobrepasa los veintinueve chelines por semana; cuando no llega a los quince, el interesado puede recibir además alguna ayuda del estado o del P.A.C. Yo preferiría con mucho la suma en metálico a la pensión, pues así, por lo menos, estaría seguro de tener el dinero. Las pensiones de incapacidad no están garantizadas por ningún organismo centralizado, de modo que si la empresa se declara en quiebra se acaba la pensión, por más que el receptor sea incluido entre los acreedores.

En Wigan viví unos días con un obrero afectado de nistagmo. Podía ver de un extremo a otro de una habitación, pero poca cosa más. Llevaba nueve meses cobrando una pensión de veintinueve chelines semanales, pero la compañía hablaba ahora de cambiar esta pensión por una «indemnización parcial», de catorce chelines semanales. Ello dependía de si el médico le declaraba apto para un trabajo ligero en la superficie. Inútil decir que, aunque el médico le declarase apto, no habría disponible ningún trabajo ligero para él, pero entonces pasaría a cobrar el subsidio de paro, con lo que la empresa se ahorraría los quince chelines semanales. Al observar a aquel hombre cuando iba a cobrar su pensión, me chocó ver las enormes diferencias que implica la pertenencia a una clase social o a otra. Aquel hombre se había quedado medio ciego trabajando en uno de los trabajos más necesarios a la sociedad, y cobraba una pensión a la que tenía perfecto derecho; si alguien tiene derecho a algo, era él. Pues bien, aquel hombre no podía, por así decirlo, *exigir* su pensión; no podía, por ejemplo, cobrarla cuando y como él quisiese. Tenía que ir a las oficinas de la empresa una vez a la semana, a una hora fijada por ellos, y, cuando llegaba allí, le hacían esperar durante horas a la intemperie, aguantando el frío y el viento. Según parece, se esperaba de él que, al recibir el dinero, se llevase la mano a la gorra y mostrase gratitud. En resumen: tenía que perder una tarde y gastarse seis peniques en autobuses. Para un miembro de la burguesía todo es muy diferente, aun tratándose de un miembro tan desaliñado como yo. Incluso cuando estoy al borde de la indigencia, sigo teniendo ciertos derechos inherentes a mi condición de burgués. Yo no gano mucho más de lo que gana un minero, pero al menos se me paga a través del banco, donde me tratan con toda cortesía, y puedo sacar el dinero en el momento que yo elijo. E incluso cuando mi cuenta está sin fondos, los empleados del banco se

muestran pasablemente educados.

Estas pequeñas molestias y humillaciones —el tener que esperar, el tener que hacerlo todo según la conveniencia de los demás— es inherente a la vida de la clase trabajadora. Mil presiones llevan al obrero a adoptar un papel pasivo. Él no actúa; son los demás quienes actúan sobre él. Se siente esclavo de una misteriosa autoridad y está firmemente convencido de que «ellos» no le dejarán hacer esto o aquello. Una vez que yo trabajaba en la recogida del lúpulo, les pregunté a los sudorosos jornaleros (que ganan menos de seis peniques por hora) por qué no formaban un sindicato. Me respondieron inmediatamente que «ellos» ni lo permitirían. «¿Quiénes son ellos?», pregunté. Nadie lo sabía, pero lo que estaba claro es que «ellos» eran omnipotentes. Una persona de origen burgués va por la vida con una cierta esperanza de obtener lo que desea, dentro de unos límites razonables. De ahí el hecho de que, en épocas de crisis, la gente «educada» sea, en general, la que pase delante de los demás. No es que estén más dotados que los demás, y su educación, en sí misma, suele ser totalmente inútil, pero están acostumbrados a ser objeto de un cierto grado de deferencia, y, a consecuencia de esto tienen la seguridad en sí mismos necesaria para desempeñar funciones de mando. Parece ser que en todas partes se ha dado siempre por sentado que son estas personas las que asumen la dirección de las cosas. En un interesante pasaje de la *Historia de la Comuna*, de Lissagaray, se describen los fusilamientos que tuvieron lugar a la caída de aquélla. Las autoridades decidieron fusilar a los cabecillas, y, cuando no sabían quiénes eran estos cabecillas, los elegían entre los demás según el criterio de que los cabecillas serían los de extracción social más alta. Lissagaray cuenta cómo un oficial recorría una fila de prisioneros, separando a los que le parecían más sospechosos. Un hombre fue fusilado porque llevaba reloj; otro, porque «tenía una expresión inteligente». No me gustaría ser fusilado por el hecho de tener una expresión inteligente, pero creo que es cierto que en casi todas las sublevaciones los dirigentes suelen ser personas que saben pronunciar las haches[9].

4

Al recorrer las ciudades industriales, se pierde uno por laberintos de casitas de ladrillo ennegrecidas por el humo, que proliferan caóticamente en torno a callejuelas llenas de barro y pequeños patios sucios de ceniza, donde están los malolientes cubos de la basura, la colada tendida a secar, manchada ya de hollín, y los ruinosos retretes. El interior de estas casas es casi siempre igual, si bien el número de habitaciones oscila entre dos y cinco. Todas tienen una cocina-sala de estar casi exactamente igual, de diez a quince pies cuadrados, con cocina de carbón. Las más grandes tienen la fregadera y lavadero en la trascocina, y en las más pequeñas ambos están en la cocina-sala. En la parte trasera está el patio (o fracción de patio, pues éste puede ser compartido por varias casas), en el que caben justo el cubo de la basura y el retrete. Ninguna de estas casas tiene instalación de agua caliente. Me imagino que se podrían recorrer literalmente cientos de calles habitadas por mineros, todos los cuales, cuando trabajan, vuelven cada día negros de la cabeza a los pies, sin pasar frente a una sola casa donde haya una bañera. Habría sido muy sencillo instalar sistemas de agua caliente a partir de la cocina de carbón, pero, al no hacerlo, el constructor se ahorró quizá diez libras por casa. Además, en la época en que se construyeron estas casas, a nadie se le ocurría que los mineros tuviesen que bañarse para nada.

Es de señalar que la mayoría de estas casas son viejas: tienen cincuenta o sesenta años como mínimo; y muchas de ellas no son, según el criterio más modesto, adecuadas para vivienda humana. La gente sigue alquilándolas por la sencilla razón de que no hay otras. Ésta es la característica principal de la vivienda en las áreas industriales: no es sólo que las casas sean viejas y feas, incómodas y antihigiénicas, o que estén en barrios increíblemente sucios, cerca de fundiciones que ensucian el aire, de apestosos canales y de montones de escorias que las envuelven en humo sulfuroso, sino, sobre todo, que su número es insuficiente.

«Problema de la vivienda» es una expresión que ha sido abundantemente usada desde después de la guerra, pero que significa poco para todo el que tenga unos ingresos superiores a las diez libras semanales, o incluso a las cinco. En las zonas donde los alquileres son altos, el problema no está en encontrar casa sino en encontrar inquilinos. Recórrase cualquier calle de Mayfair y se verán en la mitad de las ventanas letreros de «se alquila». Pero, en las zonas industriales, la sola dificultad de encontrar vivienda es uno de los peores agravantes de la pobreza. Significa que la gente lo aceptará todo, cualquier casucha en un callejón, cualquier barraca llena de chinches con los suelos podridos y las paredes agrietadas, cualquier extorsión de un propietario avariento o de una agencia de chantajistas, con tal de tener un techo bajo el que abrigarse. Yo he estado en casas siniestras, en las que no habría vivido una semana aunque me hubiesen dado dinero encima, y me he enterado de que los

inquilinos habían pasado en ellas veinte y treinta años y esperaban conservarlas hasta la muerte. En general, aunque no siempre, el estado de estas casas se acepta como algo normal. Hay gente que parece no recordar ya que existen casas decentes, que miran las chinches y las goteras como hechos fatales. Otros dicen pestes del casero, pero todos se aferran desesperadamente a sus casas, porque más vale poco que nada.

Mientras continúe la escasez de viviendas, las autoridades municipales no pueden hacer gran cosa para mejorar el estado de las ya existentes. Pueden declarar ruinosa una casa, pero no pueden ordenar su demolición hasta que el inquilino encuentre otra a donde trasladarse. Así pues, muchas casas ruinosas siguen en pie, y, al estar destinadas a la demolición, el propietario, lógicamente, no gasta en ellas un céntimo más de lo imprescindible.

En una ciudad como Wigan, por ejemplo, siguen en pie más de dos mil casas declaradas ruinosas hace años, y hay zonas enteras de la ciudad que serían demolidas en bloque si hubiera alguna esperanza de que se construyesen nuevas casas en su lugar. En ciudades como Leeds y Sheffield hay miles y miles de casas del tipo «detrás con detrás» que amenazan ruina, pero que permanecerán en pie durante décadas.

He examinado un gran número de casas en varias ciudades y pueblos mineros, y he tomado notas sobre sus principales características. Creo que la mejor forma de dar una idea de esas características es reproducir algunos extractos de mis notas, escogidos más o menos al azar. He aquí algunos correspondientes a Wigan:

1. — Casa en el barrio de Wallgate. Sin puerta trasera. Una habitación en el piso de arriba, una en el piso de abajo. La cocina-sala de estar mide 12 por 10 pies, al igual que la habitación de arriba. El hueco bajo la escalera, de 5 por 5 pies, sirve de despensa, fregadera y carbonera. Las ventanas se abren. El retrete está a una distancia de 50 metros. Alquiler: 4 chelines y 9 peniques; impuestos: 2 chelines y 6 peniques; total: 7 chelines y 3 peniques.
2. — Casa cercana a la anterior. Las dimensiones son las mismas, pero no hay hueco bajo la escalera, sólo un entrante de medio metro de fondo que contiene la fregadera; sin lugar para la despensa, etc. Alquiler: 3 chelines y 2 peniques; impuestos: 2 chelines; total: 5 chelines y 2 peniques.
3. — Casa en el barrio de Scholes. Declarada en ruinas. Una habitación arriba, una abajo. Habitaciones de 15 por 15 pies. Fregadera y lavadero en la sala-cocina, carbonera bajo la escalera. El suelo se hunde. Las ventanas no se abren. No hay humedad. Propietario bueno. Alquiler: 3 chelines y 8 peniques; impuestos: 2 chelines y 6 peniques; total: 6 chelines y 2 peniques.
4. — Casa cercana a las anteriores. Dos habitaciones arriba, dos abajo y carbonera. Paredes desmoronándose literalmente. Gran cantidad de goteras. Suelo inclinado. Las ventanas de la planta baja no se abren. Propietario malo. Alquiler: 6 chelines; impuestos: 3 chelines y 6 peniques; total: 9 chelines y 6 peniques.

5. — Casa en Greenough’s Row. Una habitación arriba, dos abajo. Sala de estar de 13 por 8 pies. Las paredes se resquebrajan y entra el agua. Las ventanas traseras no se abren, las de la fachada sí. Familia de diez personas, con ocho hijos de edades muy próximas. El ayuntamiento tiene intención de trasladarles a una vivienda más espaciosa, pero no ha sido posible encontrarla. Propietario malo. Alquiler: 4 chelines; impuestos: 2 chelines y 3 peniques; total: 6 chelines y 3 peniques.

Tengo muchas más notas parecidas. Paso ahora de Wigan a Sheffield, con un ejemplo típico de los varios miles de casas «detrás con detrás» que hay en esta ciudad:

Casa en Thomas Street. Detrás con detrás, dos habitaciones arriba, una abajo (es decir, casa de tres pisos con una habitación en cada piso). Sótano. Sala-cocina de 14 por 10 pies, al igual que las habitaciones de los pisos. Fregadera en la sala-cocina. La habitación del piso superior no tiene puerta, sino que da directamente a la escalera. Las paredes de la sala-cocina dejan pasar algo de humedad, las de las habitaciones superiores están resquebrajadas y extremadamente húmedas. La casa es tan oscura que hay que tener la luz encendida todo el día. El coste de la electricidad se estima en 6 peniques diarios (cálculo probablemente exagerado). Familia de seis personas, los padres y cuatro hijos. El padre (acogido al P.A.C.) está tuberculoso. Un hijo en el hospital, los demás parecen sanos. La familia ha pasado siete años en esta casa. Desearían mudarse, pero no encuentran ninguna otra. Alquiler: 6 chelines y 6 peniques, impuestos incluidos.

He aquí varios ejemplos de Barnsley:

1. — Casa en la calle Wortley. Dos habitaciones arriba, una abajo. Sala-cocina de 3,40 m por 2,80 m. Fregadera y lavadero en la sala-cocina, carbonera bajo la escalera. La fregadera, gastada, está casi totalmente plana y desborda constantemente. Paredes en mal estado. Luz de gas, con contador de tragaperras. La casa es muy oscura; el gasto de luz se estima en 4 peniques al día. Las habitaciones de arriba son, en realidad, una habitación grande dividida en dos. Las paredes están en muy mal estado; la de la habitación trasera está resquebrajada. Los marcos de las ventanas están rotos y han de ser reparados con madera. La lluvia penetra por varios puntos. Por debajo de la casa pasa una cloaca que, en verano, huele mal, pero «los del Ayuntamiento dicen que no pueden hacer nada». Viven en la casa seis personas, dos adultos y cuatro niños, el mayor de dieciséis años. El penúltimo va a visitarse al hospital; hay posibilidad de tuberculosis. Casa infestada de chinches. Alquiler: 5 chelines y 3 peniques, impuestos incluidos.
2. — Casa en la calle Peel. Detrás con detrás, dos habitaciones arriba y dos abajo. Sótano grande. Sala-cocina de 8 metros cuadrados con lavadero y fregadera. La

otra habitación de la planta baja tiene las mismas dimensiones; pensada seguramente para sala de estar pero usada para dormitorio. Las habitaciones de arriba tienen las mismas dimensiones que las de abajo. La sala-cocina es muy oscura. El gasto de luz (de gas) se estima en 4 peniques y medio al día. Distancia del retrete, 70 metros. Cuatro camas para ocho personas: un matrimonio de edad, dos jóvenes adultas (la mayor de veintisiete años), un joven y tres niños. Los padres usan una cama, el hijo mayor otra, y las cinco personas restantes comparten las otras dos. Gran cantidad de chinches: «Cuando hace calor, no hay forma de tenerlas a raya». Indescriptible suciedad y pobreza en el piso de abajo; en el de arriba, el mal olor es casi insoportable. Alquiler: 5 chelines y 7 peniques y medio, impuestos incluidos.

3. — Casa de Mapplewell (pequeño pueblo minero cerca de Barnsley). Dos habitaciones arriba y una abajo. Sala-cocina de 4 m por 3,50 m. Fregadera en la sala-cocina. El yeso de las paredes se desprende. El horno no tiene pisos. Pequeño escape de gas. Las habitaciones de arriba tienen cada una 2,80 por 2,25 m. Cuatro camas (para seis personas, todas adultas), pero una de ellas «no sirve», probablemente por falta de mantas. De las habitaciones de arriba, la que da a la escalera no tiene puerta, y la escalera no tiene barandilla, de modo que al levantarse de la cama se queda uno con los pies en el vacío, con peligro de caer desde una altura de tres metros. El suelo del piso de arriba está tan podrido que se puede ver a través de él la habitación de abajo. Hay chinches, contra las que se utiliza insecticida para corderos. La calle está sin empedrar, convertida en un barrizal; en invierno es casi imposible andar por ella. Retretes de piedra en estado semirruinoso al fondo de los patios. Los inquilinos han vivido veintidós años en la casa. Están atrasados 11 libras en el alquiler, y han estado pagando 1 chelín de más a la semana para ponerse al corriente. El propietario se opone ahora a este arreglo y ha iniciado proceso de desahucio. Alquiler: 5 chelines, impuestos incluidos.

Etcétera, etcétera, etcétera. Podría citar docenas y docenas de casos parecidos. Cientos de miles podrían citarse si se hiciese una inspección casa por casa en las regiones industriales.

Explicaré algunas de las expresiones que he usado. Una habitación arriba y una abajo significa que cada piso de la casa consta de una sola habitación, es decir, que hay sólo dos habitaciones en total. Las casas «detrás con detrás» son dos en una, de modo que cada lado del edificio es la fachada de una casa, y en una fila compuesta aparentemente de doce casas hay en realidad veinticuatro. Las casas de delante dan a la calle y las de detrás a los patios, y cada casa tiene sólo una puerta. La consecuencia de esto es evidente: dado que los retretes están en el patio, los inquilinos cuya casa da a la calle tienen que salir por la puerta de delante y dar la vuelta al bloque —un

recorrido que puede ser de doscientos metros— para llegar al retrete o al cubo de la basura. Y los que viven en la casa de detrás tienen por todo panorama una hilera de retretes. Hay casas que contienen una sola vivienda cada una, pero que carecen también de puerta trasera, aparentemente por pura mala fe del constructor.

Las ventanas que no se abren son una característica de las viejas ciudades mineras. El suelo de algunas de estas ciudades está tan horadado por antiguas minas que el terreno cede constantemente, y las casas se van inclinando. En Wigan hay filas enteras de casas que han llegado a formar sorprendentes ángulos, y las ventanas se han apartado diez o veinte grados de la horizontal. A veces, las fachadas forman una curva hacia fuera, tan pronunciada que parece que la casa esté embarazada de siete meses. Se puede construir una fachada nueva, pero ésta comienza pronto a curvarse también. Cuando una casa se hunde con alguna rapidez, las ventanas quedan bloqueadas para siempre, y la puerta ha de ser reajustada. En estas ciudades, fenómenos de este tipo no despiertan ya sorpresa. La historia del minero que vuelve del trabajo y tiene que derribar la puerta a hachazos para entrar en casa es considerada cómica.

En algunos casos he hecho constar «propietario bueno» o «propietario malo», porque la opinión de los habitantes de estos barrios acerca de este personaje varía considerablemente. Me enteré de que, como era de esperar, los propietarios de posición más modesta suelen ser los peores. Esto es contrario a la creencia general, pero se explica fácilmente. En teoría, el peor tipo de propietario de viviendas pobres es un hombre gordo y malvado, preferiblemente un obispo, que obtiene pingües beneficios extorsionando a sus inquilinos. En realidad, el tipo de propietario que crea más problemas es la anciana que ha invertido los ahorros de toda su vida en la compra de tres casas en un barrio, vive en una de ellas y come del alquiler de las otras dos, a consecuencia de lo cual nunca tiene dinero para reparaciones.

Estas sencillas notas que tomé tienen valor sólo como recordatorio para mí. El leerlas me ayuda a evocar lo que he visto, pero por sí solas no pueden dar mucha idea de las condiciones de vida de esos sórdidos barrios obreros del norte. Las palabras tienen tan poca fuerza… ¿De qué sirven breves fórmulas como «goteras en el techo» o «cuatro camas para ocho personas»? Se desliza la vista por ellas sin registrar nada. Y sin embargo ¡cuánta riqueza de miseria pueden contener! Tomemos el problema del hacinamiento, por ejemplo. Muy a menudo viven ocho e incluso diez personas en una casa de tres habitaciones. Una de éstas es la sala, y, dado que probablemente mide una docena de metros cuadrados y contiene, además de la cocina de carbón y la fregadera, una mesa, sillas y un aparador, no hay en ella espacio para una cama. De modo que las ocho o diez personas duermen en dos pequeñas habitaciones, compartiendo un máximo de cuatro camas. Algunas de estas personas son adultas y han de ir a trabajar, lo cual empeora las cosas. Recuerdo que en una casa que visité compartían una cama tres chicas mayores, que iban a trabajar cada una a horas diferentes, con lo que cada una molestaba a las demás al levantarse o entrar en la

habitación. En otra casa, un minero que trabajaba en el turno de noche dormía de día en una estrecha cama que ocupaba por las noches otro miembro de la familia. Cuando hay en la casa hijos mayores, existe un problema adicional: los chicos y chicas adolescentes no pueden dormir en una misma cama. Una familia a la que visité estaba compuesta por el padre, la madre y dos hijos, chico y chica, que andarían por los diecisiete años. Tenían sólo dos camas para todos. El padre dormía con el hijo y la madre con la hija; era el único arreglo que eliminaba el peligro de incesto.

Las goteras y las paredes húmedas hacen, en invierno, casi inhabitables algunas habitaciones. Están, además, las chinches. Cuando las chinches se meten en una casa, se quedan en ella hasta el día del juicio final; no hay ningún sistema seguro para exterminarlas. Respecto a las ventanas que no se abren, no es difícil imaginar lo que debe de ser, en verano, estar en una pequeña sala-cocina donde el fuego de carbón, que se usa para guisar, ha de estar encendido buena parte del tiempo.

Las casas «detrás con detrás» tienen, además, otros inconvenientes. Una distancia de cincuenta metros hasta el retrete y el cubo de la basura no constituye precisamente un estímulo a la limpieza. En las casas que dan a la calle —por lo menos en las calles secundarias, donde el ayuntamiento no interviene— las mujeres tienen la costumbre de echar los desperdicios a la calle, de modo que la alcantarilla está siempre obstruida por restos de té y trozos de pan. Y no está de más pensar lo que debe de ser para un niño crecer en uno de esos patios donde tiene por todo horizonte una fila de retretes y un muro.

En estos barrios, una mujer se convierte en una fregona agobiada por una infinidad de tareas. Es posible que no llegue a desmoralizarse, pero lo que no puede de ninguna manera es vivir de acuerdo con sus aspiraciones en materia de limpieza y orden. Las faenas domésticas no se acaban nunca; siempre queda alguna por hacer, y ella no dispone de facilidad ninguna para realizarlas, ni casi de espacio para moverse. No bien le ha lavado la cara a uno de los niños, el otro la lleva ya sucia; antes de haber fregado los platos de una comida es hora ya de preparar la siguiente. Las casas que visité presentaban grandes diferencias: algunas estaban tan limpias y arregladas como era posible dadas las circunstancias, y otras estaban en un estado tan lamentable que no es posible dar de ellas una impresión exacta. La sensación predominante, el olor, es indescriptible. Y la suciedad y el desorden casi también. Aquí una tina llena de agua sucia, allí un balde lleno de vajilla por lavar, más platos sucios apilados en cualquier superficie libre, trozos de papel de periódico por todas partes y, en el centro de la estancia, la inevitable y horrible mesa cubierta con un hule pringoso y llena de cacharros y cosas de planchar, medias a medio remendar, pedazos de pan seco y trozos de queso envueltos en papel de periódico grasiento. Y la congestión que hay en una habitación pequeña, donde el ir de un extremo a otro es un complicado viaje por entre los muebles, con una hilera de ropa tendida que le da a uno en la cara cada vez que se mueve, tropezando con los niños que juegan por el suelo… Algunas escenas se me han quedado fuertemente grabadas en la memoria. La

sala de estar, casi sin muebles, de una casa en un pequeño pueblo minero, donde toda la familia estaba sin trabajo y todos parecían subalimentados; el grupo de hijos e hijas mayores sentados sin hacer nada, todos muy parecidos entre sí, con su cabello rojo, sus hermosas figuras y sus caras enflaquecidas, marcadas por la desnutrición y la inactividad; y uno de los hijos, un muchacho alto, sentado junto a la chimenea, quitándose lentamente un mugriento calcetín, demasiado apático incluso para advertir la entrada de un extraño. Y una siniestra habitación, en Wigan, cuyos muebles estaban hechos de cajones y duelas de barril, donde una anciana con el cuello ennegrecido y el cabello colgante decía pestes del casero con su acento, mezcla de irlandés y de Lancashire, mientras su madre, que contaba más de noventa años, sentada en un rincón, en un barril que le servía de retrete, nos miraba inexpresivamente con su cara amarilla, marcada por el cretinismo. Podría llenar muchas páginas con recuerdos como éstos.

Es cierto que la sordidez de las casas de esta gente es en algunos casos culpa suya. Aunque se viva en una casa «detrás con detrás», aunque se tengan cuatro hijos y se cobren del P.A.C. treinta y dos chelines y seis peniques a la semana, no hay ninguna *necesidad* de tener orinales sin vaciar en la sala. Pero también es cierto que las circunstancias en que viven no son para fomentar el propio respeto. El factor determinante es probablemente el número de hijos. De las casas que vi, las mejor cuidadas eran aquéllas donde no había niños o había sólo uno o dos. Con seis niños en una casa de tres habitaciones, es imposible tener nada limpio. Una cosa a subrayar es que las señales más claras de pobreza no están nunca en el piso de abajo, en la sala-cocina. Se puede visitar un buen número de casas, incluso de las más pobres, y llevarse una impresión equivocada, pensar que esta gente no puede ser tan pobre sí aún poseen un cierto número de muebles y algo de vajilla. Pero es en los dormitorios del piso superior donde realmente se ve toda la desolación de la pobreza. No sé si esto ocurre porque el amor propio hace que las familias se aferren hasta el final a los muebles de la sala o porque la ropa de cama es más fácil de empeñar. El caso es que muchos dormitorios que vi eran realmente miserables. Entre las familias que han estado sin trabajo durante varios años consecutivos, creo que el hecho de tener un juego de cama completo es excepcional. A menudo no tienen nada que pueda ser llamado en rigor ropa de cama, sino sólo un montón de abrigos viejos y una miscelánea de harapos encima de una cama oxidada. Esto agrava el problema del hacinamiento. Una familia que conocí, compuesta por cuatro personas, el padre, la madre y los dos hijos, tenían dos camas, pero sólo podían usar una de ellas porque no tenían bastantes mantas para la otra.

Quien desee ver los efectos más tristes de la escasez de viviendas, deberá visitar las sórdidas colonias de chabolas construidas a partir de carros, autobuses viejos y vagones de tren que existen en muchas ciudades del norte. Desde el final de la guerra, una parte de la población, dada la total imposibilidad de conseguir una casa, se ha establecido en estos campamentos, teóricamente a título provisional. Wigan, por

ejemplo, con su población de unos 85 000 habitantes, tiene unas doscientas viviendas de este tipo, habitadas cada una por una familia, es decir, por un total de unas mil personas. Sería difícil saber con alguna exactitud cuántos de estos campamentos existen en el conjunto de las áreas industriales. Las autoridades municipales se muestran reticentes respecto a la cuestión, y el censo de 1931 la ignora totalmente. En la medida en que he podido informarme preguntando aquí y allá, estas colonias existen en la mayoría de las ciudades grandes de Lancashire y de Yorkshire, y quizá también en zonas más al norte. Probablemente, en todo el norte de Inglaterra, existen varios miles, quizá decenas de miles, de familias (*familias*, no individuos) que no tienen otro hogar que un carro o un autobús viejo.

La palabra «campamento» puede desorientar, pues evoca una agradable escena de campamento gitano (con buen tiempo, claro), con la gente reunida en torno a alegres hogueras, niños cogiendo moras y ropas multicolores tendidas al sol. Las colonias de Wigan y Sheffield no son así. Yo he visitado varias y he inspeccionado detalladamente las de Wigan. Nunca había visto un grado de miseria parecido, excepto en el lejano Oriente. Al verlas, recordé inmediatamente los inmundos cubiles donde vivían los culíes indios de Birmania. Pero, en realidad, en Oriente estos lugares deben de ser menos malos, pues allí no tienen que luchar con nuestro húmedo y penetrante frío, y el sol hace las funciones de desinfectante.

A orillas del sucio canal de Wigan, hay solares donde se amontonan, como basura arrojada de un cubo, los carros-chabola. Algunos de ellos son realmente carros de gitanos, pero muy viejos y en mal estado. La mayoría son viejos autobuses de un solo piso (aquellos autobuses pequeños de hace diez años), despojados de las ruedas y apuntalados con riostras de madera. Algunos son simplemente vagones con tablas semicirculares y una cubierta de lona en la parte superior, de modo que sus habitantes están protegidos de la intemperie sólo por una lona. Por dentro, estos carricoches suelen medir, aproximadamente, metro y medio de ancho por metro setenta de alto (en ninguno de ellos podía yo ponerme bien derecho) y de metro setenta a cuatro metros veinte de largo. Algunos de ellos, supongo, están habitados por una sola persona, pero yo no vi ninguno en el que vivieran menos de dos, y en algunos vivían familias numerosas. Por ejemplo, en uno que medía cuatro metros de largo habitaban siete personas. Siete personas en unos 12 metros cúbicos de espacio, es decir, que cada persona tenía un espacio vital mucho menor que un compartimento de unos urinarios públicos.

La suciedad y el hacinamiento de estos lugares es tal que resulta imposible hacerse una idea si no se han visto con los propios ojos, y, concretamente, si no se ha percibido personalmente su olor. En cada uno de ellos hay una pequeña cocina de campaña y tantos muebles como ha sido posible embutir: a veces dos camas, más frecuentemente una sola, en la que tiene que amontonarse toda la familia lo mejor que pueden. Es casi imposible dormir en el suelo, porque se filtra la humedad. Yo he visto colchones que estaban aún mojados a las once de la mañana. En invierno hace tanto

frío que es preciso tener encendidas las cocinas día y noche, y las ventanas, inútil decirlo, no se abren nunca. El agua se obtiene de una fuente común a toda la colonia; algunos de sus habitantes tienen que caminar ciento cincuenta o doscientos metros para cada cubo de agua. No hay instalación sanitaria alguna. La mayoría de los vecinos se han construido, a modo de retrete, una pequeña cabaña en el reducido trozo de terreno que rodea su vivienda, y, una vez por semana, cavan un hoyo y entierran en él los excrementos. Toda la gente que vi en estos lugares, especialmente los niños, iban increíblemente sucios, y además estoy seguro de que tenían piojos. Es imposible que fuese de otro modo. Una idea que me asaltó mientras iba de chabola en chabola fue: ¿Qué debe de ocurrir en estos angostos interiores cuando alguien muere? Pero, naturalmente, preguntas así no le gusta a uno hacerlas en voz alta.

Alguna de esta gente han vivido en sus carros y autobuses durante muchos años. Los ayuntamientos hablan de acabar con las colonias de chabolas y construir casas para sus moradores, pero las casas no se construyen y las chabolas siguen en su lugar. La mayor parte de las personas con quienes hablé habían perdido ya la esperanza de conseguir algún día una vivienda decente. Todos ellos estaban sin trabajo; trabajo y casa les parecían dos cosas igualmente remotas e inaccesibles. Algunos parecían indiferentes ante esta situación; otros se daban cuenta claramente de la degradación que sufrían. Un día observé de cerca la cara de una mujer, una cara agotada y cadavérica, cuya mirada expresaba un intolerable dolor y humillación. Adiviné que, viviendo en aquella pocilga, luchando por mantener limpia a su numerosa prole, se sentía como me sentiría yo hundido en un montón de estiércol. Hay que tener en cuenta que esta gente no son gitanos; son ingleses civilizados que, a excepción de los niños nacidos ya en las chabolas, tuvieron en tiempos un hogar decente. Además, sus carros son mucho peores que los de los gitanos, y no tienen la gran ventaja que representa el cambio constante de terreno. Sin duda, hay aún gente de la clase media que piensan que a las clases bajas estas cosas no les importan, y que dan por supuesto, al pasar en el tren junto a una de estas colonias, que sus moradores viven allí porque quieren. Ahora ya no discuto nunca con este tipo de personas; pero vale la pena señalar que los habitantes de estas chabolas ni siquiera ahorran dinero por el hecho de vivir en ellas, pues pagan, más o menos, los mismos alquileres que pagarían por casas normales. Ninguno de los alquileres de los que tuve noticia bajaba de los cinco chelines semanales (¡cinco chelines por diez metros cúbicos de espacio!), y algunos llegaban a los diez. Alguien debe de sacar sus buenos dineros de estas chabolas. Es evidente, pues, que el hecho de que sigan existiendo no se debe directamente a la pobreza sino a la escasez de viviendas.

Hablando una vez con un minero, le pregunté cuándo se había hecho grave en su distrito el problema de la vivienda. «Cuando nos empezaron a hablar de él», me respondió. Quería decir con esto que, hasta aquel momento, las aspiraciones de la gente eran tan limitadas que daban casi por descontado cualquier grado de hacinamiento. Añadió que, cuando él era niño, los once miembros de su familia

dormían en una sola habitación y no lo consideraban nada del otro mundo, y que, más adelante, estando él ya casado, él y su mujer habían vivido en una de aquellas casas «detrás con detrás» de antes, en las cuales no sólo había que andar doscientos metros para ir al retrete, sino que a menudo, al llegar a él, había que hacer cola, pues era compartido por treinta y seis personas. Y cuando su mujer estuvo enferma, de la enfermedad que le costó la vida, siguió teniendo que caminar los doscientos metros hasta el retrete. Estas cosas, me decía el hombre, la gente las aceptaba sin más «hasta que les hablaron de ellas».

No sé si esto es verdad. Lo que sí es cierto es que hoy en día nadie considera aceptable el hecho de dormir once en una habitación, y que incluso a la gente acomodada le causa un vago malestar la idea de que existen «barrios pobres». De ahí toda la cháchara sobre la «construcción de nuevas viviendas» y la «demolición de zonas ruinosas» que hemos venido oyendo de manera intermitente desde que acabó la guerra. Obispos, políticos, filántropos y demás se complacen en hablar enfáticamente del problema de la vivienda, porque así desvían la atención de males más graves, y hacen creer que aboliendo los barrios pobres se abolirá la pobreza. Pero toda esta charla no ha servido prácticamente para nada. Por lo que puede observarse, el hacinamiento no ha disminuido, sino que quizás ha aumentado en estos doce últimos años.

Ciertamente, hay una gran diferencia en la rapidez con que las distintas ciudades están atacando el problema. En algunas, la construcción parece casi estancada, mientras que en otras avanza rápidamente y las viviendas de propiedad privada están siendo desplazadas. En Liverpool, por ejemplo, se han reconstruido amplias zonas, la mayoría por iniciativa del ayuntamiento. También en Sheffield la demolición y la reconstrucción avanzan con bastante rapidez, aunque quizá no con la que sería necesaria, dada la excepcional sordidez de sus suburbios[10]. Ignoro por qué la construcción de viviendas avanza, en su conjunto, con tanta lentitud, y por qué unas ciudades pueden obtener préstamos para este fin con mucha mayor facilidad que otras. Estas cuestiones deberían ser aclaradas por alguien que conociese mejor que yo el funcionamiento de la administración local. Una casa del ayuntamiento suele costar entre tres y cuatrocientas libras; cuesta bastante menos si es construida por «trabajo directo» que por contrato. El alquiler de una de estas casas totalizaría al año, como promedio, algo más de veinte libras, sin contar los impuestos, de modo que, aparentemente, aun teniendo en cuenta los gastos generales y el interés del préstamo, a todos los ayuntamientos les resultaría rentable construir tantas casas como pudieran ser alquiladas. Naturalmente, en muchos casos, estas casas serían habitadas por personas acogidas al P.A.C., de modo que los municipios ingresarían por un lado el dinero que desembolsan por otro, es decir, pagarían en concepto de ayuda a los desempleados y lo recuperarían en concepto de alquileres. La ayuda a los parados han de darla en cualquier caso, y, tal como están las cosas ahora, una parte de las pensiones municipales va a parar a las manos de los propietarios particulares. Las

explicaciones que se dan a la lentitud del ritmo de la construcción son la falta de dinero y la dificultad en la consecución de terrenos (pues el ayuntamiento no construye casa por casa, sino por urbanizaciones, que constan a veces de cientos de viviendas construidas a la vez). Una cosa que nunca he podido comprender es cómo tantos ayuntamientos del norte juzgan adecuado construir enormes y lujosos edificios públicos mientras existe en su ciudad acuciante necesidad de viviendas. El ayuntamiento de Barnsley, por ejemplo, invirtió recientemente unas 150 000 libras en un edificio nuevo para albergar sus oficinas, cuando, según propia declaración, faltaban en la ciudad un mínimo de dos mil viviendas obreras, por no hablar de baños públicos. (Los baños públicos de Barnsley tienen *diecinueve* bañeras, para una ciudad de 70 000 habitantes, en su mayoría mineros, los cuales no tienen baño en su casa). Con 150 000 libras, el ayuntamiento podía haber construido 350 casas y aún le habrían sobrado 10 000 para hacerse un nuevo edificio. No obstante, como ya he dicho, no pretendo comprender los misterios de la administración local. Me limito a señalar el hecho de que la vivienda es un problema gravísimo y la construcción avanza, por lo general, a paso de tortuga.

Pero algo se construye, y las urbanizaciones municipales, con sus filas y filas de casitas rojas, parecidas como gotas de agua, son una característica común de las afueras de las ciudades industriales. En cuanto a su calidad y a la diferencia que las separa de las casas de los barrios me parece útil una vez más transcribir unos extractos de mi diario. Las opiniones de los inquilinos varían grandemente, de modo que resumiré una de las positivas y una de las negativas. Ambas corresponden a casas de Wigan, del tipo más barato, «sin recibidor».

1. — Casa de la urbanización de Beec Hill.

   Planta baja. Sala de estar espaciosa con chimenea, armarios, aparador empotrado, suelo de conglomerado. Pequeño recibidor, cocina amplia. Moderna cocina eléctrica alquilada al ayuntamiento a un precio aproximadamente igual al de una cocina de gas.

   Piso superior. Dos dormitorios amplios y uno pequeño, apropiado sólo para cuarto de desahogo o dormitorio temporal. Cuarto de baño, W.C., con agua fría y caliente. Jardín más bien pequeño. Las dimensiones de éste varían según las casas, pero la mayoría son bastante más pequeños que un huerto individual.

   Familia de cuatro personas, el matrimonio y dos hijos. El marido tiene un buen empleo. Las casas de la urbanización parecen bien construidas y su aspecto es agradable. Hay varias restricciones: está prohibido, por ejemplo, criar aves de corral o palomas, tener huéspedes, subarrendar la casa o establecer en ella cualquier tipo de negocio sin permiso del ayuntamiento. (Este permiso se concede sin dificultad en lo referente a los huéspedes, pero no así en todos los demás casos). El inquilino está satisfecho con la casa y se siente a gusto en ella. Las casas de la urbanización están bien cuidadas. El ayuntamiento realiza de

manera satisfactoria las reparaciones necesarias, y controla estrechamente a los inquilinos en lo referente al mantenimiento de la limpieza, etc.

Alquiler: 11 chelines y 3 peniques, impuestos incluidos. Precio del autobús hasta la ciudad: 2 peniques.

2. — Casa de la urbanización de Welly.

Planta baja. Sala de 4 por 3 m, cocina pequeña, minúscula despensa bajo la escalera, cuarto de baño pequeño pero cómodo. Cocina de gas, luz eléctrica. W.C. en el exterior.

Piso superior. Un dormitorio de 3,40 por 2,80 m con pequeña chimenea, otro de iguales dimensiones sin chimenea, otro de 2 por 1,70 m. El primer dormitorio tiene un pequeño armario ropero empotrado.

Jardín de 20 por 10 metros, aprox.

Familia de seis miembros, matrimonio y cuatro hijos. El hijo mayor tiene diecinueve años, la hija mayor veintidós. Ningún miembro de la familia trabaja, excepto el hijo mayor. La familia está muy descontenta con la casa. Sus quejas son: «Es fría, húmeda y llena de corrientes de aire. La chimenea de la sala no calienta y llena de polvo la habitación (según parece, por el hecho de estar demasiado baja). La chimenea del dormitorio es demasiado pequeña para resultar útil. Las paredes del piso superior se agrietan. Debido a la inutilidad del dormitorio pequeño, duermen cinco personas en una habitación y una (el hijo mayor) en la otra».

Todos los jardines de la urbanización están descuidados.

Alquiler: 10 chelines y 3 peniques, impuestos incluidos. Distancia de la ciudad, algo más de 1 kilómetro. No hay autobús.

Podría dar muchos más ejemplos, pero éstos son suficientes, pues el tipo de casas que construyen los ayuntamientos no varía mucho de una ciudad a otra. De las dos descripciones citadas se desprenden inmediatamente dos cosas. En primer lugar, que, en el peor de los casos, las viviendas del ayuntamiento son mejores que aquéllas a las que sustituyen. La sola posesión de un cuarto de baño y de un trocito de jardín compensaría casi de cualquier desventaja. En segundo lugar, que vivir en ellas resulta mucho más caro. Es bastante común el hecho de que un obrero sea desalojado de una casa ruinosa en la que pagaba seis o siete chelines semanales y se le entregue una casa del ayuntamiento por la que ha de pagar diez. Esto afecta sólo a aquellos hombres que tienen trabajo o lo han tenido hace poco, pues el P.A.C. fija el alquiler de sus beneficiarios en la cuarta parte de su pensión, y, si aquél asciende a más, se le concede un suplemento extraordinario. De todas formas, hay algunos tipos de casas del ayuntamiento en las que no se admite a los obreros en paro. Pero hay otros factores por los que resulta caro vivir en estas urbanizaciones, se tenga trabajo o no. En primer lugar, debido a los alquileres elevados, las tiendas son mucho más caras y su número es menor. Además, en una casa relativamente grande, independiente de las

demás, lejos del cálido amontonamiento del barrio, hace mucho más frío, y hay que gastar más combustible. Además están los gastos de transporte, para ir y venir de la ciudad, especialmente para las personas que trabajan. Éste es uno de los problemas más evidentes de las nuevas construcciones. Suprimir los barrios viejos implica dispersar la población. Al construir viviendas nuevas en gran escala, lo que se hace es descongestionar el centro de la ciudad y situar a la gente en las afueras. Por una parte, esto está muy bien: se saca a la gente de las fétidas callejuelas y se la traslada a lugares donde tienen espacio para respirar; pero, desde el punto de vista de la gente, lo que se ha hecho es cogerles e instalarles a cinco kilómetros de su trabajo. La solución más simple son los bloques de pisos. Si la gente ha de vivir en ciudades grandes, habrán de aprender a vivir unos encima de otros. Pero a los trabajadores del norte no les gustan los pisos. Casi todo el mundo en esas zonas declara que «quiere una casa para él solo», y, según he observado, les parece más «suya» una casa encajonada en una larga fila de cien metros de casas contiguas que un piso situado a los cuatro vientos.

Vuelvo a la segunda de las casas que he mencionado más arriba. El inquilino se quejaba de que la casa era fría, húmeda, etc. Es posible que la casa fuera prefabricada, pero es igualmente probable que el hombre exagerase. Él y su familia habían estado anteriormente en un inmundo caserón del centro de Wigan, que precisamente no había visitado. Cuando vivía allí, hizo todo lo posible para conseguir una casa del ayuntamiento, y tan pronto estuvo en ésta comenzó a desear volver a la de antes. Esto parece simple espíritu de contradicción, pero está perfectamente justificado. Muchas veces, quizás en la mitad de los casos, observé que la gente que vive en casas del ayuntamiento no está contenta con ellas. Les alegra haber salido de la porquería del barrio y saben que es bueno para sus hijos tener espacio para jugar, pero no se sienten realmente a gusto. Las excepciones suelen ser aquellas familias cuyo sueldo alcanza para algún gasto suplementario en combustible, muebles y transportes, y que, en cualquier caso, son gente «educada». Los otros, los típicos habitantes de los barrios, echan de menos el calor de aquéllos. Se quejan de que «allá en el campo» (es decir, en las afueras de la ciudad) se mueren de frío. Ciertamente, la mayoría de las urbanizaciones municipales son desoladas y frías en invierno. Algunas que yo he visto, encaramadas en laderas de colinas de arcilla, sin árboles, barridas por el viento helado, deben de ser lugares horribles para vivir. No es que a los habitantes de los barrios les gusten la suciedad y el amontonamiento, como les agrada creer a los típicos burgueses. (Véase, por ejemplo, la conversación sobre los barrios pobres de *El canto del cisne*, de Galsworthy, donde la clásica idea del rentista, según la cual es la gente pobre y sucia la que hace los barrios pobres y sucios, y no a la inversa, es puesta en boca de un filántropo judío). Désele a la gente una casa decente y pronto aprenderán a tenerla decente. Además, cuando se vive en una casa agradable, aumenta el sentido de la limpieza y de la propia dignidad, lo cual repercute en la formación de los niños. En las urbanizaciones municipales hay un ambiente frío, casi

carcelario, y la gente que vive en ellas son perfectamente conscientes de ello.

Y aquí es donde llegamos a la dificultad central del problema de la vivienda. Al recorrer los barrios obreros de Manchester, negros de humo, uno piensa que no hay otra cosa que hacer que demoler todo este horror y construir en su lugar casas decentes. El problema está en que al destruir esos barrios se destruyen también otras cosas. Hay una necesidad acuciante de viviendas y éstas no se construyen con la suficiente rapidez; pero, en la medida que se van creando viviendas y se traslada a la gente a ellas, la cosa se hace —quizás inevitablemente— de una forma monstruosamente inhumana. No me refiero sólo al hecho de que las casas sean nuevas y feas. Todas las casas han de ser nuevas alguna vez. Y hay que reconocer que el tipo de casa que construyen ahora los ayuntamientos no tiene nada de feo. En las afueras de Liverpool hay verdaderos pueblos formados enteramente por urbanizaciones municipales, y su aspecto es muy agradable; los bloques de pisos para obreros situados en su centro, construidos, según creo, según el modelo de los pisos para obreros de Viena, son edificios francamente bonitos. Pero todo el proceso tiene algo de frío e inhumano. Veamos, por ejemplo, las restricciones que imperan en una casa del ayuntamiento. No es posible tener la casa y el jardín como se quiere; en algunas urbanizaciones existe incluso la obligación de tener el mismo seto en todos los jardines. Está prohibido criar aves de corral o palomas. Los mineros de Yorkshire son aficionados a criar palomas; las tienen en el patio trasero y los domingos organizan carreras entre ellas. Pero las palomas son animales sucios, y el ayuntamiento las prohíbe de entrada. Las restricciones en lo referente a las tiendas son más graves. El número de tiendas en cada urbanización está rigurosamente limitado, y se dice que los permisos se conceden preferentemente a las cooperativas y a las tiendas que forman parte de una cadena. Esto puede no ser exacto, pero, ciertamente, éstas son las tiendas que se acostumbra a ver por allá. Esto ya es una desventaja para los compradores, pero para el dueño de una tienda independiente es un desastre. Muchos pequeños tenderos han ido a la ruina por algún plan de construcción de viviendas que no ha tenido en cuenta su existencia. Se ordena la demolición, en bloque, de toda una zona de la ciudad; las casas son demolidas y sus moradores trasladados a una urbanización que dista varios kilómetros de allí. Así, todos los pequeños tenderos del barrio pierden de golpe toda la clientela sin recibir un penique de indemnización. No pueden trasladar sus tiendas a la urbanización, pues, aunque pudieran hacer frente a los gastos del traslado y pagar el alquiler más alto, es probable que no obtuvieran el permiso. En cuanto a los bares, han sido casi totalmente desterrados de las urbanizaciones, y los pocos que quedan son esos deprimentes lugares decorados al estilo Tudor, propiedad de las grandes compañías cerveceras, muy caros. Para una población de clase media, esto sería una molestia; significaría tener que andar un kilómetro para tomarse una cerveza. Pero para un vecindario obrero, que utiliza el bar como una especie de club, constituye un serio golpe a la vida comunitaria. Está muy bien trasladar a los trabajadores a casas

decentes, pero es muy triste que, debido a la peculiar forma de hacer de nuestro tiempo, se considere también necesario robarles los últimos vestigios de su libertad. La gente de las urbanizaciones siente esto, y es este sentimiento el que racionalizan cuando se quejan de que sus casas nuevas —mucho mejores, *en tanto que casas*, que las que tenían antes— son frías, incómodas y poco acogedoras.

A veces pienso que el precio de la libertad no es tanto la eterna vigilancia como la eterna suciedad. Hay algunas urbanizaciones municipales en que los nuevos inquilinos son sistemáticamente despiojados antes de permitírseles entrar en su nueva casa. Todas sus posesiones, excepto lo que llevan puesto, son requisadas, fumigadas y enviadas a la nueva vivienda. Esta medida es necesaria, pues indudablemente sería una lástima introducir chinches en una casa nueva y flamante (los chinches viajan en el equipaje de uno a poca ocasión que se les dé), pero es una de esas cosas que le hacen desear a uno que la palabra «higiene» fuese borrada del diccionario. Las chinches son malas, pero un estado de cosas en el que los hombres se dejan despiojar como los corderos es aún peor. Pero, tratándose de la resolución de un problema tan grave, quizá se deba aceptar un cierto grado de limitaciones y de inhumanidad. Con todos los inconvenientes, lo esencial es que la gente viva en casas decentes y no en pocilgas. He visto demasiados barrios pobres para caer en éxtasis a lo Chesterton ante ellos. Un lugar donde los niños puedan respirar aire puro y donde las mujeres tengan alguna comodidad que les evite caer en el agotamiento *forzosamente* será mejor que las apestosas callejuelas de Leeds y Sheffield. Las urbanizaciones municipales son mejores que los barrios, pero sólo por un pequeño margen.

Para informarme sobre la cuestión de la vivienda, visité y examiné una gran cantidad de casas, quizá cien o doscientas, en varias ciudades y pueblos mineros. No puedo dar fin a este capítulo sin hacer notar la extraordinaria cortesía y amabilidad con que fui recibido en todas ellas.

Es verdad que no me presenté solo —en cada población encontré algún amigo, también desempleado, que me acompañó—, pero así y todo no es muy delicado meter la nariz en casa de unos desconocidos y pedirles que le enseñen a uno las grietas de la pared del dormitorio. Pero todo el mundo se mostró asombrosamente paciente, y entendían en seguida por qué les hacía todas aquellas preguntas y lo que quería ver. Si una persona no autorizada entrase en mi casa y comenzase a preguntarme si hay goteras en el techo, si me molestan mucho los chinches y lo que pienso del propietario, seguramente le mandaría al diablo. Esto sólo me ocurrió a mí una vez; la mujer en cuestión era medio sorda y me tomó por un confidente de la Inspección de Recursos. Pero al cabo de un rato se calmó y me dio la información que deseaba.

Sé que no se juzga correcto que un escritor cite las críticas que se le han hecho, pero quiero responder aquí a un crítico del *Manchester Guardian* que dice, a propósito de un libro mío:

«Incluso en Wigan o Whitechapel, el señor Orwell ejercitaría su infalible capacidad de cerrar los ojos a todo lo bueno con el fin de proseguir su afanoso

vilipendio de la humanidad».

Falso. Orwell estuvo en Wigan una temporada y no sintió allí ningún deseo de vilipendiar a la humanidad. Le gustó mucho Wigan; la gente, no la ciudad. Sólo tuvo un motivo de queja, referente al famoso embarcadero de Wigan, que le ilusionaba visitar. Pero ¡ay!, el embarcadero de Wigan había sido demolido, y ni siquiera se sabía con exactitud el lugar exacto donde se levantaba.

5

Cuando uno se entera del número de parados, estimado en dos millones, es fatalmente habitual entender por ello que hay dos millones de personas sin trabajo y que el resto de la población vive relativamente bien. Confieso que, hasta hace poco, yo hacía lo mismo. Calculaba que, contados los desempleados registrados, cuyo número era de unos dos millones, añadiendo las personas sin recursos y aquellos obreros en paro que por una razón u otra no estaban registrados, se podía suponer que el número de gente subalimentada de Inglaterra (pues todas las personas que viven del subsidio de paro están subalimentadas) era, como máximo, de unos cinco millones.

Este cálculo es enormemente optimista. En primer lugar, las personas que forman las listas de desempleados son sólo las que cobran el subsidio, o sea, en general, cabezas de familia. Las personas que dependen de un hombre sin trabajo no figuran en la lista, a no ser que alguno de ellos cobre otro subsidio por su lado. Un funcionario de una Oficina Laboral me dijo que, para obtener la cifra real de personas que *dependían* del subsidio, había que multiplicar las cifras oficiales por algo más de tres. Esto sólo da unos seis millones. Y hay que añadir aún un gran número de personas que tienen trabajo pero que, desde el punto de vista de su economía, es como si no lo tuvieran, pues lo que cobran no puede ser considerado un salario vital[11]. Añádanse, pues, estas personas y las que dependen de ellas, súmese la cantidad antes mencionada de ancianos jubilados, personas sin recursos y otros varios grupos, y se tendrá una población *subalimentada* de más de diez millones de personas. *Sir* John Orr establece esta cantidad en veinte millones.

Tómense las cifras de Wigan, ciudad típica de los distritos industriales y mineros. El número de trabajadores asegurados es de unos 36 000 (26 000 hombres y 10 000 mujeres). De éstos, el número de desempleados a principios de 1936 era de unos 10 000. Pero esto era en invierno, cuando las minas trabajaban a pleno rendimiento; en verano debió de ser de unos 12 000. Multiplíquese por tres, como antes, y se obtiene la cifra de 30 000, o bien de 36 000. La población total de Wigan no alcanza los 87 000 habitantes; de modo que, en cualquier momento, más de una persona de cada tres habitantes —no de cada tres obreros registrados, sino de cada tres habitantes de la ciudad— está cobrando el subsidio de paro o viviendo de él. Estos diez o doce mil parados incluyen un grupo constante de cuatro o cinco mil mineros que han estado sin trabajo, ininterrumpidamente, durante los siete últimos años. Y en Wigan la situación no es especialmente mala con relación a las demás ciudades industriales. Incluso en Sheffield, donde se ha trabajado mucho en este último año, debido a las guerras y a los rumores de guerra, la proporción de paro es más o menos la misma: uno de cada tres obreros registrados.

En los primeros tiempos después de haber quedado sin empleo, un trabajador

cobra, hasta que caduca su seguro, el «subsidio completo», cuyas tarifas son las siguientes:

	Por semana	
Trabajador solo	17	chelines
Esposa	9	«
Hijos menores de 14 años, por cada uno	3	«

Así, en una familia media, compuesta por matrimonio y tres hijos, de los cuales uno sea mayor de catorce años, los ingresos totales serían de 32 chelines a la semana, más lo que pudiese ganar el hijo mayor. Cuando caduca el seguro del trabajador, antes de pasar a la protección del P.A.C. (Comité de Asistencia Pública), recibe, durante veintiséis semanas, una «ayuda transitoria» del U.A.B. (Comité de Ayuda al Desempleado), las tarifas de la cual son las siguientes:

	Por semana	
	Chel.	Pen.
Trabajador solo	15	
Trabajador y esposa	24	
Hijos 14 - 18 años	6	
Hijos 11 - 14 años	4	6
Hijos 8 - 11 años	4	
Hijos 5 - 8 años	3	6
Hijos 3 - 5 años	3	

De modo que, con la ayuda del U.A.B., los ingresos de la familia media de cinco personas serían de 37 chelines y 6 peniques a la semana, en caso de que ninguno de los hijos trabajase.

Cuando un hombre está acogido a las ventajas y beneficios de la U.A.B., la cuarta parte de su pensión es considerada como alquiler, o sea un mínimo de 7 chelines y 6 peniques a la semana. Si el alquiler que paga es superior a la cuarta parte de su pensión, recibe una cantidad suplementaria, pero si es inferior a 7 chelines y 6 peniques, se deduce de su pensión la diferencia. Las ayudas del P.A.C. salen, en teoría, de los impuestos locales, pero están respaldadas por un organismo central. Sus tarifas son:

	Por semana	
	Chel.	Pen.
Trabajador solo	12	6
Trabajador y esposa	23	
Hijo mayor	4	
Cada uno de los demás hijos	3	

Como dependen de las autoridades locales, estas tarifas varían ligeramente, y un

trabajador solo puede recibir en algunos casos un extra semanal de 2 chelines y 6 peniques, alcanzando así sus ingresos los 15 chelines. Al igual que el U.A.B., el P.A.C. considera como alquiler la cuarta parte de la pensión del obrero casado. Así, para la familia media considerada antes, los ingresos totales serían de 33 chelines a la semana, la cuarta parte de cuya cantidad sería considerada como alquiler. Además, en la mayoría de los distritos se concede, las seis semanas anteriores y las seis posteriores a Navidad, un suplemento para carbón de 1 chelín y 6 peniques semanales, con los que se compra, aproximadamente, un quintal de carbón.

O sea que los ingresos medios de una familia sin trabajo son de unos treinta chelines semanales. Una cuarta parte, al menos de esta cantidad, se paga como alquiler, lo cual significa que cada persona-promedio, niño o adulto, ha de comer, vestir, calentarse y cubrir otras necesidades básicas con seis o siete chelines semanales. Enormes cantidades de gente, seguramente un tercio, como mínimo, de la población total de las áreas industriales, viven a este nivel. La Inspección de Recursos es muy rigurosa, y si existe el más mínimo indicio de que el beneficiario de una pensión tiene alguna otra fuente de ingresos, puede negársele toda ayuda. Los obreros portuarios, por ejemplo, que suelen ser contratados por media jornada, han de ir dos veces al día a firmar a una Oficina Laboral; si no lo hacen, se supone que han estado trabajando y se reduce proporcionalmente su pensión. He visto casos de engaño a la Inspección de Recursos, pero tengo la impresión de que en las ciudades industriales, donde existe todavía un cierto grado de vida comunitaria y todo el mundo es conocido por sus vecinos, es mucho más difícil de lo que sería en Londres. Es habitual que un joven que vive con sus padres se busque un domicilio supuesto, para poder alegar que vive por su cuenta y recibir así una pensión independiente. Pero hay mucho espionaje y chismorreo. Por ejemplo, un hombre que yo conocí fue visto un día dando de comer a las gallinas de su vecino, que estaba ausente. Alguien informó a las autoridades de que el hombre «tenía un empleo de dar de comer a unas gallinas», y a él le costó mucho refutar la acusación. Un chiste muy difundido en Wigan era el del hombre a quien se niega una pensión por el hecho de «trabajar en el transporte de leña». Dicen que se le ha visto acarreando leña por la noche. El hombre tiene que explicar que no estaba acarreando leña sino «mudándose» clandestinamente. La «leña» eran sus muebles.

La consecuencia más grave y más cruel de la Inspección de Recursos es la separación de las familias. Hay ancianos, a veces enfermos, que se ven obligados a abandonar sus hogares a causa de ella. Por ejemplo, un anciano jubilado, en caso de ser viudo, viviría con alguno de sus hijos; contribuiría a los gastos de la casa con diez chelines semanales y estaría bien atendido. Pero, según la Inspección de Recursos, el abuelo es un «huésped», y si permanece en la casa se retira la ayuda a los hijos. De modo que, probablemente, a sus setenta o setenta y cinco años, tendrá que irse a vivir a una pensión, entregar los diez chelines a la patrona y vivir al borde del hambre. Yo he sido testigo de varios casos como éste. Se dan en toda Inglaterra, gracias a la

Inspección de Recursos.

No obstante, a pesar de la enorme extensión del paro, la pobreza —la extrema pobreza— es menos evidente en el Norte industrial que en Londres. En el Norte todo es más pobre y más viejo; hay menos automóviles y menos gente bien vestida, pero también hay menos gente que esté absoluta y evidentemente sin recursos. Incluso en ciudades tan grandes como Liverpool y Manchester, sorprende el escaso número de mendigos. Londres es una especie de remolino que atrae a las gentes abandonadas, y es tan grande que la vida de sus habitantes es solitaria y anónima. Mientras no infrinja la ley, una persona puede pasar absolutamente desapercibida, y puede caer en la miseria hasta un extremo que no sería posible en un lugar donde fuese conocido por los vecinos. Pero en las ciudades industriales la antigua forma de vida comunitaria no se ha roto aún, la tradición pervive y casi todo el mundo tiene familia, y por tanto, en potencia, un hogar. En una ciudad de 50 000 o 100 000 habitantes, no hay una población eventual, una gente con la que, por así decirlo, no se contaba; por ejemplo, nadie duerme en las calles. Además, una cosa que se puede decir en favor de los subsidios de paro es que no disuaden a la gente de casarse. Un hombre y una mujer que cuentan con veintitrés chelines a la semana no están muy lejos del hambre, pero les es posible, bien que mal, formar un hogar; su situación será mucho mejor que la de un hombre soltero que cobre quince chelines. La vida de un hombre solo sin trabajo es terrible. Vive a veces en una casa de huéspedes, y más frecuentemente en una habitación «amueblada» por la que suele pagar seis chelines a la semana, y se las arregla como puede con los otros nueve (unos seis para comida y tres para ropa, tabaco y diversiones). Como es lógico, con esta cantidad no puede alimentarse ni cuidar su aspecto como sería de desear. Además, una habitación de seis chelines no induce a permanecer en ella más de lo necesario, de modo que se pasa el día matando el tiempo en la biblioteca pública o en cualquier otro lugar con calefacción. Huir del frío es casi la única preocupación de un hombre solo y desempleado en invierno. En Wigan, el refugio preferido son los cines, que son allí muy baratos. Siempre hay localidades de cuatro peniques, y hay cines que venden entradas a dos peniques en las sesiones matinales. Hasta una persona que pasa hambre estará dispuesta a gastarse dos peniques para librarse del tremendo frío de una tarde de invierno. En Sheffield me llevaron una vez a un local público para oír una conferencia a cargo de un sacerdote, que era, con mucho, la más tonta y mal desarrollada que he oído nunca y que espero oír en toda mi vida. Me habría resultado difícilmente imposible quedarme hasta el final, y mis pies me llevaron fuera, aparentemente por propia iniciativa, antes de la mitad. Pero la sala estaba llena de hombres sin trabajo, que habrían soportado idioteces mucho peores con tal de permanecer en un lugar caliente.

He visto a veces a hombres solteros sin trabajo que, aun cobrando el subsidio, vivían en una extrema miseria. Recuerdo haber visto en una ciudad a toda una colonia de ellos que vivían, más o menos ilícitamente, en una casa abandonada que se caía prácticamente a pedazos. Habían reunido algunos muebles, probablemente

sacándolos de los vertederos de basuras, y recuerdo que la única mesa que tenían era un palanganero de mármol. Pero este tipo de situación es excepcional. Son muy raros los obreros que permanecen solteros, y, para un hombre casado, el paro introduce una alteración relativamente pequeña en la forma de vida. Su hogar queda empobrecido, pero sigue siendo un hogar. Y yo he observado en todas partes que la situación anómala creada por el desempleo —el hecho de que el hombre no trabaje mientras el trabajo de la mujer continúa igual que antes— no ha alterado la habitual relación de los sexos. En un hogar obrero, el dueño es el hombre y no, como ocurre en los de la clase media, la mujer o el bebé. Por ejemplo, en casa de un trabajador nunca se verá al marido mover un dedo para ayudar a las tareas domésticas. El desempleo no ha modificado esta convención, lo cual, a primera vista, parece un poco injusto. El hombre no tiene nada que hacer en todo el día, mientras que la mujer está tan ocupada como siempre, o más, porque tiene que arreglárselas con menos dinero. Pero, en la medida de lo que yo he podido observar, las mujeres no protestan. Creo que ellas, al igual que los hombres, piensan que un hombre perdería su virilidad si, por el solo hecho de estar sin trabajo, se convirtiera en su «hombrecito de su casa».

Pero no cabe duda del efecto aniquilador y debilitante que tiene el paro sobre todas sus víctimas, casados o solteros, y más sobre los hombres que sobre las mujeres. No resisten a él las inteligencias mejor dotadas. Algunas veces me he encontrado con hombres desempleados que tenían una auténtica capacidad literaria, y hay otros a los que no conozco pero cuyos trabajos veo alguna vez en las revistas. De vez en cuando, a intervalos largos, estos hombres escriben un artículo o un cuento que es evidentemente mejor que la mayoría de los productos lanzados por las editoriales. ¿Por qué, pues, hacen tan poco uso de su talento? Si tienen todo el tiempo libre que quieren, ¿por qué no escriben un libro? Porque para escribir un libro no se necesita sólo comodidad y soledad —y en un hogar obrero la soledad nunca es fácil de conseguir—, sino, además, tranquilidad de espíritu. Y con el fantasma del paro encima no es posible concentrarse en nada ni invocar un estado de ánimo de *esperanza*, necesario para cualquier creación. Claro que un desempleado que tenga el hábito de leer siempre podrá, como mínimo, entretenerse con la lectura. Pero ¿qué ha de hacer para distraerse un hombre a quien el leer le cuesta un esfuerzo? Un minero, por ejemplo, que ha trabajado en los pozos desde que era niño y ha sido educado para ser un minero y nada más ¿cómo tiene que pasar el tiempo? Es absurdo decir que puede buscar trabajo. Es bien sabido que trabajo no hay. Y no se puede buscar trabajo todos los días durante siete años. Existe la posibilidad de cultivar una parcela de tierra, lo cual ocupa el tiempo y ayuda a alimentar a la familia, pero en una ciudad grande sólo hay parcelas para una pequeña minoría de la población.

Están también los centros de actividades artesanales, creados hace unos pocos años para ayudar a los parados. En su conjunto, la iniciativa ha resultado un fracaso, pero algunos de los centros funcionan aún intensamente. He visitado un par de ellos. Tienen locales con calefacción y organizan periódicamente cursos de carpintería,

zapatería, trabajo del cuero, tejido manual, cestería, cultivo de algas, etc., con el objeto de capacitar a los hombres para fabricar muebles y otros objetos, no para la venta sino para sus casas, facilitándoles el uso gratuito de las herramientas y la compra de materiales a buen precio. La mayor parte de los socialistas con quienes he hablado desaprueban este movimiento por las mismas razones que denuncian el proyecto —que nunca pasa de proyecto— de entregar parcelas a los desempleados. Alegan que los centros artesanales son un simple truco para tener tranquilos a los parados y darles la falsa impresión de que se hace algo en su favor. Indudablemente, ésta es su función básica. Cuanto más ocupado esté un hombre remendando zapatos, menos tiempo tendrá para leer el *Daily Worker*[12]. Además, en estos lugares hay una repelente atmósfera tipo Y.M.C.A.[13], que se percibe tan pronto se entra. El tipo de desempleados que los frecuentan son, en su mayoría, de la variedad servil, de esos que le dicen a uno mansamente que ellos son abstemios y votan conservador. Pero, aun teniendo en cuenta esto, es difícil pronunciarse. Seguramente es mejor que un hombre pierda el tiempo aunque sea con una idiotez como el cultivo de algas a que se pase años y años sin hacer absolutamente *nada*.

Con mucho, lo mejor que se ha hecho en favor de los parados es el N.U.W.M., Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados. Es una organización revolucionaria que se propone mantener unidos a los desempleados, evitar que actúen como esquiroles durante las huelgas y proporcionarles asesoramiento jurídico frente a la Inspección de Recursos. Es un movimiento que ha sido sacado de la nada con los esfuerzos y los peniques de los propios obreros parados. Conozco bien su funcionamiento y siento una gran admiración por los hombres que los mantienen en marcha, rotos y subalimentados como los demás. Aún más admiro el tacto y la paciencia con que lo hacen, pues no es fácil sacar una suscripción, aunque sea de un penique semanal, del bolsillo de los hombres acogidos al P.A.C. Como he dicho anteriormente, la clase obrera inglesa no muestra mucha capacidad para las actividades dirigentes, pero tiene un magnífico sentido de la organización. Todo el movimiento sindical da prueba de ello, así como los excelentes clubs de trabajadores —que son en realidad una especie de bases de cooperativa muy bien instalados y magníficamente organizados— tan numerosos en Yorkshire. En muchas ciudades, el N.U.W.M. tiene locales y organiza charlas a cargo de oradores comunistas. Pero incluso en estos locales, los hombres que los frecuentan no hacen otra cosa que sentarse alrededor de la estufa y jugar de cuando en cuando una partida de dominó. Si este movimiento pudiera combinarse con algo del estilo de los centros artesanales, respondería mejor a las necesidades de los desempleados. Es tristísimo ver a un hombre que tiene un oficio marchitándose, año tras año, en la más absoluta y desesperada inactividad. Debería tener al menos la posibilidad de usar sus manos para fabricar muebles y otros objetos para su casa sin haber de convertirse para ello en un borrachín de cacao del Y.M.C.A. Habría que afrontar el hecho de que, a no ser que estalle otra guerra, varios millones de ingleses no volverán a tener trabajo en su vida.

Una cosa que seguramente podría hacerse y que debería hacerse de entrada es dar gratuitamente a cada hombre parado que lo solicitase un trozo de tierra y herramientas para cultivarlo. Es vergonzoso que unos hombres que han de mantenerse en vida con las pensiones del P.A.C. no tengan siquiera la posibilidad de cultivar unas hortalizas para su familia.

Para estudiar el desempleo y sus efectos, es necesario visitar las áreas industriales. En el sur, el desempleo existe, pero está disperso y pasa extrañamente desapercibido. Hay muchos distritos rurales donde un hombre sin trabajo es una rareza, y en ningún punto del sur se da el espectáculo de bloques de casas enteros cuyos habitantes viven del subsidio de paro y de las pensiones del P.A.C. Sólo viviendo en calles donde todos los vecinos están sin trabajo, donde conseguir un trabajo es algo tan probable como hacerse dueño de un avión y mucho *menos* probable que ganar cincuenta libras en las quinielas, se comienza a constatar los cambios que está sufriendo nuestra civilización. Porque se está produciendo un cambio, de esto no hay ninguna duda. La actitud de los sectores más pobres de la clase obrera es muy diferente de la que tenían hace siete u ocho años.

Tuve noticia por primera vez del problema del paro en 1928. Acababa de regresar de Birmania, donde el paro era sólo una palabra; cuando me fui para allá era todavía un muchacho y el *boom* posterior a la guerra no había terminado aún. La primera vez que observé de cerca a hombres sin trabajo, me quedé asombrado y horrorizado al descubrir que muchos de ellos se sentían *avergonzados* por su situación. Yo era entonces muy ignorante, pero no tanto como para imaginar que, cuando la pérdida de los mercados extranjeros despoja de sus empleos a dos millones de hombres, éstos tienen más culpa que la gente a quien no le toca la lotería. Pero en aquellos momentos nadie quería reconocer que el desempleo era inevitable, porque ello habría implicado admitir que probablemente seguiría existiendo durante mucho tiempo. Las clases medias hablaban aún de los «vagos e inútiles que viven del subsidio» y aseguraban que «todos estos hombres encontrarían trabajo si quisieran», y, lógicamente, tales opiniones se infiltraron entre la misma clase obrera. Recuerdo la gran sorpresa que experimenté cuando, la primera vez que conviví con vagabundos y mendigos, descubrí que un buen número de ellos, quizá la cuarta parte, de aquellos hombres a quienes me habían enseñado a considerar cínicos parásitos eran honrados mineros y obreros textiles que veían su situación con el mudo desconcierto de un animal caído en una trampa. Sencillamente, no entendían lo que les había pasado. Habían sido educados para el trabajo, y un buen día, sin más, parecía que nunca más tendrían ocasión de trabajar. En sus circunstancias, era inevitable, al principio, que se sintieran abrumados por un sentimiento de degradación personal. Ésta era la actitud hacia el desempleo que solían tener los obreros en aquella época: lo consideraban un desastre que le ocurría a uno individualmente y del cual era culpable uno individualmente.

Cuando hay doscientos cincuenta mil mineros sin trabajo, está dentro del orden de las cosas que Alf Smith, un minero que vive en una callejuela de Newcastle, esté sin

trabajo. Alf Smith es uno más entre los doscientos cincuenta mil, una unidad estadística. Pero a todo ser humano le cuesta mucho verse a sí mismo como una unidad estadística. Mientras Bert Jones, que vive enfrente, tenga aún trabajo, Alf Smith se sentirá deshonrado y fracasado. De ahí ese tremendo sentimiento de impotencia y desesperación que es casi la peor consecuencia del desempleo, mucho peor que cualquier dificultad, peor que la desmoralización de la inactividad forzosa, sólo comparable a la degeneración física de los hijos de Alf Smith, nacidos bajo el manto del P.A.C. Todo el que haya visto la pieza de Greenwood *Love on the Dole* recordará el penoso momento en que el pobre, bueno y estúpido obrero golpea la mesa y grita: «¡Dios mío, dame trabajo!». Esto no es una exageración dramática, sino una imagen de la realidad. Esta súplica debe de haber sido expresada, en palabras parecidas, en decenas de miles, quizás en cientos de miles de hogares ingleses durante los últimos quince años.

Pero creo que este tipo de actitud no se produce ya, o, por lo menos, se produce con menor frecuencia. Éste es el cambio al que me refería: los obreros han dejado de darse cabezazos contra la pared. Hasta las clases medias —sí, hasta los clubs de *bridge* de las ciudades de provincias— empiezan a darse cuenta de que el desempleo existe. Aquellos comentarios: «Mira, yo no me creo todo esto que cuentan del desempleo. La semana pasada, sin ir más lejos, buscábamos un hombre para limpiar el jardín y no encontramos a nadie. Lo que pasa es que no quieren trabajar», que se oían hace cinco años en todo té que se respetase, son cada día menos frecuentes. En cuanto a los trabajadores, han aumentado enormemente sus conocimientos de economía. Creo que en este aspecto el *Daily Worker* ha hecho una gran labor: su influencia es muy superior a su circulación. El hecho es que hoy en día los obreros tienen las cosas muy claras, no sólo por el hecho de que el paro está tan extendido, sino porque ha durado tanto. Cuando la gente se pasa años seguidos viviendo del subsidio, acaba por acostumbrarse, y, aunque sigue considerándolo desagradable, deja de considerarlo vergonzoso. La vieja tradición del temor al asilo se está extinguiendo, como se extingue el antiguo temor a las deudas debido a las ventas a plazos. En las callejuelas de Wigan y Barnsley vi todo tipo de privaciones, pero seguramente vi menos miseria *consciente* de la que habría visto diez años antes. La gente ha comprendido que el desempleo es una cosa que ellos no pueden evitar. Ahora no es sólo Alf Smith quien está sin trabajo; Bert Jones también lo está, y los dos llevan años así. Cuando las cosas son iguales para todo el mundo, desaparece la sensación de culpabilidad individual.

Así que ahora hay poblaciones enteras que se disponen, por así decirlo, a vivir del P.A.C. durante toda su vida. Y lo que encuentro admirable, quizás incluso esperanzador, es el hecho de que hayan conseguido hacerlo sin desmoronarse moralmente. Un obrero no se deja aplastar por la pobreza como lo haría una persona de la clase media. Nótese, por ejemplo, el hecho de que los obreros no dudan en casarse estando sin empleo. Es algo que fastidia a las ancianas de Brighton, pero que

constituye una prueba de sentido común: se dan cuenta de que el hecho de quedarse sin trabajo no implica que dejen de ser seres humanos. Así que, en un aspecto, las cosas no están tan mal como podrían estar en las zonas pobres. La vida transcurre aún de forma bastante normal, más normal de lo que en realidad cabría esperar. Las familias están empobrecidas, pero el sistema familiar no se ha roto. La gente vive una versión reducida de su vida anterior. En lugar de enfurecerse contra su suerte, han hecho la situación tolerable limitando sus aspiraciones.

Pero esta limitación de aspiraciones no se produce necesariamente por la eliminación de lo superfluo y la atención a lo necesario. Lo más frecuente es que se produzca de la forma contraria, que, bien mirado, es la más natural. De ahí el hecho de que, en una década de depresión sin precedentes, haya aumentado el consumo de todos los lujos baratos. Las dos cosas que más han determinado esto son, probablemente, el cine y la producción masiva de prendas de vestir baratas y bonitas que ha tenido lugar después de la guerra. El muchacho que deja la escuela a los catorce años y coge un empleo en el que no aprenderá nada, se encontrará en la calle a los veinte, probablemente para siempre, pero por dos libras y diez chelines puede comprarse a plazos un traje que, durante algún tiempo y a alguna distancia, parece cortado en Savile Row. Por menos dinero aun, una chica puede ir hecha un figurín. Se puede tener dos peniques en el bolsillo y ninguna perspectiva para el futuro, y tener por todo hogar parte de una habitación con goteras, pero, con sus ropas nuevas, un chico o una chica puede ir por la calle imaginándose que es Clark Gable o Greta Garbo, y esto compensa de muchas cosas. E incluso en casa siempre habrá una taza de té caliente, «una buena taza de té», y papá, que está sin trabajo desde 1929, será temporalmente feliz porque le han dicho seguro que ganará «Cesarevich».

Desde el final de la guerra, el comercio ha tenido que adaptarse a la demanda de un público pobre y subalimentado, a consecuencia de lo cual lo superfluo es hoy en día casi más barato que lo necesario. Un par de zapatos sencillos y sólidos cuesta tanto como dos pares de última moda. Por el precio de una buena comida se pueden comprar dos libras de dulces baratos. Por tres peniques le dan a uno un montón de pescado con patatas fritas, pero muy poca carne. La leche cuesta seis peniques el litro, e incluso la cerveza «suave» vale cuatro peniques, pero las aspirinas son a penique las siete, y de un paquete de té de cien gramos se pueden sacar hasta cuarenta tazas de té. Y sobre todo están las apuestas, el más barato de los lujos. Incluso la gente que está al borde del hambre puede comprar unos días de esperanza («Un poco de ilusión», como ellos dicen) jugándose un penique en las apuestas deportivas. Las apuestas mutuas han ascendido casi a la categoría de gran industria. Piénsese, por ejemplo, en un fenómeno como las quinielas futbolísticas, cuya recaudación anual ronda los seis millones de libras, procedentes casi todas del bolsillo de los trabajadores. Cuando Hitler volvió a ocupar Renania, yo me encontraba en Yorkshire. Hitler, Locarno, el fascismo y la amenaza de guerra despertaron apenas una chispa de interés a nivel local, pero la decisión de la Asociación de Fútbol de dejar de publicar

con antelación las fechas de los encuentros (en un intento de acabar con las quinielas) levantó una oleada de furia en todo el Yorkshire.

Tenemos además el curioso espectáculo de los milagros que hace la moderna ciencia eléctrica con la gente que tiene el estómago vacío. Uno puede pasar la noche tiritando por falta de mantas, pero por la mañana puede ir a la biblioteca pública y leer las noticias que han sido telegrafiadas desde San Francisco o Singapur para tenerle a uno al día. Hay veinte millones de personas subalimentadas, pero todos los ingleses, literalmente, tienen acceso a una radio. Lo que hemos perdido en comida lo hemos ganado en electricidad. Sectores enteros de la clase obrera que han sido despojados de todo lo que realmente necesitaban son compensados, en parte, por lujos baratos que alegran superficialmente la vida.

¿Creen ustedes que todo esto es deseable? No, yo no lo creo. Pero es posible que la forma de adaptación mental que está realizando visiblemente la clase obrera sea la mejor que pueden hacer dadas las circunstancias en que se encuentran. Ni se han vuelto revolucionarios ni han perdido la dignidad; simplemente han conservado la calma y se han hecho a la idea de ir tirando a base de pescado y patatas fritas. Las alternativas a esta actitud habrían sido años y años de dolorosa desesperación o bien, por el contrario, intentos de insurrección que, en un país de gobierno fuerte como es Inglaterra, podía conducir sólo a matanzas inútiles y a un régimen de represión salvaje.

Naturalmente, el desarrollo de la producción de artículos de lujo baratos que ha tenido lugar después de la guerra, ha sido un hecho muy afortunado para nuestros gobernantes. Es probable que el pescado con patatas fritas, las medias de seda artificial, el salmón en lata, el chocolate barato (cinco tabletas de dos onzas por seis peniques), las películas, la radio, el té fuerte y las quinielas hayan evitado, entre todos, una revolución. Por ello se dice de vez en cuando que todas estas cosas constituyen una astuta maniobra del gobierno —una forma del clásico «pan y circo»— para tener a raya a los parados. Pero lo que yo sé de nuestros gobernantes no me induce a creer que tengan este grado de inteligencia. La cosa ha ocurrido por un proceso inconsciente: la interacción natural entre la necesidad de mercado de los fabricantes y la necesidad, por parte de la gente hambrienta, de paliativos baratos.

6

Cuando yo era niño e iba a la escuela, solía venir una vez al año un conferenciante que nos daba excelentes conferencias sobre batallas famosas del pasado, como la de Blenheim, la de Austerlitz, etc. Le gustaba citar la frase de Napoleón: «Un ejército marcha sobre su estómago», y, no bien había acabado la conferencia, nos preguntaba: «¿Cuál es la cosa más importante del mundo?». Esperaba que nosotros gritásemos a coro: «¡La comida!», y, si no lo hacíamos, el hombre se quedaba harto chasqueado.

Es evidente que, en un cierto sentido, tenía razón. Un ser humano es, fundamentalmente, una bolsa en la que se echa comida; sus otras funciones y facultades pueden ser más elevadas, pero, en el tiempo, vienen después. Un hombre muere y es enterrado, todas sus palabras y actos caen en el olvido, pero las cosas que ha comido viven después de él en los huesos fuertes o débiles de sus hijos. Creo que sería una hipótesis plausible la de que los cambios de dieta alimenticia tienen mayor trascendencia que los cambios dinásticos o religiosos. La Gran Guerra, por ejemplo, no habría sido posible si no se hubiese inventado la carne en lata. Y la historia de los últimos cuatrocientos años en Inglaterra habría sido enormemente diferente sin la introducción de los tubérculos y de otros varios vegetales a finales de la Edad Media, y, poco después, la introducción de bebidas no alcohólicas (té, café, chocolate) y también de licores destilados a los que no estaban acostumbrados los ingleses, bebedores de cerveza. Es curiosa la escasa frecuencia con que se reconoce la importancia esencial de la comida. En todas partes se ven estatuas dedicadas a políticos, poetas y obispos, pero ninguna dedicada a cocineros, curadores de tocino o cultivadores de hortalizas. He oído decir que el emperador Carlos V hizo erigir un monumento al inventor de los arenques ahumados, pero éste es el único caso que me viene ahora a la memoria.

Así que quizás el hecho realmente importante entre todos los que afectan a los desempleados, lo realmente básico cara al futuro, es la dieta alimenticia que siguen. Como he dicho anteriormente, las familias de los parados viven, como promedio, de unos treinta chelines semanales, de los cuales hay que deducir al menos una cuarta parte para el alquiler. Vale la pena examinar con algún detalle cómo se invierte la cantidad restante. Tengo aquí un presupuesto que elaboraron para mí un minero desempleado y su mujer. Les pedí que confeccionasen una lista que representase, con la mayor exactitud posible, sus gastos en una semana corriente. Los ingresos del hombre eran de treinta y dos chelines semanales, y, además de la esposa, la familia incluía a dos hijos, uno de dos años y cinco meses y otro de diez meses. He aquí la lista:

Gastos	Lib.	Chel.	Pen.

Alquiler		9	0,5
Club del Vestir		3	0
Carbón		2	0
Gas		1	3
Leche		0	10,5
Cuota sindical		0	3
Seguro (de los niños)		0	2
Carne		2	6
Harina (12,600 Kg)		3	4
Levadura		0	4
Patatas		1	0
Grasa de carne		0	10
Margarina		0	10
Tocino		1	2
Azúcar		1	9
Té		1	0
Mermelada		0	7,5
Col y guisantes		0	6
Zanahorias y cebollas		0	4
Copos de avena		0	4,5
Jabón, azulete, etc.		0	10
Total…[14]	1	12	0

Hay que añadir a esto tres paquetes de leche en polvo suministrados semanalmente para el niño pequeño por la Clínica de Asistencia Infantil.

La lista requiere algunas precisiones. En primer lugar, hay muchas cosas que no figuran en ella: crema para el calzado, pimienta, sal, vinagre, cerillas, madera para encender el fuego, hojas de afeitar, sustitución de utensilios, muebles y ropa de cama, por citar las primeras que se me ocurren. Toda cantidad gastada en estas cosas tendrá que ser deducida de alguno de los apartados de la lista. Otra deducción importante es el tabaco. Este hombre fumaba poco, pero aun así su gasto en tabaco difícilmente bajaría de un chelín semanal, que habría de salir de los gastos en comida. Los «clubs del vestir» a los que los desempleados pagan un tanto a la semana pertenecen a los grandes comercios de tejidos, y los hay en todas las ciudades industriales. Sin ellos, los desempleados se verían en la imposibilidad de comprar prendas de ropa nuevas. No sé si se puede adquirir ropa de cama a través de estos clubs. Esta familia que cito, concretamente, no poseía casi ropa de cama.

Según la lista que reproduzco, si se invierte un chelín en tabaco y se deduce todo lo que no es comida, quedan dieciséis chelines y cinco peniques y medio. Pongamos dieciséis y dejemos aparte al niño pequeño, pues él recibe la leche de la Clínica de Asistencia. Con estos dieciséis chelines han de alimentarse y *comprar combustible* tres personas, dos de ellas adultas.

La primera cuestión es la de si es posible, aun desde el punto de vista teórico, que tres personas se alimenten adecuadamente con dieciséis chelines a la semana.

Mientras tenía lugar la polémica acerca de la Inspección de Recursos, se desarrolló una siniestra discusión pública acerca de cuál era la cantidad semanal mínima con que un ser humano podía mantenerse en vida. Recuerdo que una escuela de dietética la estableció en cinco chelines y nueve peniques, mientras que otra escuela, más generosa, dio la cifra de cinco chelines y nueve peniques y medio. A continuación de esto, un cierto número de personas escribieron cartas a los periódicos asegurando que ellos se alimentaban con cuatro chelines a la semana. He aquí un presupuesto semanal (publicado por el *New Statesman* y por el *News of the World*) que he seleccionado entre otros varios:

	Chel.	Pen.
3 hogazas de pan integral	1	0
200 gr de margarina	0	2,5
200 gr de grasa de carne	0	3
450 gr de queso	0	7
450 gr de cebollas	0	1,5
450 gr de zanahorias	0	1,5
450 gr de galletas rotas	0	4
900 gr de dátiles	0	6
1 bote de leche evaporada	0	5
10 naranjas	0	5
Total…	3	11,5

Obsérvese, en primer lugar, que no se prevé la compra de *combustible*. El autor de la carta declaraba explícitamente que no tenía dinero para carbón y que comía toda la comida cruda. El hecho de que la carta fuese auténtica o no, es algo que en este momento no importa. Lo que creo evidente es que este presupuesto representa la inversión más prudente que se puede imaginar. Una persona que hubiese de vivir con tres chelines y once peniques y medio a la semana, difícilmente podría adquirir con ellos más valor alimenticio del que representa la lista anterior. De modo que quizás es posible alimentarse adecuadamente con las pensiones del P.A.C. reduciéndose a los alimentos esenciales, pero no de otra forma.

Comparemos ahora esta lista con el presupuesto del minero desempleado que he reproducido antes. Su familia gastaba sólo diez chelines a la semana en verduras, diez peniques y medio en leche (recordemos que tienen un hijo menor de tres años) y nada en fruta; pero gastan un chelín y nueve peniques en azúcar (o sea unos tres kilos y medio) y un chelín en té. Los dos chelines y seis peniques invertidos en carne *podrían* representar un trozo pequeño de carne fresca y los ingredientes de un guisado; en realidad, la mayoría de las veces debe de representar cuatro o cinco latas de carne de buey. Así pues, la base de su dieta es pan blanco con margarina, buey en conserva, té azucarado y patatas, todo ello de escaso valor alimenticio. ¿No sería mejor que gastasen más dinero en cosas nutritivas, como naranjas y pan integral, o incluso si, como el autor de la carta al *New Statesman*, redujesen el gasto de

combustible y se comiesen las zanahorias crudas? Sí, sería mejor, pero ocurre que ninguna persona normal es capaz de hacer cosas así. Una persona normal se morirá de hambre antes que vivir de pan integral y zanahorias crudas. Lo malo de estas situaciones es precisamente esto: que cuanto menos dinero se tiene, menos inclinado se siente uno a invertirlo en alimentos nutritivos. Un millonario puede disfrutar desayunando zumo de naranja y bizcochos de centeno; un hombre sin trabajo no. En este terreno aparece también la tendencia de que hablaba al final del capítulo anterior. Cuando no se tiene trabajo, es decir, cuando se está subalimentado, nervioso, aburrido y deprimido, no se tienen *ganas* de comer la sosa comida alimenticia. Se quiere algo «sabroso». Y siempre hay alguna cosa barata y agradable que le tienta a uno. «¡Compremos tres peniques de patatas fritas!». «¡Vete a buscar un helado de dos peniques!». «Pon agua a hervir y hagámonos un buen té». Así es como funcionan los deseos de la gente al nivel de vida del P.A.C. El pan blanco con margarina y el té azucarado no alimentan casi nada, pero son más *agradables* (o al menos así lo considera la mayoría de la gente) que el pan moreno con grasa de carne acompañado de agua fría. El paro es un motivo de constante depresión contra la que hay que luchar, y ello se hace sobre todo con el té, el opio de los ingleses. Una taza de té o incluso una aspirina son mucho mejores como estimulantes temporales que un trozo de pan moreno.

Los resultados de todo esto son visibles en la degeneración física que se ha producido en el país, que se puede observar directamente, abriendo un poco los ojos, o indirectamente, examinando las cifras de mortalidad. El estado físico de la gente en las ciudades industriales es muy malo, más aun que en Londres. En Sheffield, uno tiene la impresión de hallarse entre una población de trogloditas. Los mineros son tipos espléndidos, pero suelen ser bajos, y el hecho de que sus músculos estén endurecidos por el ejercicio no significa que el físico de sus hijos tenga que ser mejor. En cualquier caso, los mineros son, desde el punto de vista físico, lo mejor de la población. La muestra más evidente de desnutrición es el mal estado de la dentadura de todo el mundo. En Lancashire, habría que buscar mucho para encontrar a una persona de la clase obrera con los dientes en buen estado. En realidad, se ve a muy poca gente que conserve los dientes, en el estado que sea, aparte de los niños; e incluso los dientes de los niños tienen un aspecto frágil y azulado que indica, me imagino, falta de cal. Varios dentistas me han dicho que, en los distritos industriales, se está convirtiendo en una rareza la persona de más de treinta años que conserva alguno de sus dientes. En Wigan, varias personas me expresaron su opinión de que lo mejor es «sacarse» los dientes lo más joven posible. «Los dientes sólo sirven para dar tormento», me dijo una mujer en una ocasión. En una casa donde me alojé vivían, además de mí, cinco personas, la mayor de cuarenta y tres años y la más joven un muchacho de catorce. De todos ellos, este último era el único a quien le quedaba algún diente, y estaba claro que los que le quedaban no durarían mucho. En cuanto a las cifras de mortalidad, el hecho de que en cualquier gran ciudad industrial el índice

de mortalidad adulta y el de mortalidad infantil de los barrios pobres sea siempre aproximadamente el doble del de los barrios acomodados —mucho más del doble en algunos casos— no necesita comentario.

Desde luego, no hay que llegar al extremo de suponer que la decadencia física se debe solamente al paro, pues es probable que el estado físico de la población haya estado declinando durante mucho tiempo en toda Inglaterra, y no sólo entre los desempleados de las áreas industriales. Esto no puede ser demostrado estadísticamente, pero es una conclusión a la que puede llegar cualquiera mediante la simple observación, incluso en las zonas rurales o bien en una ciudad próspera como Londres. El día que atravesó la ciudad el cortejo fúnebre de Jorge V, en dirección a Westminster, quedé casualmente cogido entre la multitud de Trafalgar Square. A cualquiera que en aquel momento hubiera mirado a su alrededor, le habría llamado la atención la degeneración física de la población actual de Inglaterra. La gente que me rodeaba no eran, en su mayoría, trabajadores; pertenecían más bien al tipo tendero-viajante de comercio, más una pequeña proporción de gente acomodada. Pero ¡qué efecto hacían! Brazos y piernas escuálidos, caras enfermizas, bajo el cielo lloroso de Londres… Apenas se veía a un hombre de buena figura o a una mujer de aspecto sano, y a nadie que tuviera un cutis fresco. Al paso del ataúd del Rey, los hombres se descubrieron, y un amigo mío que estaba entre la gente, al otro lado del Strand, me dijo después: «La única nota de color eran las calvas de los hombres». Incluso me pareció que los Guardias— los de la escuadra que daba escolta al ataúd— no eran como antes. ¿Dónde están aquellos hombrones de torsos como barriles y bigotes como manillares de bicicleta que me llamaban la atención cuando niño, hace veinte o treinta años? Enterrados en el barro de Flandes, supongo. Ahora, en su lugar, están estos pálidos jóvenes que han sido seleccionados por su altura y parecen bastones de uniforme, pues, en la Inglaterra de hoy, un hombre de más de metro setenta es poca cosa más que un saco de huesos. Si la constitución física de los ingleses ha empeorado, sin duda se debe en parte al hecho de que la Gran Guerra seleccionó cuidadosamente a un millón de hombres, los mejores de Inglaterra, y los envió a la matanza, mucho antes de que tuvieran tiempo de engendrar hijos. Pero el proceso debió de comenzar ya antes, y debe de ser efecto, en último término, de formas de vida insanas, es decir, del industrialismo. No me refiero al hecho de vivir en ciudades —en muchos aspectos, seguramente, la ciudad es más sana que el campo— sino a las modernas técnicas industriales que producen sustitutivos baratos de todo. Puede que se descubra un día que, a la larga, la carne en lata es un arma más mortífera que la ametralladora.

Es triste que los trabajadores ingleses, o más bien los ingleses en general, sean tan ignorantes en lo que se refiere al aprovechamiento de la comida. Ya he señalado en otra obra mía la clara idea que tiene del valor de la comida un picapedrero francés comparado con uno inglés, y no creo que se produzca nunca tanto malgasto en un hogar francés como se suele dar en los ingleses. Naturalmente, en las familias más

pobres, donde todos están sin trabajo, la cosa no es tan acusada, pero la gente que está en situación de malgastar comida acostumbra a hacerlo. Podría citar casos sorprendentes. Incluso la costumbre que existe en el Norte de hacer el pan en casa implica un pequeño malgasto, pues una mujer atareada no puede cocer pan más de una o dos veces a la semana, y es imposible prever con exactitud cuánto pan hará falta, de modo que generalmente sobra una cierta cantidad, que hay que tirar. Lo habitual es cocer, a cada hornada, seis panes grandes y doce pequeños. Esta largueza forma parte de la antigua actitud inglesa de generosidad ante la vida, y constituye una cualidad amable, pero que en estos momentos resulta desastrosa.

En todo el país, que yo sepa, los trabajadores ingleses se niegan a comer pan moreno; generalmente es imposible comprar pan integral en un barrio obrero. A veces dan como razón que el pan moreno es «sucio». Yo sospecho que el verdadero motivo es el hecho de que, en el pasado, el pan moreno ha sido confundido con el pan negro, que está tradicionalmente asociado con el papismo y los zuecos de madera. (En Lancashire hay mucho papismo y muchos zuecos de madera. Lástima que no haya también pan negro). Pero el paladar inglés, especialmente el paladar de la clase obrera, se ha acostumbrado a rechazar casi automáticamente la buena comida. La cantidad de personas que prefieren los guisantes en lata y la carne en conserva debe de aumentar cada año, y mucha gente que podría comprar leche de verdad para el té prefieren con mucho la leche condensada, incluso esa horrible leche condensada hecha de azúcar y harina de maíz, cuyos botes llevan, en letras de a palmo la inscripción NO APTA PARA LA ALIMENTACIÓN INFANTIL. En algunos distritos se hacen ahora esfuerzos para dar a los desempleados mayores conocimientos sobre el valor alimenticio de la comida y la administración inteligente del dinero. Ante cosas como ésta, uno no sabe qué partido tomar. He oído a un orador comunista denunciar airadamente estas actividades. Ahora, dijo, hay grupos de damas de la alta sociedad de Londres que tienen la caradura de presentarse en las casas del East End y darles lecciones de economía a las mujeres de los parados. Presentaba esto como una muestra de la mentalidad de los gobernantes ingleses, que primero condenan a una familia a vivir con treinta chelines semanales y después tienen la desvergüenza de decirles cómo han de gastárselos. Tenía toda la razón y estoy muy de acuerdo con él. Pero, aun así no deja de ser triste que, por simple ignorancia, la gente se eche al estómago esa porquería de leche condensada sin saber siquiera que es inferior a la que produce la vaca.

No obstante, dudo que los desempleados saliesen beneficiados, a la larga, si supiesen administrar mejor el dinero. Pues sólo el hecho de que no sepan hacerlo mantiene las pensiones al nivel en que están. Un obrero inglés acogido al P.A.C. cobra quince chelines semanales porque quince chelines constituyen la suma mínima con la que, teóricamente, puede subsistir. Si este obrero fuese, vamos a suponer, un peón indio o japonés, y viviese, como ellos, de arroz y cebollas, no le darían quince chelines a la semana; se los darían al mes y gracias. Los subsidios de paro y

pensiones que se conceden en nuestro país, con toda su mezquindad, están concebidos para una población con aspiraciones elevadas y pocas nociones de economía doméstica. Si los parados aprendiesen a administrarse mejor, gozarían de mayor bienestar, pero me imagino que no pasaría mucho tiempo sin que los subsidios y pensiones fuesen proporcionalmente recortados.

Supone un gran alivio para los desempleados del Norte el hecho de que el carbón sea barato. En todas las zonas carboníferas, el precio al por menor es, aproximadamente, de un chelín y seis peniques el quintal mientras que, en el sur del país, es de unos dos chelines y seis peniques. Además, los mineros que trabajan tienen derecho, por lo general, a comprarlo directamente del pozo, a ocho o nueve chelines la tonelada, y los que tienen sótano en sus casas compran a veces una tonelada entera y lo venden (ilícitamente, supongo) a los que están sin trabajo. Pero, aparte de esto, se producen sistemáticamente robos de carbón, en grandes cantidades, por parte de los desempleados. Digo robos porque, desde el punto de vista técnico, lo son, aunque en realidad no perjudican a nadie. Entre la escoria que sale de los pozos hay una cierta cantidad de carbón desmenuzado, y los desempleados pasan mucho tiempo recogiéndolo. Durante todo el día, sobre esas extrañas montañas grises que son los montones de escoria, se ve a personas que van de aquí para allá con sacos y cestos, entre el humo sulfúreo (pues muchos de estos montones están encendidos por el interior), cogiendo las pepitas de carbón enterradas aquí y allá. Se ve a hombres que regresan pedaleando en extrañas y maravillosas bicicletas hechas en casa —fabricadas con piezas oxidadas recogidas de los vertederos, sin sillines, sin cadenas y casi siempre sin neumáticos—, llevando unos sacos que contienen quizá medio quintal de carbón, fruto de medio día de búsqueda. En época de huelgas, en que todo el mundo anda corto de combustible, los mineros cogen picos y palas y excavan en los montones de escorias, a lo cual se debe lo irregular de su superficie. Durante las huelgas prolongadas, en los lugares donde hay afloramientos de carbón, los mineros abren minas y las llevan a muchos metros bajo tierra.

En Wigan, la competición entre los parados por el carbón de las escorias se ha hecho tan dura que ha dado lugar a una curiosa práctica llamada «pelea por el carbón», que vale la pena presenciar. Me extraña, incluso, que no haya sido filmada nunca. Un minero sin trabajo me llevó una tarde a verla. Nos trasladamos al lugar, una especie de sierra formada por antiguos montones de escoria. Abajo, en el valle, había una vía de tren. Unos dos centenares de hombres andrajosos, cada uno con un saco y un martillo a la espalda, sujetos al cinturón, debajo de la chaqueta, esperaban en las cimas. Cuando la escoria sale del pozo es cargada en vagones y una locomotora los lleva a un montón de escoria, a unos dos o trescientos metros, y allí los deja. La «pelea por el carbón» consiste en subir a los vagones mientras el tren está en marcha; el vagón que un hombre consigue ocupar mientras está en movimiento se considera «suyo».

Apareció el tren. Con un alarido salvaje, cien hombres se lanzaron pendiente

abajo para cogerlo mientras doblaba la curva. Incluso en ese momento, el tren marchaba a unos veinte kilómetros por hora. Los hombres se arrojaron sobre él, se agarraron a las anillas de la parte trasera de los vagones y se izaron al interior de éstos con ayuda de los parachoques, a razón de cinco o diez hombres por vagón. El maquinista no se dio por enterado. Llevó el tren a la cima del montón de escoria, desenganchó los vagones y condujo nuevamente la locomotora al pozo, para volver al cabo de un rato con una nueva serie de vagones. Se produjo entonces por segunda vez el violento asalto de las figuras andrajosas. Al final, sólo unos cincuenta hombres habían conseguido subir a alguno de los dos trenes.

Subimos a la cima del montón de escoria. Valiéndose de palas, los hombres vaciaban el contenido de los vagones mientras, abajo, sus mujeres e hijos, de rodillas, escarbaban rápidamente con las manos la húmeda escoria y recogían pedazos de carbón del tamaño de un huevo o menores. Se veía a las mujeres agarrar vivamente un trozo pequeño de alguna cosa, frotarlo en el delantal, examinarlo para asegurarse de que era carbón y echarlo celosamente en el saco. Como es lógico, antes de «ocupar» un vagón no se sabe lo que contiene; puede ser efectivamente escoria de carbón o bien sólo pizarra de los techos. Un vagón de pizarra no contiene carbón, pero sí otro mineral inflamable llamado carbón mate, muy parecido a la pizarra corriente pero algo más oscuro, y se distingue porque se parte en líneas paralelas. Sustituye pasablemente al carbón; no es tan bueno como para tener valor comercial, pero es lo bastante bueno como para que los desempleados se lo disputen. Los mineros que habían subido a los vagones de pizarra cogían los pedazos de carbón mate y los partían con los martillos. Abajo, al pie del montón de escoria, los hombres que no habían conseguido subir a ninguno de los dos trenes recogían los trocitos de carbón que caían rodando desde arriba, trozos no más grandes que una avellana, pero que ellos estaban bien contentos de conseguir.

Nos quedamos aquí hasta que fueron vaciados todos los vagones. En un par de horas, aquella gente había seleccionado toda la escoria hasta el último fragmento. Se echaban los sacos a la espalda o los colgaban de las bicicletas, y emprendían el pesado regreso a Wigan. La mayoría de las familias habían recogido cosa de medio quintal de carbón o de carbón mate, de modo que, entre todos, debían de haber robado entre cinco y diez toneladas de mineral. Este robo del carbón de la escoria tiene lugar en Wigan todos los días, por lo menos durante el invierno, en varias de las minas. Evidentemente, es algo muy peligroso. En la tarde que yo lo presencié no hubo ningún accidente, pero unas semanas antes un hombre se hirió de gravedad y hubieron de amputarle las dos piernas, y, una semana después, otro minero perdió varios dedos de una mano. En teoría, esta práctica no es otra cosa que un robo, pero, como todo el mundo sabe, el carbón que se coge no iba a servir ya para nada. De cuando en cuando, para mantener las apariencias, las empresas mineras procesan a alguien por robo de carbón; en la edición de aquella mañana del periódico local se informaba de que habían sido impuestas a dos hombres multas de diez chelines. Pero

los mineros no hacen caso de las denuncias —uno de los hombres mencionados por el periódico estaba allí aquella tarde— y organizan suscripciones entre ellos para pagar las multas. La cosa se da por sentada. Todo el mundo sabe que los parados han de conseguir combustible como sea. Y, cada tarde, varios centenares de hombres se juegan el tipo y varios centenares de mujeres escarban en el barro durante horas para conseguir medio quintal de carbón de baja calidad, que costaría nueve peniques.

Esta escena ha quedado grabada en mi mente como una de las imágenes representativas de Lancashire: las pequeñas pero robustas mujeres, abrigadas con chales, con sus delantales de arpillera y sus pesados zuecos negros, arrodilladas en el barro ceniciento, bajo el viento helado, revolviendo ávidamente la escoria en busca de trocitos de carbón. Y se alegran de poder hacerlo. En invierno harían cualquier cosa por conseguir carbón; es casi más importante que la comida. Entretanto, alrededor de ellas, en todo lo que alcanza la vista, están los montones de escoria y los montacargas de las compañías mineras, y ni una sola de estas compañías puede vender todo el carbón que es capaz de producir. Esto debería hacer reflexionar a Major Douglas.

7

Al viajar hacia el norte, la mirada acostumbrada a los paisajes del sur o del este no percibe mucha diferencia hasta después de Birmingham. Coventry podría pasar muy bien por Finsbury Park, y el Bull Ring de Birmingham se parece a Norwich Market; y entre todas las ciudades de los Midlands se extiende la civilización del chalet, imposible de distinguir de la del sur. Sólo cuando se va un poco más al norte, hasta las ciudades de la industria cerámica y más allá, se comienza a ver la auténtica fealdad del industrialismo, una fealdad tan terrible y abrumadora que uno se ve obligado, por así decirlo, a pactar con ella.

Un montón de escoria es una cosa horrible, porque es irregular y no tiene ninguna función. Es algo que se ha tirado allí sin más, como vaciando un gigantesco cubo de basura. En las afueras de las ciudades mineras hay horrorosos paisajes donde el horizonte está totalmente rodeado por angulosas montañas grises, el suelo está cubierto de barro y cenizas y, en el aire, viajan lentamente, durante kilómetros, las vagonetas de escoria suspendidas de cables de acero. A menudo, los montones de escoria están encendidos, y por la noche se ven serpentear los riachuelos rojos del fuego y el lento oscilar de las llamas azules del azufre, que parecen siempre a punto de extinguirse pero siempre se avivan otra vez. Incluso cuando un montón de escoria se hunde —cosa que siempre acaban por hacer—, en su superficie no crece más que una fea hierba parda, y conserva su superficie desigual. Uno de ellos, situado en un barrio obrero de Wigan y usado como terreno de juego, parece un mar agitado que se hubiera helado súbitamente; lo llaman «el colchón de lana». Aun después de varios siglos, cuando el arado recorra las zonas donde hoy se extrae el carbón, será posible reconocer a vista de pájaro los lugares donde hubo montones de escoria.

Recuerdo una tarde de invierno en los horribles alrededores de Wigan. En torno a mí se extendía el paisaje lunar de los montones de escoria, y, al norte, más allá de los pasos (por así decirlo) entre las montañas de escoria, se veían las chimeneas de las fábricas con sus penachos de humo. El camino que bordeaba el canal estaba cubierto por una mezcla de ceniza y barro helado, cruzada por innumerables huellas de zuecos. A ambos lados, hasta perderse también en la distancia, estaban las charcas de agua estancada, resultado de la filtración en los hoyos formados en la tierra por el hundimiento de antiguos pozos. Hacía un frío espantoso. Las charcas estaban cubiertas de hielo color ocre. Parecía un mundo del que se hubiera desterrado la vegetación; todo era humo, pizarra, hielo, barro, ceniza y agua sucia.

Pero hasta Wigan es hermoso comparado con Sheffield. Creo que Sheffield podría aspirar con justicia a ser nombrada la ciudad más fea del Viejo Continente; no me extrañaría que sus habitantes, que la quieren preeminente en todo, reivindicasen también este título para ella. Con una población de medio millón de personas, tiene menos edificios decentes que cualquier pueblo de Anglia Oriental, cuyo promedio de

población es de quinientos habitantes. Y el hedor de su atmósfera es algo permanente: en los raros momentos en que se deja de oler a azufre es porque se ha empezado a oler a gas. Hasta el río poco profundo que atraviesa la ciudad suele tener un color amarillo brillante, debido a no sé qué producto químico. Una vez me detuve en la calle y conté las chimeneas que veía. Eran treinta y siete, pero habría contado muchas más de no haber estado el aire oscurecido por el humo. Recuerdo con especial precisión una imagen concreta de la ciudad. Un solar (no sé cómo, por aquí arriba, un solar puede alcanzar extremos de fealdad que serían imposibles en el mismo Londres) desnudo de hierba debido al pasar de la gente, lleno de papeles de periódico y sartenes viejas. A la derecha, una fila aislada de tétricas casas de cuatro habitaciones, de color rojo oscuro, ennegrecidas por el humo. A la izquierda, una interminable extensión de chimeneas de fábrica, chimenea tras chimenea, que se perdían en la distancia hasta fundirse en una neblina negruzca. Detrás de mí, el terraplén del ferrocarril, construido con escoria de los hornos. Por último, enfrente, al otro lado del solar, había un edificio cúbico, de ladrillos rojos y amarillos, con un letrero que decía: «Agencia de Transportes Thomas Grocock».

Por la noche, cuando no se ven las horribles formas de las casas y la negrura que lo cubre todo, una ciudad como Sheffield adquiere una especie de siniestra magnificencia. A veces, las nubes de humo adquieren un tinte rosado a causa del azufre, y de las chimeneas de las fundiciones se escapan unas llamas dentadas, como sierras circulares. Por las puertas abiertas de las fundiciones se ven serpientes ardientes de hierro que son transportadas de aquí para allá, y se oye el silbido y el pesado golpear de los martillos de vapor y el grito del hierro bajo el golpe.

Las ciudades de la industria cerámica son casi igualmente feas, en una escala menor. Entre las mismas filas de casitas ennegrecidas, como formando parte de la calle, están unas chimeneas de ladrillo de forma cónica, como gigantescas botellas de borgoña clavadas en el suelo, que echan el humo casi a la cara de la gente. Se ven monstruosos abismos de arcilla de decenas de metros de ancho y casi otros tantos de profundidad, a un lado de los cuales circula un tren de cremallera de herrumbrosas vagonetas, y, al otro lado, unos obreros golpean la roca con picos, pegados a ella como los recolectores de hinojo marino. Yo pasé por las ciudades de la cerámica en tiempo de nieve, y hasta la nieve allí estaba negra. Lo mejor que se puede decir de estas ciudades es que son bastante pequeñas y se acaban en seco. A menos de diez kilómetros de distancia está otra vez el campo virgen y las peladas colinas, y las ciudades no son más que una mancha de tizne en la distancia.

Al contemplar tanta fealdad, se hace uno dos preguntas. Primera: ¿es esta fealdad inevitable? Segunda: ¿debería ser evitada?

No creo que las instalaciones y áreas industriales tengan que ser feas por definición. Una fábrica, ni que sea una fábrica de gas, no está obligada por su misma naturaleza a ser fea, ni más ni menos que un palacio, una perrera o una catedral. Todo depende de la tradición arquitectónica de la época. Las ciudades industriales del norte

son feas porque fueron construidas en una época en que se desconocían la aplicación del acero en la construcción y los modernos sistemas de eliminación de humos, una época en que todo el mundo andaba demasiado ocupado haciendo dinero como para pensar en otra cosa. Y si siguen siendo feas ello se debe en buena parte al hecho de que la gente del país se ha acostumbrado a ellas y ya no se dan cuenta. Mucha gente de Sheffield o de Manchester diría seguramente, al respirar el aire de los acantilados de Cornualles, que es un aire soso. Pero, desde el fin de la guerra, la industria se ha extendido hacia el sur, y las nuevas fábricas pueden calificarse casi de bonitas. La fábrica típica de después de la guerra ya no es un siniestro barracón ni un tremendo caos de negrura y chimeneas humeantes, sino una brillante estructura blanca de cemento, vidrio y acero, rodeada de prados y parterres de tulipanes. Por ejemplo, las fábricas que se ven al salir de Londres en el Ferrocarril del Oeste pueden no ser triunfos de la estética, pero ciertamente no son feas de la misma manera que lo es la fábrica de gas de Sheffield.

De todos modos, aunque la fealdad de las zonas industriales sea su característica más evidente y el motivo de las protestas de todo forastero, dudo que tenga una importancia básica, y quizá, siendo el industrialismo lo que es, no sea siquiera deseable que aprenda a disfrazarse de otra cosa. Como ha señalado certeramente Aldous Huxley, una oscura y satánica fábrica debe tener el aspecto de una oscura y satánica fábrica, y no de templo de unos misteriosos y espléndidos dioses. Por otra parte, aun en las ciudades industriales más feas se ven muchas cosas que, desde un punto de vista estrictamente estético, no son feas. Una chimenea humeante o un barrio apestoso nos repugnan sobre todo por lo que implican en cuanto a vidas dañadas y niños enfermizos, pero, mirados desde un punto de vista puramente estético, pueden tener un cierto atractivo macabro. Yo he descubierto que las cosas que están muy fuera de lo corriente acaban casi siempre por fascinarme aunque al mismo tiempo las odie. Los paisajes de Birmania, que, cuando vivía entre ellos, me abrumaban hasta adquirir caracteres de pesadilla, se quedaron después tan obsesivamente fijos en mi mente que me vi obligado a escribir una novela acerca de ellos para librarme de su asedio. (En todas las novelas sobre Oriente, el verdadero tema es el paisaje). No sería difícil extraer una cierta belleza, como hizo Arnold Bennett, de la negrura de las ciudades industriales. Es fácil imaginar a Baudelaire, por ejemplo, componiendo un poema acerca de una montaña de escoria. Pero, en último término, la belleza o la fealdad del industrialismo importan poco. Sus verdaderos males son mucho más graves y totalmente inevitables. Es importante tener esto presente, pues existe siempre la tentación de pensar que el industrialismo es inocuo mientras revista una forma limpia y ordenada.

Al llegar al norte industrial, se tiene la sensación de entrar en un país extranjero, independientemente de la novedad del paisaje. Ello se debe en parte a las diferencias reales que existen, pero sobre todo a la oposición norte-sur que llevamos metida en la cabeza desde hace tantos años. Se da en Inglaterra un curioso culto al norte, una

especie de pequeño nacionalismo norteño. Un oriundo de Yorkshire que se encuentre en el sur cuidará siempre de hacerle saber a uno que le considera inferior. Si se le pregunta por qué, explicará que sólo en el norte la vida es vida «de verdad», que el trabajo industrial que se hace en el norte es el único trabajo «de verdad», que la gente del norte es «de verdad» y que en el sur viven sólo los rentistas y sus parásitos. Los norteños son tenaces, austeros, duros, animosos, cordiales y democráticos; los del sur son esnobs, afeminados y perezosos; o, al menos, así lo dice la leyenda. Por ello, el hombre del sur se dirige al norte, con la vaga sensación de inferioridad del hombre civilizado que se aventura entre los salvajes, mientras que el hombre de Yorkshire, al igual que el escocés, viene a Londres con el espíritu de un bárbaro en busca de botín. Y este tipo de sensaciones, producto de la tradición, no son modificadas por los hechos evidentes. Así como un inglés de metro cuarenta y tres de estatura y setenta y cinco centímetros de perímetro torácico se siente físicamente superior a Primo Carnera, por el hecho de ser éste latino y él inglés, el hombre del norte se siente superior al del sur. Recuerdo que un tipo de Yorkshire, flaco y bajito, que seguramente habría salido corriendo ante los ladridos de un fox-terrier, me decía que, en el sur de Inglaterra, él se sentía «como un invasor salvaje». Y muchas veces este culto es adoptado por personas que no son norteñas de nacimiento. Hace un par de años, un amigo mío educado en el sur pero residente en el norte iba conmigo en coche por Suffolk. Pasamos por un pueblo bastante bonito. Mi amigo echó una mirada reprobadora a las casas y comentó:

—Desde luego, la mayoría de los pueblos de Yorkshire son horribles, pero la gente allá es magnífica. Aquí abajo es al revés: pueblos bonitos y gente maleada. Sin duda alguna la gente que vive aquí no vale nada, absolutamente nada.

No pude por menos que preguntarle si conocía a alguien de aquel pueblo. No conocía a nadie, pero, puesto que aquello era la Anglia Oriental, daba por descontado que la gente no valía nada. Otro amigo mío, también sureño de origen, no pierde ocasión de alabar al norte en detrimento del sur. He aquí un extracto de una de sus cartas:

«Estoy en Clitheroe, en Lancashire. Creo que las corrientes de agua tienen mucho más encanto en un país de pantanos y montañas que en el gordo e indolente sur. “El fatuo y elocuente Trent”, dice Shakespeare; cuanto más al sur, más fatuo, diría yo».

Éste es un interesante ejemplo de culto al norte. No solamente usted, yo y todos los demás habitantes del sur de Inglaterra somos tachados de «gordos e indolentes», sino que incluso el agua, a partir de una cierta latitud, deja de ser H_2O para convertirse en algo místicamente superior. Pero lo curioso de este texto es que su autor es un hombre de gran inteligencia y de ideas «avanzadas», que vería con el máximo desprecio el nacionalismo en cualquiera de sus formas habituales. Rechazaría con horror afirmaciones del tipo de: «Un inglés vale por tres extranjeros». Pero, cuando se trata de norte contra sur, no le cuesta nada generalizar. *Todas* las distinciones nacionalistas, todas las pretensiones de ser mejor que otros porque se

tiene el cráneo de una forma diferente o porque se habla un dialecto diferente son totalmente infundadas, pero son importantes en tanto que la gente cree en ellas. Es indiscutible la innata convicción que tienen los ingleses de que todos cuantos viven al sur de su país son inferiores a ellos. Incluso nuestra política exterior se rige, en alguna medida, por esta creencia. Me parece, pues, que vale la pena recordar cuándo y cómo apareció.

Cuando el nacionalismo empezó a convertirse en religión, los ingleses miraron el mapa, y, observando que su isla quedaba bastante arriba del hemisferio norte, desarrollaron la cómoda teoría según la cual cuanto más al norte se vivía, más virtudes se poseían. Los libros de historia que estudié en mi infancia solían comenzar con una explicación extremadamente ingenua de cómo el clima frío hace a la gente enérgica, mientras que el cálido los hace perezosos, y de ahí la derrota de la Armada Invencible. Estas bobadas acerca del carácter enérgico de los ingleses (que son en realidad el pueblo más perezoso de Europa) han sido moneda corriente durante los últimos cien años, por lo menos. «Mejor es para nosotros, se lee en una publicación de 1827, estar condenados a trabajar por el bien de la nación que deleitarnos en la ociosidad entre olivos, vinos y vicios». La expresión «olivos, vinos y vicios» resume bien la imagen que de los pueblos latinos suele tener el inglés. En la mitología de Carlyle, Creasey y demás, el hombre del norte (el «teutón» y, más adelante, el «nórdico») es presentado como un tipo recio y vigoroso, de bigote rubio y moral intachable, mientras que el hombre del sur es hipócrita, cobarde y de costumbres licenciosas. Esta teoría no fue nunca desarrollada hasta su última consecuencia, es decir, la tesis según la cual el pueblo mejor del mundo serían los esquimales, pero llevaba implícita la suposición de que la gente que vivía al norte de nosotros era superior a nosotros. De aquí se deriva, en parte, el culto a Escocia y a todo lo escocés que ha marcado tan fuertemente la cultura inglesa durante los últimos cincuenta años. Pero fue la industrialización del norte lo que dio su forma característica a la contraposición norte-sur. Hasta hace relativamente poco tiempo, la zona norte de Inglaterra era feudal y atrasada, mientras que toda la industria que había entonces en el país estaba concentrada en Londres y en el sudeste. En la guerra civil, por ejemplo, que fue, en esencia, una guerra del dinero contra el feudalismo, el norte y el oeste apoyaron al Rey, y el sur y el este, al Parlamento. Pero, con el creciente uso del carbón, la industria se fue trasladando al norte, y apareció un nuevo tipo de hombre, el empresario norteño que empezó sin nada, el *Mr*. Rouncewell o el *Mr*. Bounderby de Dickens. El empresario del norte, con su odiosa moral del «salir adelante o abandonar», fue la figura dominante del siglo XIX, y todavía manda sobre nosotros como un tiránico cadáver. Es el tipo que describe Arnold Bennett, el hombre que empieza con tres peniques y acaba con cincuenta mil libras, y cuyo principal orgullo reside en el hecho de ser todavía más patán ahora que tiene dinero que cuando no lo tenía. Al analizarlo resulta que su única cualidad es su talento para ganar dinero.

Este tipo de literatura es hoy puro anacronismo, pues el empresario del norte ya

no es próspero. Pero las tradiciones no mueren a manos de los hechos, y la tradición de la «tenacidad» norteña sigue viva. La gente cree aún vagamente que, allá donde un sureño fracasa, un norteño «saldrá adelante», es decir, hará dinero. Todo hombre de Yorkshire y todo escocés que viene a Londres tiene, en el fondo de su mente una imagen de sí mismo como Dick Whittington, como el muchacho que empieza vendiendo periódicos y acaba alcalde de Londres. Esto es lo que da origen a su presunción. Pero lo que constituye un grave error es suponer que de esta idea participa también la clase obrera propiamente dicha. La primera vez que fui a Yorkshire, hace unos años, tenía la sensación de que me dirigía a un país de patanes. Estaba acostumbrado a los oriundos de Yorkshire que viven en Londres, con sus interminables peroratas y su orgullo por la supuesta gracia y fineza de su dialecto («un paso a tiempo ahorra ciento», como decimos en West Riding), y esperaba tener que hacer frente a mucha grosería. Pero no fue así en absoluto, y menos entre los mineros. Los mineros de Lancashire y de Yorkshire me trataron con una amabilidad y cortesía que resultaban incluso embarazosas, pues, si hay un tipo de hombre ante el cual me siento inferior, es el minero. Y, desde luego, ninguno de ellos dio la menor prueba de despreciarme por el hecho de proceder de otra región del país. Esto tiene su importancia si se recuerda que los regionalismos ingleses son nacionalismos en miniatura, pues implica que el localismo no es una característica de la clase obrera.

No obstante, existe una diferencia real entre el norte y el sur del país, que confiere un asomo de verdad a la descripción de la Inglaterra meridional como un enorme Brighton habitado por gentes ociosas. Por razones climáticas, el grupo social parásito de los rentistas suele establecerse en el sur. En una ciudad algodonera de Lancashire, se pueden pasar meses y meses sin oír a una sola persona de pronunciación «correcta», mientras que en el sur apenas debe de haber una ciudad donde se pueda tirar una piedra sin darle a la sobrina de un obispo. Así pues, dada la ausencia de «señores» que marquen la pauta, el proceso de aburguesamiento de la clase obrera se da en el norte de forma más lenta. Por ejemplo, los acentos del norte se conservan muy bien, mientras que los del sur están desapareciendo por influencia del cine y de la BBC. Por ello, en el norte, la pronunciación «correcta» no le señala a uno como miembro de la clase superior, sino simplemente como forastero, lo cual representa una gran ventaja a la hora de establecer contacto con la clase obrera.

Pero ¿es posible llegar a un contacto real con la clase obrera? Debo dejar este punto para más adelante; ahora diré sólo que no lo creo posible. Pero, indudablemente, tratar con obreros en un plano de relativa igualdad es más fácil en el norte que en el sur. Vivir en casa de un minero y ser aceptado como uno de la familia no es difícil; establecer esta misma relación, pongamos, con un peón agrícola en los condados del sur sería probablemente imposible. Conozco bastante a los obreros como para no idealizarlos, pero sé que se pueden aprender muchas cosas viviendo con una familia obrera, en caso de ser admitido por ésta. Esta relación representa la posibilidad de contrastar la mentalidad de clase media que uno tiene con otra, que no

es necesariamente mejor pero sí muy diferente.

Tomemos por ejemplo las diferentes actitudes hacia la familia. Una familia obrera está tan unida como pueda estarlo una de la clase media, pero las relaciones son mucho menos tiránicas. Un trabajador lleva ese terrible peso del prestigio familiar colgado al cuello como una piedra de molino. Ya he señalado antes que una persona de la clase media se derrumba completamente si cae en la pobreza, y esto se debe, por lo general, a la actitud de su familia, al hecho de tener cantidades de parientes que le pinchan y le atormentan día y noche por no haber sabido «salir adelante». El hecho de que la clase obrera sea capaz de unirse y la clase media no, se debe, probablemente, al diferente concepto que tienen de la lealtad familiar. Los trabajadores de clase media no pueden formar sindicatos eficaces, porque, en tiempo de huelgas, casi todas las esposas de la clase media incitan constantemente a sus maridos a hacer de esquiroles y aceptar el puesto de otros.

Otra característica de la clase obrera, que desconcierta al principio, es la franqueza de su hablar hacia todo aquél a quien consideren su igual. Cuando se ofrece a un obrero algo que no quiere, él dice que no lo quiere; una persona de la clase media lo aceptaría para no ofender al otro.

La actitud de los trabajadores hacia la educación es muy diferente de la nuestra, y muchísimo más sensata. Los obreros suelen sentir un vago respeto por el saber en los demás, pero cuando la cuestión «educación» les afecta directamente, manifiestan ante ella una total indiferencia y la rechazan por un sano instinto. Hubo un tiempo en que yo me compadecía vivamente de los muchachos de catorce años a quienes, según yo imaginaba, se arrancaba de la escuela contra su voluntad para ponerles a trabajar en tareas miserables. Me parecía horroroso que, a los catorce años, alguien pudiera ser condenado a trabajar. Ahora sé que no hay una chica de clase obrera entre mil que no suspire por el día en que dejará la escuela. Estos muchachos quieren hacer un trabajo de verdad, en lugar de perder el tiempo en bobadas como la historia o la geografía. Para los obreros, el hecho de permanecer en la escuela hasta las proximidades de la edad adulta resulta despreciable e impropio de un hombre. La idea de que un grandullón de dieciocho años, que debería llevar a casa una libra semanal, vaya aún a la escuela con un uniforme ridículo y reciba incluso bastonazos cuando no hace los deberes, es para ellos el colmo del absurdo. ¿Qué joven obrero de dieciocho años se dejaría dar bastonazos? Él es un hombre cuando el otro es aún un niño. Cuando Ernest Pontifex, personaje de *Way of All Flesh*, de Samuel Butler, conoció un poco la vida real, consideró que sus años de enseñanza media y universitaria habían sido un «insano y enervante libertinaje». Muchas cosas de la vida de la clase media parecen insanas y enervantes miradas desde el punto de vista de un obrero.

En un hogar de la clase media —no hablo ahora de una familia sin trabajo, sino de un hogar de situación económica relativamente buena— se respira una atmósfera cálida, digna y profundamente humana que no es fácil de encontrar en otros medios. Yo diría que un obrero manual, si tiene un empleo fijo y cobra un buen sueldo —dos

cosas que son cada día más difíciles— tiene más probabilidades de ser feliz que un hombre «educado». Su vida doméstica parece adquirir de una manera más natural una forma sana y agradable. A menudo me ha llamado la atención la fácil plenitud, la perfecta simetría, por así decirlo, de un hogar obrero en sus momentos buenos. Especialmente las tardes de invierno, después del té, cuando el fuego brilla en la cocina de carbón y baila reflejado en el guardafuego de acero, cuando el padre, en mangas de camisa, está sentado en la mecedora, a un lado, leyendo los resultados de las carreras y la madre está sentada al otro lado con su costura, y los niños están contentos con su penique de caramelos de menta, y el perro está echado con indolencia en su vieja estera, tostándose al calor… Es bueno estar en un lugar así, si se puede no solamente estar allí sino *ser* de allí para estar con naturalidad.

Esta escena se reproduce aún día tras día en la mayoría de los hogares ingleses, aunque no en tantos como antes de la guerra. Su felicidad depende principalmente de una cosa: que padre tenga trabajo. Pero quiero señalar que la escena que he evocado, una familia obrera reunida en torno al fuego después de tomar su té cargado y sus arenques, pertenece sólo al momento actual, y no podría situarse en el pasado ni en el futuro. Si avanzamos doscientos años hacia la Utopía futura, la escena será totalmente diferente. Casi ninguno de los elementos que he imaginado formará parte de ella. En una época en que no existirá trabajo manual y todo el mundo habrá recibido «educación», es muy improbable que el padre sea aún el hombre tosco de manos desarrolladas por el trabajo a quien le gusta andar por casa en mangas de camisa y dice: «Ah, por un pelo no ganamos…». Y no habrá fuego de carbón, sino algún invisible aparato de calefacción. Los muebles estarán hechos de caucho, vidrio y acero. Si existen aún periódicos de la tarde, no habrá en ellos, ciertamente, información sobre las carreras de caballos, pues las apuestas deportivas no tendrán ya sentido en un mundo donde no existirá la pobreza y el caballo habrá desaparecido de la faz de la tierra. También los perros habrán sido eliminados por razones de higiene. Y no habrá tampoco tantos niños, si los partidarios del control de nacimientos se salen con la suya. Y si retrocedemos en el tiempo hasta situarnos en la Edad Media, nos encontraremos en un mundo igualmente extraño. Una choza sin ventanas, un fuego de leña que llena el ambiente de humo porque no hay chimenea, pan mohoso, piojos, escorbuto, un nacimiento cada año y la muerte de un hijo cada año, y el sacerdote aterrorizando a la gente con cuentos del infierno.

Cosa curiosa, no son los triunfos de la ingeniería moderna ni la radio, ni el cine, ni las cinco mil novelas que se publican anualmente, ni las multitudes que asisten a las carreras de Ascot, ni el encuentro entre Eton y Harrow, sino el recuerdo de la vida familiar de los trabajadores —especialmente tal como vi a veces en mi infancia, antes de la guerra, cuando Inglaterra era aún un país rico— lo que me hace pensar que, en conjunto, la época que nos ha tocado vivir no ha sido mala.

Segunda parte

8

El camino de Mandalay a Wigan es largo, y las razones para recorrerlo no están inmediatamente claras.

En los anteriores capítulos de este libro he hecho una exposición bastante fragmentaria de varias cosas que vi en las zonas mineras de Lancashire y Yorkshire. Fui allá en parte porque quería ver personalmente las peores consecuencias del desempleo masivo, y en parte para observar de cerca al grupo más representativo de la clase obrera inglesa. Esto último me era necesario como parte de mi aproximación al socialismo, pues creo que, antes de estar seguro de que se está realmente a favor del socialismo, es necesario decidir si se considera o no tolerable el estado de cosas actual, y es necesario además tomar posición claramente ante el dificilísimo problema de las relaciones entre las clases. Aquí habré de hacer una digresión para explicar cómo se ha formado mi actitud ante dicha cuestión. Evidentemente, ello implica exponer una serie de hechos de carácter autobiográfico, cosa que no haría si no creyese que soy lo bastante representativo de mi clase, o, mejor dicho, de mi casta, para que mi proceso personal tenga valor de ejemplo.

Nací en el seno de la que podría definirse como baja alta clase media. La alta clase media, que tuvo su época de esplendor en los años ochenta y noventa, con Kipling como poeta oficial, se convirtió en una especie de montón de resaca con el reflujo de la marea de la prosperidad victoriana. O quizá sea mejor emplear otra metáfora y calificarla no de montón sino de estrato, el estrato social cuyos ingresos se situaban entre las 2000 y las 300 libras anuales. Mi familia estaba próxima al límite inferior. Observen que hago la definición en términos económicos, porque ésta es siempre la forma más rápida de hacerse entender. No obstante, una característica esencial de las clases sociales inglesas es que no son totalmente definibles en términos de dinero. Cierto que, en líneas generales, se basan en una estratificación económica, pero están también imbuidas por una especie de oscuro sistema de castas; es algo así como un chalet moderno por donde vagasen fantasmas medievales. De ahí el hecho de que la alta clase media se extienda, o se extendiera, hasta incluir a familias de ingresos tan bajos como 300 libras anuales, es decir, unos ingresos mucho más bajos que los de la gente de la clase media sin pretensiones sociales. Seguramente existen países en los que es posible prever las opiniones de un hombre a partir de su cifra de ingresos, pero en Inglaterra este sistema nunca es seguro; siempre hay que tener en cuenta, además, su función social. Un oficial de marina y su tendero pueden tener los mismos ingresos, pero no son personas equivalentes desde el punto de vista social, y sólo estarían del mismo lado en situaciones muy excepcionales, como una huelga general o una guerra, y quizás aún entonces no lo estuvieran.

Hoy en día es del todo evidente que la alta clase media está acabada. En todas las ciudades de provincias de la Inglaterra meridional, por no hablar de los tristes yermos

de Kensington y Earl's Court, van muriendo los que la conocieron en sus días de gloria, vagamente amargados ante un mundo que no se ha comportado como debiera. Cada vez que abro un libro de Kipling o entro en una de esas inmensas y muertas tiendas que fueron en tiempos atracción favorita de la alta clase media, pienso «Sólo cambio y decadencia veo en torno a mí». Pero, antes de la guerra, la alta clase media, aunque no era ya tan próspera como había sido, se sentía aún segura de sí misma. Antes de la guerra, un hombre era un señor o no lo era, y si era un señor se esforzaba en vivir como tal, fueran cuales fueran sus ingresos. Entre las familias que disponían de 400 libras anuales y los que tenían 2000, o incluso 1000, existía una gran distancia, pero las familias de 400 libras anuales hacían todo lo posible por ignorarla. Probablemente, la señal distintiva de la alta clase media fuese el hecho de que sus ocupaciones no eran en absoluto comerciales, sino, sobre todo, militares, burocráticas y profesionales. Los miembros de esta clase no poseían tierras, pero ellos tenían la sensación de ser terratenientes a los ojos de Dios, y mantenían una posición semiaristocrática evitando dedicarse al comercio y siguiendo carreras profesionales y militares.

Antes, los niños tenían la costumbre de contar los huesos de ciruela que había en sus platos y adivinar su futura profesión cantando «Seré soldado, marino, cura, médico, abogado», e incluso ser «médico» era ligeramente inferior a las demás posibilidades, e incluido sólo por razones de simetría. Pertenecer a esta clase con unos ingresos de 400 libras anuales era una situación muy especial, pues implicaba que la pertenencia a la clase de los señores era casi únicamente teórica. Por así decirlo, se vivía a la vez a dos niveles. Las familias de este grupo sabían cómo tratar a los criados y las propinas que había que darles, pero tenían un solo criado fijo, dos a lo sumo. Sabían cómo había que vestir y cómo había que pedir una cena, pero nunca podían permitirse el lujo de ir a un buen sastre o de comer en un buen restaurante. Sabían cazar y montar a caballo, pero no tenían caballos que montar ni un palmo de tierra donde cazar. Esto explica la atracción que ejerció la India (y, más recientemente, Kenia, Nigeria, etc.) sobre la baja alta clase media. Los hombres que iban allá en calidad de militares o de funcionarios no iban a ganar dinero, pues a los militares y funcionarios no les interesa el dinero, sino que lo hacían porque en la India, donde los caballos eran baratos y la caza libre, y donde había cantidades de criados nativos, les era fácil vivir como señores.

En este tipo de «buena familia que mantiene las apariencias» existe más *conciencia* de pobreza que en cualquier familia de la clase obrera que esté por encima del nivel del subsidio de paro. El alquiler, la ropa y las cuotas de la escuela constituyen una inacabable pesadilla, y todo lujo, aunque se trate de una cerveza, es un malgasto inadmisible. Prácticamente todos los ingresos de la familia se invierten en el mantenimiento de las apariencias. Es evidente que este tipo de gentes están en una situación anómala, y uno se sentiría tentado de calificarles de simples excepciones y de no tenerles en cuenta. Pero, en realidad, son, o eran, bastante

numerosos. La mayor parte de los sacerdotes y maestros de escuela, por ejemplo, casi todos los oficiales anglo-indios, unos cuantos militares y marinos y un buen número de profesionales y artistas entran en esta categoría. Pero la verdadera importancia de esta clase reside en el hecho de ser el parachoques de la burguesía. La auténtica burguesía, la de dos mil libras o más al año, tiene el dinero como una gruesa colchoneta entre ellos y la clase a la que expolian. Conocen la existencia de las clases bajas en la medida en que conocen la de empleados, sirvientes y comerciantes. La cosa es muy diferente para las «buenas familias» que se esfuerzan por vivir como señores con unos ingresos que son, prácticamente, los de una familia obrera. Se ven obligados a mantener un estrecho, y en un cierto sentido, íntimo contacto con la clase obrera, y yo sospecho que se deriva de ellos la tradicional actitud de la clase alta hacia la gente «ordinaria».

¿Cuál es esta actitud? Una irónica superioridad entrecortada por estallidos de odio y resentimiento. Observen cualquier número del *Punch* de los últimos treinta años. En todo momento se da por sentado que una persona de la clase obrera, por el hecho de serlo, es una figura de chiste, excepto en los escasos momentos en que da señales de una excesiva prosperidad, con lo cual deja de ser una figura cómica y se convierte en un demonio. No vale la pena gastar energías en denunciar esta actitud. Es mejor analizar cómo se ha formado, y, para ello, es necesario darse cuenta del aspecto que adquieren las clases trabajadoras a los ojos de quienes viven entre ellos pero tienen diferentes tradiciones y posición.

Una «buena familia» pobre se encuentra en una situación muy parecida a la de una familia de «blancos pobres» que viva en una calle donde todos los demás vecinos son negros. En unas circunstancias así, se ven obligados a aferrarse a su condición de señores porque es lo único que tienen, y así se hacen odiar por su altanería y por su pronunciación y maneras, que les señalan como miembros de la clase dirigente. Yo era muy pequeño —no tenía más de seis años— cuando empecé a ser consciente de las distinciones sociales. Antes de esa edad, casi todos mis héroes preferidos eran miembros de la clase obrera, porque me parecía que hacían cosas interesantísimas como pescar, forjar el hierro y construir casas. Recuerdo a los peones de una granja de Cornualles, que me dejaban montar en la sembradora mientras sembraban nabos, y a veces cogían una oveja y la ordeñaban para darme a beber la leche. Recuerdo también a los obreros que trabajaban en la construcción de la casa de al lado, que me dejaban jugar con el mortero y de quienes aprendí la expresión «hijo de p…», y al lampista de nuestra calle, con cuyos hijos yo iba a coger nidos. Pero pronto se me prohibió jugar con los hijos del lampista, que eran «ordinarios», y se me dijo que no anduviera con ellos. Esto era clasismo, si ustedes quieren, pero era también necesario, pues la gente de la clase media no puede permitir que sus hijos crezcan con una pronunciación vulgar. Así, siendo yo muy niño, la clase obrera dejó de ser una raza de seres amables y maravillosos para convertirse en una raza de enemigos. Nos dimos cuenta de que nos odiaban, pero no comprendíamos por qué, de modo que lo

atribuimos a una pura y simple maldad. Para mí, durante mi primera infancia, y para casi todos los niños de familias como la mía, la gente «ordinaria» eran casi seres infrahumanos. Tenían caras bastas, hablaban de forma vulgar, eran mal educados, odiaban a todo aquel que no era como ellos, y, siempre que tenían ocasión de hacerlo, le insultaban a uno rudamente. Ésta era la imagen que teníamos de ellos, imagen que, aunque falsa, era comprensible, pues hay que recordar que, antes de la guerra, existía mucho más odio de clase *declarado* del que hay ahora. En aquella época era muy frecuente verse insultado por el simple hecho de tener aspecto de miembro de las clases altas. Hoy, en cambio, lo más probable es que uno sea objeto de adulación por ello. Cualquier persona de más de treinta años recordará los tiempos en que una persona bien vestida no podía pasar por una calle pobre sin ser abucheada. Barrios enteros de las grandes ciudades eran considerados peligrosos a causa de las bandas de jóvenes matones (especie casi extinguida hoy), y, en cualquier parte, el chico del arroyo de Londres, con su fuerte voz y su falta de escrúpulos intelectuales, podía hacer la vida imposible a quienes no querían rebajarse a responderle. Cuando yo era niño, un terror intermitente de mis vacaciones eran las bandas de pilletes, que a veces le atacaban a uno en grupos de cinco o diez. En época de clases, por el contrario, éramos nosotros quienes estábamos en mayoría y ellos los que eran atacados. Recuerdo un par de furiosas batallas que libramos en el frío invierno de 1916 a 1917. Y parece ser que esta tradición de franca hostilidad entre las clases altas y las bajas se remontaba por lo menos a un siglo atrás. Un chiste típico del *Punch* de los años sesenta muestra a un señor bajito y de aspecto nervioso que recorre a caballo una calle de un barrio pobre, mientras se acerca a él un enjambre de chicos del arroyo que gritan: «¡Aquí viene un ricacho! ¡Vamos a espantarle el caballo!». ¡Imagínense a los chicos de los barrios de ahora espantando el caballo de nadie! Lo que harían ahora sería más bien aproximarse al jinete con la vaga esperanza de recibir una propina. En los últimos diez o doce años, la clase obrera inglesa se ha vuelto servil con una tremenda rapidez. Es algo que tenía que pasar, pues la terrible arma del desempleo los ha acobardado. Antes de la guerra, su situación económica era relativamente estable, pues, a pesar de que no existía el seguro de desempleo, el paro no alcanzaba proporciones de gravedad, y el poder de la patronal no era tan aplastante como lo es ahora. El obrero no se veía abocado a la miseria cada vez que se exponía a ser despedido, y podía en consecuencia jugarse el empleo cada vez que lo creía necesario. En su libro sobre Oscar Wilde, G. J. Renier señala que el extraño y violento estallido de cólera popular que siguió al juicio del escritor fue, básicamente, de carácter social. La plebe londinense había cogido en falta a un miembro de las clases altas, y no quería dejarlo en paz así como así. Esto era natural, e incluso correcto. Cuando se trata a la gente como ha sido tratada la clase obrera inglesa durante dos siglos, no es de extrañar que estén resentidos. Y tampoco se puede acusar a los hijos de las buenas familias venidas a menos por el hecho de haber crecido en el odio de la clase obrera, representada para ellos por las pendencieras bandas de

«pilletes».

Pero había un problema más grave. Y aquí llegamos al verdadero secreto de las distinciones de clase en Occidente, a la verdadera razón por la cual un europeo de origen burgués, aun cuando se llame comunista, no puede considerar igual a él a un trabajador sin hacer un gran esfuerzo. La cosa puede resumirse en unas terribles palabras que la gente hoy en día se resiste a pronunciar, pero que se usaban con toda tranquilidad cuando yo era niño. Estas palabras eran: «La gente de clase baja huele mal».

Nos enseñaron que «la gente de clase baja olía mal». Esto es algo que representa una barrera infranqueable, pues ninguna sensación de agrado o desagrado es tan fundamental como una sensación *física*. El odio racial, el odio religioso, las diferencias de educación, de temperamento, de inteligencia, incluso las diferencias de código moral pueden ser superadas, pero la repulsión física no. Se puede sentir afecto por un asesino o por un homosexual, pero no se puede sentir afecto por un hombre que tiene mal aliento, habitualmente quiero decir. Por mucho que se le aprecie, por más que se admire su carácter e inteligencia, si sufre de mal aliento será repulsivo, y, en el fondo, se le odiará. Puede no importar mucho que a una persona de la clase media se le inculque que los trabajadores son ignorantes, perezosos, borrachos, zafios y deshonestos; el verdadero mal se hace cuando se le dice que son sucios. A nosotros se nos educó en la creencia de que eran sucios. A una edad muy temprana adquirimos la idea de que había algo vagamente repulsivo en el cuerpo de un trabajador, y nunca nos aproximábamos a ellos si podíamos evitarlo. Veíamos bajar por la calle a un alto y sudoroso picapedrero, con su pico al hombro; mirábamos su camisa descolorida y sus pantalones de pana, acartonados por la suciedad de una década, y nos imaginábamos las capas de mugrientos harapos que había debajo, y, debajo de todo, el cuerpo sucio, todo marrón (así es como me lo imaginaba yo), con su intenso vaho, como de tocino. Si veíamos a un vagabundo quitándose las botas en una zanja (¡uug!), no se nos ocurría pensar que quizás a él no le gustaba llevar los pies negros. E incluso la gente «de clase baja» de quien sabíamos que iban limpios —los criados, por ejemplo— eran un tanto desagradables. El olor de su transpiración, la misma textura de su piel, eran misteriosamente diferentes de los nuestros.

Toda la gente que ha crecido pronunciando las haches, en una casa con cuarto de baño y con un criado, habrá crecido, muy probablemente, con estas sensaciones; de ahí el carácter abismal e insuperable de las distinciones de clase en Occidente. Es curioso la poca frecuencia con que se admite este hecho. En este momento, sólo recuerdo un libro en el que esta cuestión sea tratada sin tapujos: *En un biombo chino*, de Somerset Maugham. Aparece en la obra un alto funcionario chino que llega a una posada y se pone a dar voces y a insultar a todo el mundo, para dejar bien claro que él es un importante dignatario y que los demás son pobres gusanos. Al cabo de cinco minutos, habiendo afirmado su dignidad de la forma que juzga adecuada, se sienta a cenar con los porteadores y come con ellos en perfecta armonía. Como funcionario,

considera que ha de hacer notar su presencia, pero no cree que los culíes estén hechos de un barro diferente al suyo. En Birmania observé innumerables escenas del mismo tipo. Entre todos los pueblos asiáticos de los que tengo noticia existe una especie de igualdad natural, una fácil intimidad entre hombre y hombre que es sencillamente impensable en Occidente. Maugham añade:

«En Occidente, estamos separados de nuestros semejantes por nuestro olfato. El obrero es nuestro dueño, y tiende a gobernarnos con mano de hierro, pero no puede negarse que huele mal. Ello no es de extrañar, pues no es agradable tomar un baño al alba, cuando hay que correr al trabajo antes de que suene la sirena, y el trabajo duro no predispone al refinamiento. Y uno no se cambia de ropa interior más veces de lo necesario cuando la colada semanal corre a cargo de una esposa regañona. Yo no le echo en cara al obrero que huela mal, pero el hecho es que huele mal. Ello le hace difícil el trato social con personas de nariz sensible. El baño matinal divide a las clases de manera mucho más efectiva que el nacimiento, la riqueza o la educación».

¿Es cierto que la gente «de clase baja» huele mal? En su conjunto, desde luego, es cierto que son más sucios que las clases altas. No tienen otro remedio, dadas las circunstancias en que viven, pues, incluso en nuestros días, más de la mitad de las casas inglesas carecen de baño. Además, la costumbre de lavarse a diario todo el cuerpo es en Europa muy reciente, y las clases trabajadoras son, por lo general, más conservadoras que la burguesía. Pero los ingleses se están volviendo visiblemente más limpios, y se puede esperar que dentro de cien años lo sean casi tanto como los japoneses. Es una pena que aquellos que idealizan a la clase obrera crean necesario alabar con tanta frecuencia todas las formas de su comportamiento, y declaren en consecuencia que la suciedad es algo meritorio en sí mismo. En este punto, cosa curiosa, coinciden a veces los socialistas y los católicos demócratas por sentimentalismo, del tipo de Chesterton. Todos ellos sostienen que la suciedad es sana y «natural», y que la limpieza es una simple manía, o, todo lo más, un lujo[15]. No parecen darse cuenta de que con esto no hacen más que reforzar la idea de que los trabajadores son sucios por gusto y no por necesidad. Lo cierto es que la gente que dispone de una bañera generalmente la usa. Pero lo esencial es que la gente de clase media *cree* que los obreros son sucios —y el fragmento de Maugham que he citado antes muestra que también él lo creía así—, y, lo que es peor, creen de alguna manera que son sucios *por naturaleza*. Una de las cosas peores que yo podía imaginar de niño era beber de una botella después de haber bebido de ella un picapedrero. Una vez, cuando tenía trece años, iba en un tren que venía de una ciudad de mercado, y el vagón de tercera estaba atestado de pastores y porqueros que venían de vender sus animales. Uno de los hombres sacó una botella de cerveza de litro y la pasó a los demás. La botella fue pasando de boca en boca y cada cual bebía un buen trago. No puedo describir el horror que sentí a medida que aquella botella iba aproximándose a

mí. Si bebía de ella después de que lo hicieran todas aquellas bocas de hombres de clase baja, estaba seguro de que vomitaría; por otro lado, si me la ofrecían, no me atrevería a rehusar por temor a ofenderles. Así funcionaban en dos sentidos opuestos mil remilgos de clase media. Hoy, por fortuna, no tengo problemas de este tipo. El cuerpo de un trabajador, en sí, no me resulta más repulsivo que el de un millonario. Sigue sin gustarme el beber de una copa o una botella después de otra persona —quiero decir después de otro hombre; si se trata de una mujer, no me importa—, pero al menos no interviene en ello la cuestión de la clase. Me curé de mis prejuicios al convivir con vagabundos. Éstos, en realidad, no son muy sucios en relación con el conjunto de los ingleses, pero tienen la fama de serlo. Cuando se ha compartido el lecho con un vagabundo y se ha bebido té de la misma lata, se siente que se ha pasado lo peor, y lo peor no es ya causa de terrores.

He tratado estos temas porque son vitalmente importantes. Para librarse del clasismo, hay que empezar por saber la visión que cada una de las clases tiene de las demás. No sirve de nada decir que la gente de clase media son unos esnobs y quedarse ahí. Para avanzar algo hace falta comprender que el esnobismo tiene relación con un cierto tipo de idealismo, pues su origen se remonta a la primera educación que recibe un niño de la clase media, a quien se enseña, casi simultáneamente, a lavarse las orejas, a estar dispuesto a morir por su país y a despreciar a las «clases bajas».

Aquí se me acusará de hablar de cosas ya pasadas, pues mi infancia coincidió con la guerra y con los años anteriores a ésta, y se puede alegar que a los niños de hoy se les infunden ideas más abiertas. Seguramente es cierto que la conciencia de clase es en la actualidad algo menos acusada de lo que fue. La clase obrera se muestra sumisa allí donde era abiertamente hostil, y la fabricación, después de la guerra, de artículos de vestir baratos y el refinamiento general de los modales de la gente ha atenuado las diferencias visibles entre las clases. Pero no cabe duda de que, básicamente, esa conciencia existe aún. Toda persona de clase media alberga unos prejuicios latentes que necesitan muy poco para salir a la luz, y, si tiene más de cuarenta años, probablemente tiene la firme convicción de que su clase ha sido sacrificada en favor de la inmediatamente inferior. Tome usted a una persona representativa de la clase media, por ejemplo a un miembro de una de esas buenas familias que se esfuerzan en mantener las apariencias con cuatrocientas o quinientas libras al año, e insinúele que forma parte de una clase explotadora y parásita. Le tomará por loco. Con absoluta sinceridad, le citará una docena de aspectos en los que su situación económica es peor que la de un obrero. A sus ojos, los obreros no son una oprimida raza de esclavos, sino una siniestra marea que asciende para tragárselo a él, a sus amigos y a su familia, y para barrer del mundo toda cultura y todo decoro. De ahí esta peculiar vigilante ansiedad ante la posibilidad de que la clase obrera prospere demasiado. Poco después de la guerra, cuando el carbón alcanzaba aún precios elevados, apareció en el *Punch* un dibujo que representaba a cuatro o cinco mineros, de ceñudas y siniestras caras, en

el interior de un automóvil barato. Un amigo que pasa por allí les pregunta quién se lo ha prestado, a lo cual ellos responden: «¡Es nuestro, lo hemos comprado!». Se considera que una cosa así es «para salir en el *Punch*».

El hecho de que los mineros se compren un coche, aunque sea entre cuatro o cinco, es una monstruosidad, una especie de crimen contra la naturaleza. Ésta es la actitud que predominaba hace doce años, y no veo que se haya producido ningún cambio fundamental. La idea de que la clase obrera ha sido absurdamente mimada e irreparablemente desmoralizada por los subsidios de paro, las jubilaciones, la educación gratuita, etc., está aún muy generalizada; sólo ha sido un poco modificada, quizá, por la reciente admisión de la existencia real del desempleo. Para cantidades de gente de la clase media, probablemente para la gran mayoría de los que tienen más de cincuenta años, los obreros van a cobrar el subsidio a caballo de sus motocicletas, y usan la bañera para guardar el carbón. «Y, créalo usted o no, amiga mía, ¡hasta *se casan* contando sólo con el subsidio!».

La razón por la que el odio de clase parece disminuir es el hecho de que hoy en día sus expresiones no suelen imprimirse, en parte debido a la delicadeza verbal propia de nuestra época, y en parte porque los periódicos, e incluso los libros, han de tener en cuenta a los lectores obreros. Por lo general, este odio puede observarse lo mejor de todo en las conversaciones privadas. Pero si quieren ustedes algunos ejemplos en letra de imprenta, vale la pena echar una ojeada a las aseveraciones del difunto profesor Saintsbury. Saintsbury era un erudito y, en algunos aspectos, un juicioso crítico literario, pero cuando hablaba de cuestiones económicas o políticas sólo se diferenciaba del resto de su clase por el hecho de ser demasiado insensible y haber nacido demasiado pronto para creer que tenía que aparentar algún decoro. Según él, el seguro de desempleo no hacía otra cosa que «contribuir al mantenimiento de los perezosos e inútiles», y el movimiento sindical era sencillamente una especie de mendicidad organizada:

«La palabra “mendicidad” expresa una situación casi fuera de la ley, ¿no es cierto? Y, no obstante, el pasar a la mendicidad, en el sentido de vivir total o parcialmente a expensas de otras personas, es el ardiente deseo, hecho realidad en una considerable medida, de una amplia proporción de nuestra población, y de todo un partido político».

(Second Scrap Book).

Es de señalar, sin embargo, que Saintsbury reconoce que el desempleo es inevitable, y lo cree incluso conveniente, siempre y cuando los desempleados estén dispuestos a sufrir todo lo que haga falta:

«¿No es el trabajo “eventual” el secreto mismo y la válvula de seguridad de cualquier sistema de trabajo sensato y seguro?

… En un estado industrial y comercial de gran complejidad, el empleo fijo con salarios regulares es imposible, mientras que el desempleo sostenido por subsidios iguales a los salarios es desmoralizador al principio y ruinoso al final, ya llegue este final con mayor o menor rapidez».

(Last Scrap Book).

No queda claro cuál ha de ser la suerte de los «trabajadores eventuales» cuando no hay ningún trabajo eventual para ellos. Dado que Saintsbury habla con aprobación de «unas buenas leyes de protección a la pobreza», se supone que serán acogidos en asilos o que dormirán en la calle. En cuanto a la idea de que todo ser humano debe tener asegurada la posibilidad, por lo menos, de ganarse la vida, Saintsbury la rechaza con desprecio:

«Incluso el "derecho a la vida"… no significa más que el derecho a la protección contra el asesinato. Añadir a esta protección medidas supererogatorias para la continuación de la vida es algo que conviene sin duda a la caridad, que convendrá seguramente a la moralidad y que convendría quizás a la utilidad pública; pero no es seguro que lo exija la estricta justicia.

En cuanto a la insensata doctrina según la cual el hecho de haber nacido en un país confiere algún derecho a la propiedad de la tierra de dicho país, apenas merece mención».

(Last Scrap Book).

Vale la pena reflexionar un momento acerca de las bonitas implicaciones de este último pasaje. El interés de declaraciones como ésta (de las que está constelada toda la obra de Saintsbury) reside en el hecho de que fueran publicadas. La mayoría de la gente se resiste un poco a poner por escrito cosas de este tipo. Pero lo que dice Saintsbury es lo que *piensa* todo infeliz que tenga más o menos aseguradas las quinientas libras anuales, y por ello, en cierto modo, es de admirar el hecho de que lo haya dicho. Hay que tener mucho valor para mostrarse *abiertamente* tan mezquino.

Éstas son las opiniones de un reaccionario declarado. Veamos ahora lo que piensa una persona de clase media cuyas opiniones no son reaccionarias sino «avanzadas». ¿Es esta persona tan diferente de la otra, tras su máscara revolucionaria?

Una persona de la clase media puede ser socialista o incluso ingresar en el Partido Comunista. ¿Qué diferencia real representan estos dos hechos? Naturalmente, dado que vive en una sociedad capitalista, tiene que continuar ganándose la vida, y no se le puede echar en cara que conserve su posición económica burguesa. Pero ¿se produce algún cambio en sus gustos, en sus costumbres, en sus maneras, en su pensamiento, es decir, en su «ideología» según la jerga comunista? ¿Se produce algún cambio en

él, aparte de que ahora vota laborista o, si es posible, comunista, cuando hay elecciones? Es evidente que, por lo general, se siente aún identificado con su clase; se encuentra mucho más a gusto con un miembro de esta clase, que le considera un rojo peligroso, que con un miembro de la clase obrera, quien, en principio, está de acuerdo con él. Sus gustos en cuanto a comida, vinos, vestido, libros, cine, música y *ballet* son aún típicamente burgueses, y, lo más significativo de todo, se casa invariablemente con una mujer de su clase. Observen a cualquier socialista burgués. Observen al camarada X, miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y autor de *El marxismo para niños*. El camarada X es antiguo alumno de Eton. Está dispuesto a morir en las barricadas, en teoría por lo menos, pero aún lleva siempre desabrochado el último botón del chaleco. Idealiza al proletariado, pero es notorio lo poco que se parecen sus costumbres a las costumbres proletarias. Quizás alguna vez, por pura bravata, se ha fumado un puro sin quitarle la vitola, pero le sería casi imposible físicamente comer queso llevándose los trozos a la boca con la punta del cuchillo, estar en una habitación con el sombrero puesto, o incluso beber el té en el plato. He conocido a muchos socialistas burgueses y he escuchado durante horas sus diatribas contra su clase de origen, pero nunca, ni una sola vez, he visto a ninguno que coma como lo hacen los obreros. Al fin y al cabo ¿por qué no? ¿Por qué un hombre que cree que el proletariado es el compendio de todas las virtudes ha de tomarse tantas molestias para comer la sopa sin sorber? La única explicación es que, en el fondo, encuentra desagradables los modales proletarios. Con lo cual no hace sino actuar según la educación que recibió de niño, cuando le enseñaron a odiar, temer y despreciar a la clase obrera.

9

A los catorce o quince años, yo era un repelente pequeño esnob, pero no más que otros muchachos de mi misma edad y clase social. Me imagino que no hay ningún lugar en el mundo donde el esnobismo esté tan presente y sea cultivado de manera tan refinada y sutil como en una *public school*[16] inglesa. En este punto al menos, no se puede decir que la «educación» inglesa no cumpla sus objetivos. El latín y el griego se olvidan a los pocos meses de abandonar la escuela —yo estudié griego durante ocho o diez años, y ahora que tengo treinta y tres no recuerdo ni el alfabeto—, pero el esnobismo, si uno no lo combate incesantemente como una mala hierba que se reproduce, le acompaña a uno hasta la tumba.

En la escuela, yo estaba en una posición difícil, pues mis compañeros, en su mayoría, eran mucho más ricos que yo, que podía ir a una escuela cara gracias al hecho de haber obtenido una beca. Éste suele ser el caso de los chicos de la baja alta clase media, los hijos de sacerdotes, oficiales del ejército anglo-indio, etc., y los efectos que ello tuvo sobre mí fueron seguramente los habituales. Por una parte, me aferré más que nunca a mi condición de miembro de una buena familia; por otra, me llené de resentimiento hacia los muchachos cuyos padres eran más ricos que los míos y que tenían buen cuidado de hacérmelo saber. Desdeñaba a todo aquel que no pudiera ser calificado de «señor», pero también odiaba a los que eran provocativamente ricos, y sobre todo a aquellos que se habían enriquecido recientemente. Lo elegante y correcto, consideraba yo, era ser de buena familia pero no tener dinero. Esto forma parte del credo de la baja alta clase media. Tiene algo de romántico, de jacobino exiliado, que resulta muy consolador.

Fueron unos años muy especiales los que pasé en la escuela (los de la guerra y los inmediatamente posteriores), pues en aquel momento estuvo Inglaterra más próxima a una revolución de lo que había estado en todo un siglo. Por casi todo el país se había extendido una oleada de ansias revolucionarias que ahora ya está pasada y olvidada, pero que dejó tras de sí algunos sedimentos. Aunque, como es lógico, no era posible entonces verla en perspectiva, creo ahora que fue básicamente una rebelión de la juventud contra la madurez, consecuencia directa de la guerra. En ésta, los jóvenes fueron sacrificados, mientras la gente madura se comportaba de un modo que, incluso después de todos estos años, inspira repugnancia: mantuvieron un férreo patriotismo desde sus puestos seguros mientras sus hijos caían como moscas ante las ametralladoras alemanas. Además, la guerra fue dirigida principalmente por hombres viejos, que mostraron en la tarea una suprema incompetencia. Para 1918, todas las personas menores de cuarenta años estaban irritadas con sus mayores, y el antimilitarismo que siguió de modo natural a la contienda se convirtió en una revuelta general contra la ortodoxia y la autoridad. En aquella época se daba, entre los jóvenes, un curioso odio hacia «los viejos». Se achacaba al dominio de «los viejos» la

responsabilidad de todos los males sufridos por la humanidad en todos los tiempos. Toda institución aceptada, desde las novelas de Walter Scott hasta la Cámara de los Lores, fue ridiculizada por el solo hecho de que «los viejos» estaban a favor de ella. Durante varios años fue la gran moda ser «de izquierda». Inglaterra se llenó de inmaduras y contradictorias opiniones. Pacifismo, internacionalismo, humanitarismo de todas clases, feminismo, amor libre, divorcismo, ateísmo, control de la natalidad… Todo este tipo de cosas consiguieron una audiencia mayor de la que habrían tenido en momentos normales. Y, naturalmente, los sentimientos revolucionarios se extendieron a aquellos que habían sido demasiado jóvenes para ir al frente, incluidos los alumnos de las *public schools*. En aquella época, todos nos veíamos a nosotros mismos como las ilustradas criaturas de una nueva edad, que rechazábamos la ortodoxia que nos habían impuesto a la fuerza aquellos odiosos «viejos». Conservamos, en su conjunto, la actitud esnob de nuestra clase, y dábamos por supuesto que podríamos seguir cobrando nuestros dividendos o acomodarnos en tranquilas profesiones, pero al mismo tiempo nos parecía natural estar «contra el gobierno».

Nos reíamos del Officer's Training Corps, del cristianismo, e incluso a veces de los deportes obligatorios y de la familia real, y no nos dábamos cuenta de que no éramos sino una parte de una actitud mundial de repulsa contra la guerra. Dos incidentes me han quedado grabados en la memoria como ejemplos del curioso sentimiento revolucionario de aquella época. Un día, el profesor de inglés nos hizo llenar una especie de cuestionario general, una de cuyas preguntas era: ¿A quiénes considera usted los diez hombres vivos más ilustres? De los dieciséis chicos que éramos en la clase —con una edad media de diecisiete años—, quince incluyeron a Lenin en su lista. Esto ocurría en una cara y elegante *public school*, en 1920 además, momento en que los horrores de la revolución rusa estaban aún recientes en la mente de todos. La otra anécdota que recuerdo tiene relación con las denominadas celebraciones de la paz de 1919. Nuestros mayores decidieron por nosotros que teníamos que celebrar la paz por el tradicional sistema de hacer leña del árbol caído. Teníamos que hacer un desfile en el patio de la escuela llevando antorchas, y cantar canciones patrioteras del tipo de «Gobierna, Britannia». Los muchachos se tomaron todo esto a broma y cantaron letras blasfemas y sediciosas al son de las músicas prescritas. Y creo que tal conducta les honraba. Dudo que hoy día las cosas fueran así. Ciertamente, los alumnos de *public school* a los que conozco ahora, incluso los inteligentes, tienen opiniones mucho más conservadoras que mis contemporáneos y yo hace quince años.

Así que, a los diecisiete o dieciocho años, yo era a la vez un esnob y un revolucionario. Estaba en contra de toda autoridad. Me había leído y releído todas las obras publicadas de Shaw, Wells y Galsworthy (a los que por entonces consideraba aún autores peligrosamente «avanzados») y me definía alegremente como socialista. Pero no tenía mucha idea de lo que era el socialismo y no tenía la convicción real de que los obreros fuesen seres humanos. A distancia, y por mediación de libros —como

por ejemplo *La gente del abismo*, de Jack London— me compadecía intensamente de sus sufrimientos, pero seguía odiándolos y despreciándolos cada vez que tenía contacto con ellos. Me fastidiaba su forma de hablar y me indignaba su habitual grosería. Hay que recordar que, precisamente en aquel momento, inmediatamente después de la guerra, la clase obrera estaba en lucha. Era la época de las grandes huelgas en las minas, cuando un minero era considerado como un demonio y las ancianas miraban cada noche debajo de la cama por si estaba escondido allí Robert Smillie. Durante toda la guerra, y algún tiempo después, había habido trabajo para todo el mundo y salarios elevados, pero, después, las cosas volvieron a andar mal, y, naturalmente, la clase obrera hacía resistencia. Los hombres que habían ido al frente habían sido atraídos al ejército con bonitas promesas, y ahora se encontraban con que no había trabajo y ni siquiera viviendas. Por otra parte, habían estado en la guerra, y habían vuelto a casa con la actitud del soldado ante la vida, que es fundamentalmente, a pesar de la disciplina, una actitud de falta de respeto a la ley. Había en el aire un clima de turbulencia. De aquella época data la canción que llevaba este memorable estribillo:

No hay nada seguro;
salvo que los ricos
tienen cada vez más dinero
y los pobres
cada vez más niños;
pero entretanto
¿no lo hemos pasado bien?

La gente no se había hecho aún a la idea de pasarse la vida sin trabajo, consolándose con innumerables tazas de té. Todavía esperaban vagamente la llegada de la Utopía por la que habían luchado, y eran declaradamente hostiles, aún más que antes, a la clase que pronunciaba las haches. De modo que al grupo social que hacía de parachoques de la burguesía, aquél al que yo pertenecía, la «clase baja» le parecía brutal y repulsiva. Al recordar aquella época, tengo la impresión de haber pasado la mitad del tiempo denunciando el sistema capitalista, y la otra mitad indignándome por la insolencia de los cobradores de autobús.

Cuando no había cumplido aún los veinte años, fui a Birmania, como miembro de la Policía Imperial de la India. En una «avanzada del Imperio» como Birmania, la cuestión de las clases no parecía plantearse. No se producía allí ninguna fricción evidente entre clases, puesto que lo determinante no era el hecho de haber ido o no a las escuelas de postín sino el tener o no la piel blanca. En realidad, la mayoría de los hombres blancos de Birmania no pertenecían al tipo que en Inglaterra hubiera sido denominado «señores», pero, aparte de los soldados rasos y de unos pocos elementos inclasificables, todos ellos vivían a la manera de los señores, es decir, tenían criados y

procuraban hablar con refinamiento, y oficialmente eran considerados como pertenecientes todos a la misma clase. Eran «los blancos», en contraposición a la clase inferior, los «nativos». Pero a estos «nativos» no se les miraba de la misma manera que en Inglaterra se miraba a las «clases bajas». La esencial diferencia consistía en que los «nativos», por lo menos los birmanos, no eran considerados físicamente repulsivos. Se los miraba como inferiores, como «indígenas», pero no existían reparos para aproximarse físicamente a ellos, incluso por parte de hombres blancos que tenían fuertes prejuicios raciales. Cuando se tienen muchos criados, no se tarda en volverse perezoso, como me ocurrió a mí, por ejemplo, que me acostumbré a vestirme y desvestirme con la ayuda de un criado birmano. Ello era posible porque el muchacho era birmano y no me resultaba repugnante; en cambio, no habría podido soportar que un criado inglés se me aproximase de una forma tan íntima. Pero ante un birmano tenía casi la misma actitud que tengo hacia una mujer. Como la mayoría de las demás razas, los birmanos tienen un olor característico que no acierto a describir: es un olor que produce un hormigueo en los dientes. Pero ese olor nunca me causó repugnancia. (Por cierto que los asiáticos afirman que *nosotros* olemos. Creo que son los chinos que dicen que el hombre blanco huele a muerto. Los birmanos también lo dicen, pero nunca me encontré con ninguno tan mal educado como para decírmelo a la cara). Y, en cierto aspecto, aquella actitud mía era defendible, pues, mirando las cosas como son, hay que reconocer que la mayoría de las personas de raza amarilla tienen cuerpos mucho más hermosos que la mayoría de los blancos. Compárese la piel sedosa y tersa de los birmanos, que no forma la menor arruga hasta pasados los cuarenta años, y aun entonces no hace sino marchitarse como el cuero reseco, con la basta y fláccida piel del blanco. El hombre blanco tiene un vello feo y lacio pelo en los brazos y piernas y en el pecho, formando un feo parche. El birmano tiene sólo una o dos zonas de recio pelo negro en los lugares adecuados, aparte de lo cual, su piel es completamente lampiña y su cara casi siempre imberbe también. El blanco suele quedarse calvo; al birmano raramente le ocurre tal cosa. Los dientes del birmano son perfectos, aunque generalmente coloreados por el zumo de betel, mientras que los dientes del hombre blanco se estropean invariablemente. El blanco suele tener mala figura, y cuando engorda, su cuerpo se vuelve aún más desproporcionado; el hombre de raza amarilla tiene un esqueleto armonioso, y en la edad madura su figura es casi tan agradable como en la juventud. Es cosa admitida que la raza blanca produce unos pocos individuos que, durante unos pocos años, son extremadamente bellos, pero, en conjunto, dígase lo que se quiera, es inferior en belleza a las razas orientales. Pero no era esto lo que yo pensaba cuando encontraba a los ingleses de «clase baja» mucho más desagradables físicamente que los «nativos» de Birmania. Pensaba aún sobre las líneas del clasismo que me inculcaron en la infancia. Cuando tenía poco más de veinte años, fui destinado por breve tiempo a un regimiento británico. Naturalmente, yo admiraba a los soldados y simpatizaba con ellos, como le habría ocurrido a cualquier muchacho de veinte años con aquellos vigorosos y alegres jóvenes cinco

años mayores que él y con las medallas de la Gran Guerra en el pecho. Y, a pesar de todo, me repelían ligeramente; eran «gente ordinaria», y no me gustaba acercarme demasiado a ellos. En las cálidas mañanas en que la compañía marchaba por la carretera, yendo yo a la retaguardia con uno de los subalternos, el vaho que despedían aquellos cien sudorosos cuerpos delante de mí me revolvía el estómago. Ello se debía puramente a mis prejuicios, pues un soldado es, desde el punto de vista físico, todo lo inofensivo que puede ser una persona blanca del sexo masculino. Suele ser joven, casi siempre está sano debido al aire libre y al ejercicio, y la rigurosa disciplina le obliga a ser limpio. Pero yo no podía verlo así. Todo lo que sabía era que aquel sudor que estaba oliendo era de hombres *de clase baja*, y esta sola idea me ponía enfermo.

Cuando, más adelante, me libré de mis prejuicios de clase, o de parte de ellos, fue de manera indirecta y por un proceso que requirió varios años. Lo que me hizo cambiar de actitud ante la cuestión de las clases fue algo que tenía sólo una relación indirecta con ella, algo casi sin importancia.

Estuve cinco años en la Policía de la India, y, al terminar ese período, odiaba el imperialismo al que estaba sirviendo con una fuerza que seguramente no conseguiré explicar. En la atmósfera de libertad que se respira en Inglaterra, es difícil entender del todo una cosa así. Para odiar el imperialismo es necesario formar parte de él. Visto desde fuera, el gobierno británico en la India parece —y de hecho *es*— benévolo e incluso necesario; y así son también, sin duda, el gobierno francés en Marruecos y el holandés en Borneo, pues los países suelen gobernar a los extranjeros mejor de lo que se gobiernan a sí mismos. Pero no es posible formar parte de uno de estos sistemas de dominación sin reconocer que constituyen una injustificable tiranía. Hasta el más obtuso de los funcionarios anglo-indios es consciente de ello. Cada cara de «nativo» que ve por la calle le recuerda la monstruosa intrusión que está protagonizando. Y la mayoría de estos funcionarios, de manera intermitente por lo menos, están mucho más descontentos del papel que juegan de lo que cree la gente en Inglaterra. De las personas de las que menos lo hubiera esperado, de altos funcionarios viejos, borrachines y sinvergüenzas, he oído frases del tipo de: «Claro que no tenemos ningún derecho a estar en este maldito país. Pero, ya que estamos, quedémonos». Lo cierto es que hoy en día nadie cree con absoluta convicción que esté bien invadir un país extranjero y someter a la población por la violencia. La opresión colonial es un mal mucho más evidente y comprensible que la opresión económica. Así, en Inglaterra, aceptamos mansamente que nos roben a todos para que medio millón de vagos despreciables sigan viviendo lujosamente, pero lucharíamos hasta el último hombre antes que ser dominados por los chinos. De la misma manera, la gente que vive sin el menor remordimiento de conciencia, de dividendos producidos por los demás, ven con bastante claridad que está mal invadir y conquistar un país donde nadie le ha llamado a uno. El resultado es que todos los funcionarios ingleses en la India tienen un sentimiento de culpa que suelen ocultar lo mejor que pueden, pues no hay libertad de expresión, y el simple hecho de ser oído haciendo

una observación de carácter sedicioso puede perjudicar su carrera. En toda India hay ingleses que aborrecen en secreto el sistema del que forman parte. Sólo algunas veces, cuando están bien seguros de que su auditorio es de confianza, estos hombres dan rienda suelta a su amargura. Recuerdo una noche que pasé en el tren en compañía de un empleado del Servicio de Educación, a quien no conocía y cuyo nombre nunca descubrí. Hacía demasiado calor para dormir y pasamos toda la noche hablando. Media hora de cautelosas preguntas nos hizo decidir a ambos que el otro era «de confianza»; y después, durante varias horas, mientras el tren avanzaba lentamente por la negra noche, sentados cada uno en su litera, bebiendo cerveza, maldijimos el Imperio Británico. Lo maldijimos desde dentro, inteligente e íntimamente. Nos hizo bien a los dos. Pero eran cosas de las que estaba prohibido hablar, y, en la débil luz de la mañana, cuando el tren entraba lentamente en Mandalay, nos separamos, sintiéndonos tan culpables como una pareja de adúlteros.

Según lo que he podido observar, casi todos los funcionarios anglo-indios tienen momentos en que les remuerde la conciencia. Las excepciones están representadas por aquellos hombres que hacen algo indiscutiblemente útil, que debería hacerse independientemente de la presencia de Gran Bretaña, como los funcionarios forestales, los médicos o los ingenieros. Pero yo estaba en la policía; formaba parte de la misma maquinaria del despotismo. Además, en la policía se ve de cerca el trabajo sucio del Imperio, y existe una diferencia considerable entre el hacer un trabajo sucio y el simple beneficiarse de él. La mayoría de la gente está de acuerdo con la pena de muerte, pero pocos estarían dispuestos a trabajar como verdugos. Incluso los demás europeos de Birmania miraban por encima del hombro a la policía, a causa del trabajo brutal que tenía que hacer. Recuerdo una vez que yo estaba inspeccionando un puesto de policía. Un misionero americano al que yo conocía bastante vino allí para efectuar una diligencia. Como la mayor parte de los misioneros no conformistas, el hombre era tonto perdido pero muy buena persona. En aquellos momentos, uno de mis subinspectores nativos estaba amenazando a un sospechoso. (He descrito esta escena en *Días en Birmania*). El americano contempló un momento la escena, y, volviéndose hacia mí, dijo, pensativo: «No me gustaría hacer el trabajo que usted hace». Me quedé horriblemente avergonzado. Así era mi trabajo que hasta un misionero americano del Middle West, tonto, virgen y abstemio, tenía derecho a mirarme por encima del hombro y a compadecerme… Pero, aunque nadie me hubiese hecho darme cuenta de ello, habría sentido la misma vergüenza. Ya había empezado a sentir un odio indescriptible por toda la maquinaría de la llamada justicia. Dígase lo que se quiera, nuestras leyes penales (que, por cierto, son mucho más humanas en la India que en Inglaterra) son algo horroroso. Para aplicarlas se requiere gente muy insensible. Los infelices presos acurrucados en las malolientes celdas, las caras grises y acobardadas de los condenados a largos años de prisión, las nalgas cubiertas de cicatrices de los hombres que han sido azotados con bambúes, los gemidos de las mujeres y los niños cuando sus hombres son detenidos, son cosas que se hacen

insoportables cuando se es directamente responsable de ellas en alguna medida. Una vez vi cómo ahorcaban a un hombre, y me pareció peor que mil asesinatos. Nunca entré en una prisión sin sentir (como suele ocurrirle a todo el mundo en un caso así) que mi sitio estaba al otro lado de las rejas. Pensaba entonces —y sigo pensándolo ahora— que el peor criminal de la historia es moralmente superior a un juez que impone la pena de horca. Pero, como es de suponer, tenía que guardar tales opiniones para mí mismo, a causa de la obligación casi absoluta que tiene un inglés, en las colonias asiáticas, de guardar silencio. Acabé por desarrollar la teoría anarquizante de que todo gobierno es malo, de que el castigo hace siempre más daño que el crimen y de que la gente se portaría correctamente si se la dejase tranquila. Desde luego, todo esto es absurdo y sentimental. Ahora comprendo que siempre es necesario proteger de la violencia a la gente pacífica. En cualquier estado o sociedad en que el crimen sea provechoso habrá que tener unas leyes criminales severas y aplicarlas inflexiblemente; la alternativa es Al Capone. Pero la idea de que el castigo es algo negativo se presenta ineludiblemente a los que tienen por función aplicarlo. Quiero creer que, incluso en Inglaterra, muchos policías, jueces, guardianes de prisión y personas de funciones similares sienten un secreto horror por lo que hacen. Pero, en Birmania, lo que hacíamos significaba una doble opresión. No sólo ahorcábamos a la gente, la encarcelábamos y todo lo demás, sino que lo hacíamos en nuestra calidad de indeseables invasores extranjeros. Los birmanos nunca reconocerían realmente nuestra jurisdicción. El ladrón a quien encerrábamos no se veía a sí mismo como un delincuente justamente castigado, sino como víctima de un conquistador extranjero. El castigo que se le imponía no era sino una crueldad arbitraria y sin sentido. Detrás de los gruesos barrotes de teca de la celda y de las rejas de hierro de la cárcel, su rostro expresaba claramente esta idea. Y, por desgracia, yo no sabía permanecer indiferente a la expresión de los rostros humanos.

Cuando regresé a Inglaterra con un permiso, en 1927, estaba ya medio decidido a abandonar aquel trabajo, y el respirar aire inglés me acabó de decidir. No quería volver a tomar parte en aquel cruel despotismo. Pero el simple librarme de aquel trabajo ya no me bastaba; necesitaba mucho más. Durante cinco años, yo había sido una pieza de un sistema de opresión, y me remordía la conciencia por ello. Recordaba innumerables caras, caras de acusados en el banquillo, de hombres esperando en las celdas de los condenados a muerte, de subordinados a los que había gritado y amenazado y de ancianos campesinos a los que había tratado con arrogancia, de los criados y culíes a los que había pegado con el puño en momentos de irritación (casi todo el mundo hace cosas así en Oriente: los asiáticos saben ser muy provocativos), y estos recuerdos me atormentaban. Sentía pesar sobre mí una inmensa culpa que necesitaba expiar. Me imagino que esto parece exagerado, pero creo que cualquier persona que realice durante cinco años un trabajo con el que esté en total desacuerdo sentirá algo parecido. Yo lo había reducido todo a la sencilla teoría de que los oprimidos siempre tienen razón y los opresores no la tienen nunca, una teoría errónea,

pero que no es sino el resultado natural de ser uno mismo opresor. Sentía que tenía que romper no sólo con el imperialismo, sino con cualquier forma de dominio del hombre sobre el hombre. Quería abandonar mi posición, descender hasta lo más bajo de la escala social y ponerme al nivel de los oprimidos, ser uno de ellos y estar a su lado contra los tiranos. Y, debido sobre todo al hecho de que había pensado todo esto en la soledad, mi odio a la opresión alcanzó dimensiones extraordinarias. En aquellos momentos, el fracaso en la vida me parecía ser la única virtud. Todo indicio de promoción personal, incluso el «tener éxito» en la vida hasta el extremo de ganar unos cuantos centenares de libras al año me parecía moralmente feo, una especie de insulto.

Fue así como mis pensamientos se volvieron hacia la clase obrera inglesa. Fue la primera vez que fui verdaderamente consciente de la existencia de la clase obrera, y al principio, sólo ocurrió porque dicha clase me proporcionaba una analogía. Ellos eran las víctimas simbólicas de la injusticia, y jugaban en Inglaterra el mismo papel que jugaban los birmanos en Birmania. En las colonias, la cosa era muy simple: los blancos estaban arriba y los amarillos abajo, y por tanto, mis simpatías estaban con los amarillos. Pero después me di cuenta de que no había necesidad de ir a Birmania para ver tiranía y explotación. En la misma Inglaterra, por debajo de nosotros, estaba la oprimida clase obrera, sufriendo miserias que en su diferente forma, eran tan penosas como las que pueda sufrir cualquier asiático. La palabra «desempleo» estaba en boca de todos. Para mí, que acababa de regresar de Birmania, aquello era más o menos nuevo, pero las bobadas que repetía aún la clase media («Estos desempleados no son otra cosa que inútiles, etc., etc.») no me engañaron. A menudo me pregunto si este tipo de estupideces engañan siquiera a los tontos que las utilizan. Por otra parte, yo no sentía en aquel tiempo interés por el socialismo ni por ninguna otra teoría económica. Me parecía entonces —y aún ahora me lo parece alguna vez— que la injusticia económica cesará el día en que queramos que cese, y no antes, y que, si realmente queremos que cese, el método adoptado importará poco.

Pero no sabía nada de las condiciones en que vivía la clase obrera. Había visto cifras referentes al desempleo, pero no tenía idea de lo que significaban en la realidad. Y, sobre todo, no conocía el hecho esencial de que la pobreza «respetable» es siempre la peor. La tragedia de un honrado trabajador que se ve de pronto en la calle después de toda una vida de incesante trabajo, su desesperada lucha contra unas leyes económicas que no comprende, la desintegración de las familias, la destructora sensación de vergüenza, eran cosas que estaban totalmente fuera de mi experiencia. Cuando pensaba en la pobreza, me la imaginaba como simple hambre física. Por ello, me venían al pensamiento los casos extremos, los marginados de la sociedad: vagabundos, mendigos, criminales, prostitutas… Ellos eran «los más pobres de los pobres», y con ellos deseaba yo mezclarme. Lo que deseaba intensamente en aquellos momentos era encontrar alguna forma de salir totalmente del mundo de la gente respetable. Reflexioné mucho acerca de ello e incluso planeé con detalle algunos

aspectos. Pensé en vender todo lo que poseía, abandonarlo todo, cambiar de nombre y comenzar de nuevo sin dinero y sin más propiedades que la ropa puesta. Pero en la vida real no es posible hacer todo esto. Aparte de los parientes y amigos a los que hay que tener en cuenta, es dudoso que un hombre educado *pudiese* hacerlo mientras tuviera alguna otra posibilidad. Pero, como mínimo, podía mezclarme con aquella gente, ver cómo vivían y sentirme temporalmente parte de ellos. Una vez hubiera estado entre ellos y me hubieran aceptado, habría tocado el fondo, y entonces quedaría libre de parte de mi culpa. Ya entonces me daba cuenta de que todo esto era irracional, pero lo sentía así.

Lo pensé de nuevo y decidí lo que haría: iría, convenientemente disfrazado, a Limehouse, Whitechapel y otros lugares de este tipo, me alojaría en pensiones baratas y me haría amigo de obreros portuarios, buhoneros, gente sin recursos, mendigos y, a ser posible, criminales. Y me enteraría de cómo vivían los vagabundos, de la forma de relacionarme con ellos y de entrar en el mundo de la mendicidad. Una vez conociese bien estos extremos, me echaría yo también a la carretera.

Al principio no fue fácil. Hube de fingir mucho, cosa para la cual no tengo talento. Por ejemplo, no puedo disfrazar mi forma de hablar, o por lo menos no lo consigo más que durante unos minutos. Me imaginaba —obsérvese aquí la enorme conciencia de clase del inglés— que, en el mismo momento de abrir la boca quedaría catalogado como un «señor». Por eso tenía preparada una historia de desgracias para el caso de que me preguntasen. Me hice con las ropas adecuadas y las ensucié en los puntos indicados. Soy una persona difícil de disfrazar, por el hecho de ser anormalmente alto, pero por lo menos sabía cómo va vestido un vagabundo. (Por cierto que hay poquísima gente que lo sepa. Miren cualquier dibujo de un vagabundo en el *Punch*. Todos parecen de veinte años atrás). Una tarde, después de vestirme en casa de un amigo, me puse en camino y anduve en dirección al este, hasta encontrar una pensión barata en Limehouse Causeway. Era oscura y de aspecto sucio. Supe que era una pensión barata por el letrero de la ventana: «Buenas camas para hombres solos». ¡Dios mío, cómo hube de reunir todo mi valor antes de decidirme a subir! Ahora, al contarlo, parece ridículo. Pero recuerden que yo estaba aún medio asustado de la clase obrera. Quería entrar en contacto con ella, quería incluso convertirme en uno de ellos, pero aún me los imaginaba como seres extraños y peligrosos. Cruzar el oscuro umbral de aquella pensión me parecía algo así como descender a algún horrible lugar subterráneo, a una cloaca llena de ratas o algo así. Estaba seguro de que, cuando entrase, se organizaría una pelea. La gente de dentro descubriría que no era uno de ellos y supondrían inmediatamente que había ido a espiarles, y entonces me cogerían por la fuerza y me echarían. Eso era lo que esperaba que ocurriese. Sabía que tenía que entrar, pero la perspectiva no me seducía.

Una vez hube franqueado la entrada, salió de no sé dónde el «encargado», y le dije que quería una cama para aquella noche. Observé que mi forma de hablar no le llamaba en absoluto la atención; se limitó a pedirme nueve peniques y después me

enseñó el camino que conducía a una cocina, situada en un sótano. Una chimenea calentaba el ambiente de la habitación. Estaban en ella un grupo de estibadores, picapedreros y marineros, que jugaban a las damas y tomaban té. Apenas me miraron cuando entré. Pero ese sábado por la noche un joven y robusto estibador estaba borracho y daba vueltas, tambaleándose, por la habitación. Cuando me vio, vino hacia mí dando tumbos, con la ancha y roja cara echada hacia adelante y una mirada vacía de expresión. Mi cuerpo se tensó. ¡Ya se había armado la pelea! El hombre se abalanzó sobre mí y me echó los brazos al cuello. «¡Toma una taza de té, compañero —exclamó con voz lacrimosa—, toma una taza de té!».

Tomé una taza de té. Fue como un bautismo, tras el cual mis temores desaparecieron. Nadie me preguntó nada ni mostró una curiosidad ofensiva; todo el mundo fue correcto y amable y tomaron mi presencia como la cosa más natural del mundo.

Me quedé dos o tres días en aquella pensión. Al cabo de unas semanas, habiendo reunido ya una cierta cantidad de información acerca de las costumbres de los mendigos, me eché a la carretera por primera vez.

He contado mis andanzas en *Miseria en París y Londres* (casi todas las anécdotas narradas en este libro son auténticas, aunque han sido arregladas) y no quiero repetirme. Más adelante emprendí otras veces la vida errante durante temporadas mucho más largas, a veces por gusto, otras por necesidad. He vivido en pensiones baratas durante meses seguidos. Pero es aquella primera expedición la que ha quedado grabada más vívidamente en mi memoria, por lo que tenía de extraño estar por fin allí entre «los más pobres de los pobres», en pie de absoluta igualdad con gente obrera. Cierto que un vagabundo no es un representante típico de la clase obrera, pero, con todo, viviendo entre vagabundos se vive, como mínimo, inmerso en un grupo —en un subgrupo— de la clase obrera, lo cual, que yo sepa, no es posible de ninguna otra manera. Durante varios días, anduve por las afueras de Londres, por la parte norte, en compañía de un vagabundo irlandés. Fui su compañero, temporalmente. Por la noche, compartíamos la misma habitación. Me contó su vida y yo le conté una falsa versión de la mía. Nos turnábamos para mendigar de puerta en puerta, en las casas donde parecía probable que nos diesen limosna, y nos repartíamos el producto. Yo estaba muy satisfecho. Por fin me encontraba entre «los más pobres de los pobres», en los bajos fondos de la sociedad occidental. Había saltado, o así me lo parecía, la barrera de las clases. Y allá, en el miserable y, a decir verdad, tremendamente aburrido mundo de los vagabundos, tenía una sensación de libertad, de aventura, que hoy, al recordarla, me parece absurda, pero que, en aquellos momentos, era suficientemente intensa.

10

Pero, por desgracia, no se resuelve el problema de las clases haciéndose amigo de los vagabundos. Con ello, todo lo más, se libra uno de una parte de sus prejuicios.

Vagabundos, mendigos, criminales y marginados suelen ser individuos muy excepcionales, y, en su conjunto, no más representativos de la clase obrera de lo que, pongamos, lo es la «intelligentsia» literaria de la burguesía. Es muy fácil intimar con un «intelectual» extranjero, pero no es nada fácil intimar con un respetable extranjero de la clase media. Por ejemplo, ¿cuántos ingleses han conocido de cerca a una familia burguesa corriente? Seguramente muy pocos, a no ser que hayan contraído matrimonio con un miembro de ella. Y con la clase obrera inglesa ocurre algo parecido. Nada hay más fácil que hacerse amigo del alma de un carterista, si se sabe dónde encontrarle, pero es muy difícil hacerse amigo del alma de un albañil.

Pero ¿por qué es tan fácil establecer una relación de igualdad con los marginados? Mucha gente me ha dicho: «Pero, cuando estás con los vagabundos, ellos no deben de aceptarte realmente como a uno más. Deben de darse cuenta de que eres diferente, de que hablas de manera diferente…» y otras cosas parecidas. Lo cierto es que una buena proporción de los vagabundos, una cuarta parte diría yo, no se fijan en este tipo de cosas. Hay mucha gente que no tiene oído para los acentos y que juzgan a los demás únicamente por sus ropas. Esto es algo que me llamó la atención a menudo cuando pedía limosna de puerta en puerta. Había personas que quedaban visiblemente sorprendidas por mi pronunciación «culta», y otros que no la percibían en absoluto; lo único que veían era que yo iba sucio y roto. Además, los vagabundos proceden de todos los puntos de las Islas Británicas, y la variedad de los acentos ingleses es enorme. Los vagabundos están acostumbrados a oír todo tipo de acentos entre sus compañeros, y algunos de estos acentos son tan extraños para sus oídos que apenas entienden lo que se dice. Un hombre de Cardiff, Durham o Dublín no tiene por qué saber cuál de los acentos del sur es el «culto». En cualquier caso, los hombres de acento «culto», aunque raros entre los vagabundos, no son desconocidos. Pero, aun cuando los vagabundos sepan que uno es de diferente origen que ellos, esto no altera necesariamente su actitud. Desde su punto de vista, lo único que importa es que la persona en cuestión está, igual que ellos, viviendo de la mendicidad. Es un mundo en que nunca se hacen demasiadas preguntas. Uno puede contarles la historia de su vida, si lo desea, y la mayoría de ellos hacen otro tanto a la menor incitación, pero uno no se ve nunca obligado a hacerlo, y cualquier historia que cuente será aceptada sin discusión. Hasta un obispo podría sentirse a gusto entre los vagabundos si se vistiese como requiere la situación; y aunque ellos supiesen que se trataba de un obispo, ello podría no determinar diferencia alguna, si supiesen o creyesen que se encontraba verdaderamente sin recursos. Una vez está uno en ese mundo y aparentemente

pertenece a él, importa poco lo que haya sido en el pasado. Éste es como un mundo dentro del otro, en el que todos son iguales; una especie de pequeña democracia de la miseria, tal vez lo más aproximado a la democracia que existe en Inglaterra.

Pero, cuando se trata de la clase obrera típica, las cosas son totalmente diferentes. En primer lugar, no existe ninguna forma rápida de introducirse en ella. Uno puede convertirse en vagabundo vistiéndose de vagabundo y dirigiéndose al asilo más próximo, pero no hay forma alguna de convertirse en picapedrero o en minero. Un hombre como usted o como yo no puede emplearse de picapedrero o de minero, aunque fuese capaz de realizar el trabajo. Participando en la política socialista se puede entrar en contacto con la «intelligentsia» de la clase obrera, pero los miembros de este grupo social no son más representativos de su clase que los vagabundos o los ladrones. Aparte de esto, no puede mezclarse con la clase obrera alojándose como huésped en uno de sus hogares, lo cual tiene siempre un peligroso parecido con el «visitar los barrios pobres». Yo he vivido durante siete meses en casas de mineros, compartiendo totalmente su vida. Comía con la familia, lavaba los platos, compartía el dormitorio con alguno de ellos, jugaba con ellos a los dardos y hablaba con ellos durante horas. Pero, aunque establecimos una convivencia y espero y confío que no fui una molestia, yo no formaba parte real de su clase, y ellos se daban cuenta mejor que yo. Por mucha simpatía que le inspiren a uno los obreros, por interesante que pueda encontrar su conversación, siempre se siente la diferencia de clase, como el guisante bajo el colchón de la princesa. No es una cuestión de simpatía o antipatía, sino simplemente de *diferencia*, pero basta para hacer imposible la verdadera intimidad. Aun con obreros que se denominan comunistas, hube de maniobrar hábilmente para evitar que me llamasen «señor», y todos ellos, salvo en momentos de gran animación, suavizaban sus acentos norteños en atención a mí. Yo sentía simpatía por ellos y esperaba que ellos la sintiesen por mí, pero yo era el forastero, y todos éramos conscientes de esto. Haga uno lo que haga, esa maldita diferencia entre las clases se levanta ante uno como una muralla. O más que una muralla, es como la pared de vidrio de un acuario, tan fácil de olvidar y tan difícil de atravesar.

Por desgracia, ahora se ha puesto de moda afirmar que este vidrio es penetrable. Todo el mundo reconoce que los prejuicios de clase existen, pero, al mismo tiempo, cada cual declara que *él*, por alguna misteriosa razón, está exento de ellos. El clasismo es uno de esos defectos que sabemos detectar en todo el mundo pero nunca en nosotros mismos. No sólo el socialista *croyant et pratiquant* sino también todo «intelectual» da por sentado que él, por lo menos, está al margen del clasismo. *Él*, a diferencia de los demás, se da cuenta del absurdo que representan riqueza, rango, títulos y demás. El «yo no soy clasista» se ha convertido en una especie de credo universal. ¿Quién no se ha reído alguna vez de la Cámara de los Lores, de la casta militar, de la familia real, de las escuelas públicas, de la gente que organiza cacerías, de las ancianas de los hotelitos de Cheltenham, de los horrores de la sociedad provinciana y de la jerarquía social en general? El hacerlo se ha convertido en un

gesto automático. Esto se observa sobre todo en las novelas. Todo novelista con pretensiones de seriedad adopta una actitud irónica hacia sus personajes de clase alta. Y, cuando tiene que presentar en una de sus obras a un personaje muy típicamente de clase alta —un duque, un *baronet* o algo así—, se ríe de él, de forma más o menos instintiva. Un importante motivo secundario de que ocurra esto es la pobreza del moderno lenguaje de la clase alta. El habla de la gente «educada» está tan falta de vida y de carácter que un novelista no puede hacer nada con ella. Con mucho, la mejor manera de hacerla divertida consiste en hacer una parodia de ella, lo cual significa pretender que toda persona de clase alta es un estúpido. El procedimiento pasa, por imitación, de un novelista a otro, y llega a convertirse casi en un acto reflejo.

Y, sin embargo, todo el mundo sabe, en el fondo, que esto es cuento. Todo el mundo condena las distinciones de clase, pero muy poca gente quiere verdaderamente abolirlas. Y aquí llegamos al importante hecho de que toda opinión revolucionaria extrae parte de su fuerza de la secreta convicción de la imposibilidad de cambiar nada.

Para un buen ejemplo de esto, vale la pena observar las novelas y obras teatrales de John Galsworthy, teniendo en cuenta la cronología de las mismas. Galsworthy es un buen ejemplar del sensitivo y lacrimoso humanismo de antes de la guerra. Comienza con una mórbida y obsesiva compasión, que le lleva incluso a considerar que toda mujer casada es un ángel encadenado a un sátiro. Se pasa la vida temblando de indignación por los sufrimientos de los oficinistas agobiados de trabajo, de los peones agrícolas explotados, de las mujeres caídas, de los criminales, de las prostitutas, de los animales. El mundo, según lo ve en sus primeros libros (*El hombre de la propiedad*, *Justicia* y otros), se divide en opresores y oprimidos, con los opresores sentados encima, como monstruosos ídolos de piedra a los que toda la dinamita del mundo no pudiera derribar. Pero ¿desea él realmente que sean derribados? Al contrario; su lucha contra la inamovible tiranía se ve apoyada por esta conciencia de inmutabilidad. Cuando, inesperadamente, empiezan a ocurrir cosas y el orden social que él ha conocido empieza a desmoronarse, sus opiniones varían, y el que empezó siendo paladín del esclavo contra la tiranía y la injusticia acaba propugnando, como remedio a los problemas económicos de la clase obrera, la deportación de ésta a las colonias, como si de rebaños de ganado se tratase (*vid. La cuchara de plata*). Seguramente, de haber vivido diez años más, habría evolucionado hasta alguna refinada versión de fascismo. Éste es el ineludible destino del sentimental: al primer contacto con la realidad, todas sus opiniones se convierten en las contrarias.

Esta misma vena de inmadurez y de lacrimosa falsedad se encuentra en todas las mentalidades «avanzadas». Todo «intelectual» de izquierda está contra el imperialismo. Sostiene que está por encima de la ideología del imperialismo de la misma manera automática y vanidosa que sostiene estar por encima del clasismo.

Incluso el «intelectual» de derecha, que no está abiertamente en contra del imperialismo británico, finge mirar éste con una especie de irónica distanciación. Es fácil hacer chistes sobre el Imperio. ¿Quién podría hablar sin evitar una sonrisa de cosas como La Carga del Hombre Blanco, del «Gobierna, Britannia», de las novelas de Kipling y de los veteranos de la India? ¿Existe alguna persona culta que, al menos una vez en su vida, no haya contado aquel chiste del viejo sargento cipayo que dijo que, cuando los ingleses se marchasen de la India, no quedaría entre Peshawar y Delhi (o donde fuese) una sola rupia ni una sola virgen? Ésta es la actitud del típico hombre de izquierda ante el imperialismo, una actitud completamente hueca e inconsistente, pues, en último término, la única cuestión importante es ¿quiere usted que el Imperio Británico se mantenga o que se desintegre? Y, en el fondo de su corazón, ningún inglés, y menos que nadie los que hacen chistes sobre los coroneles anglo-indios, quiere que se desintegre. Pero, aparte de cualquier otra consideración, el alto nivel de vida de que gozamos en Inglaterra depende de que mantengamos bien sujeto el Imperio, sobre todo las zonas tropicales de éste, como India y África. Según el sistema capitalista, para que Inglaterra pueda vivir de forma relativamente confortable, deben vivir al borde de la indigencia cien millones de indios. Es una situación vergonzosa, pero consentimos en ella cada vez que tomamos un taxi o nos comemos un plato de fresas con nata. La alternativa es tirar el Imperio por la borda y reducir Inglaterra a un país de poca importancia, a una inhóspita isla donde tendríamos que trabajar mucho todos y sustentarnos principalmente de arenques y patatas. Y esto es lo último que desea el hombre de izquierda. Pero, así y todo, sigue creyendo que no tiene responsabilidad moral alguna por el imperialismo. Está perfectamente dispuesto a aceptar los productos del Imperio y a justificarse riéndose de la gente que mantiene el Imperio en nuestro poder.

Es en este punto cuando se empieza a comprender lo irreal de la actitud de la mayoría de la gente ante la cuestión de las clases. Mientras se trate simplemente de mejorar la situación del obrero, toda persona decente estará de acuerdo. A todo el mundo, excepto a los tontos y a los sinvergüenzas, *les gustaría* que el minero, por ejemplo, viviese mejor. Sería magnífico que el minero pudiera dirigirse al tajo en una cómoda vagoneta eléctrica en lugar de hacerlo gateando, que pudiera hacer jornadas de tres horas y no de siete y media, que pudiera vivir en una casa decente, con cinco dormitorios y cuarto de baño, y cobrar diez libras semanales. Además, cualquiera que use la cabeza sabe perfectamente que todo ello es posible. El mundo, al menos en potencia, es inmensamente rico; si se desarrollase como podría ser desarrollado, podríamos vivir todos como príncipes, suponiendo que lo deseáramos. Y, según una observación muy superficial, el aspecto social de la cuestión parece igualmente simple. En un cierto sentido, es verdad que a casi todo el mundo le gustaría ver abolidas las distinciones sociales. Es evidente que esta perpetua tensión entre hombre y hombre que padecemos en la Inglaterra moderna es un grave inconveniente, una molestia. De ahí la tentación de creer que puede ser eliminada con una serie de

llamamientos a lo *boy scout*. «No me llamen “señor”, amigos. Ustedes son hombres igual que yo. Seamos amigos y arrimemos todos el hombro. Todos somos iguales. ¿Qué importa que yo sepa las corbatas que hay que llevar y ustedes no, y que yo me tome la sopa en relativo silencio y ustedes lo hagan con un ruido de agua bajando por una cañería?». Etcétera, etcétera. Todo esto es charlatanería de la más funesta, pero muy atractiva cuando es adecuadamente expresado.

Mas, por desgracia, con el simple desear la desaparición de las distinciones sociales no se consigue nada. Mejor dicho, es necesario desear que desaparezcan, pero tal deseo carece de eficacia si no se comprende lo que representa. El hecho que hay que afrontar es que el abolir las distinciones sociales significa abolir una parte de uno mismo. Todas mis ideas —sobre el bien y el mal, lo agradable y lo desagradable, lo gracioso y lo serio, lo feo y lo hermoso— son esencialmente ideas de clase media; mis gustos en materia de libros, comida y vestido, mi sentido del honor, mis modales en la mesa, mis giros de lenguaje, mi acento, incluso los movimientos característicos de mi cuerpo, son producto de un tipo especial de educación y de una situación concreta, hacia la mitad de la escala social. Si tengo presente esto, me doy cuenta de que no sirve de nada darle palmaditas en el hombro a un proletario y decirle que él es un hombre lo mismo que yo; si realmente quiero entrar en contacto con él, habré de hacer un esfuerzo para el que, muy probablemente, no estoy preparado. Pues, para superar mi pertenencia a una clase, debo eliminar no sólo mi esnobismo, sino también la mayoría de mis gustos y prejuicios. Debo cambiarme a mí mismo tan totalmente que, si lo hiciese, casi no se me reconocería como la misma persona. Lo que hay que conseguir no es sólo la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera, no sólo la eliminación de las formas de esnobismo más estúpidas, sino un total abandono de la actitud ante la vida de las clases alta y media. Y el hecho de que yo acceda o me niegue a ello dependerá seguramente de la medida en que comprenda lo que se me pide.

Pero mucha gente se imagina que pueden abolir las distinciones de clase sin introducir ningún cambio incómodo en sus hábitos e «ideología». De ahí las actividades en pro de la igualación de las clases que se llevan a cabo por todas partes. Hay mucha gente que cree con absoluta buena fe que están trabajando para la eliminación de las distinciones de clase. El socialista de clase media se entusiasma con el proletariado y organiza «escuelas de verano» donde, en teoría, el proletario y el burgués arrepentido caen uno en brazos del otro y deciden ser hermanos para siempre, y de las que los visitantes burgueses salen diciendo lo bonito e interesante que ha sido la experiencia (lo que salen diciendo los proletarios es un tanto diferente). Y está, además, el socialista visitador de suburbios, vestigio de la época de William Morris, pero aún sorprendentemente frecuente, que dice: «¿Por qué tenemos que ponernos todos al nivel de los obreros? ¿Por qué no hacer que suban ellos de nivel?». Y proponen elevar el nivel de vida de la clase obrera por medio de la higiene, de los zumos de fruta, del control de la natalidad, de la poesía, etc. Hasta el duque de York

(el actual Jorge VI) organiza anualmente un campamento donde, en teoría, conviven en un plano de absoluta igualdad muchachos de las escuelas públicas y de los suburbios. Y, ciertamente, los chicos conviven, con una convivencia muy parecida a la que observan los animales encerrados en una de esas jaulas llamadas «Familia Feliz», en las que un perro, un gato, dos hurones, un conejo y tres canarios mantienen una tregua armada mientras tienen encima el ojo del presentador del espectáculo.

Estoy convencido de que todos estos deliberados y conscientes esfuerzos por la igualación de las clases constituyen un error muy grave. A veces son simplemente intrascendentes, pero cuando dan algún tipo de resultado, éste suele ser la *intensificación* de los prejuicios de clase. Bien mirado, no se puede esperar otra cosa. Si se fuerzan las cosas y se establece una tensa y artificial igualdad entre clase y clase, resultan de ello unos roces que traen a la superficie todo tipo de sentimientos que de otro modo habrían quedado enterrados, tal vez para siempre. Como dije a propósito de Galsworthy, las opiniones de los sentimentales se convierten en sus contrarios al primer contacto con la realidad. Habitualmente, todo pacifista lleva dentro de sí a un chauvinista. El miembro del Partido Laborista de clase media y el barbudo consumidor de zumos de frutas están por una sociedad sin clases mientras ven al proletariado desde lejos; en cuanto tienen algún contacto real con un proletario —por ejemplo, una pelea con un pescadero un sábado por la noche—, pueden retroceder hasta el más vulgar esnobismo de clase media. Pero la mayoría de los socialistas de clase media tienen muy pocas probabilidades de pelearse con pescaderos borrachos; cuando tienen un verdadero contacto con la clase obrera, suele ser con la «intelligentsia» de dicha clase.

Pero la «intelligentsia» obrera puede dividirse con bastante claridad en dos tipos. Está el hombre que sigue perteneciendo a la clase obrera —que sigue siendo un obrero y sigue trabajando de mecánico, de portuario o de lo que sea— y que no se preocupa de modificar su acento o sus costumbres obreras, pero que aprovecha el tiempo libre para «cultivarse» y trabajar para el Partido Laborista o para el Comunista. Y está el obrero que cambia de forma de vida, por lo menos externamente, y que por medio de becas estatales, consigue encaramarse hasta la clase media. El primero es uno de los mejores tipos de hombre que hay en nuestra sociedad. Algunos que yo he conocido despertarían la simpatía y la admiración del más furibundo conservador. El otro, salvo excepciones —como D. H. Lawrence, por ejemplo—, es menos admirable.

Es una pena que el proletariado tienda a introducirse en la clase media vía «intelligentsia» literaria, tendencia que es el resultado lógico del sistema de becas. No es fácil abrirse paso hasta la «intelligentsia» literaria cuando se es una persona decente. El mundo literario inglés de nuestros días, como mínimo el sector más intelectual, es una especie de venenosa jungla donde sólo pueden florecer las malas hierbas. Sólo es posible ser un hombre de letras y conservar la honradez si se es un escritor claramente popular (un autor de novelas policíacas, por ejemplo). Pero el ser

un intelectual, con acceso a las revistas más selectas, significa entregarse a horribles campañas de maniobra y adulación. En el mundo de los intelectuales se avanza, si es que se consigue avanzar, menos por las dotes literarias que se posean que por la capacidad de ser el alma de los cócteles y de rascarles la espalda a las despreciables *vedettes* literarias. Éste es el mundo que más fácilmente abre sus puertas al proletario que sale de su clase. El muchacho «listo» de familia obrera, el tipo de muchacho que gana becas y es evidentemente inadecuado para el trabajo manual puede encontrar otras formas de ascender a la clase superior —una ligeramente distinta, por ejemplo, es la carrera en el Partido Laborista—, pero el camino literario es, con mucho, el más usual. Los círculos literarios de Londres están llenos de jóvenes de origen proletario educados por medio de becas. Muchos de ellos son personas muy desagradables, nada representativas de su clase, y es muy triste que, cuando una persona de origen burgués consigue conocer personalmente y en pie de igualdad a un proletario, sea éste el tipo a quien suela encontrar. Pues el resultado es que el burgués, que ha estado idealizando a los obreros mientras no sabía nada de ellos, retroceda hasta posiciones extremas de esnobismo. El proceso resulta a veces muy cómico, siempre que se pueda contemplar desde fuera. El pobre burgués bienintencionado, ansioso de abrazar a su hermano proletario, se adelanta con los brazos abiertos, pero, al poco rato, retrocede, herido por un sablazo de cinco libras, y exclama dolido: ¡Pero este hombre no es un caballero!

Lo que desconcierta al burgués en un contacto de este tipo es encontrarse con que algunas de sus afirmaciones son tomadas en serio. Ya he indicado que las opiniones «izquierdistas» del intelectual medio suelen ser falsas. Por puro espíritu de imitación se ríe de cosas en las que en realidad cree. Como un ejemplo entre muchos, tomemos el código de honor de la escuela pública, con su «camaradería», su «no atacar al que está caído» y todas las demás consabidas tonterías. ¿Quién no se ha reído de él alguna vez? ¿Quién de los que se consideran «intelectuales» se atrevería a no reírse de él? Pero la cosa varía un poco cuando nos encontramos con alguien que se ríe de él *desde fuera*; de la misma manera que nos pasamos la vida diciendo pestes de Inglaterra pero nos enfadamos la mar cuando oímos a un extranjero decir exactamente las mismas cosas. Nadie se ha reído con tanta gracia de las escuelas públicas como el «Beachcomber» del *Express*. Se burla, con mucha razón, del ridículo código moral según el cual hacer trampas en el juego es el peor de los pecados. Pero ¿qué diría el «Beachcomber» si cogiese a alguno de sus amigos haciendo trampas en las cartas? Dudo que le gustase. Sólo cuando se trata a alguien de cultura diferente a la de uno se empieza a ver cuáles son realmente las propias convicciones. El «intelectual» burgués es demasiado propenso a imaginar que está de alguna manera por encima de la condición burguesa porque encuentra fácil reírse del patriotismo, de la Iglesia de Inglaterra, de la Corbata de Antiguo Alumno, del Coronel Blimp y de todo lo demás. Pero, desde el punto de vista del «intelectual» proletario, quien, al menos por su origen, está realmente fuera de la cultura burguesa, el parecido del «intelectual»

burgués con el Coronel Blimp puede ser mayor que las diferencias. Muy probablemente, le mirará a él y al Coronel Blimp como prácticamente equivalentes, y, en cierto sentido, tendrá razón, aunque ni el intelectual ni el Coronel Blimp admitirían nunca tal cosa. Así que el encuentro entre proletario y burgués, cuando consiguen encontrarse, no es siempre el abrazo de dos hermanos largamente separados. Con demasiada frecuencia es el choque de dos culturas extrañas que no pueden entrar en contacto armónicamente.

He estado considerando esto desde el punto de vista del burgués que ve contrariadas sus secretas convicciones y vuelve a una actitud de temeroso conservadurismo. Pero hay que tener en cuenta también el antagonismo que tal situación provoca en el «intelectual» proletario. Éste es un hombre que, por su propio esfuerzo y, a veces, a costa de grandes sufrimientos, ha conseguido salir de su clase e introducirse en otra donde espera encontrar una mayor libertad y un mayor refinamiento intelectual. Pero lo que encuentra, muy a menudo, es una especie de vacío, una sensación de muerte, una falta de calor humano, de vida real. A veces, los burgueses le parecen maniquíes con dinero, gente sin sangre en las venas. Esto, al menos, es lo que *dice*; casi todo joven intelectual de origen proletario recita este tipo de charla al respecto. Éste es el origen del «culto al proletariado» que padecemos. Todo el mundo conoce, o debería conocer a estas horas, la serie de tópicos: la burguesía está «muerta» (insulto muy en boga en nuestros días y muy efectivo debido a su carencia de sentido), la cultura burguesa está en bancarrota, los «valores» burgueses son despreciables, etcétera, etcétera. Para ejemplos, véase cualquier ejemplar de la *Left Review* o la obra de cualquiera de los jóvenes escritores comunistas, como Alec Brown, Philip Henderson y otros. La sinceridad de muchas de estas declaraciones es dudosa, pero D. H. Lawrence, que, fuese lo que fuese, era sincero, expresa la misma opinión una y otra vez. Es curioso cómo insiste en la idea de que los burgueses ingleses están muertos, o, por lo menos, castrados. Mellors, el guardabosque de *El amante de lady Chatterley* (que no es otro que el propio Lawrence) ha tenido la oportunidad de salir de su clase y no tiene ningún deseo especial de volver a ella, pues la clase obrera inglesa tiene una serie de «hábitos desagradables», pero, al mismo tiempo, la burguesía con la cual se ha asimilado en cierta medida, le parece medio muerta, una raza de eunucos. Simbólicamente, el marido de *lady* Chatterley es impotente, en el sentido físico. De Lawrence es el poema (también referido a sí mismo) acerca del joven que «subió hasta la copa del árbol», pero volvió a bajar diciendo:

Para subir al árbol
hay que ser como un mono.
Se olvida la sólida tierra
y el muchacho que uno era.
Uno se sienta en las ramas y charla,

sintiéndose superior.
Todos charlan, charlan y parlotean
y ni una sola palabra
les sale realmente del cerebro, muchacho,
se la inventan sobre la marcha…
Te digo que les han hecho algo
a estos pollitos de arriba;
entre ellos no hay ningún gallito
… … … … … … … … … . etc., etc.

Difícilmente se podría decir más claro. Es posible que, al hablar de la gente «de arriba del árbol», Lawrence se refiera sólo a la burguesía propiamente dicha, a la clase de las dos mil libras o más al año. Pero yo me inclino a creer que se refiere a la gente que está más o menos inmersa en la cultura burguesa, a toda la gente que han crecido en una casa donde había dos o tres criados y a quienes han enseñado a hablar remilgadamente. Y aquí aparece el peligro que implica el «culto al proletariado», el tremendo antagonismo que puede llegar a despertar. Pues, ante una acusación como ésta, uno se encuentra desarmado. Lawrence me dice que, por el hecho de haber ido a una escuela pública, soy un eunuco. ¿Qué puedo hacer? Puedo presentar pruebas médicas para demostrar lo contrario, pero ¿de qué serviría? La condena de Lawrence sigue en pie. Si se me dice que soy un sinvergüenza, puedo intentar reformarme, pero, al tratarme de eunuco, se me incita a replicar violentamente de la forma que sea. Para enemistarse a un hombre, no hay como decirle que sus males son incurables.

Esto, pues, suele ser lo que se saca en limpio de los contactos entre proletarios y burgueses: traer a la luz un antagonismo real que es intensificado por el culto al proletario, actitud que, a su vez, es producto de los contactos forzados entre ambas clases. El único procedimiento sensato es avanzar paso a paso y no forzar las cosas. Si, secretamente, uno se cree un señor y se considera superior al chico de la tienda, es mucho mejor decirlo que ocultarlo con mentiras. Un día u otro habrá que abandonar el esnobismo, pero fingir abandonarlo antes de estar realmente dispuesto a hacerlo es algo nefasto.

Entretanto, se puede observar repetidamente el triste caso de la persona de clase media que es un vehemente socialista a los veinticinco años y un arrogante conservador a los treinta y cinco. En cierto modo, este proceso es bastante lógico, al menos si se tiene en cuenta cómo se ha desarrollado el proceso: en un momento dado, el socialista burgués piensa que quizás una sociedad sin clases no significa un beatífico estado de cosas en el que todos seguiremos actuando exactamente igual que antes, excepto el hecho de que no habrá odio de clase ni esnobismo; quizá será un triste mundo en el que todos nuestros ideales, nuestra ética, nuestros gustos —nuestra «ideología»— perderán todo sentido. Piensa que quizás este asunto de la abolición de las clases no es tan simple como parecía, sino que será una competición en la que,

quizá, ganarán los otros. Con sonrisas afectuosas, aunque un tanto condescendientes, iremos a saludar a nuestros hermanos proletarios, y quizá nuestros hermanos proletarios no aceptarán nuestras salutaciones y nos pedirán, en cambio, que nos suicidemos. Cuando el burgués ve las cosas de esta forma, emprende la huida, y, si esta huida es lo bastante rápida, puede llevarle al fascismo.

11

Y ahora, hablemos del socialismo.

Es casi innecesario señalar aquí que estamos sumidos en una confusión grave, tan grave que ni el más obtuso podría dejar de constatarla. Vivimos en un mundo en el que nadie es libre, en el que nadie está seguro, en el que es casi imposible ser honrado y seguir viviendo.

Amplios sectores de la clase obrera viven en las condiciones que he descrito en los primeros capítulos de este libro, y no hay esperanza alguna de que estas condiciones experimenten una mejora importante. Todo lo más que puede esperar la clase obrera inglesa es un ocasional y temporal descenso del desempleo cuando esta o aquella industria sea artificialmente estimulada, por el rearme, por ejemplo. Hasta las clases medias, por primera vez en la historia, sienten la crisis. No han conocido aún el hambre, pero un número cada vez mayor de ellos se debaten en una especie de penosa frustración en la cual es cada vez más difícil convencerse a sí mismo de que se es feliz, activo o útil. Incluso los afortunados de la cumbre, la burguesía propiamente dicha, son periódicamente incomodados por la conciencia de las miserias de los de abajo, y aún más por los temores al amenazador futuro. Y esto no es más que una etapa preliminar, estando aún como estamos en un país enriquecido por cien años de pillaje. Pero no tardarán en producirse Dios sabe qué horrores, horrores de los que, en nuestra resguardada isla, no tenemos siquiera conocimiento por la tradición.

Y, por otro lado, todo el que use la cabeza sabe que el socialismo, aplicado a escala mundial y de forma consecuente, representaría una salida a esta situación. Como mínimo, nos aseguraría que tuviésemos bastante que comer, aun cuando nos privase de todo lo demás. Desde un cierto punto de vista, la necesidad del socialismo es algo tan elemental, tan de sentido común que a veces me sorprende que no se haya establecido todavía. El mundo es una balsa que viaja por el espacio, en la que hay, potencialmente, una gran cantidad de provisiones para todos; la necesidad de que todos cooperen para conseguir que cada cual haga la justa parte de trabajo y reciba su justa parte de provisiones es tan clara y evidente que se diría que nadie puede discutirla, a menos que tenga algún motivo para querer mantener el actual sistema. Pero el hecho que hay que aceptar es que el socialismo no prospera. En lugar de avanzar, la causa del socialismo está perdiendo terreno visiblemente. En estos momentos, en casi todas partes, los socialistas se baten en retirada ante la violenta embestida del fascismo. Y los acontecimientos se producen con terrible rapidez. Mientras escribo estas líneas, el ejército fascista español está bombardeando Madrid, y es muy probable que, antes de que este libro sea impreso, tendremos otro país fascista que añadir a la lista. Para no hablar del control fascista del Mediterráneo, que puede tener el efecto de poner la política exterior británica en manos de Mussolini.

Pero no voy a tratar aquí cuestiones políticas generales. Lo que me interesa señalar es el hecho de que el socialismo está perdiendo adeptos precisamente allí donde debería ganarlos. Con tantas cosas a su favor —pues cada estómago vacío es un argumento en favor del socialismo— la idea socialista es menos ampliamente aceptada que hace diez años. Hoy en día, por lo general, las personas que piensan no sólo no son socialistas sino que son activamente hostiles al socialismo. Esto debe de ser efecto, principalmente, de métodos de propaganda errónea, y significa que el socialismo, en la forma que hoy nos es presentado, tiene algo de esencialmente desagradable, algo que aleja a la propia gente que debería apoyarlo masivamente.

Hace unos pocos años, esto podía parecer sin importancia. Se diría que era ayer que los socialistas, en especial los marxistas ortodoxos, me decían con una sonrisa de superioridad que el socialismo llegaría por su propio peso, por un misterioso proceso llamado «necesidad histórica». Es posible que esta idea tenga aún alguna vigencia, pero lo menos que se puede decir es que ha sido puesta en entredicho. De ahí los súbitos intentos de los comunistas de varios países de aliarse con fuerzas democráticas a las que han estado saboteando durante años. En un momento como éste, constituye una necesidad acuciante descubrir *por qué* el socialismo ha perdido atractivo. Y no sirve de nada atribuir el habitual rechazo del socialismo a la estupidez o a la corrupción. Si se quiere vencer este rechazo, es necesario comprenderlo, lo cual significa ponerse en el lugar del objetor del socialismo, o, por lo menos, esforzarse en comprender sus opiniones. Así pues, aunque parezca un tanto paradójico, para defender el socialismo hay que empezar por atacarlo.

En los tres capítulos anteriores he tratado de analizar los problemas sobre el tema, porque creo que el muy estúpido tratamiento que se da hoy a la cuestión de las clases puede empujar al fascismo a muchos potenciales socialistas. En el capítulo siguiente, hablaré de algunas cuestiones de fondo que alejan del socialismo a algunas mentes sensibles. En este capítulo trataré sólo de las objeciones preliminares y más simples, esas cosas que dice siempre en primer lugar la persona que no es socialista cuando se le habla del tema (aunque no me refiero al tipo de gente que pregunta «¿Y de dónde va a salir el dinero?» y cosas así). Algunas de estas objeciones pueden parecer frívolas o contradictorias, pero esto no tiene nada que ver; me limito a hablar de los síntomas, de todo cuanto contribuya a aclarar por qué el socialismo no es aceptado. Y recuerden, por favor, que estoy argumentando *a favor* del socialismo, no contra él. Pero ahora voy a hacer de abogado del diablo. Voy a tomar la defensa de la persona que simpatiza con los objetivos fundamentales del socialismo y es lo bastante inteligente para ver que el socialismo «funcionaría», pero que, en la práctica, cuando se habla de socialismo, no quiere saber nada.

Al preguntar a una persona de este tipo, se obtiene muchas veces, dicha medio en broma, la respuesta: «Yo no tengo nada contra el socialismo, pero sí contra los socialistas». Evidentemente, es un argumento muy pobre, pero válido para mucha gente. Al igual que ocurre con el cristianismo, la peor propaganda del socialismo son

sus partidarios.

Lo primero que debe de sorprender a cualquier observador es el hecho de que la teoría socialista haya sido elaborada exclusivamente en el seno de las clases medias. El socialista típico no es, como se imaginan las trémulas ancianas, un obrero de aspecto feroz y voz ronca vestido con un mono sucio. El socialista típico es, o bien el joven esnob comunista que, seguramente, dentro de cinco años, estará casado con una joven rica y se habrá convertido al catolicismo, o bien, más probablemente, el hombrecito serio de ocupación burocrática, que suele ser secretamente abstemio, a menudo con inclinaciones vegetarianas, con un pasado no conformista[17] y, sobre todo, con una posición social que no tiene intención alguna de abandonar. Este tipo de hombre es sorprendentemente habitual en los partidos socialistas de todo matiz; quizá se han pasado a ellos, en bloque, desde el viejo Partido Liberal.

Está, además, la abrumadora presencia de personas extravagantes dondequiera que exista una agrupación de socialistas. A veces tiene uno la impresión de que las solas palabras «socialismo» y «comunismo» atraen con fuerza magnética a todo bebedor de zumos de fruta, nudista, maníaco sexual, cuáquero, curandero naturista, pacifista y feminista de Inglaterra. Un día de este último verano iba yo en autobús por Letchworth. El vehículo se detuvo y subieron a él dos hombres de edad con un aspecto horrible. Tendrían los dos unos sesenta años y eran muy bajos, sonrosados y gordinflones. Los dos iban sin sombrero. Uno de ellos era llamativamente calvo y el otro llevaba largo el canoso cabello, casi hasta los hombros al estilo de Lloyd George. Vestían camisas de color verdoso y *shorts* color caqui, dentro de los cuales sus voluminosas nalgas quedaban tan apretadas que se podía ver cada hoyuelo. Su aparición provocó una cierta oleada de horror en el autobús. El hombre que iba a mi lado, viajante de comercio según me pareció, me miró, volvió a mirarles a ellos, me miró otra vez a mí y murmuró: «Socialistas», como quien dijera «pieles rojas». Posiblemente estaba en lo cierto, pues en Letchworth estaba la escuela de verano del Partido Laborista. Pero lo interesante es que para él, un hombre corriente, un tipo extravagante, era, por definición, un socialista, y un socialista era, por definición, un tipo extravagante. Creía, probablemente, que todo socialista tenía *algún* tipo de excentricidad. Y entre los mismos socialistas parece existir una idea de este tipo. Por ejemplo, en un folleto de una escuela de verano que tengo ante mí, están los precios por semana, y se me pide que especifique «si mi dieta alimenticia es corriente o vegetariana». Dan por supuesto que es necesario preguntar esto. Este tipo de cosas, por sí solas, bastan para alejar a cantidades de gente honrada, y el instinto que las hace alejarse es perfectamente sensato, pues el maniático de la comida es, por definición, una persona dispuesta a alejarse de la sociedad por la esperanza de prolongar en cinco años la vida de su chasis, es decir, una persona desconectada de la gente normal.

Hay que añadir a esto el feo hecho de que la mayoría de los socialistas de la clase media, mientras en teoría suspiran por una sociedad sin clases, se aferran tenazmente

a sus miserables fragmentos de prestigio social. Recuerdo la sensación de horror que experimenté la primera vez que asistí a una reunión de sector del Partido Laborista, en Londres. (Supongo que habría sido bastante diferente en el Norte, donde la burguesía está más dispersa). ¿Aquellos insignificantes personajes eran los campeones de la clase obrera? Cada uno de los presentes, hombre o mujer, mostraba los peores estigmas de la arrogancia de la clase media. Si de pronto se hubiera sentado entre ellos un obrero de verdad, un minero sucio del trabajo, por ejemplo, se habrían sentido incómodos, molestos y ofendidos; algunos, diría yo, se habrían marchado tapándose la nariz. La misma tendencia se observa en la literatura socialista, la cual, aunque no abiertamente escrita en tono de superioridad, está siempre apartada de la clase obrera en cuanto a lenguaje y mentalidad. Los Cole, Webb, Strachey, etc., no son *exactamente* escritores proletarios. Dudo que exista en la actualidad nada que pueda definirse como literatura proletaria. Incluso el *Daily Worker* está redactado en correcto inglés del Sur. Un buen libretista de revistas musicales se aproxima más a este tipo de literatura que ningún escritor socialista que yo recuerde en este momento. En cuanto a la jerga técnica de los comunistas, está tan alejada del habla normal como el lenguaje de un libro de texto de matemáticas. Recuerdo que una vez oí a un orador comunista profesional hablando a un auditorio obrero. Su lenguaje era el habitual lenguaje libresco, lleno de frases largas, paréntesis, «no obstantes» y «sea como fueres», aparte de la consabida jerga: «ideología», «conciencia de clase», «solidaridad proletaria», y demás. Después de él, se levantó a hablar un obrero de Lancashire, y se dirigió a la gente en el tosco lenguaje que les era común. Quedó bien claro quién estaba más próximo al auditorio, aunque no creo ni por un momento que el obrero fuese un comunista ortodoxo.

Hay que recordar que un obrero, mientras sigue siendo un auténtico obrero, nunca o casi nunca es socialista de una manera total y teóricamente coherente. Seguramente votará laborista, o incluso comunista si ello es posible, pero su concepción del socialismo es muy diferente de la del socialista educado no perteneciente a la clase obrera. Para el obrero corriente, el que uno encontraría en cualquier bar el sábado por la noche, el socialismo no significa gran cosa más que ganar sueldos más elevados, trabajar menos horas y no tener a nadie mandándole a uno. Para el obrero más revolucionario, de los que van a las marchas del hambre y figuran en las listas negras de los empresarios, la palabra socialismo es una especie de grito de convocatoria contra las clases opresoras, una vaga amenaza de futuras violencias. Pero, que yo sepa, ningún obrero típico conoce las ulteriores implicaciones del socialismo. En mi opinión, el obrero típico es más auténticamente socialista que el marxista ortodoxo, porque tiene presente lo que este último olvida tan a menudo: que socialismo significa justicia y simple decencia. Pero lo que él no ve es que el socialismo no puede ser reducido a la simple justicia económica, y que una reforma de tal magnitud tiene que provocar enormes cambios en su forma de vida y en toda nuestra civilización. Su visión del futuro socialista es una visión de la sociedad presente sin

las peores injusticias de ésta, y con los intereses de la gente centrados en las mismas cosas que ahora: la vida familiar, el bar, el fútbol y la política local. En cuanto al lado político del marxismo, el juego de manos de esas tres misteriosas entidades, tesis, antítesis y síntesis, nunca he visto a ningún obrero que tuviera el menor interés por él. Es cierto, desde luego, que muchos hombres de *origen* obrero son socialistas del tipo teórico y educado. Pero ninguno de ellos ha *seguido siendo* obrero, en el sentido de que no realiza ningún trabajo manual. Pertenecen o bien al tipo que he mencionado en el capítulo anterior, el tipo de persona que se introduce en la clase media vía «intelligentsia» literaria, o bien al tipo de hombre que llega a ser parlamentario laborista o alto funcionario sindical. Este último personaje es uno de los espectáculos más tristes que el mundo ofrece. Es un hombre que ha sido elegido para luchar por sus compañeros, y todo lo que eso significa para él es un trabajo tranquilo y la oportunidad de cultivarse. Combatiendo a la burguesía se convierte él mismo en un burgués. Y, con todo, es posible que siga siendo un marxista ortodoxo. Pero nunca he visto a un minero, a un obrero siderúrgico, a uno del textil, a un portuario, a un picapedrero ni a ningún obrero que fuese «ideológicamente» coherente.

Una de las analogías entre el comunismo y el catolicismo es que sólo sus adeptos «educados» son completamente ortodoxos. Lo que llama la atención de manera más inmediata en los católicos ingleses (no me refiero a los católicos de toda la vida, sino a los convertidos: Ronald Knox, Arnould Lunn *et hoc genus*) es que, según parece, nunca piensan y ciertamente nunca escriben acerca de otra cosa que su catolicismo. Este simple hecho y la satisfacción que obtienen de él constituyen el total de las existencias del escritor católico. Pero lo realmente interesante en estos hombres es la forma en que han elaborado las supuestas implicaciones de la ortodoxia hasta los más mínimos detalles de la vida. Por lo que parece, incluso los líquidos que se ingieren pueden ser ortodoxos o heréticos. De ahí las campañas de Chesterton, del «Beachcomber» y de otros contra el té y a favor de la cerveza. Según Chesterton, beber té es «pagano», mientras que beber cerveza es «cristiano». Es lástima para esta teoría que los católicos favorezcan el movimiento en pro de la abstinencia y que los católicos irlandeses sean los mayores consumidores de té del mundo. Pero lo que quiero hacer notar aquí es la actitud mental que puede convertir hasta la comida y la bebida en motivo de intolerancia religiosa. Un obrero católico nunca llevaría la coherencia hasta tales absurdos. No pierde el tiempo meditando sobre el hecho de ser católico, y no se siente diferente de sus vecinos no católicos. Pruebe usted a decirle a un portuario irlandés de los suburbios que el té que se está tomando es pagano; verá como le llama idiota. Y también en cosas más importantes olvidan a veces los obreros las implicaciones de su fe. En los hogares católicos de Lancashire, se puede ver el crucifijo en la pared y el *Daily Worker* sobre la mesa. Sólo el hombre «educado», en especial el hombre de letras, es susceptible de convertirse en un beato. Y, *mutatis mutandis*, ocurre igual con el comunismo. En un auténtico proletario, la doctrina no se encuentra nunca en estado puro.

Puede objetarse aquí que, aunque el socialista teórico y formado en los libros no sea personalmente un obrero, lo que le mueve es su amor por la clase obrera. Se supone que aspira a desprenderse de su *status* burgués y luchar junto al proletariado. Pero ¿son éstos realmente sus motivos?

A veces observo a algún socialista —al tipo intelectual, redactor de octavillas, con su *pullover*, su cabello alborotado y sus citas de Marx— y me pregunto cuáles deben de ser sus verdaderos motivos. Muchas veces es difícil creer que le mueva el amor a algo, y mucho menos el amor a la clase obrera, de la cual está él más alejado que nadie. Creo que la motivación oculta de muchos socialistas es, sencillamente, un hipertrofiado sentido del orden. El actual estado de cosas les disgusta, no porque sea origen de miseria y menos aún porque haga imposible la libertad, sino porque es desordenado. Lo que ellos desean, básicamente, es reducir el mundo a algo parecido a un tablero de ajedrez. Tomemos, por ejemplo, las obras de un socialista de toda la vida como Shaw. ¿Cuánta comprensión, o siquiera conocimiento de la vida de la clase obrera denotan estas obras? El propio Shaw declara que sólo es posible llevar a un obrero a la escena en calidad de «objeto de compasión», y, en la práctica, él no le presenta ni siquiera así, sino simplemente como una especie de figura cómica a lo W. W. Jacobs, como el estereotipado cómico habitante del East End, como los de *Comandante Bárbara* y *La conversión del capitán Brassbound*. Todo lo más, su actitud hacia la clase obrera es la actitud irónica del *Punch* y, en ocasiones más serias, considera a los obreros simplemente despreciables y repugnantes (obsérvese, por ejemplo, al joven que representa a las clases desposeídas en *Misalliance*). La pobreza, la mentalidad creada por la pobreza, son cosas que han de ser abolidas *desde arriba*, por la violencia si es necesario, quizás incluso mejor por la violencia. De ahí su adoración por los «grandes hombres» y su inclinación por las dictaduras, fascistas o comunistas, pues para él, según parece (véanse sus comentarios acerca de la guerra italo-abisinia y de las conversaciones entre Stalin y Wells), Stalin y Mussolini son personas casi equivalentes. La misma visión, en una forma más moderada, se encuentra en la autobiografía de Beatrice Webb, que nos da, inconscientemente, una muy reveladora imagen del socialista magnánimo visitador de suburbios. Lo cierto es que, para mucha gente que se llaman socialistas, la revolución no significa un movimiento de las masas con el cual ellos esperan asociarse, sino una serie de reformas que «nosotros», los listos, les vamos a imponer a «ellos», las clases bajas. Por otra parte, sería erróneo considerar al socialista formado en los libros como un ser sin sangre en las venas, totalmente incapaz de emoción. Aunque raramente dé muchas pruebas de afecto hacia los explotados, es perfectamente capaz de mostrar odio —una especie de extraño odio teórico, en el vacío— hacia los explotadores. De ahí el tradicional gran deporte socialista consistente en denunciar a la burguesía. Es sorprendente la facilidad con que casi todos los escritores socialistas pueden entregarse a delirios de ira contra la clase a la cual invariablemente pertenecen, por nacimiento o por adopción. A veces, el odio hacia las costumbres y la «ideología»

burguesa es tan grande que se extiende incluso a los personajes burgueses de los libros. Según Henri Barbusse, los personajes de las novelas de Proust, Gide, etc., «son personajes a los que a uno le encantaría tener al otro lado de una barricada». «Una barricada», fíjense bien. A juzgar por *Le feu*, yo habría pensado que la experiencia de Barbusse en materia de barricadas le había dejado un mal recuerdo de ellas. Claro que un imaginario ataque con bayonetas contra unos burgueses, que además se supone que no se defienden, es cosa muy diferente.

El ejemplo más típico de literatura antiburguesa que he conocido hasta el presente es *La «intelligentsia» de Gran Bretaña*, de Mirsky. Es éste un libro muy hábil e interesante, y debería ser leído por todo aquel que quiera comprender el ascenso del fascismo. Mirsky (antes príncipe Mirsky) era un ruso blanco exiliado en Inglaterra, que fue, durante algunos años, profesor de literatura rusa en la Universidad de Londres. Después se convirtió al comunismo, regresó a Rusia y publicó su libro, una especie de «desenmascaramiento» de la «intelligentsia» inglesa desde el punto de vista marxista. Es un libro lleno de mala fe, escrito todo él en un inconfundible tono de «ahora que estoy fuera de vuestro alcance puedo decir de vosotros lo que quiera», y, aparte de la deformación general, contiene algunas deformaciones concretas y probablemente intencionadas. Así, por ejemplo, Conrad es tachado de «no menos imperialista que Kipling», y D. H. Lawrence es acusado de escribir «pura y simple pornografía» y de «haber borrado todas las huellas de su origen proletario», como si Lawrence hubiese sido un pastor de cerdos que hubiese trepado hasta la Cámara de los Lores. Este tipo de propaganda es muy inquietante, si se recuerda que está dirigida al público ruso, que no tiene medio alguno de comprobar su veracidad. Pero lo que estoy pensando ahora es el efecto de un libro así sobre el público inglés. El autor es un hombre de letras de extracción aristocrática, un hombre que, probablemente, nunca en su vida había hablado con un obrero en nada parecido a una situación de igualdad. Y este hombre lanza venenosas calumnias contra sus colegas «burgueses». ¿Por qué? Según todas las apariencias, por pura mala fe. Mirsky combate a la «intelligentsia» británica, pero *¿en favor de qué* combate? El libro por sí solo no da ninguna pista en este sentido. De ahí que el resultado de libros como éste sea dar a los no comunistas la impresión de que en el comunismo no hay más que odio. Y aquí nos encontramos otra vez con esa curiosa similitud entre el comunismo y el catolicismo de los conversos. Si se quiere encontrar un libro tan malintencionado como *La «intelligentsia» de Gran Bretaña*, el mejor lugar donde buscar es entre los apologetas populares católicos. Allí se encuentra el mismo veneno y la misma deshonestidad, aunque, para hacer justicia a los católicos, no se suelen encontrar los mismos malos modos. ¡Qué paradójico resulta que el hermano espiritual del camarada Mirsky sea precisamente el padre…! Los comunistas y los católicos no dicen las mismas cosas; en ciertos aspectos, incluso, dicen cosas opuestas, y se despellejarían unos a otros si las circunstancias lo permitiesen, pero, desde el punto de vista de un observador externo, se parecen mucho.

El hecho es que el socialismo, *en la forma en que se ha presentado hoy en día*, atrae principalmente a personas de poca calidad e incluso inhumanas. Por una parte, tenemos al socialista incluso de buen corazón, el típico socialista de clase obrera que lo único que quiere es suprimir la pobreza y no siempre sabe todo lo que esto implica, y, por otra parte, está el socialista intelectual, formado entre libros, que entiende la necesidad de tirar a la basura nuestra actual civilización y está dispuesto a hacerlo. Este último grupo procede, en su totalidad, de la clase media, y, encima, del sector urbano y desarraigado de ésta. Y, para mayor desgracia aún, este grupo incluye (hasta el extremo de que los ajenos a él crean que es su componente exclusivo) al tipo de persona del que he hablado antes: los furibundos detractores de la burguesía, los reformadores paternalistas de los que Shaw es el prototipo y los astutos jóvenes escaladores social-literarios que son comunistas ahora por lo mismo que serán fascistas dentro de cinco años, porque está de moda, y la lamentable tribu de magnánimas mujeres, barbudos y bebedores de zumos de fruta que acuden en masa al olor del «progreso» como las moscas a la miel. La persona honrada corriente, que simpatiza con los objetivos esenciales del socialismo, tiene la impresión de que no hay sitio para la gente como él en ningún partido socialista que quiera trabajar en serio. Pero aun llega a la cínica conclusión de que el socialismo es una especie de fatalidad que probablemente llegará pero que debe ser diferida el máximo tiempo posible. Desde luego, como ya he indicado antes, no me parece del todo justo juzgar un movimiento por sus adeptos, pero el caso es que la gente lo hace invariablemente, y la idea popular del socialismo está influida por la idea del socialista como persona aburrida o desagradable. El socialismo es presentado como un estado de cosas en el que nuestros más elocuentes socialistas se sentirían de lo más a gusto. Esto hace un gran daño a la causa. El hombre corriente podría no rechazar una dictadura del proletariado, si ésta le fuese presentada con tacto, pero si se le habla de una dictadura de los pedantes, se rebelará.

Existe la generalizada impresión de que toda sociedad bajo un sistema socialista tendría la misma relación con la nuestra que una botella nueva de borgoña colonial con una copa del mejor Beaujolais. Es un hecho admitido que vivimos en las ruinas de una civilización, pero una civilización que en sus tiempos fue muy importante y que, en algunos aspectos, es aún floreciente. Aún tiene su *bouquet*, por decirlo así, mientras que el imaginado futuro socialista, como el borgoña colonial, sólo sabe a hierro y a agua. De ahí el hecho, realmente desastroso, de que los artistas de alguna calidad no puedan ser atraídos al campo del socialismo. Éste es, sobre todo, el caso de los escritores, cuyas opiniones políticas están más directa y claramente relacionadas con su obra que las de los pintores, por ejemplo. Si se miran los hechos de cara, hay que reconocer que casi todo lo definible como literatura socialista es aburrido, insustancial y malo. Consideremos la situación en Inglaterra en este momento. Toda una generación ha crecido más o menos familiarizada con la idea del socialismo y, a pesar de ello, la cumbre de la literatura socialista es representada por

W. H. Auden, una especie de Kipling sin enjundia[18], y por los poetas relacionados con él, de menor calidad aún. Todos los escritores de categoría y todos los libros dignos de leerse pertenecen al otro bando. Estoy dispuesto a creer que en Rusia es de otro modo —aunque no tengo ningún dato—, pues, seguramente, en la Rusia posrevolucionaria, la sola violencia de los acontecimientos vividos habrá producido algún tipo de literatura vigorosa. Lo que es seguro es que, en la Europa occidental, el socialismo no ha producido ninguna literatura digna de este nombre. Hace algún tiempo, cuando las cosas estaban menos claras, había escritores de alguna vitalidad que se denominaban socialistas, pero usaban la palabra como una etiqueta vaga. Así, el hecho de que Ibsen y Zola se definieran a sí mismos como socialistas significaba sencillamente que eran «progresistas», mientras que en el caso de Anatole France significaba sólo que era anticlerical. Los verdaderos escritores socialistas, los propagandistas, Shaw, Barbusse, Upton Sinclair, William Morris, Waldo Frank, etc., han sido siempre aburridos y vacíos parlanchines. Naturalmente, no estoy insinuando que el socialismo sea condenable porque a los señores escritores no les gusta; no quiero dar a entender siquiera que el socialismo deba necesariamente producir una literatura propia, aunque creo que es mala señal que no haya producido ninguna canción digna de ser cantada. Me limito a señalar el hecho de que los escritores de auténtico talento suelen ser indiferentes al socialismo, y a veces le son activa y maliciosamente hostiles. Y esto es un desastre, no sólo para los propios escritores, sino para la causa del socialismo, que tiene gran necesidad de ellos.

Éste es, pues, el aspecto superficial del rechazo del hombre corriente al socialismo. Conozco muy a fondo este penoso tema porque lo conozco a fondo desde los dos lados. Todo lo que estoy diciendo aquí se lo he dicho a ardientes socialistas que trataban de convertirme y me lo han dicho a mí escépticos no socialistas a los que yo trataba de convertir. Se trata, en resumen, de una especie de malestar producido por el desagrado hacia los socialistas tomados individualmente, en especial hacia los del tipo pedante citador de Marx. Ustedes dirán, quizá, que es infantil dejarse influir por este tipo de cosas. Dirán que es estúpido e incluso despreciable. Lo es, pero el caso es que *ocurre*, y por ello es tan importante tenerlo en cuenta.

12

Existe un problema mucho más grave que las objeciones concretas y locales que he mencionado en el capítulo anterior.

Ante el hecho de que tanta gente inteligente esté al otro bando, el socialista tiende a atribuirlo a la corrupción (consciente o inconsciente), a la creencia, motivada por la ignorancia, de que el socialismo «no funcionaría», o simplemente al temor a los horrores y trastornos del período revolucionario, antes de la instauración del socialismo. Sin duda, todos estos motivos pesan, pero hay mucha gente que no está influida por ninguno de ellos y a pesar de todo es hostil al socialismo. Sus razones para rechazarlo son de tipo intelectual, «ideológico». Se oponen a él no por el hecho de que «no funcionaría», sino precisamente porque «funcionaría» demasiado bien. Lo que temen no son las cosas que ocurrirán mientras ellos vivan, sino las que ocurrirán en un futuro lejano, cuando el socialismo sea una realidad.

He conocido a muy pocos socialistas convencidos que fueran capaces de comprender que gente culta puede rechazar los *objetivos* hacia los cuales parece avanzar el socialismo. El marxista, especialmente, desdeña este tipo de actitud tachándola de sentimentalismo burgués. Por lo general, los marxistas no son muy hábiles para leer en la mente de sus adversarios; si lo fuesen, puede que la actual situación de Europa fuese menos desesperada. Poseedores de una técnica que parece explicarlo todo, pocas veces se toman la molestia de averiguar lo que ocurre en la cabeza de los demás. He aquí, por ejemplo, una ilustración de lo que quiero decir. Hablando de la extendida teoría según la cual el fascismo es un producto del comunismo —lo cual, en un cierto sentido, es verdad—, N. A. Holdaway, uno de nuestros más destacados autores marxistas, escribe lo siguiente:

«La vieja leyenda de que el comunismo conduce al fascismo… El elemento de verdad que hay en ella es el siguiente: la aparición de actividades de signo comunista hace ver a las clase dirigente que los partidos laboristas democráticos no son ya capaces de tener sometida a la clase obrera, y que la dictadura capitalista debe tomar otra forma para sobrevivir».

Aquí pueden observarse los defectos del método. Por el hecho de haber observado la causa económica profunda del fascismo, supone tácitamente que el aspecto espiritual del mismo carece de importancia. El fascismo es definido como una maniobra de la clase dirigente, lo cual, fundamentalmente, es cierto. Pero esto explicaría sólo por qué el fascismo interesa a los capitalistas. Pero ¿y los millones de personas que no son capitalistas, que, desde el punto de vista material, no tienen nada que ganar con el fascismo y en muchos casos lo saben, y que, con todo, son fascistas? Es evidente que su adhesión se ha producido únicamente por razones ideológicas.

Sólo pudieron ser empujados al fascismo porque el comunismo atacaba o parecía atacar algunas cosas (el patriotismo, la religión, etc.) que constituyen motivaciones más profundas que la económica, y, *en este sentido*, es perfectamente cierto que el comunismo lleva al fascismo. Es una pena que los marxistas se concentren casi siempre en sacar a la luz las raíces económicas de los hechos ideológicos; en un cierto sentido, ello representa poner al descubierto la verdad, pero les acarrea el inconveniente de que la mayor parte de su propaganda resulta infructuosa. Me propongo analizar en este capítulo las formas ideológicas del rechazo del socialismo, especialmente tal como se manifiestan en las personas sensibles. Tendré que describirlas con alguna extensión, porque son actitudes muy difundidas y arraigadas y casi totalmente desconocidas por los socialistas.

Lo primero a señalar es que la idea de socialismo está ligada, más o menos indisolublemente, a la idea de la producción industrial. El socialismo es, básicamente, una doctrina *urbana*. Apareció de forma más o menos simultánea a la industrialización, ha tenido siempre sus raíces en el proletariado urbano y la intelectualidad urbana, y es improbable que pudiera haber surgido en una sociedad que no fuese la industrial. En ésta, la idea del socialismo nace de una manera natural, pues la propiedad privada es sólo tolerable cuando todo individuo (individuo, familia o la unidad social que sea) dispone de unos mínimos medios de subsistencia. Pero el efecto del industrialismo es imposibilitar a todo el mundo el disponer de esos medios, ni que sea temporalmente. Una vez asciende por encima de un nivel relativamente bajo, el industrialismo *debe* desembocar en alguna forma de colectivismo. No necesariamente el socialismo, desde luego; podría conducir también al estado esclavista del que el fascismo es una especie de profecía. La producción industrial implica como posibilidad el socialismo, pero el socialismo como sistema mundial implica necesariamente la producción industrial, porque requiere una serie de cosas no compatibles con una forma de vida primitiva. Requiere, por ejemplo, una constante intercomunicación y el intercambio de productos entre todas las zonas de la tierra; requiere algún grado de control centralizado, un nivel de vida aproximadamente igual para toda la humanidad, y, probablemente, una cierta uniformidad de educación. Podemos suponer, pues, que un mundo donde el socialismo fuese una realidad estaría por lo menos tan altamente mecanizado como lo están los Estados Unidos en este momento, probablemente mucho más. Sea como sea, ningún socialista soñaría en negar esto. El mundo socialista es siempre descrito como totalmente mecanizado, enormemente organizado, dependiente de la máquina como las civilizaciones antiguas dependían del esclavo.

Aquí surge la primera objeción. Mucha gente culta, quizá la mayoría, no está enamorada de la civilización industrial, pero todo el que tiene un poco de sensatez sabe que no tiene sentido en estos momentos hablar de suprimir las máquinas. Pero lo triste es que el socialismo, tal como suele ser presentado, está relacionado con la idea del progreso mecánico, no sólo como un proceso necesario, sino como un fin en sí

mismo, casi como una especie de religión. Esta idea está implícita, por ejemplo, en la mayor parte de la propaganda que se hace acerca del rápido progreso industrial de la Rusia soviética (la presa del Dniéper, los tractores, etc., etc.). Karel Capek la expresa certeramente en el estremecedor final de *R.U.R.*, cuando los robots, después de matar al último ser humano, anuncian su intención de «construir muchas casas», por el simple afán de construir casas. El tipo de persona que más dispuesta está a aceptar el socialismo es también el tipo de persona que ve con entusiasmo el progreso mecánico, *en sí*. Y esta actitud es tan frecuente que a menudo los socialistas no se dan cuenta de que existe la opinión contraria. En general, el argumento más persuasivo que se les ocurre es que el grado actual de mecanización del mundo no es nada comparado con lo que veremos cuando se instaure el socialismo. Donde ahora hay un avión, entonces habrá cincuenta, dicen. Todo el trabajo que se hace ahora a mano se hará entonces a máquina; todo lo que ahora se hace de cuero, madera o piedra será entonces de caucho, vidrio y acero. No habrá desorden ni cabos sueltos, no habrá desiertos, animales salvajes ni malas hierbas, no habrá enfermedad, pobreza ni dolor…

Y así sucesivamente. El mundo socialista será, ante todo, un mundo *ordenado*, un mundo *práctico*. Pero es precisamente esta visión del futuro como una especie de reluciente mundo de Wells la que rechazan las personas sensibles. Observen aquí que esta grosera imagen del «progreso» no es parte integrante de la doctrina socialista, pero se ha llegado a creer que lo es, con el resultado de que el conservadurismo temperamental latente en todas las personas es fácilmente movilizado contra el socialismo.

Toda persona sensible tiene momentos de suspicacia ante las máquinas, y, en cierta medida, ante las ciencias físicas. Pero es importante analizar los distintos motivos, que han variado grandemente según las épocas, de la hostilidad hacia la ciencia y la industria, dejando aparte, desde luego, los celos del moderno hombre de letras que odia la ciencia porque ésta ha robado la antorcha de la literatura. El primer ataque sistemático que conozco contra la ciencia y el maquinismo se encuentra en la tercera parte de *Los viajes de Gulliver*. Pero el ataque de Swift, aunque brillante como *tour de force*, es intrascendente e incluso absurdo, porqué está escrito desde el punto de vista de un hombre falto de imaginación, lo cual puede parecer extraño dicho del autor de *Los viajes de Gulliver*. Para Swift, la ciencia no era otra cosa que una especie de banal revolver en la basura, y las máquinas eran absurdas invenciones de funcionamiento imposible. Su punto de vista era el de la utilidad práctica; le faltaba la penetración necesaria para darse cuenta de que un experimento que no es inmediatamente útil puede serlo en el futuro. Constantemente, en el libro, asegura que el mejor de todos los logros sería «hacer crecer dos hojas de hierba donde antes sólo crecía una», sin ver, en apariencia, que esto precisamente es lo que pueden conseguir las máquinas. Poco tiempo después, las despreciadas máquinas comenzaron a funcionar, las ciencias físicas ampliaron su campo y se produjo el famoso conflicto

entre religión y ciencia que agitó a nuestros abuelos. Ahora el conflicto ha cesado y ambas partes se han retirado atribuyéndose la victoria. Pero en la mente de la mayoría de las personas creyentes pervive aún un cierto prejuicio anticientífico. Durante todo el siglo diecinueve, se levantaron voces de protesta contra la ciencia y las máquinas (véase, por ejemplo *Tiempos difíciles*, de Dickens), pero fue casi siempre por la bastante endeble razón de que el industrialismo, en sus primeras etapas, era cruel y feo. El ataque de Samuel Butler a la máquina en el conocido capítulo de *Erewhon* es otra cosa. Pero Butler vivió en una época menos desesperada que la nuestra, una época en la que un intelectual de categoría podía aún ser un diletante parte del tiempo, y utilizó el tema para realizar una especie de ejercicio intelectual. Vio claramente nuestra abyecta dependencia de la máquina, pero en lugar de analizar las consecuencias de tal situación, prefirió exagerar ésta en virtud de lo que no era gran cosa más que una broma. Sólo en nuestra época, en que la mecanización ha triunfado definitivamente, podemos *sentir* de verdad la tendencia de la máquina a hacer imposible una vida plenamente humana. Probablemente no hay nadie capaz de pensamiento y de sentimiento que no haya mirado alguna vez una silla de tubo y pensado que la máquina es enemiga de la vida. Aunque, por lo general, esta idea es más instintiva que razonada. La gente sabe que, de alguna manera, el progreso es un engaño, pero llegan a esta conclusión por una especie de taquigrafía, y yo me propongo aquí exponer los pasos lógicos que habitualmente se saltan. Pero antes hay que preguntarse: ¿cuál es la función de la máquina? Evidentemente, su función principal es ahorrar trabajo, y la gente para la cual la civilización industrial es totalmente aceptable no suelen ver ninguna razón para profundizar más. He aquí, por ejemplo, una persona que afirma, que proclama sentirse totalmente a gusto en el moderno mundo mecanizado. La cita es de *Mundo sin fe*, de John Beevers. He aquí lo que dice:

«Es una locura afirmar que el hombre medio de hoy, el que cobra de dos libras y diez chelines a cuatro libras semanales es un tipo de hombre inferior al peón agrícola del siglo dieciocho o al jornalero o campesino de cualquier comunidad exclusivamente agrícola, presente o pasada. Eso no es verdad. Es una solemne estupidez proclamar los efectos civilizadores del trabajo en los campos y en las granjas en detrimento de aquel que se realiza en una gran fábrica de locomotoras o de automóviles. El trabajo es una carga. Trabajamos porque nos vemos obligados a hacerlo, y todo trabajo tiene la finalidad de proporcionarnos ocio y los medios de disfrutar de ese ocio de la forma más agradable posible».

Dice también Beevers:

«El hombre tendrá tiempo y poder suficiente para buscarse el cielo aquí en la tierra, sin preocuparse más del cielo sobrenatural. La tierra será un lugar tan agradable que al sacerdote y el párroco no les quedará mucho que decir. Se quedarán

casi sin argumentos para su propaganda, etc., etc.».

Hay un capítulo entero en este sentido (capítulo IV del libro), capítulo que tiene un cierto interés como muestra del culto a la máquina en su forma más vulgar, ignorante e inmadura. Es la auténtica voz de un gran sector del mundo moderno. Todo consumidor de aspirinas de los barrios residenciales le haría eco fervientemente. Nótese el agudo chillido de indignación («¡No es verdaaaad!») con que el señor Beevers replica a la sugerencia de que su abuelo podría haber sido un hombre mejor que él, y a la aún más horrible sugerencia de que, si volviésemos a unas formas de vida más simples, él tendría que endurecerse los músculos en un trabajo físico. El trabajo, según él, tiene la función de «proporcionarnos ocio». ¿Ocio para qué? Ocio para hacernos más semejantes al señor Beevers, seguramente. Aunque, bien mirado, por la forma en que habla de «el cielo en la tierra», se puede deducir con bastante precisión el tipo de civilización que a él le gustaría: una especie de Lyons Corner House duradera por *in saecula saeculorum*, cada vez más grande y más ruidosa. Y en cualquier libro escrito por alguien que se sienta a gusto en el mundo de las máquinas —en cualquier libro de H. G. Wells, por ejemplo— se encuentran pasajes del mismo tipo. Cuántas veces no habremos oído esas repelentes alabanzas a «las máquinas, nuestros nuevos esclavos, que liberarán a la humanidad», etc., etc., etc. Para estas personas, según parece, el único peligro de la máquina es su posible uso para fines destructivos, como el que se da a los aviones en una guerra. Pero, aparte de las guerras y de los desastres imprevistos, ven el futuro como un avance cada vez más rápido del progreso mecánico: máquinas para ahorrar trabajo, máquinas para ahorrar pensamiento, máquinas para ahorrar dolor… Higiene, eficacia, organización, más higiene, más eficacia, más organización, más máquinas… hasta encontrarnos finalmente en la ya familiar Utopía de Wells, bien caricaturizada por Huxley en *Mundo Feliz*, el paraíso de los hombrecitos gordos. Desde luego, en estas fantasías futuristas, los hombrecitos gordos no son gordos ni pequeños; son hombres como dioses. Pero ¿cómo serán en realidad? Todo el progreso mecánico se encamina a conseguir una eficacia cada vez mayor; se encamina, pues, en último término a la consecución de un mundo en el que nada vaya mal. Pero, en un mundo en el que nada fuese mal, muchas de las cualidades que Wells considera tan elevadas no tendrían más valor que la capacidad de los animales de mover las orejas. Por ejemplo, los personajes de *Hombres como dioses* y de *El sueño* son valientes, generosos y físicamente fuertes. Pero, en un mundo del que se hubiera desterrado el peligro físico —y es evidente que el progreso mecánico tiende a eliminar el peligro—, ¿es probable que sobreviviera el valor físico? ¿Es *posible* que sobreviviera? ¿Y por qué habría de seguir existiendo la fuerza física en un mundo en el que no hubiera nunca necesidad de trabajo físico? En cuanto a las cualidades como la lealtad, la generosidad, etcétera, en un mundo en el que nada fuese mal no sólo carecerían de importancia sino que probablemente desaparecerían. Lo cierto es que muchas de las cualidades que

admiramos en las personas sólo pueden darse en oposición a algún tipo de desgracia, dolor o dificultad, y la tendencia del progreso mecánico es eliminar la desgracia, el dolor y las dificultades. En libros como *El sueño* y *Hombres como dioses*, se da por supuesto que cualidades como la fuerza, el valor, la generosidad, etc., seguirán vivas porque son cualidades agradables y atributos necesarios de la persona completa. Se supone, por ejemplo, que los habitantes de Utopía crearían peligros artificiales con el fin de ejercitar su valor, y harían ejercicios con pesas para endurecer los músculos que nunca se verían obligados a usar. Y aquí se observa la gran contradicción que suele contener la idea de progreso. La tendencia del progreso mecánico es a hacer el medio de vida seguro y agradable, y en cambio se quiere conservar el valor y la fortaleza. Se ejerce al mismo tiempo un furioso tirar hacia adelante y un desesperado retener. Es como si un corredor de bolsa londinense fuese a su oficina con un traje de cota de malla y se empeñase en hablar latín medieval. Así que, en último término, el paladín del progreso es a la vez el paladín del anacronismo.

He partido del supuesto de que la tendencia del progreso mecánico es hacer la vida segura y agradable. Esto puede ser discutido, porque en cualquier momento los efectos de algún reciente invento mecánico pueden parecer contrarios a esa tendencia. Tomemos por ejemplo la transición del caballo a los vehículos de motor. A primera vista, se podría decir, considerando la enorme cantidad de fallecimientos por accidente de circulación, que el automóvil no contribuye precisamente a hacer la vida más segura. Además, seguramente se necesita tanto valor para ser conductor de un camión de la basura como para ser domador de caballos o participar en el Grand National. No obstante, la *tendencia* de las máquinas en general es hacerse más seguras y más fáciles de manejar. El problema de los accidentes desaparecería si decidiésemos abordar seriamente la planificación circulatoria, como se hará más pronto o más tarde; y el automóvil se ha perfeccionado ya hasta el punto de que cualquiera que no sea ciego o paralítico puede conducirlo después de unas pocas lecciones. Aun ahora, se necesita mucho menos valor y habilidad para conducir un coche medianamente bien que para montar a caballo medianamente bien; dentro de veinte años, es posible que no se necesite ya valor ni habilidad algunos. Hay que decir, pues, que, tomando la sociedad en su conjunto, el resultado de la transición del caballo al automóvil ha representado un aumento de seguridad. Si tomamos otro invento, el aeroplano, por ejemplo, ocurre también que, a primera vista, no contribuye a hacer la vida más segura. Los primeros hombres que pilotaron estos aparatos eran extraordinariamente valerosos, e incluso hoy en día debe de hacer falta un valor excepcional para ser piloto. Pero actúa la misma tendencia de antes. El avión, como el automóvil, será cada día de manejo más simple; un millón de ingenieros están trabajando, casi inconscientemente, en este sentido. Finalmente —el objetivo es éste, aunque quizá nunca se alcance totalmente— se llegará a fabricar un avión cuyo piloto no necesitará más habilidad o valor del que necesita un niño en su cochecito. Todo el progreso mecánico va y debe ir en esta dirección. Las máquinas evolucionan

haciéndose más eficaces, es decir, de manejo más simple; el objetivo del progreso mecánico es un mundo de manejo simple, lo cual puede significar o no un mundo habitado por gentes simples. Wells replicaría probablemente que el mundo nunca podrá ser simple, porque, por alto que sea el nivel de eficacia alcanzado, siempre habrá que enfrentarse con alguna dificultad mayor. Por ejemplo (ésta es la idea favorita de Wells; la ha utilizado en Dios sabe cuántas peroratas), cuando tengamos este planeta perfectamente controlado, se planteará la ingente tarea de llegar a otro y colonizarlo. Pero esto representa sólo alejar el objetivo en el tiempo; el objetivo en sí es el mismo. Con la colonización de otro planeta, el juego del progreso mecánico comenzaría de nuevo; al mundo simple y cómodo le sucedería el sistema solar simple y cómodo, el universo simple y cómodo… Ligarse al ideal de la eficacia mecánica es ligarse al ideal de la comodidad. Pero la comodidad es repulsiva; y desde esta óptica el progreso aparece como un frenético esfuerzo hacia un objetivo que se desea y espera no alcanzar jamás. De vez en cuando, pocas veces, se encuentra a alguien que comprende que lo que se suele denominar progreso implica también lo que se suele llamar degeneración, pero que, a pesar de ello, está a favor del progreso. De ahí el hecho de que en la Utopía de Shaw se erigiera una estatua a Falstaff, por haber sido el primer hombre que pronunciase una defensa de la cobardía.

Pero el problema es aún muchísimo más grave. Hasta aquí sólo he hablado de lo absurdo que es aspirar al progreso mecánico y aspirar al mismo tiempo a la conservación de las cualidades que el progreso mecánico hace innecesarias. La cuestión que hay que plantearse es si existe alguna actividad humana que no fuese mutilada por el dominio de la máquina.

La función de la máquina es ahorrar trabajo. En un mundo totalmente mecanizado, todas las tareas pesadas serán realizadas mecánicamente, dejándonos libres para actividades más interesantes. Expresado así, parece magnífico. Es tristísimo, por ejemplo, ver a media docena de hombres echando el bofe para cavar una zanja para una tubería de agua, cuando alguna máquina fácil de crear excavaría el hoyo en unos minutos. ¿Por qué no hacer que la máquina haga el trabajo y los hombres se vayan a hacer alguna otra cosa? Pero la cuestión es: ¿qué otra cosa van a hacer? Se supone que se liberan del «trabajo» para poder hacer algo que no sea «trabajo». Pero ¿qué es trabajo y qué no es trabajo? ¿Es trabajo abrir zanjas, tallar madera, plantar árboles, talar árboles, montar a caballo, pescar, cazar, dar de comer a las gallinas, tocar el piano, hacer fotografías, construir una casa, cocinar, coser, adornar sombreros, reparar motocicletas? Todas estas cosas son trabajo para algunas personas, mientras que para otras son esparcimiento. Hay muy pocas actividades que no puedan ser consideradas como trabajo o como esparcimiento, según como se las mire. El jornalero liberado de su azada puede desear pasar su tiempo libre, o parte de él, tocando el piano, mientras que el pianista profesional puede que se considere feliz por el hecho de salir al aire libre y cuidar un campo de patatas. La antítesis entre el trabajo, entendido como algo aburrido e insoportable, y el ocio, considerado como

algo deseable, es falsa. Lo cierto es que cuando una persona no está comiendo, bebiendo, durmiendo, haciendo el amor, hablando, jugando o simplemente matando el rato —y estas cosas no llenan todos los años de una vida— necesita del trabajo y suele buscarlo, aunque no le dé el nombre de trabajo. Aparte de los retrasados mentales, el esfuerzo es parte fundamental de la vida humana. El hombre no es, como parecen creer los hedonistas vulgares, una especie de estómago andante; además del estómago tiene manos, ojos y cerebro. Dejar de usar las manos representa amputar un buen pedazo de la mente. Y volvamos a aquellos hombres que abrían la zanja para la conducción de agua. Una máquina les ha librado de su cavar, y ahora van a pasarlo bien haciendo otra cosa; trabajando la madera, por ejemplo. Pero, sea lo que sea lo que decidan hacer, se encontrarán con que otra máquina les ha liberado *también* de aquello. Pues en un mundo totalmente mecanizado no habría ya necesidad de trabajar la madera, de cocinar, de reparar motocicletas, etcétera, de la misma manera que no habría necesidad de cavar. No hay apenas nada, desde cazar una ballena hasta quitarle el hueso a una cereza, que no se pueda hacer a máquina un día u otro. La máquina se inmiscuye incluso en las actividades que ahora clasificamos como «artísticas»; lo está haciendo ya en el cine y la radio. Si se mecaniza el mundo tan a fondo como es posible, habrá, en todos los campos, alguna máquina quitándonos la posibilidad de trabajar, es decir, de vivir.

A primera vista, puede parecer que esto no importa. Siempre podríamos seguir realizando actividades «creadoras», sin tener en cuenta a las máquinas. Pero esto no es tan simple como parece. Aquí estoy yo, trabajando ocho horas al día en una agencia de seguros; en mi tiempo libre quiero hacer algo «creador», y decido hacer un trabajo de carpintería, hacerme una mesa, por ejemplo. Nótese que, desde el principio, la cosa tiene un cierto carácter de artificialidad, pues las fábricas pueden proporcionarme una mesa mucho mejor que la que pueda hacerme yo. Pero, aunque me ponga a trabajar en mi mesa, no me será posible sentir hacia ella lo que sentía hacía las suyas el ebanista de hace cien años, y menos aún lo que sentía Robinsón hacia la suya. Pues, antes de empezarla, la mayor parte del trabajo me lo han hecho ya unas máquinas; las herramientas que utilizaré me exigirán un mínimo de habilidad. Por ejemplo, yo puedo comprar tablas que excluirán el trabajo de moldeado, mientras que el ebanista de hace cien años habría tenido que llegar al mismo resultado mediante un minucioso trabajo con gubia y escoplo, lo cual le exigía una gran habilidad, manual y visual. Las tablas que yo compraré estarán ya cepilladas, y las patas torneadas. Incluso puedo ir a la tienda y comprar hechas todas las partes de la mesa, con lo cual sólo necesitaré ensamblarlas; de este modo, mi trabajo se reducirá a clavar unos cuantos clavos y utilizar una hoja de papel de lija. Y si esto es así ahora, en el mecanizado futuro lo será mucho más. Con las herramientas y materiales de que se dispondrá *entonces*, no habrá posibilidad de error, y por tanto, ninguna necesidad de destreza. Hacer una mesa será tan fácil y tan aburrido como pelar una patata. En un contexto así, será absurdo hablar de «trabajo creador». En cualquier caso, la

artesanía (que se ha transmitido de generación en generación por el aprendizaje) habrá desaparecido desde hará tiempo. Algunos oficios han desaparecido ya, ante la competencia de la máquina. Dense ustedes una vuelta por cualquier cementerio rural y traten de encontrar una lápida mortuoria posterior a 1820 que esté decentemente tallada. El arte, o mejor, la artesanía de tallar la piedra se ha extinguido de forma tan absoluta que harían falta cientos de años para resucitarla.

A esto se podría replicar. ¿Y por qué no conservar las máquinas y conservar *también* el trabajo creador? ¿Por qué no cultivar el anacronismo en calidad de *hobby*? Muchas veces se ha jugado con esta idea, que parece resolver con tan bella facilidad los problemas planteados por la máquina. El ciudadano de Utopía, se nos dice, cuando vuelva a casa después de sus dos horas diarias de darle a una manivela en la fábrica enlatadora de tomates, regresará deliberadamente a una forma de vida más primitiva y dará salida a sus instintos creadores haciendo un poco de ebanistería, barnizando cerámica o tejiendo a mano con el telar. ¿Por qué es esto absurdo? (Porque, desde luego, lo es). Por un principio que no siempre es admitido, aunque siempre actúa: el de que, mientras la máquina exista, se siente la obligación de usarla. Nadie va a buscar agua al pozo si puede obtenerla de un grifo. En el campo de los viajes se da un buen ejemplo de esto. Todo aquel que ha viajado, por medios primitivos en un país subdesarrollado sabe que hay una diferencia como de la noche al día entre este tipo de viaje y los modernos viajes en tren, automóvil, etc. El nómada que viaja a pie o a lomos de un animal, con su equipaje cargado sobre un camello o en una carreta de bueyes, puede sufrir todo tipo de incomodidades, pero al menos, mientras viaja, sigue viviendo; mientras que, para el pasajero de un tren expreso o de un trasatlántico de lujo, el viaje es un interregno, una especie de muerte temporal. Y, a pesar de esto, mientras exista el ferrocarril, uno ha de viajar en él, o en automóvil o en avión. Aquí estoy yo, a cuarenta kilómetros de Londres. ¿Por qué, cuando quiero ir a Londres, no cargo mis cosas en el lomo de una mula y emprendo el camino a pie, haciendo durar dos días el viaje? Porque, con los autobuses de la Green Line pasando por mi lado como una exhalación cada diez minutos, un viaje así sería insoportablemente fastidioso. Para disfrutar de los medios de transporte primitivos, es necesario no disponer de ningún otro medio. Nadie quiere nunca hacer nada de una forma más pesada de lo necesario. De ahí lo absurdo de esas imágenes de los habitantes de Utopía salvando sus almas con la ebanistería. En un mundo donde pudiera hacerse todo a máquina, se haría todo a máquina. Volver deliberadamente a métodos primitivos, usar herramientas arcaicas, sembrar el propio camino de pequeñas y tontas dificultades sería un acto de diletantismo, un volver a los trabajos manuales de la escuela. Sería como ponerse muy serio a tomar la cena valiéndose de platos y cubiertos de piedra. Volver a la artesanía en la época de las máquinas es como tomar el té en un salón decorado a la antigua o vivir en un chalet Tudor con falsas vigas adosadas a la pared.

La tendencia del progreso mecánico es, pues, frustrar la necesidad humana de

esfuerzo y creación, al hacer innecesarias e incluso imposibles las actividades de la vista y de la mano. El apóstol del «progreso» declarará en ocasiones que esto no importa, pero habitualmente se le puede poner en un aprieto señalando los horribles extremos a los que puede llevar el progreso. Por ejemplo, ¿por qué seguir usando las manos?, ¿por qué seguir usándolas incluso para sonarse la nariz o para sacarle punta a un lápiz? Seguramente sería posible adaptarnos a los hombros algún aparato de acero y goma que hiciera todas estas cosas y dejar que los brazos se fuesen anquilosando hasta convertirse en muñones de piel y huesos. Y lo mismo podría hacerse con todos los demás órganos y facultades. En realidad no existe ninguna razón por la que una persona hiciera otra cosa que comer, beber, dormir, respirar y procrear; *todo* lo demás podría hacerlo la máquina en su lugar. Por tanto, el fin lógico del progreso mecánico es reducir al ser humano a algo parecido a un cerebro en una botella. Ésta es la meta hacia la que ya nos estamos moviendo, aunque, por supuesto, no tengamos intención de llegar a ella, de la misma manera que un hombre que se bebe una botella de *whisky* cada día no tiene el propósito de contraer una cirrosis hepática. El objetivo implícito del «progreso» no es, quizá, *exactamente*, el cerebro en una botella, pero sí algún horrible e infrahumano abismo de comodidad e incapacidad. Y lo triste es que actualmente la palabra «progreso» y la palabra «socialismo» están indisolublemente unidas en la mente de casi todo el mundo. El tipo de persona que odia las máquinas da por supuesto también odiar el socialismo; el socialista está siempre a favor de la mecanización, de la racionalización, de la modernización… o por lo menos cree que debe estar a favor de ellas.

Por ejemplo, un prominente afiliado del Partido Laborista me confesó hace poco, con melancolía y un cierto rubor —como si se tratase de algo ligeramente incorrecto — que a él «le gustaban los caballos». Pero los caballos pertenecen a un pasado agrícola desaparecido, y todo gusto por el pasado desprende un vago olor a herejía. No creo que esto haya de ser así necesariamente, pero no hay duda de que es así. Y esto sólo basta y sobra para explicar el desagrado que muchas personas sensatas experimentan hacia el socialismo.

En tiempos de la generación anterior a la nuestra, toda persona inteligente era, en algún aspecto, revolucionaria; hoy sería más aproximado decir que toda persona inteligente es reaccionaria. En este sentido vale la pena comparar *El durmiente despierta*, de H. G. Wells, con *Mundo feliz*, de Aldous Huxley, escrita treinta años después. Las dos obras son visiones pesimistas de una Utopía, imágenes de una especie de paraíso de los pedantes en el que todos los sueños del «progresista» se han hecho realidad. Considerada simplemente como obra de imaginación, *El durmiente despierta* es, en mi opinión, muy superior, pero presenta grandes contradicciones, debido a que Wells, en su calidad de apóstol del «progreso», no puede escribir con convicción contra el «progreso». Su libro presenta un mundo brillante y siniestro en el que las clases privilegiadas viven entregadas a una vida de trivial hedonismo, y los trabajadores, reducidos a un estado de absoluta esclavitud e infrahumana ignorancia,

realizan durísimas tareas en cavernas subterráneas. Tan pronto como se analiza esta idea —desarrollada en una magnífica narración breve en *Historias del espacio y del tiempo*— se observa su incoherencia. ¿Por qué, en el mundo supermecanizado que imagina Wells, habrían de trabajar los obreros más de lo que trabajan hoy? Es evidente que la tendencia de la máquina es eliminar trabajo, no aumentarlo. En un mundo mecanizado, los obreros podrán estar esclavizados, maltratados e incluso subalimentados, pero ciertamente no estarían condenados a realizar interminables tareas manuales, porque tales funciones serían cubiertas por las máquinas. Es posible que las máquinas hagan todo el trabajo y es posible que lo hagan todo los hombres, pero las dos cosas a la vez no son posibles. Esos ejércitos de obreros trabajando en subterráneos, con sus uniformes azules y su lenguaje envilecido e infrahumano están ahí con el único objeto de «hacer estremecerse al lector». Wells quiere advertir que el «progreso» podría tomar mal camino, pero el único mal que imagina es la injusticia, la posibilidad de que una clase se apodere de toda la riqueza y el poder y oprima a los demás, al parecer por pura mala fe. El autor parece decir: si se cambian un poco las cosas, si se derroca a la clase privilegiada —es decir, si se consigue pasar del capitalismo mundial al socialismo—, todo irá bien. La civilización industrial continuará, pero sus beneficios serán distribuidos equitativamente. La idea que él no se atreve a afrontar es la de que el industrialismo en sí puede ser también un enemigo. Así, en sus Utopías más representativas (*El sueño, Hombres como dioses*, etc.), vuelve al optimismo y a una visión de la humanidad «liberada» por la máquina, semejante a una raza de ilustrados bañistas cuyo único tema de conversación fuese su propia superioridad sobre sus antepasados. *Mundo feliz* data de un momento bastante posterior y corresponde a una generación que se ha dado cuenta del engaño que implica el «progreso». Tiene sus propias contradicciones (la más importante es señalada por John Strachey en *La próxima lucha por el poder*), pero por lo menos es un memorable ataque al más burdo tipo de perfeccionismo. Dejando aparte las exageraciones de la caricatura, expresa probablemente lo que la mayoría de la gente culta opina acerca de la sociedad industrial.

La hostilidad de la persona sensible hacia la máquina es, en un cierto sentido, injustificada, por el hecho evidente de que las máquinas han de seguir existiendo. Pero es una actitud que tiene mucho de positivo. La máquina ha de ser aceptada, pero probablemente es mejor aceptarla de manera parecida a como se acepta una droga medicinal, es decir, a regañadientes y con suspicacia. Como la droga, la máquina es útil, pero es peligrosa y creadora de hábito. Cuanto más a menudo se cede a ella, más fuerte se vuelve su dominio. No hay más que mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta de la siniestra rapidez con que las máquinas se están apoderando de nosotros. Tenemos, en primer lugar, la tremenda deformación del gusto que se ha producido ya como resultado de un siglo de maquinismo. Esto es casi demasiado evidente y reconocido por todos para necesitar mención. Pero, por citar un solo ejemplo, tomemos el gusto en su sentido más corriente: el gusto por la buena comida. En los

países altamente industrializados, gracias a las latas de conserva, los alimentos congelados, los condimentos sintéticos, etc., el paladar se ha convertido casi en un órgano muerto. Como se puede comprobar mediante la observación en cualquier tienda de verduras, lo que la mayoría de los ingleses entienden por una manzana es una bola de serrín de vivos colores importada de América o de Australia; devoran esas cosas, con placer según parece, y dejan que las manzanas inglesas se pudran bajo los árboles. Lo que les gusta es la apariencia brillante, estereotipada y artificial de las manzanas americanas; el mejor sabor de las manzanas inglesas es algo de lo que simplemente no se dan cuenta. O miremos el queso elaborado en fábricas y envuelto en papel de estaño y la mantequilla «homogeneizada» de cualquier tienda de comestibles; las odiosas filas de latas de conserva que cada día usurpan más espacio en todas esas tiendas, incluso en las lecherías; los panecillos de Viena de seis peniques y los helados de dos peniques; el repulsivo producto químico que la gente se echa al estómago dándole el nombre de cerveza. Se mire donde se mire, se ve algún sospechoso artículo hecho a máquina ocupando, triunfante, el lugar del anticuado artículo que todavía sabía diferente al serrín. Y lo que ocurre con la comida ocurre también con los muebles, las casas, los artículos de vestir, los libros, las diversiones y todas las cosas que componen nuestro medio ambiente. Hay actualmente millones de personas, y su número aumenta a cada año que pasa, para las cuales el fragor de una radio como fondo a sus pensamientos es no sólo más aceptable sino más *normal* que el mugido de las vacas o el canto de los pájaros. La mecanización del mundo no podría llegar demasiado lejos mientras el gusto, aunque fuesen sólo las papilas gustativas de la lengua, se mantuviera incorrupto, porque de ser así la mayoría de los productos de las máquinas no serían aceptados, simplemente. En un mundo sano, nadie querría latas de conserva, aspirinas, tocadiscos, sillas de tubo, ametralladoras, periódicos, teléfonos, automóviles, etc., etc.; y, por otra parte, habría una demanda constante de las cosas que la máquina no puede producir. Pero, entretanto, las máquinas están ahí, y sus efectos corruptores son casi irresistibles. Uno clama contra ellas, pero continúa usándolas. Hasta un salvaje de los que llevan el culo al aire contraerá en unos pocos meses los vicios de la civilización, si tiene oportunidad. La mecanización lleva a la decadencia del gusto, la decadencia del gusto lleva a la demanda de artículos fabricados a máquina, y ello da lugar a una mayor mecanización, estableciéndose así un círculo vicioso.

Además de todo esto, la mecanización del mundo muestra una tendencia a progresar automáticamente, por así decirlo, lo queramos o no. Esto se debe al hecho de que en el moderno hombre occidental la inventiva ha sido alimentada y estimulada hasta alcanzar casi la condición de instinto. Se inventan máquinas nuevas y se perfeccionan las ya existentes de una forma casi inconsciente, de manera parecida a como un sonámbulo sigue trabajando en sueños. En el pasado, cuando se daba por sentado que la vida en nuestro planeta era dura o, como mínimo, fatigosa, el hecho de seguir usando los mismos rudimentarios utensilios que usaron los antepasados le

parecía a la gente lo más natural, y sólo unos cuantos excéntricos, que aparecían cada cien o doscientos años, proponían innovaciones. Así, cosas como la carreta de bueyes, el arado, la hoz y otras no fueron en absoluto modificadas durante larguísimos períodos de tiempo. Se sabe que el tornillo, por ejemplo, se ha venido usando desde épocas remotas, pero hasta mediados del siglo XIX a nadie se le ocurrió ponerle punta; durante miles de años, los tornillos tuvieron el extremo plano, y, para introducirlos en algún material, había que perforar éste previamente. En nuestra época, una cosa así sería imposible. Todo occidental moderno tiene desarrollada en alguna medida la capacidad de inventiva; el occidental inventa máquinas con tanta naturalidad como el polinesio se desliza por el agua. Ante cualquier trabajo manual, el occidental se pondrá inmediatamente a pensar en una máquina que lo hiciese en su lugar; ante una máquina, se pondrá a pensar en la forma de perfeccionarla. Yo comprendo esta tendencia bastante bien, pues tengo también esta mentalidad. No tengo ni la paciencia ni los conocimientos de mecánica necesarios para inventar ninguna máquina que funcione, pero veo constantemente los espíritus, por así decirlo, de posibles máquinas que me evitasen la molestia de usar el cerebro o los músculos. Una persona aficionada a la mecánica construiría probablemente alguna de ellas y la utilizaría. Pero, en nuestro actual sistema económico, el hecho de que la construyese —mejor dicho, el hecho de que alguien más se beneficiase de ella— dependería de su posible valor comercial. Por ello, los socialistas tienen razón cuando afirman que la rapidez del progreso mecánico será mucho mayor una vez instaurado el socialismo. Dada una sociedad industrial, el proceso de invención y perfeccionamiento tiende a continuar indefinidamente, pero la tendencia del capitalismo es la de frenar este proceso, porque todo invento que no prometa beneficios a corto plazo es desechado; incluso, algunos inventos que amenazan con reducir los beneficios son boicoteados de forma casi tan implacable como el vidrio flexible citado por Petronius[19]. Con el socialismo, eliminado el móvil del lucro, el inventor tendría las manos libres. La mecanización del mundo, ya muy rápida, sería, o al menos podría ser, enormemente acelerada.

Pero esta perspectiva es un tanto siniestra, porque ya ahora es evidente que el proceso de mecanización está fuera de control. Ello ha ocurrido sencillamente porque la humanidad se ha habituado a él. Un químico perfecciona un nuevo sistema para sintetizar el caucho; un mecánico inventa un nuevo modelo de perno de émbolo. ¿Por qué? No para ningún fin claramente formulado, sino simplemente por el afán de inventar y mejorar, que se ha convertido en instintivo. Si un pacifista entra a trabajar en una fábrica de bombas, al cabo de dos meses inventará un nuevo tipo de bomba. De ahí la aparición de cosas tan diabólicas como los gases asfixiantes, de los que ni sus propios inventores esperan que beneficien a la humanidad. Nuestra actitud hacia cosas como los gases venenosos *debería* ser la actitud del rey de Brobdingnag hacia la pólvora; pero, como vivimos en una época mecánica y científica, estamos imbuidos por la idea de que, ocurra lo que ocurra, el «progreso» debe continuar y la

ciencia no debe nunca ser coartada. De palabra, sin duda, admitiríamos que las máquinas se han hecho para el hombre y no el hombre para las máquinas; pero, en la práctica, cualquier intento de frenar el desarrollo de las máquinas nos parece un ataque a la ciencia, y, por tanto, una especie de blasfemia. E incluso si un día, súbitamente, toda la humanidad se rebelase y decidiese refugiarse en una forma de vida más simple, esta huida sería enormemente difícil. No sería necesario solamente, como en el *Erewhon* de Butler, destruir todas las máquinas inventadas después de una determinada fecha; tendríamos que destruir también el hábito mental que, casi contra nuestra voluntad, nos llevaría a inventar nuevas máquinas tan pronto fuesen destruidas las otras. Y en cada uno de nosotros existe por lo menos un asomo de ese hábito. En todos los países del mundo, el gran ejército de los científicos y los técnicos, con todos nosotros corriendo afanosamente tras ellos, marchan por el camino del «progreso» con la ciega obstinación de una columna de hormigas. Hay relativamente pocas personas que quieren que eso ocurra, y cantidades de gente que decididamente no quieren que ocurra, pero está ocurriendo. El proceso de mecanización en sí mismo se ha convertido en una máquina, en un enorme y reluciente vehículo que nos conduce a gran velocidad no sabemos a dónde, pero probablemente al mundo acolchado de Wells y al cerebro en la botella.

Ésta es, pues, el acta de acusación contra la máquina. El hecho de que sean o no acusaciones sensatas importa poco. El caso es que estos argumentos u otros parecidos serían aprobados por toda persona hostil a la sociedad industrial. Y, por desgracia, debido a la asociación «socialismo - progreso - maquinaria - Rusia - tractor - higiene - maquinaria - progreso» que hace casi todo el mundo, suelen ser estas *mismas* personas las que son hostiles al socialismo. El tipo de persona que odia las calefacciones centrales y las sillas de tubo es también el tipo de persona que, cuando se menciona ante ella el socialismo, murmura algo acerca del «estado colmena» y no quiere saber nada. Que yo sepa, muy pocos socialistas comprenden la razón de esto, y algunos ni siquiera se dan cuenta de que ocurre. Coja usted a un socialista convencido, repítale, en síntesis, lo que he expuesto en este capítulo, y vea la respuesta que obtiene. Las respuestas son varias; yo estoy tan familiarizado con ellas que casi me las sé de memoria.

En primer lugar, le dirá a usted que es imposible «volver atrás» (o «detener la marcha del progreso», como si la marcha del progreso no se hubiera detenido ya varias veces en el curso de la historia, y de forma bastante violenta), le acusará de ser un oscurantista y se pondrá a hablar de los horrores de la Edad Media, la lepra, la Inquisición, etcétera. La mayoría de los ataques a la Edad Media y al pasado en general por parte de los defensores de la modernidad se basan en el truco de evocar al hombre moderno, con su refinamiento y su alto nivel de confort, una época en que tales cosas eran desconocidas. Pero observen ustedes que, sea como sea, ésta no es una respuesta válida, pues el rechazo de un futuro mecanizado no implica la menor veneración por ningún período del pasado. D. H. Lawrence, más prudente que los

admiradores de la Edad Media, optó por idealizar a los etruscos, acerca de los cuales se sabe muy poco. Pero no hay necesidad de idealizar a los etruscos, a los pelasgos, a los aztecas, a los sumerios ni a ningún otro romántico pueblo desaparecido. Cuando uno se imagina una civilización modélica, se la imagina simplemente como un objetivo; no hay necesidad de afirmar que ha existido alguna vez en el espacio o en el tiempo. Si usted deja claro este punto y explica que lo que desearía es que la sociedad tendiese a alcanzar una vida más simple y más dura en lugar de más cómoda y más compleja, el socialista entenderá probablemente que usted quiere volver a un «estado salvaje», a una maloliente caverna paleolítica, como si no hubiese término medio entre el rascador de pedernal y las fábricas de acero de Sheffield, o entre una balsa de troncos y el *Queen Mary*.

Pero, finalmente, obtendrá usted una respuesta bastante más justa, en líneas generales la siguiente: «Sí, desde su punto de vista, lo que usted dice está muy bien. No hay duda de que sería muy digno endurecernos y aprender a prescindir de las aspirinas, la calefacción central y todo eso. Pero el caso es que nadie quiere realmente hacer una cosa así. Ello significaría regresar a una forma de vida agraria, que implica un trabajo extraordinariamente pesado y no es en absoluto lo mismo que cuidar el propio jardín. Yo no quiero hacer trabajos pesados; usted tampoco quiere, y nadie que sepa lo que es un trabajo así querrá tampoco. Usted habla así porque en su vida ha hecho una sola jornada de trabajo físico». Etcétera, etcétera.

En un cierto sentido, esto es verdad. Es como decir: «Ahora que estamos bien, por el amor de Dios, conservémoslo…», lo cual, como mínimo, es una muestra de realismo. Como ya he señalado, la máquina nos tiene cogidos en sus garras y será enormemente difícil escapar a ellas. No obstante, esta respuesta es en realidad una evasiva, porque no tiene en cuenta el sentido más profundo de la palabra «querer» esto o aquello. Yo soy un degenerado semiintelectual moderno que me moriría si me viese privado de mi taza de té matinal y de mi *New Statesman* de los viernes. Es evidente que, en un cierto sentido de la palabra, yo no «quiero» volver a una forma de vida más simple, más dura y probablemente de tipo agrario. En este mismo sentido, tampoco «quiero» dejar de beber, pagar mis deudas, hacer ejercicio, serle fiel a mi mujer, etc. Pero, en otro sentido más profundo, sí quiero hacer todo eso, y quizá en el mismo sentido quiero una sociedad en la que «progreso» no signifique hacer un mundo a la medida de un nuevo tipo de hombre, de un hombrecito gordo. Estos argumentos que acabo de reproducir son prácticamente los únicos que he obtenido de los socialistas —de los socialistas cultos y de formación teórica— cuando he tratado de explicarles cómo estaban alejando a posibles adeptos. Desde luego, está también el viejo argumento de que el socialismo llegará de todas maneras, le guste a la gente o no, en virtud de la tan cómoda «necesidad histórica». Pero la «necesidad histórica», mejor dicho, la creencia en tal necesidad es algo que no ha sobrevivido a Hitler.

Y a todo esto, la persona culta, habitualmente izquierdista por sus ideas pero derechista por temperamento, permanece indecisa en el umbral del socialismo. En

efecto, sin duda es consciente de que *debería* ser y actuar como socialista. Pero también se da cuenta de la estupidez de los socialistas, tomados individualmente, y de la aparente inconsistencia de los ideales socialistas, y ello le desanima. Hasta hace muy poco, se consideraba natural optar por la indiferencia. Hace diez años, hace cinco incluso, el hombre de letras típico escribía libros acerca de la arquitectura barroca y se consideraba por encima de la política. Pero esta actitud se está volviendo difícil e incluso está pasando de moda. Los tiempos son más difíciles, las cosas están más claras, y la creencia de que nada cambia nunca (es decir, de que los dividendos de uno siempre estarán a salvo) está menos extendida. La neutralidad del hombre de letras, que en tiempos fue tan cómoda como un colchón de plumas de cisne, le resulta ahora insostenible, y cada día se muestra más propenso a situarse en un campo o en otro. Es interesante observar cuántos de nuestros más destacados escritores, que hace diez o doce años estaban absolutamente a favor del arte por el arte y habrían considerado indeciblemente vulgar el votar siquiera en unas elecciones generales, han tomado hoy una posición política concreta. En cambio, la mayoría de los escritores jóvenes, por lo menos los que tienen un mínimo de seriedad, han sido «políticos» desde el principio. Creo que existe un gran peligro de que, en un momento de crisis, un sector mayoritario de la intelectualidad se muestre favorable al fascismo. Es difícil decir cuándo llegará la crisis; depende seguramente de los acontecimientos en Europa. Pero es posible que dentro de dos años, o incluso dentro de un año, nos encontremos en el momento decisivo: el momento en que toda persona de alguna cultura o de alguna honradez sabrá sin asomo de duda que su deber es estar del lado del socialismo. Pero no llegará necesariamente al socialismo por propia decisión, pues le separan de él demasiados viejos prejuicios. Tendrá que ser convencido, y convencido por métodos que impliquen una comprensión de su actitud. Los socialistas no pueden permitirse el lujo de perder más tiempo predicando a los ya convertidos. Su tarea actual es formar nuevos socialistas con la mayor rapidez posible, en lugar de lo cual, con excesiva frecuencia, están formando fascistas.

Al hablar de fascismo en Inglaterra, no me refiero necesariamente a Mosley y sus granujientos seguidores. El fascismo inglés, cuando llegue, tendrá más bien una forma sosegada y sutil (seguramente, al menos al principio, ni siquiera se denominará fascismo), y es improbable que sea nunca algo más que un chiste para la mayoría de los ingleses; aunque no conviene olvidar el peligro que representa Mosley, pues la experiencia demuestra (*vide* la carrera de Hitler o la de Napoleón III) que a un escalador político puede resultarle ventajoso el hecho de no ser tomado muy en serio al principio de su carrera. Pero lo que quiero hacer notar ahora son las actitudes de tipo fascista que indudablemente están ganando terreno entre gente que debería estar por encima de una cosa así. Tal como se da en el intelectual, el fascismo es una especie de reacción, no ante el socialismo sino ante una plausible deformación del socialismo. Puede describirse de manera resumida como la decisión de hacer lo *contrario* de lo que haga el socialista mítico. Si se presenta el socialismo de manera

incorrecta y deformada, si se hace creer a la gente que el socialismo no significa gran cosa más que tirar a la basura la civilización europea bajo la dirección de los pedantes marxistas, existe el peligro de empujar a los intelectuales al fascismo. Todo eso les asusta, y adoptan una actitud de irritada defensa desde la cual se niegan en redondo a escuchar una sola palabra en favor del socialismo. Algo de esta actitud es ya claramente perceptible en escritores como Pound, Wyndham Lewis, Roy Campbell y otros, en la mayoría de los escritores católicos y en muchos del grupo de Douglas Credit, en algunos novelistas populares e incluso, si se mira un poco más allá de la superficie, en intelectuales conservadores como Elliot y sus innumerables discípulos. Para algunos inequívocos ejemplos del desarrollo de la mentalidad fascista en Inglaterra, basta leer algunas de las innumerables cartas que fueron escritas a los periódicos durante la guerra de Abisinia, apoyando a los italianos, y la oleada de entusiasmo que se elevó de los púlpitos católicos y anglicanos al producirse el levantamiento fascista en España (véase el *Daily Mail* del 17 de agosto de 1936).

Para combatir el fascismo es necesario entenderlo, lo cual implica reconocer que contiene alguna cosa buena además de las muchas malas. Desde luego, en la práctica, no es más que una vergonzosa tiranía, y sus métodos para alcanzar y conservar el poder son tales que incluso sus más ardientes defensores prefieren no hablar de ellos. Pero la idea fascista básica, la que primero atrae a la gente a las filas fascistas, puede ser menos despreciable. Los motivos de esta gente no son *siempre*, como le llevaría a uno a pensar el *Saturday Review*, el histérico temor al demonio bolchevique. Todo el que conoce un poco el movimiento fascista sabe que muchos militantes fascistas de la base son personas bien intencionadas y auténticamente preocupadas, por ejemplo, por mejorar la situación de los desempleados. Pero más importante que esto es el hecho de que el fascismo extrae su fuerza de las formas positivas del conservadurismo, y no sólo de las malas. Se atrae, por ejemplo, a los partidarios de la tradición y de la disciplina. Es muy fácil, probablemente, cuando se sufre una indigestión de la variedad más torpe de la propaganda socialista, ver el fascismo como la última defensa de todo lo bueno de la civilización europea. Hasta el matón fascista en su forma más negra, el de la porra de goma en una mano y la botella de aceite de ricino en la otra, no se considera necesariamente un matón; es más probable que se vea a sí mismo como un Rolando en Roncesvalles, como un defensor de la cristiandad ante los bárbaros. Hemos de admitir que si el fascismo está ganando adeptos en todas partes, se debe en gran medida a los errores cometidos por los socialistas. Se debe en parte a la equivocada táctica de los comunistas de sabotear la democracia, es decir, de tirar piedras contra el propio tejado, pero aún más al hecho de que los socialistas, por así decirlo, han presentado mal su causa desde el principio. Nunca han dejado suficientemente claro que los fines esenciales del socialismo son la justicia y la libertad. Con la atención centrada en los hechos económicos, han partido de la base de que el hombre no tiene alma, y, explícita o implícitamente, han propuesto como meta una Utopía materialista. Como consecuencia de esto, el fascismo ha podido

utilizar en su provecho todo movimiento de rebeldía contra el hedonismo y contra una concepción burda del «progreso». Ha podido presentarse como el defensor de la tradición europea y apelar a la fe cristiana, al patriotismo y a las virtudes militares. Es peor que inútil quitar importancia al fascismo tachándolo de «sadismo masivo» o cualquier frase fácil de este tipo. Pretender que el fascismo no es más que una aberración que pronto desaparecerá por sí sola equivale a soñar un agradable sueño del que se despertará bajo los golpes de una porra de goma. La única actuación válida es analizar fríamente el fascismo, entender que en él hay algo de positivo y después explicar claramente a todo el mundo que lo que pueda haber de bueno en el fascismo está también implícito en el socialismo.

En la actualidad, la situación es desesperada. Aunque no suceda ya nada peor en nuestro país, padecemos todos los males que he descrito en la primera parte de este libro y que no van a mejorar mientras dure el actual sistema económico. Aún más acuciante es el peligro del dominio fascista en Europa. Y a menos que la doctrina socialista, en una forma efectiva, pueda ser difundida amplia y rápidamente, no hay ninguna certeza de que el fascismo sea derrocado algún día. El socialismo es el único enemigo real del fascismo. Los gobiernos capitalistas-imperialistas, aun estando ellos mismos a punto de ser atacados, no lucharán con verdadera convicción contra el fascismo como tal. Nuestros dirigentes, los que comprenden la situación, preferirían seguramente ceder hasta el último palmo del Imperio Británico a Italia, Alemania y Japón que ver triunfar el socialismo. Era fácil reírse del fascismo cuando nos imaginábamos que se basaba en un nacionalismo histérico, porque parecía evidente que los estados fascistas, considerándose a sí mismos cada uno de ellos como representantes del pueblo elegido, chocarían entre sí. Pero no ha ocurrido nada de esto. El fascismo es hoy un movimiento internacional, lo cual significa no sólo que los países fascistas pueden aliarse para despojar a los demás, sino que tienden, quizá aún de forma semiconsciente, a formar un sistema mundial. La idea de estado totalitario está siendo sustituida por la de mundo totalitario. Como he señalado antes, el desarrollo de la sociedad industrial debe acabar llevando a alguna forma de colectivismo, pero éste no tiene por qué ser necesariamente igualitario, es decir, no tiene por qué ser socialismo. Con permiso de los economistas, es bien fácil imaginar una sociedad mundial colectivista desde el punto de vista económico —es decir, en la que se hubiera eliminado el móvil del lucro— pero con todo el poder político, militar y educativo en manos de un pequeño grupo compuesto por los gobernantes y sus esbirros. Esto o algo parecido es el objetivo del fascismo. Es el estado esclavista, mejor dicho, el mundo esclavista, que posiblemente sería una forma social estable; y lo más probable es que, si las enormes riquezas que contiene el mundo fuesen científicamente explotadas, los esclavos estarían bien alimentados y satisfechos. Es habitual decir que el objetivo del fascismo es el «estado colmena», lo cual constituye un feo agravio a las abejas. Un mundo de conejos gobernados por comadrejas sería una imagen más adecuada. Hemos de unirnos para luchar contra esta horrorosa

posibilidad.

La única cosa *en favor* de la cual podemos unirnos es el ideal básico del socialismo: la justicia y la libertad, ideal que está casi completamente olvidado. Ha sido enterrado bajo capas y capas de pedantería doctrinaria, de riñas partidistas y de «progresismo» aficionado, hasta convertirse en algo parecido a un diamante oculto bajo una montaña de estiércol. La tarea de los socialistas consiste en sacarlo a la superficie otra vez. Justicia y libertad: éstas son las palabras que hay que hacer resonar por todo el mundo. Durante un largo período de tiempo, ciertamente durante los últimos diez años, la propaganda socialista ha sido errónea. Hemos llegado a un punto en que la misma palabra «socialismo» evoca, por una parte, una imagen de aviones, tractores y grandes y brillantes fábricas construidas de vidrio y cemento, y, por otra parte, una imagen de vegetarianos de lacias barbas, de comisarios bolcheviques mitad gángsteres y mitad gramófonos, de señoras muy serias con sandalias, de marxistas de cabello revuelto masticando polisílabos, cuáqueros despistados, fanáticos del control de los nacimientos y de escaladores del Partido Laborista. El socialismo, por lo menos en esta isla nuestra, no huele ya a revolución y a derrocamiento de la tiranía; huele a extravagancia, a veneración de la máquina y a estúpido culto a Rusia. Si no se elimina este olor, y deprisa, el fascismo puede vencer.

13

¿Qué se puede hacer?

En la primera parte de este libro he descrito, con algunas breves digresiones, los problemas que nos afligen. En esta segunda parte ha tratado de explicar por qué, en mi opinión, tantas personas normales y honradas están en contra del único remedio posible a estos problemas, el socialismo. Está claro que la tarea más urgente para estos próximos años es atraerse a estas gentes normales y honradas antes de que el fascismo triunfe definitivamente.

No quiero abordar aquí la cuestión de los partidos y de las fórmulas políticas. Más importante que ninguna etiqueta de partido (aunque sin duda la sola amenaza del fascismo dará lugar próximamente a la aparición de algún tipo de Frente Popular) es la difusión de la doctrina socialista en una forma efectiva. Hay que preparar a la gente para que *actúen* como socialistas. Yo creo que hay innumerables personas que, sin ser conscientes de ello, simpatizan con los objetivos esenciales del socialismo, y podrían ser ganadas para sus filas con muy poco esfuerzo, si se supiese encontrar las palabras con que hablarles. Todo el que sepa lo que es la pobreza, todo el que odie verdaderamente la dictadura y la guerra está, en potencia, del lado del socialismo. Me propongo aquí sugerir —forzosamente en términos muy generales— cómo podría llegarse a una reconciliación entre el socialismo y sus enemigos más inteligentes.

Quiero aclarar ante todo que, al hablar de enemigos del socialismo me refiero aquí a aquellas personas que están en contra del capitalismo pero que tienen una sensación de inquietud y fastidio cuando se habla de socialismo. Como ya he indicado, esto sucede, básicamente, por dos razones. Una es la inferioridad personal de muchos socialistas; la otra es el hecho de que el socialismo es asociado con excesiva frecuencia con una grosera idea del «progreso» que repugna a todo el que tenga algún aprecio por la tradición o que posea algún rudimento de sentido estético. Voy a desarrollar primero este segundo punto.

El desagrado hacia el «progreso» y la sociedad industrial, tan frecuente entre la gente sensible sólo es defendible como reserva mental. No es válido si se toma como razón para oponerse al socialismo, porque presupone una alternativa que no existe. Cuando se dice «Me opongo a la mecanización y a la estandarización, y, por tanto, me opongo al socialismo», se está diciendo: «Soy libre para renunciar a las máquinas, si así lo decido», lo cual es absurdo. Todos dependemos de las máquinas, y si las máquinas dejasen de funcionar la mayoría de nosotros moriríamos. Se puede odiar la sociedad industrial, y probablemente es acertado odiarla, pero, por el momento, la cuestión de aceptarla o rechazarla no se plantea. La sociedad industrial está ahí, y sólo es posible criticarla desde dentro, porque todos estamos dentro de ella. Sólo los tontos románticos se jactan de haber escapado a ella, como el escritor en su chalet Tudor con cuarto de baño e instalación de agua caliente, y el Tarzán moderno que se

marcha a la selva a vivir una vida «primitiva», provisto de un rifle Mannlicher y de un cargamento de latas de conserva. Y es casi seguro que la sociedad industrial seguirá existiendo. No hay razón alguna para creer que se destruirá a sí misma o que dejará de funcionar por alguna razón interna. Durante algún tiempo ha estado de moda decir que una guerra mundial puede «destruir totalmente la civilización». Pero, aunque la próxima guerra mundial será indudablemente lo bastante horrible como para dejar en ridículo a todas las anteriores, es extremadamente improbable que origine la detención del progreso mecánico. Es cierto que un país muy vulnerable como Inglaterra, y quizá toda la Europa occidental, pueden ser reducidas al caos por unos cuantos miles de bombas bien repartidas, pero ninguna guerra hoy imaginable podría destruir la industria en todos los países a la vez. Podemos dar por seguro que el retorno a una forma de vida más simple, libre y menos mecanizada, por deseable que sea, no se producirá. Esto no es fatalismo, sino simplemente aceptación de los hechos. No tiene sentido oponerse al socialismo porque uno se oponga al estado colmena, pues el estado colmena existe ya. La alternativa no está, hoy, entre un mundo humano y otro inhumano, sino simplemente entre socialismo y fascismo, fascismo que, todo lo más, puede ser una especie de socialismo sin ninguna de las ventajas de éste.

Así pues, la misión de la persona culta no es rechazar el socialismo, sino tomar la decisión de humanizarlo. Cuando el socialismo esté en vías de implantación, las personas conscientes del engaño que implica el «progreso» se encontrarán probablemente en una posición de resistencia. Es más, su función específica es precisamente ésta. En un mundo mecanizado, deberán ser una especie de oposición permanente, actitud que no es lo mismo que el obstruccionismo o la traición. Pero con esto estoy hablando del futuro. Por el momento, la única actuación posible para cualquier persona honrada, por más que sea conservadora o anarquista de corazón, es trabajar por la instauración del socialismo. Ninguna otra cosa puede salvarnos de la miseria del presente y de la pesadilla del futuro. Oponerse al socialismo *ahora*, cuando veinte millones de ingleses están subalimentados y el fascismo ha conquistado media Europa es un suicidio. Es como iniciar una guerra civil mientras los bárbaros están cruzando la frontera.

Por esto es especialmente importante desembarazarse de este prejuicio contra el socialismo, de carácter intuitivo y no basado en ninguna objeción seria. Como ya he señalado, muchas personas que no sienten desagrado por el socialismo lo sienten por los socialistas. El socialismo, tal como ahora es presentado, carece de atractivo sobre todo porque, visto desde fuera, parece ser el juguete de los extravagantes, de los doctrinarios, de los comunistas de salón y de otras gentes que no proporcionan confianza. Pero vale la pena recordar que es así sólo porque los extravagantes, doctrinarios, etc., han tenido la posibilidad de incorporarse al movimiento socialista antes que otras personas; si en dicho movimiento ingresasen masivamente gente más sensata y más honrada, dejarían de dominarlo los tipos deficientes. En la actualidad,

no hay nada que hacer más que apretar los dientes e ignorarlos; su influencia será mucho menor cuando el movimiento se haya humanizado. Además, su presencia no puede constituir un obstáculo insalvable. Hemos de luchar por la justicia y por la libertad, y el socialismo significa justicia y libertad cuando se le despoja de los errores accesorios. Es lo esencial lo que hay que tener presente. Rechazar el socialismo porque tantos socialistas son gente inferior es tan absurdo como negarse a viajar en tren porque a uno no le es simpático el revisor.

Y hablemos ahora del militante socialista, en especial del tipo culto, redactor de octavillas.

Estamos en un momento histórico en el que constituye una acuciante necesidad que las izquierdas de todos los matices olviden sus diferencias y se unan. En una pequeña medida, eso se está haciendo ya. Es evidente, pues, que los socialistas más intransigentes tienen que aliarse ahora con otros con los que no están totalmente de acuerdo. Por lo general, muestran una gran resistencia a hacer tal cosa, porque ven el peligro —muy real— que representa diluir todo el movimiento socialista hasta convertirlo en una especie de charlatanería moderada, más ineficaz aún que el parlamentarista Partido Laborista. En este momento, por ejemplo, existe el gran peligro de que el Frente Popular que se formará seguramente ante la amenaza del fascismo no sea auténticamente socialista, sino que represente una simple maniobra contra los fascismos alemán e italiano, pero no contra el fascismo inglés. Así, la necesidad de presentar un frente unido al fascismo podría llevar a los socialistas a aliarse con sus peores enemigos. Pero el principio del que hay que partir es éste: nunca se corre el peligro de contraer una alianza equivocada si se mantienen bien a la vista los principios esenciales del propio movimiento. Y ¿cuáles son los principios esenciales del movimiento socialista? ¿Cuál es el distintivo de un verdadero socialista? Yo diría que el auténtico socialista es aquel que no sólo cree deseable, sino que desea activamente ver derrocada la tiranía. Pero me imagino que la mayoría de los marxistas ortodoxos no aceptarían esta definición, o la aceptarían sólo con muchos reparos. A veces, cuando les oigo hablar, y más aún cuando leo sus libros, tengo la impresión de que, para ellos, el movimiento socialista no es más que una especie de frenética caza del hereje, un ir de aquí para allá de enfurecidos brujos gritando al son de los tambores: «¡Huelo la sangre de un desviacionista de derecha!». Es debido a este tipo de cosas que es mucho más fácil sentirse socialista cuando se pertenece a la clase obrera. El socialista de clase obrera, como el católico de clase obrera, está flojo en doctrina y apenas puede abrir la boca sin decir una herejía, pero él representa el espíritu de esa doctrina. Comprende el hecho fundamental de que el socialismo significa el derrocamiento de la tiranía, y si se la tradujeran, *la Marsellesa* le diría muchas más cosas que ningún tratado de materialismo dialéctico. En estos momentos es perder el tiempo insistir en que la aceptación del socialismo implica la aceptación del aspecto filosófico del marxismo más la adulación a Rusia. El movimiento socialista no tiene tiempo de ser una liga de materialistas dialécticos; ha

de ser una liga de los oprimidos contra los opresores. Es necesario atraerse al hombre que quiere trabajar en serio y deshacerse del hipócrita liberal que quiere destruir los fascismos extranjeros con el fin de seguir cobrando tranquilamente sus dividendos, el tipo de político que presenta mociones «contra el fascismo y el comunismo», es decir, contra la enfermedad y contra su remedio. El socialismo significa el derrocamiento de la dictadura, tanto en el extranjero como en casa. Mientras se mantenga *esto* bien a la vista, nunca habrá muchas dudas acerca de quiénes son los verdaderos aliados. En cuanto a las diferencias menores —y las diferencias de carácter filosófico carecen de importancia comparadas con los sufrimientos de veinte millones de ingleses cuyos huesos se están pudriendo por la desnutrición—, ya quedará tiempo después para dirimirlas.

No creo que los socialistas necesiten sacrificar nada de lo esencial, pero ciertamente habrían de renunciar a una larga serie de cosas accesorias. Sería muy positivo, por ejemplo, que pudiera ser eliminado el olor a extravagancia que aún tiene el movimiento socialista. ¡Si se pudiera hacer una hoguera con todas las sandalias y todas las camisas pardas, y enviar a todos los vegetarianos, abstemios y redentores a sus casas de Welwyn Garden City, a que hiciesen sus ejercicios de yoga y dejasen en paz a los demás! Me temo que no se hará tal cosa. Pero lo que sí es posible es que los militantes socialistas más inteligentes dejasen de alejarse a posibles adeptos por tonterías sin importancia. Hay tantas pequeñas pedanterías que se podrían abandonar fácilmente… Tomemos por ejemplo la mezquina actitud del marxista típico hacia la literatura. De los muchos que me vienen a la memoria, citaré sólo un ejemplo. Parece trivial, pero no lo es. En el antiguo *Worker's Weekly* (uno de los predecesores del *Daily Worker*) aparecía una columna de comentarios literarios del tipo de «Libros en la mesa del director». Durante varias semanas seguidas se había venido hablando bastante de Shakespeare. Con este motivo, un lector se quejó al periódico en los siguientes términos: «Estimado camarada: no nos interesa saber nada de escritores burgueses como Shakespeare. ¿Por qué no nos hablan de temas un poco más proletarios?», etc., etc. La respuesta del director fue breve: «Si consulta usted el índice de *El capital*, de Marx, verá que el nombre de Shakespeare es mencionado en varias ocasiones». Y esto bastó para acallar al quejoso. Si Shakespeare había recibido la bendición de Marx, era un autor respetable. Esta mentalidad es lo que aleja del movimiento socialista a la gente normal y sensata. No hace falta ser admirador de Shakespeare para sentir desagrado ante una cosa así.

Está también la horrible jerga que casi todos los socialistas creen necesario utilizar. Cuando una persona corriente oye expresiones como «ideología burguesa», «solidaridad proletaria» y «expropiación de los expropiadores», no se siente atraído por ellas, sino todo lo contrario. Hasta la palabra «camarada» ha aportado su pequeña contribución al descrédito del movimiento socialista. Cuántos simpatizantes indecisos han ido a algún mitin, han visto a engolados socialistas llamándose unos a otros «camarada», y se han ido, desilusionados, a la taberna más próxima… Y esta

actuación instintiva ha sido correcta, pues ¿qué sentido tiene colgarse a sí mismo una ridícula etiqueta que, incluso tras una larga costumbre, difícilmente puede ser pronunciada sin algo de vergüenza? Es funesto que el observador se lleve la impresión de que ser socialista significa llevar sandalias y disertar sobre el materialismo dialéctico. Hay que dejar bien claro que en el movimiento socialista hay lugar para los seres humanos; de lo contrario, se habrá perdido la partida.

Esto suscita una dificultad importante. Implica que el problema de las clases, entendido como algo distinto del simple *status* económico, ha de ser abordado de forma más realista de lo que lo ha sido hasta el presente.

He dedicado tres capítulos al problema de las relaciones entre las clases. Creo que el hecho principal que se desprendía de mi análisis es que, aunque el sistema de clases inglés no tiene ya sentido, ha seguido existiendo y no da señales de morir. Confunde mucho las cosas suponer que la situación social viene determinada únicamente por los ingresos, como hace tan a menudo el marxista ortodoxo (véase, por ejemplo, *El destino de las clases medias*, de Alec Brown, obra interesante en algunos aspectos). Desde el punto de vista económico, no hay duda de que existen sólo dos clases, los ricos y los pobres, pero, desde el punto de vista social, hay toda una jerarquía de clases, y los modales y costumbres aprendidos en la infancia por los miembros de cada una de ellas no sólo son muy diferentes, sino que —y esto es lo esencial— suelen perdurar hasta la muerte. De ahí los individuos anómalos que se encuentran en todas las clases. Se encuentra a escritores como Wells y Bennett, educados en un ambiente de inmensa riqueza y que a pesar de ello han conservado intactos sus prejuicios de baja clase media y de Iglesia No Conformista; hay millonarios que no pronuncian las haches; hay pequeños tenderos cuyos ingresos son mucho más bajos que los de un albañil y que, a pesar de ello, se consideran (y son considerados) socialmente superiores al albañil; hay exalumnos de las escuelas nacionales convertidos en gobernadores de provincias indias y exalumnos de escuelas públicas que venden aspiradores de puerta en puerta. Si la estratificación social coincidiese exactamente con la estratificación económica, el exalumno de escuela pública que vende aspiradores adoptaría el acento *cockney* en el momento en que sus ingresos descendiesen por debajo de las doscientas libras al año. Pero ¿es esto lo que hace? Al contrario: si sus ingresos descienden, se vuelve veinte veces más «escuela pública» que antes. Se aferra a la Corbata de Exalumno como a un salvavidas. E incluso el millonario inculto, aunque vaya a clases de fonética y aprenda el acento de la B.B.C., pocas veces consigue disfrazarse tan totalmente como quisiera. En el aspecto cultural, es muy difícil salir de la clase que le ha visto a uno nacer.

A medida que se desciende en la escala de la prosperidad, las anomalías sociales se hacen más frecuentes. No se encuentran más millonarios con problemas de haches y se encuentran cada vez más exalumnos de escuelas públicas que venden aspiradores y más pequeños tenderos que van a parar al asilo. Amplios sectores de la clase media viven un proceso de proletarización; pero el hecho importante es que no adquieren

una mentalidad proletaria, por lo menos en la primera generación. Aquí estoy yo, por ejemplo, con mi educación burguesa y mis ingresos proletarios. ¿A qué clase pertenezco yo? Desde el punto de vista económico, pertenezco a la clase obrera, pero a mí resulta imposible verme como otra cosa que como miembro de la burguesía. Y, suponiendo que hubiera de tomar partido, ¿de qué lado estaría? ¿Del lado de la clase alta, que está tratando de desplazarme de la existencia, o de la clase baja, cuyas formas de vida no son las mías? Es probable que, en una opción importante, yo particularmente me colocara al lado de la clase obrera. Pero ¿qué harían las decenas o centenares de miles de personas que están aproximadamente en la misma posición? Y ¿qué harán los miembros de esa otra clase, cuyo número se eleva hoy a millones, los empleados de oficina y trabajadores de cuello blanco en general, cuyas tradiciones son menos claramente clase media pero a quienes ciertamente no agrada oírse llamar proletarios? Toda esta gente tiene los mismos intereses y los mismos enemigos que la clase obrera. Todos ellos están siendo robados y oprimidos por el mismo sistema. Pero ¿hasta qué punto se dan cuenta? En un momento de crisis, casi todos se alinearían junto a sus opresores, en contra de los que deberían ser sus aliados. No es difícil imaginar a una clase media llevada hasta los peores extremos de pobreza pero contraria aún, sentimentalmente, a la clase obrera. Ésa sería, desde luego, la base ideal para un partido fascista.

Es evidente que el movimiento socialista debe atraerse a la clase media explotada antes de que sea demasiado tarde; y sobre todo debe atraerse a los trabajadores de oficinas, tan numerosos y, si encontrasen la forma de unirse, tan poderosos. Está claro que, hasta el momento, estas dos necesidades no han sido cubiertas. La última persona del mundo de quien se puedan esperar opiniones revolucionarias es un oficinista o un viajante de comercio. ¿Por qué? En buena parte, creo yo, por el culto al «proletario» de que está impregnada la propaganda socialista. Como símbolos de la lucha de clases, se ha creado, por una parte, la imagen mítica del «proletario»: un hombre musculoso de aspecto airado vestido con un mono sucio, y, por otra, la imagen del «capitalista»: un hombre gordo de expresión malvada con sombrero de copa y abrigo de piel. Tácitamente se da por sentado que entre esos dos tipos sociales no hay nada, cuando lo cierto es que, en un país como Inglaterra, se encuentra en posición intermedia la cuarta parte de la población, aproximadamente. Si se va a hablar de «dictadura del proletariado», constituye una precaución elemental empezar explicando qué es el proletariado. Pero, debido a la tendencia de los socialistas a idealizar al trabajador manual, este punto nunca ha quedado suficientemente claro. ¿Cuántos de los miles y miles de infelices y atemorizados oficinistas y dependientes, que en algunos aspectos están en peor situación que un minero o un portuario, se consideran a sí mismos proletarios? Un proletario —según les han enseñado a creer — es un hombre que no lleva camisa blanca. De modo que, cuando se intenta moverles a la acción hablándoles de la «lucha de clases», no se consigue otra cosa que asustarles: se olvidan de su sueldo y se acuerdan de su acento, y corren a

defender a la clase que les explota.

Los socialistas tienen aquí mucho trabajo por hacer. Han de mostrar, sin posibilidad de duda, dónde está exactamente la línea divisoria entre explotadores y explotados. Otra vez se trata de cogerse a lo esencial: lo esencial aquí es que toda la gente que percibe ingresos pequeños e inseguros están en el mismo barco y deberían luchar del mismo lado. Probablemente iríamos mejor si se hablase un poco menos de «capitalistas» y «proletarios» y un poco más de explotadores y explotados. Como mínimo, debemos abandonar la costumbre de pretender que sólo son proletarios los trabajadores manuales. Esta identificación es una fuente de confusiones. El oficinista, el ingeniero, el viajante de comercio, el hombre de clase media «venido a menos», el tendero de pueblo, el pequeño funcionario y otra gente de posición social dudosa han de comprender que ellos *son* proletariado, y que el socialismo representaría grandes ventajas para ellos, y no sólo para el picapedrero o para el peón industrial. No hay que dejar que crean que la lucha es entre los que pronuncian las haches y los que no; si creen esto, se pondrán del lado de las haches.

Estoy dando a entender que hay que exhortar a varias clases distintas a actuar conjuntamente, aunque sin pedirles, de momento, que abandonen sus diferencias de clase. Y esto suena peligroso. Se parece demasiado a los campamentos de verano del duque de York y a esa deprimente charla sobre la colaboración entre las clases y el arrimar todos el hombro, lo cual es o bien música celestial o bien fascismo, cuando no las dos cosas a la vez. No puede haber colaboración entre clases cuyos intereses reales son opuestos. Los capitalistas no pueden colaborar con los proletarios. El gato no puede colaborar con el ratón, y si el gato propone la colaboración y el ratón es lo bastante tonto como para aceptar, al cabo de muy poco habrá desaparecido en el estómago del gato. Pero siempre *es posible* cooperar sobre la base de unos intereses comunes. La gente que ha de unirse son todos aquellos que doblan el espinazo ante un jefe y todos aquellos que tiemblan cuando piensan en el alquiler. Ello significa que el pequeño propietario rural tiene que aliarse con el peón de fábrica, la mecanógrafa con el minero, el maestro de escuela con el mecánico. Si puede hacérseles ver dónde residen sus intereses, hay alguna esperanza de convencerles para que lo hagan. Pero no lo harán si sus prejuicios sociales, que para algunos de ellos pesan tanto o más que cualquier consideración económica, son innecesariamente irritados. Es cierto que existe una verdadera diferencia de mentalidad y formas de vida entre un empleado de banca y un obrero portuario, y que el sentimiento de superioridad del empleado de banca está muy profundamente arraigado. En el futuro habrá de deshacerse de ese sentimiento, pero ahora no es el momento de pedirle que lo haga. Sería, pues, muy positivo que fuese provisionalmente abandonado ese antiburguesismo vacío y mecánico que forma parte casi siempre de la propaganda socialista. En el pensamiento y la literatura de izquierda —en todas sus manifestaciones, desde los artículos de fondo del *Daily Worker* hasta las columnas cómicas del *News Chronicle* — discurre una tradición antiburguesa, una persistente y a menudo muy estúpida

burla de las actitudes y tradiciones burguesas (o, en la jerga comunista, los «valores burgueses»). En su mayor parte, tales burlas son absurdas, viniendo como vienen de antiburgueses que son ellos mismos burgueses, pero resultan nocivas, pues hacen que un problema secundario impida la resolución de uno primordial. Alejan la atención del hecho fundamental: que la pobreza es pobreza, ya sea la herramienta de trabajo un pico o una pluma estilográfica.

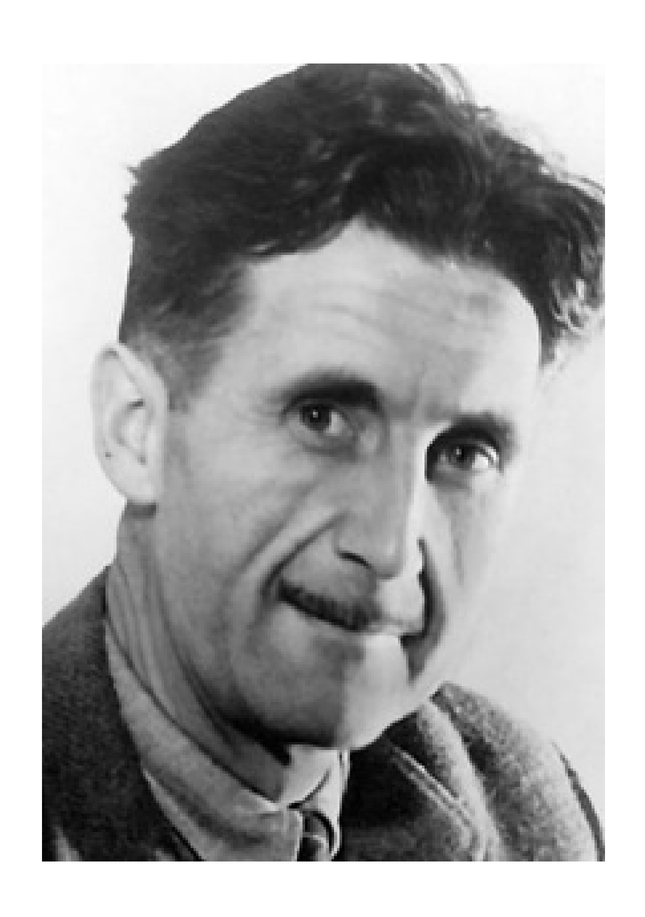
Una vez más me tomo como ejemplo a mí mismo, con mis orígenes de clase media y mis ingresos de unas tres libras semanales, de varias fuentes. Es evidente que sería mejor llevarme del lado socialista que convertirme en un fascista. Pero si se me reprocha constantemente mi «ideología burguesa», si se me da a entender que, de alguna manera, soy inferior porque nunca he trabajado con las manos, lo único que se conseguirá es despertar mi antagonismo, pues lo que se me está diciendo es o bien que soy esencialmente inútil o bien que debería cambiar en una medida que está más allá de mis posibilidades. Yo no puedo proletarizar mi acento ni algunos de mis gustos y opiniones, y, aunque pudiese, no querría. ¿Por qué habría de hacer tal cosa? Yo no le pido a nadie que hable como yo; ¿por qué tiene que pedirme nadie que hable como él? Sería mucho mejor aceptar la existencia de estos tristes estigmas de clase y darles las menos vueltas posibles. Las diferencias de clase son comparables a las diferencias raciales, y la experiencia demuestra que es posible cooperar con extranjeros, aun con extranjeros que a uno no le agradan, cuando es verdaderamente necesario. En el aspecto económico, estoy en la misma barca que el minero, el picapedrero y el peón agrícola; si se me recuerda esto, lucharé a su lado. Pero, en el aspecto cultural, soy diferente al minero, al picapedrero y al peón agrícola; si se me recalca esta diferencia, puede que el resultado sea enemistarme a ellos. Si yo fuese una excepción única, no importaría, pero lo que he dicho de mí puede aplicarse a otras innumerables personas. Todo empleado de banca amenazado con el despido, todo tendero al borde de la ruina, están a grandes rasgos, en la misma posición. Son miembros de la clase media que se están hundiendo, y la mayoría de ellos se aferran a su mentalidad y actitudes burguesas porque tienen la impresión de que ello les mantiene a flote. No es buena política *empezar* diciéndoles que se desprendan del salvavidas. Existe un evidente peligro de que, en los próximos cinco años, amplios sectores de la clase media den un súbito y radical giro a la derecha. Si lo hacen, su fuerza puede ser enorme. La tradicional debilidad de la clase media consiste en el hecho de que sus miembros nunca han sabido unirse, pero si se les asusta y se les lleva a unirse *en contra* de algo, puede resultar que se ha despertado a un gigante. Durante la Huelga General tuvimos un aviso de esta posibilidad.

Resumiendo. No hay posibilidad de solucionar los problemas que he descrito en los primeros capítulos de este libro, o de salvar a Inglaterra del fascismo, si no podemos crear un partido socialista eficaz. Habrá de ser un partido con objetivos auténticamente revolucionarios, y habrá de ser lo bastante fuerte, numéricamente, como para actuar. Sólo podremos crear un partido así si proponemos unos objetivos

que la gente corriente reconozca como deseables. Por tanto, más que cualquier otra cosa, necesitamos una propaganda inteligente. Hablar algo menos de «conciencia de clase», «expropiación de los expropiadores», «ideología burguesa» y «solidaridad proletaria», (y no digamos de las sacrosantas tesis, antítesis y síntesis), y algo más de justicia, de libertad y de la situación de los desempleados. Y hablar menos de progreso industrial, de tractores, de la presa del Dniéper y de la última factoría de enlatado de salmón de Moscú. Este tipo de cosas no forman parte integrante de la doctrina marxista y alejan a mucha gente que la causa socialista necesita, incluyendo a la mayoría de los escritores. Lo que hace falta es grabar dos cosas en la conciencia pública. Una, que los intereses de todos los explotados son los mismos; la otra, que el socialismo es compatible con la honradez y el sentido común.

En cuanto a la tremenda dificultad de las diferencias de clase, la única táctica posible por el momento es ir con cuidado y no asustar a la gente más de lo necesario. Y, sobre todo, acabar con esos esfuerzos de tipo cristiano en pro de la igualación de las clases. Si usted pertenece a la burguesía, no se precipite a abrazar a sus hermanos proletarios; puede que a ellos no les guste, y, si demuestran que no les gusta, usted se encontrará probablemente con que sus prejuicios de clase no están tan muertos como se imaginaba. Y, si usted pertenece al proletariado, por nacimiento o por situación, no se apresure demasiado a reírse de las Corbatas de Antiguo Alumno que son símbolo de fidelidades que pueden serle útiles si toma ante ellas una actitud adecuada.

Sin embargo, creo que hay alguna esperanza de que, cuando el socialismo sea una posibilidad real, algo que interese verdaderamente a un gran número de ingleses, el problema de las clases se resuelva más rápidamente de lo que ahora se cree posible. En los próximos años, o bien tendremos ese partido socialista eficaz que necesitamos o bien no lo tendremos. Si no lo tenemos, habrá fascismo; probablemente una forma solapada y britanizada de fascismo, con correctos policías en lugar de gorilas y el león y el unicornio en lugar de la esvástica. Pero, si tenemos ese partido, habrá lucha, seguramente una lucha física, pues la plutocracia del país no se quedará inactiva ante un gobierno verdaderamente revolucionario. Y cuando las dos distanciadas clases que, necesariamente, habrán formado el auténtico partido socialista, hayan luchado juntas, quizá su actitud recíproca sea otra. Y entonces, quizá, desaparecerá esta plaga de los prejuicios de clase, y nosotros, los miembros de la decadente clase media —el maestro de escuela privada, el famélico periodista sin contrato, la hija de coronel soltera que percibe setenta y cinco libras al año, el licenciado en Cambridge sin trabajo, el oficial de marina sin barco, los oficinistas, los funcionarios, los viajantes de comercio, los arruinados vendedores de tejidos de las ciudades de provincias—, podremos integrarnos sin más problemas en la clase obrera a la que pertenecemos, y, seguramente, no será tan terrible como creíamos. Al fin y al cabo, no tenemos nada que perder más que las haches.



GEORGE ORWELL. Eric Arthur Blair, más tarde conocido bajo el seudónimo de George Orwell, nació en 1903 en Motihari (Bengala, India). Regresa a Inglaterra con su familia, en 1911 ingresa en el colegio St. Cyprien, escuela de la alta burguesía, y en 1917 entra en el colegio de Eton. En 1922 deja de estudiar e ingresa en la policía imperial birmana. Esta etapa de su vida, que dura seis años, será crucial para él. De vuelta a Europa en 1928, se instala primero en París y luego en 1930 en Londres. En este tiempo publica *Sin blanca en París y Londres*. En 1934 publica *Días en Birmania*, una denuncia del imperialismo inspirada en sus propias vivencias; y en 1935, *La hija del reverendo*, la historia de una solterona que encuentra su liberación viviendo entre campesinos. En 1937 publica *El camino a Wigen Pier*, una crónica desgarradora sobre la miseria y el paro en los barrios obreros de Lancashire y Yorkshire. A finales de 1936 decide viajar a España para trabajar inicialmente como periodista; pero las circunstancias le llevarán a enrolarse en las milicias del POUM. En 1938, cuando aún no había llegado a su fin la guerra civil, escribe *Homenaje a Cataluña*, donde relata sus experiencias en la Revolución española. En 1944 termina de escribir *Rebelión en la granja*, una fábula donde muy pedagógicamente nos describe la evolución del comunismo en la URSS. En 1948 enferma de tuberculosis y es hospitalizado durante casi medio año. Al salir puede concluir su última novela *1984*, una crítica del autoritarismo y el poder absoluto, pero vuelve a recaer de su enfermedad y muere el 21 de enero de 1950. A los cincuenta años de su muerte, el mejor homenaje que se le puede rendir al propio Orwell es dar a conocer de nuevo su obra y dejarse arrastrar con él por las embarradas trincheras del frente de Aragón y

las barricadas de la Barcelona revolucionaria, con el cuerpo entumecido y hambriento y el espíritu generoso y ardiente de quien se sabe del lado justo de la Historia.

Notas

[1] *Public Assistance Committees* (*N. del E.*) <<

[2] Natural de Londres. (*N. del T.*) <<

[3] Según Google Maps 2,9 millas (*N. del E.*) <<

[4] Carrera ecuestre de obstáculos. (*N. del T.*) <<

[5] *Miner's Welfare Fund*. (*N. del T.*) <<

[6] Popular estación veraniega. (*N. del T.*) <<

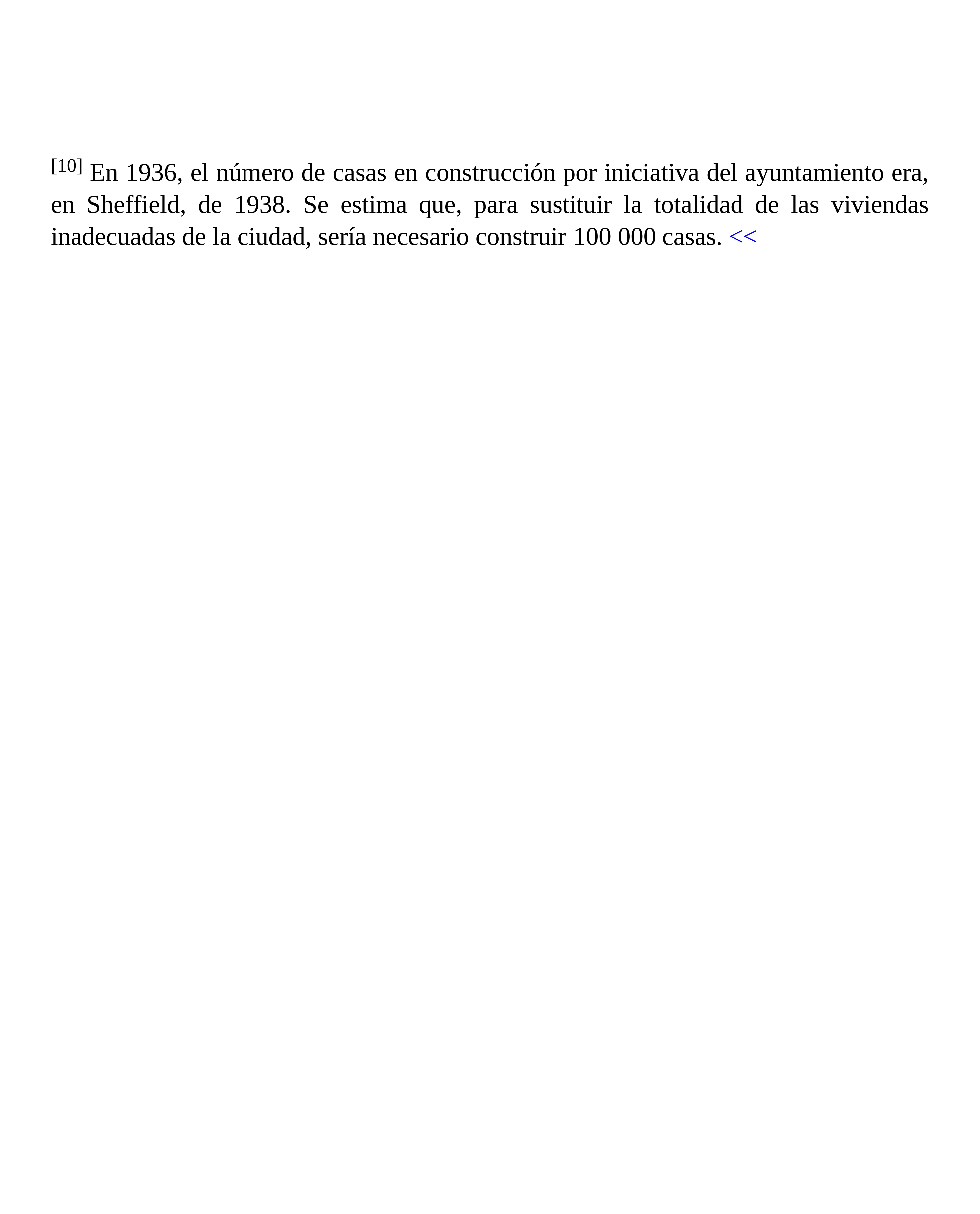
[7] Según el *Colliery Year Book and Coal Trades Directory* de 1935. <<



[8] Cifra tomada de *The Coal Scuttle*. El *Colliery Year Book and Coal Trades Directory* da una cantidad algo superior. <<



[9] En Inglaterra, la no pronunciación de las haches aspiradas es característica de las clases populares. (*N. del T.*) <<



[10] En 1936, el número de casas en construcción por iniciativa del ayuntamiento era, en Sheffield, de 1938. Se estima que, para sustituir la totalidad de las viviendas inadecuadas de la ciudad, sería necesario construir 100 000 casas. <<

[11] Por ejemplo, un estudio reciente sobre las hilanderías de algodón de Lancashire reveló el hecho de que más de 40 000 empleados *a jornada completa* cobraban menos de treinta chelines semanales. En Preston, por citar sólo una ciudad, el número de trabajadores que cobraban *más* de treinta chelines por semana era de 640, y los que cobraban *menos* de treinta chelines, 3113. <<

[12] Diario del Partido Comunista británico. (*N. del T.*) <<

[13] *Young Men’s Christian Association*: Asociación de Jóvenes Cristianos. (*N. del T.*)
<<

[14] Hasta 1971, las equivalencias eran: 1 Libra = 20 Chelines; 1 Chelín = 12 Peniques. (*N. del E.*) <<

[15] Según Chesterton, la suciedad es simplemente una «incomodidad», y por ello puede ser considerada como una forma de mortificación. Por desgracia, la mortificación de la suciedad es sufrida principalmente por las otras personas. Ser sucio no es una cosa tan desagradable, y, desde luego, mucho menos desagradable que bañarse en agua fría en una mañana de invierno. <<

[16] Según Chesterton, la suciedad es simplemente una «incomodidad», y por ello puede ser considerada como una forma de mortificación. Por desgracia, la mortificación de la suciedad es sufrida principalmente por las otras personas. Ser sucio no es una cosa tan desagradable, y, desde luego, mucho menos desagradable que bañarse en agua fría en una mañana de invierno. <<

[17] Se refiere a la Iglesia No Conformista. (*N. del T.*) <<

[18] Posteriormente, Orwell se retractó en alguna medida de esta afirmación. Véase *England Your England* («Dentro de la ballena», p. 120, Secker & Warburg Collected Edition). <<



[19] Por ejemplo: hace algunos años, se inventó una aguja de gramófono que podía durar décadas. Una de las grandes compañías fabricantes de gramófonos compró la patente y, desde entonces, nunca más se ha oído hablar del asunto. <<